

MEDICINA POPULAR

MEDICINA POPULAR

33961

GEORGE BLACK

---

# MEDICINA POPULAR

UN CAPITULO EN LA HISTORIA DE LA CULTURA

POR

WILLIAM GEORGE BLACK

F. S. A. SCOT.

traducida del inglés por

ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ

Doctor en Filosofía y Letras

é Individuo de la Junta Directiva de la Folk-Lore Society.



MADRID

EL PROGRESO EDITORIAL

1889

33961

GEORGE BLACK

# MEDICINA POPULAR

EL CAMBIO EN LA HISTORIA DE LA CIENCIA

WILLIAM GEORGE BLACK

1911

Traducción de...

ANTONIO MACHADO Y NEVARET

Traducción de...

Impreso en la imprenta de...



MADRID

EL PROGRESO EDITORIAL

Tip. de EL PROGRESO EDITORIAL, Pasaje de la Alhambra, 1 y 3.

A la memoria de

C. P. P.

DEDICA ESTE LIBRO

SU HIJO



## PREFACIO Á LA EDICIÓN ESPAÑOLA

---

Las materias para el estudio del folk-lore han aumentado tanto de pocos años á esta parte que, para tratar de ellas convenientemente, se hace indispensable intentar clasificarlas en asuntos especiales. Esta obra trata de explicar el origen y significado de muchas supersticiones relativas á la curación de las enfermedades. Me considero muy honrado por la amabilidad de mi distinguido amigo el Sr. Machado y Álvarez al traducirla al español, porque España ha dado un señalado ejemplo á otros países en el celo y el éxito con que ha perseguido el estudio del folk-lore. Por fortuna ya no es necesario insistir en la importancia de las investigaciones acerca de las maneras y costumbres, de los dichos y de los juegos del pueblo. El *Folk-Lore* ocupa ya un reconocido puesto entre las ciencias. Por estas investigaciones principalmente podemos señalar el crecimiento de la civilización en el más importante de todos los asuntos; el desarrollo de las facultades intelectuales del hombre. Con el auxilio del *Folk-Lore* podemos remontarnos á los tiempos de que necesariamente tenemos pocos recuerdos y

ésos no escritos, y hasta adquirir informes respecto á la condición primitiva de la raza humana. Porque la inteligencia humana posee en alto grado la facultad de retener. De generación en generación arrastra la sabiduría ó la locura del pasado. Con la difusión de la literatura y la introducción del vapor, esta transmisión del conocimiento del pueblo, ciencia ó saber popular (todas estas palabras significan lo mismo), disminuye en volumen por dos razones: 1.º, porque la inteligencia del rústico sólo puede conservar un reducido número de ideas y los sentimientos modernos van material é insensiblemente modificando las consejas antiguas: 2.º, porque con la educación, ó mejor dicho, con la semi-educación, los hombres propenden á sentirse avergonzados de su antiguo saber (*lore*). Es, por tanto, muy necesario que mientras tenemos aún tiempo disponible lo aprovechemos en recoger las fábulas y cuentos del pasado que aun subsisten en la no escrita biblioteca del cerebro de nuestros campesinos. Acaso este libro sirva de algún modo para descubrir en España costumbres ó remedios populares de sentido más hondo de lo que á primera vista aparece; si así fuera, mi propósito quedaría plenamente cumplido. Ninguna costumbre carece de sentido. Ninguna leyenda carece absolutamente de valor. Mas, para conocer el significado de una costumbre ó el valor de una leyenda, debemos disponer de otras costumbres y otras leyendas con que poder compararlas. El que estudia la Medicina popular dispone ya de materiales considerables, aunque lo

confieso, muy diseminados todavía. Pero aun se necesitan más, y en su consecuencia los trabajos de la *Sociedad del Folk-Lore Español* son de la mayor importancia y utilidad, pues en ellos se trata de uno de los países más históricos y románticos de Europa. Si me es lícito mencionaré un ejemplo relacionado con esta obra: aludo á un artículo, publicado en el *Archivio per lo studio delle tradizioni popolari*, que versa sobre *Medicina popular española* y el cual confirma plenamente la teoría á que se hace referencia en el capítulo II de este libro, á saber: *en la superstición española, como en la inglesa, escocesa é irlandesa, la mayor parte de curaciones descansan sobre el principio de la transmisión del mal á una persona, viva ó muerta, á un animal, ó á un sér inanimado*. Este artículo, del Sr. D. Eugenio Olavarría y Huarte, contiene interesantísimas notas, de las cuales es sólo una muestra el ejemplo citado. Esto mismo es aplicable á otras ramas del *Folk-Lore*. Cada país puede auxiliar á otro. Los que estudian un lenguaje enriquecen sus conocimientos con el auxilio de los que estudian otros lenguajes. Espero que los lectores españoles de esta *Medicina popular* me favorecerán con sus observaciones y noticias respecto á los asuntos aquí tratados, bien remitiéndomelas directamente, bien por medio de las publicaciones de la *Sociedad del Folk-Lore Español*. Tendré en la mayor estima cuantas indicaciones procedan de España.

VILLIAM G. BLACK

*Glasgow, Alfred Terrace, I.*



## PREFACIO Á LA EDICIÓN INGLESA

La MEDICINA POPULAR comprende los hechizos, encantos, hábitos y costumbres tradicionales referentes á la conservación de la salud y la curación de las enfermedades, usados hoy ó en tiempos pasados, en Inglaterra ó en el extranjero; también intento clasificar en las páginas siguientes las explicaciones de las causas de enfermedad que se presentan en el folk-lore ó saber de las gentes.

En el capítulo XIII hallará el lector las razones que tengo para diferir de ciertos asertos á que el Sr. Spencer ha dado el peso de su autoridad y que versan sobre asuntos estrechamente relacionados con las varias clases de medicina popular.

Á la cortesía de muchos corresponsales conocidos y desconocidos debo el haber podido utilizar notas completamente inéditas en su mayoría. En todos los casos he procurado indicar la autoridad de que me he valido para el folk-lore contenido en el texto de esta obra, y si en alguna ocasion he de-

jado de hacerlo, ruego á mis lectores que no lo atribuyan á descuido intencional. En un *apéndice* cito las principales obras consultadas. Cuando el original de este libro salió de mis manos, aun no había sido traducida al inglés ninguna parte de la gran obra de Grimm, *DEUTSCHE MYTHOLOGIE*: inútil es decir que, á no ser así, al citar algún pasaje del primer tomo, me hubiera valido de palabras inglesas. Esto no obstante, he añadido en muchos casos una segunda referencia á la traduccion de Mr. Stallybrass; el segundo tomo de ésta se ha publicado demasiado recientemente para que pudiera utilizarlo. *La Magie chez les Chaldéens* de Mr. Lenormant se ha traducido también después que me referi por vez primera á sus páginas. Gran servicio me han prestado las publicaciones de la *Folk-Lore Society* y también las obras del Dr. Tylor y Sir John Lubbock.

Debo especial gratitud por sus notas, libros, referencias y consejos á los Sres. Tylor, Lang, profesor Veitch y profesor Young, de la universidad de Glasgow; al profesor Lindsay, del colegio de la Iglesia libre de Glasgow; á Miss Guernsey, de Rochester, Estados Unidos de América; á Mr. W. H. Patterson, de Belfast, y al Rev. G. S. Streitfeild, de Louth.

Los Sres. Gomme y Robert Guy han revisado las primeras y segundas pruebas de este libro y me han favorecido con muchas indicaciones. Á Mr. Gomme, así como á todos los miembros de la *Folk-Lore Society*, hállome grandemente obligado por

su constante cortesía, y espero que aquél ha de permitirme rendirle aquí un especial testimonio de gratitud por su incansable celo en promover y fomentar los estudios folk-lóricos. Desde luego me declaro único responsable de los errores ó equivocaciones de este libro, pues lejos de mi ánimo pensar que no los tenga. Á la esmerada y valiosa crítica de los Sres. Gomme y Guy se debe que estos errores no existan en mayor número.

WILLIAM GEORGE BLACK.

1, *Alfred Terrace, Glasgow.*

7 de Mayo de 1883

en constante crecimiento. El primer paso es la  
definición de los objetivos y la asignación de recursos.  
Después de esto, se debe establecer un plan de  
trabajo que permita alcanzar los objetivos de  
manera eficiente y eficaz. Para esto, es necesario  
definir las tareas y los responsables de cada una.  
Además, se debe establecer un sistema de control  
que permita evaluar el progreso y tomar las  
decisiones necesarias para corregir cualquier  
desviación. En resumen, el éxito de un proyecto  
depende de la planificación y el control.

## ÍNDICE POR MATERIAS

---

- I. Introducción: origen de la enfermedad.
- II. Transmisión de la enfermedad.
- III. Simpatía y asociación de ideas.
- IV. Nuevo nacimiento y sacrificio.
- V. Nuestro Señor y los Santos en la Medicina popular.
- VI. Hechizos relacionados con la muerte ó el sepulcro.
- VII. Color.
- VIII. (1) Número. (2) Influencia del Sol y de la Luna.
- IX. Curaciones personales.
- X. Curaciones animales.
- XI. Hechizos específicos: (1) Escritos mágicos. (2) Anillos.
- XII. Medicina popular doméstica.
- XIII. Puesto que ocupa la *Medicina popular* en el estudio de la civilización.

## INDICE POR MATERIAS

1.	Introducción: estado de la cuestión.
II.	Tipología de la contaminación.
III.	Seguimiento de la calidad de la atmósfera.
IV.	Control de la contaminación atmosférica.
V.	Control de la contaminación acústica.
VI.	Control de la contaminación de las aguas.
VII.	Control de la contaminación de los suelos.
VIII.	Control de la contaminación de los residuos sólidos.
IX.	Control de la contaminación de los recursos hídricos.
X.	Control de la contaminación de los recursos marinos.
XI.	Control de la contaminación de los recursos forestales.
XII.	Control de la contaminación de los recursos pesqueros.
XIII.	Control de la contaminación de los recursos energéticos.

# MEDICINA POPULAR

---

## CAPÍTULO PRIMERO

### **Introducción.**

El primer deber de un escritor al emprender el estudio de un asunto envuelto en gran oscuridad, es fijar en él la atención de sus lectores. Y esto se hace especialmente necesario cuando se trata de considerar las concepciones primitivas acerca del origen de la enfermedad, tales como las dan á conocer el saber de las gentes y los conceptos afines de la medicina popular en general. Por bien comprobados que parezcan estar los hechos, cualquier conjetura fundada sobre ellos, en el estado presente de nuestro conocimiento, debe ser recibida con cautela y aceptada sólo despues de una madura reflexión, pues el generalizar sobre supersticiones, es siempre ocasionado á peligros.

Mas, aunque esto sea así, es obvio que ningún adelanto puede hacerse sin valernos de los hechos

que poseemos. Tenemos algunos datos que nos sirvan de fundamento. La posibilidad de llegar á reglas definidas en otras ramas del saber, se ha probado repetidas veces por los investigadores que, tanto en Inglaterra como en el Continente, han enriquecido al mundo con estudios exactos y liberales; exactos, porque han sido fruto de un celo incansable en la búsqueda de las fuentes auténticas de información; liberales, porque los simples hechos han sido ilustrados con una luz que no hubiera existido á no haberse intentado una generalización sobre ellos.

No creo esperar en vano que en las creencias de que se trata en las siguientes páginas, han de hallarse también motivos para una investigación de un género preciso; y aunque nunca sin vacilación me he permitido hacer algo más que presentar mis apuntes ante mis lectores, todavía tales creencias, como cosas vivas, reconocen un principio y una causa, y alguna indulgencia ha de concederse á quien se aventura á lanzar su barco entre islas desconocidas.

Aun voy más lejos, y afirmo que en el asunto en que á continuación me ocupo, hay mucho que merece atención. Los hechos están en realidad tan diseminados y dispersos por las páginas de las historias y relatos de los viajeros, por los cuentos y viajes marítimos, que es fácil disculpar, aun á los especialmente dedicados á este género de estudios, el que tengan escasas nociones de las ideas de sus mismos compatriotas campesinos respecto á este asunto; en la medicina popular que aun subsiste, tenemos, sin embargo, aparte de otras cosas, el recuerdo no escrito del principio de la práctica de la medicina y cirugía.

La ciencia médica, como cualquiera otra, como nuestro lenguaje y nuestras concepciones, es el premio de larga inquisición. Ha sido formada durante generaciones, por un pueblo tras otro, por uno que ha descubierto los errores de su antecesor, y un tercero que ha adelantado sobre ambos. Sin embargo, la tendencia de todos estos descubrimientos es seguir el plan del conquistador y quemar las naves. En la naturaleza la rama brota del árbol, y la hoja de la rama; pero el crecimiento de la rama no hace al árbol menos útil, ni el de la hoja quita mérito á la rama. En los procesos de la inteligencia humana, por el contrario, las cosas pasan de un modo completamente distinto. Cuando un pensamiento ha dado un nuevo fruto, un nuevo pensamiento, este pensamiento reemplaza al antiguo, como un rey sucede á otro en su trono. La antigua idea es relegada al limbo del olvido: al lado de la idea nueva, aquélla parece inútil, innecesaria, embarazosa, muerta. Es, por tanto, obra de no pequeña dificultad en el transcurso del tiempo la que se ofrece al investigador ó al filósofo que intenta trazar el crecimiento y desarrollo de una sola ciencia, sin el auxilio de los recuerdos escritos. No es mi intento ilustrar aquí por la medicina popular el desarrollo de la ciencia médica; ni esto es propio de este lugar, ni me considero competente para tarea semejante; pero no vacilo en afirmar que la historia primitiva de la ciencia médica, como la de todos los ramos del saber, puede estudiarse más exacta y cuidadosamente en el folk-lore de Inglaterra y las demás naciones, de lo que pueden presumir algunos investigadores de la ciencia y de los exactos archivos modernos. Mr. Spencer ha di-

cho <sup>1</sup> que el curso del cambio social es tan irregular, rítmico y complicado que es imposible apreciarlo en su dirección general, inspeccionando una pequeña parte de él; pero aunque esto se admita, si tenemos en cuenta que en una nota anterior el escritor citado <sup>2</sup> ha dicho que hasta la misma apreciación cierta de los hechos que ofrece una vida individual, se dificulta por la falta de medios que poseemos para comprender los procesos graduales mediante los que los últimos efectos se producen, resulta evidente que el folk-lore comparado, tiene verdadera utilidad para explicar los hechos opuestos y contradictorios, en cuanto es posible, y que existe por lo menos una razón para que las obras folk-lóricas, en cuanto tratan de la historia de la cultura, pueden ser compiladas y estudiadas con fruto.

Al ver la muerte por primera vez, la natural preocupación del hombre fué buscar una razón que le explicase aquella súbita suspensión de la vida, en una persona que, momentos antes andaba por el mundo como sus demás hermanos. Pronto debió ocurrírsele que la ruda arma de caza que había errado su blanco, había tenido cierta volición propia, ó que alguna influencia misteriosa, que antes había protegido á la víctima de daño, había estado ausente, ó se había hecho enemiga. La muerte natural hubo de ser probablemente durante mucho tiempo inconcebible, como aun lo parece á pueblos tales como los indios de la Pradera, los cuales tratan todas las enfermedades de un modo análogo, considerándolas todas igualmente producidas por un

1 *The Study of Sociology*, 7.<sup>a</sup> ed., pág. 105.

2 *Ibid*, pág. 102.

espíritu maligno. En el Sur del Pacífico se supone que nadie muere de muerte natural, á menos que haya llegado á la decrepitud á fuerza de años, y en el Sur de África, según Chapman, Philip y Camerón, se piensa que ningún hombre muere de muerte natural ó por decreto del cielo, sino que ha sido envenenado ó hechizado <sup>1</sup>. Pueden presentarse ejemplos de todos los confines del mundo, en los que el hombre conserva hasta cierto punto el pensamiento primitivo, y también se hallan vestigios de esta creencia en el folk-lore moderno, quizás en la ansiedad misma que demuestran las gentes por explicar cualquier enfermedad por una causa externa.

Muchas son las razones, dice D'Iharace, que han producido los errores en medicina *«teles que les préjugés de l'éducation, la disposition naturelle à l'erreur, les fausses idées, la crédulité, la prévention pour l'antiquité, l'autorité, l'exemple, et plusieurs autres, que les dialectriciens connoissent»* <sup>2</sup> pero aquí basta con referirlas á los tres grandes orígenes de enfermedad y muerte que se recomendaron por sí mismos á las gentes que buscaron otra explicación de la suspensión de vida que la que ofrecía la creencia en la muerte natural. Estas son tres :

1 — LA CÓLERA DE UN ESPÍRITU EXTERIOR OFENDIDO.

2 — LOS PODERES SOBRENATURALES DE UN ENEMIGO HUMANO.

<sup>1</sup> Lubbock, *Origin of civilization*, pág. 29; Gill, *Myths and songs from the South Pacific*, pág. 35; Chapman, *Travels in Africa*, t. I, pág. 47; Philip, *South Africa*, t. I, pág. 118; Camerón, *Across Africa*, t. I, pág. 116; *Christian Express* (Lovedale, S. Africa) Octubre 1878, pág. 2.

<sup>2</sup> D'Iharace, *Erreurs populaires sur la Médecine*, 1783, pág. 3.

## 3—EL DISFAVOR DE LOS MUERTOS.

1. Nada pudo ocurrir mas fácilmente que considerar como una causa de muerte la cólera de un espíritu. En L'ien-chow, provincia de Kwang-si, si un hombre golpea con el pie una piedra y luego cae malo, su familia supone que en la piedra había un espíritu é inmediatamente va al sitio donde está aquélla con ofrendas de frutos, vino, arroz, incienso y adoración. Después de esto el enfermo se restablece <sup>1</sup>. Los aborígenes de Australia achacan las viruelas á un espíritu que se complace en hacer daño; en Cambodia se atribuyen todas las enfermedades á un espíritu malo que atormenta al enfermo. Entre los dayacks de Borneo, el estar enfermo es sinónimo de haber sido herido por un espíritu «la enfermedad puede ser producida por espíritus invisibles, que causan heridas invisibles con invisibles lanzas, ó entran en el cuerpo del hombre y le producen rabia furiosa.» Como en las condiciones normales el alma humana habita en el cuerpo y le da vida y lo hace pensar, hablar y obrar por mediación suya, del mismo modo, por una adaptación del mismo principio, se explican las condiciones anormales del cuerpo ó de la inteligencia, creyéndose que los nuevos síntomas son obra de un segundo sér semejante al alma, un espíritu extraño. El hombre poseído, presa de los sacudimientos y temblores de la fiebre, dolorido y fuera

1. Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 98 Cf. «Aun Siva es adorado como una piedra, especialmente este Siva que castigará á un niño con ataques epilépticos, y luego hablando por su voz, anunciará que es Panchánana, el de las cinco caras, y que está castigando al niño por insultar su imagen.» Tylor, *Primitive culture*, t. II, página 150.

de sí, como si una criatura viva estuviese lacerándole ó retorciéndose dentro de él, encuentra una causa espiritual personal de sus sufrimientos y un nombre para el espíritu que de él se apodera, espíritu que se declara cuando habla en su propia voz y carácter á través de los órganos de lenguaje del enfermo; ¡tan arraigada está en éste la creencia en la personalidad del mal! <sup>1</sup> Creado así el espíritu de la enfermedad, no sorprenderá que los indígenas de Australia consideren á su demonio Biam como negro y deforme, por ser el causante de la viruela; aunque ni Wuotan en la mitología escandinávica ni Apolo en la clásica participan de su odiosidad, siquiera provengan de ambos, según indica Grimm, tanto las enfermedades y pestilencias como las curaciones <sup>2</sup>. La personificación de la enfermedad es general. En Ceylán el gran demonio de la enfermedad está asociado con una leyenda particular. Su padre era un rey que, pensando que la reina le había sido infiel, ordenó que la dividiesen por la mitad, echando á los perros una parte de su cuerpo y colgando la otra parte de un árbol. Refiérese que la reina, antes de que se ejecutase esta sentencia, dijo: «que si el cargo que se me hace es falso, el hijo que tengo en mi vientre nazca en este instante hecho un demonio y que este demonio destruya á la población entera y á su injusto rey.» Sin embargo, la sentencia fué ejecutada; pero ocurrió un portentoso. Reuniéronse las partes separadas y nació un niño que recorrió los cemen-

<sup>1</sup> Tylor, *Primitive culture*, t. II, págs. 113, 114, 116.

<sup>2</sup> Conway, *Demonology and Devil-Lore* t. I, pág. 98. Grimm, *Deutsche Mythologie* t. I, pág. 123; Stallybrass t. I, pág. 149.

terios de la ciudad y allí se cebó en los cadáveres. Luego procedió á afligir á la ciudad con enfermedades mortíferas y ya la tenia casi despoblada, cuando intervinieron los dioses Iswara y Sekkra, que bajaron á someterlo disfrazados de mendigos. Tenia diez y ocho servidores principales; el primero de ellos era el demonio de la Demencia <sup>1</sup>. Éste parece haber sido un monstruo casi tan terrible como el que apareció en sueños á un emperador chino, que floreció cerca de 700 antes de J. C. Un día, estando enfermo el emperador, soñó haber visto á un diablo de color azul, medio desnudo, que habia venido á su palacio. Este diablo robó el pomo de perfumes de la emperatriz y la flauta del emperador hecha de piedras preciosas, y con ellas se escapó al tejado del palacio. De repente apareció otro diablo azul, de gigantesca estatura, con una bota alta de cuero negro en un pie y el otro pie descalzo. Llevaba puesta una bata azul. Uno de sus brazos estaba desnudo y manejaba una pesada espada. Su cabeza era como la de un toro. Este fiero monstruo agarró al pequeño y de un soplo acabó con él. El emperador quedó muy complacido de ser visitado por tan distinguido aunque no natural personaje, y al despertar *se halló con que su enfermedad se habia ido*. Llamó á un pintor para que le pintara lo que habia visto en su sueño, y el artista ejecutó el encargo con tal fidelidad, que el emperador mandó darle doscientas onzas de oro, y distribuir por todo el Imperio copias de aquel retrato, para que todo su pueblo conociese y tributase el respeto debido á este demonio azul de cabeza de toro, el cual con-

1 Conway, *Demonology*, t. I, págs. 261, 262.

serva hasta hoy un puesto preferente en los templos del pueblo <sup>1</sup>.

Como los espíritus de las enfermedades de hombres menos cultos que los emperadores chinos sean proporcionalmente más horribles, podemos creer que los orang laut, como los khonds de Orissa, verían con gusto las barricadas de espinas y ramas, y zanjas y aceite fétido con que procuran atajar el paso á las diosas de la viruela. Análoga cosa ocurre entre los betschvarnis, quienes para librarse de la enfermedad recurren á dos medios: ó colocar una piedra pintada en el suelo en medio de la entrada de la población (que siempre está rodeada de un vallado) ó cerrar el portillo de éste con una barra convenientemente embadurnada con *medicina*. «Hecho esto, se consideran salvos.» En el mismo sentido leemos en la *Medicina de Quadrupedibus*, de Sextus Placitus, refiriéndose á las virtudes de la vaca: «toma su hígado, dividelo, y cava al rededor de los límites de tu tierra, y en los cimientos de los muros de tu ciudad, y oculta el corazón en las puertas de ella; en seguida tú y los tuyos recobraréis la salud para andar de acá para allá y volver á casa; toda pestilencia será ahuyentada, y lo que fué antes hecho será desbaratado, y el fuego producirá poco daño» <sup>2</sup>.

Esta personificación de la enfermedad, esta teoría que *todo ángel de la muerte es la muerte misma, que va á buscar los suyos*, está ilustrada en la mis-

<sup>1</sup> Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 84.

<sup>2</sup> Tylor, *Primitive culture*, t. II, págs. 115-116; South African, *Folk-Lore Journal*, t. I, pág. 34; Cockayne, *Lechdoms*, t. I, páginas 329-331.

ma concepción fantástica del mismo temido poder, que hallamos en tiempos aun más antiguos que los de Sexto Placitus: «Para la inteligencia del israelita, dice Mr. Tylor, la muerte y la pestilencia toman la forma del ángel destructor que mató al sentenciado»<sup>1</sup>. Y en tiempo de Justiniano, los hombres vieron barcos bronceados llevando á bordo hombres negros y sin cabeza, y donde el buque arribaba, la peste aparecía.

Naturalmente, cuando el miedo de estas enfermedades personificadas dominó al hombre, éste se esforzó por hacer las amistades con su enemigo, prodigándole nombres lisonjeros. «Así se dice *el bueno, el bendito, el bienaventurado, ó se llama madrina á la peste*, como los griegos llamaron á las Furias *Eumenides*, y nosotros llamamos durante mucho tiempo á las hadas—las cuales fueron en la Edad Media las descendientes de los genios y espíritus del Oriente y de los gigantes y monstruos del Sur—*las buenas gentes*, llegando á concederles todos los buenos atributos que pertenecían á su nombre. Traspasaba, sin embargo, el poder imaginativo del hombre de cualquier país, el ver de este color de rosa al ángel horrendo de la muerte. Este fué, en efecto, llamado el Bueno y el Bendito, pero fué imposible asociar con la fea realidad—excepto en el lenguaje hiperbólico de la poesía—el mágico sentido humano de las palabras. En la literatura moderna tenemos una doble representación de la muerte, difícil de distinguir, aunque no imposible

<sup>1</sup> Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, págs. 989 y sig.; Tylor *Primitive Culture*, t. II, pág. 267; 2, Samuel XXIV, 16; 2, Reyes, XIX, 35.

de comprender. Como las gentes sencillas, los descendientes por línea recta de una raza sobrehumana, poseemos la muerte guadaña y la muerte hermana del sueño; pero tenemos también el feo esqueleto; tenemos, en una palabra, en nuestra mente, la aterradora *Peste* y el misterioso *Bien*. Y debemos esta doble concepción á un tiempo tan remoto, que apenas si nuestros cerebros aciertan á devanar el pensamiento de los millares de inteligencias que se han requerido para completar la significación de una idea.

Los asirios y babilonios creyeron que el mundo estaba poblado de espíritus nocivos que, pululando en el alimento y en la bebida, eran tragados, y así producían la enfermedad. De estos espíritus, trescientos eran del cielo y seiscientos de la tierra. Empleáronse exorcismos para expulsarlos, aparentemente en todos los casos; pues no se ha hallado mención alguna de medicina. «El venenoso hechizo —reza uno de estos exorcismos— obra como un espíritu malo contra el hombre. La voz que corrompe obra sobre él. La voz maléfica obra sobre él. El mortífero encanto es un hechizo que engendra enfermedades.» Estos exorcismos parecen haber sido tomados por los asirios de la primitiva población de Babilonia <sup>1</sup>. Entre los finlandeses, cuyo lenguaje se parece al aglutinante de los primitivos babilonios, toda enfermedad se considera como la obra de un demonio, y se dice que los sabios, los *tietjat* y *noijat*, tienen el poder de expulsar las enfermedades del cuerpo «*considérées comme des êtres personnels, par le moyen de leurs*

1 *Records of the Past*, t. I, pág. 131; t. III, págs. 139-147.

*formules, de leurs chants, et aussi des breuvages enchantés dans la composition desquels ils faisaient entrer des substances réellement pharmaceutiques; ils étaient les seuls médecins de la nation»* <sup>1</sup>.

Los kirghises, dice Mr. Lenormant, cuyas citas sobre este punto tienen singular interés, «s'adressent de même à leurs sorciers ou BAKSY, pour chasser les démons et guérir ainsi les maladies qu'on suppose produites par eux. Pour cela, ils fouettent le malade jusqu'au sang et lui crachent au visage. Toute affection est à leurs yeux un être personnel. Cette idée est pareillement si accréditée chez les Tchouvaches, qu'ils assurent que le moindre oubli des devoirs est puni par une maladie que leur envoie Tchémén, démon dont le nom est une forme altérée de Schaïtan. On retrouve à peu près la même opinion chez les Tchouktchis; ces sauvages ont recours, pour délivrer les malades, aux plus bizarres conjurations» <sup>2</sup>. Grimm cita de un cuento finlandés:

*A una vieja le nacieron nueve chicos: Loupgarou, serpiente, lagarto, pesadilla (suerebo), dolor reumático, dolor de gota, dolor de costado, cólico. Estas enfermedades son, por tanto, hermanas perniciosas y monstruosas; en la canción se elevaba después y juraba a la última de ellas* <sup>3</sup>.

A veces, sin embargo, era necesario acreditar

<sup>1</sup> Lenormant, *La Magie chez les chaldéens*, pág. 219 (citando á Lönnrot *Abhandlung über die magische Medicin der Finnen*).

<sup>2</sup> Lenormant, *Ibid.* pág. 188 (*Levchine, Description des hordes et des steppes des Kirghiz-Kazaks*, págs. 356, 358; *Nouvelles Annales des Voyages*, 5.<sup>a</sup> serie, t. IV, pág. 191).

<sup>3</sup> Esta breve nota, como otras análogas que en el texto se hallan citadas en alemán, han sido traducidas por un distinguido profesor perito en esta lengua.—N. del T.

con pruebas <sup>1</sup> que una persona estaba hechizada, pero Cotta, en su obra *Tryal of Witchcraft*, dió á conocer los dos procedimientos por los que, según decía, la razón puede descubrir si el enfermo ha sido hechizado. El primer método es valiéndose de cosas tales que sólo pueden ser manifiestas para el médico instruido; la segunda, por las cosas que caen plenamente bajo el dominio del vulgo, es decir; primero: por la apariencia sobrenatural de la enfermedad; y segundo, por la ineficacia de los remedios. Hodgson consignó un curioso método de descubrir las enfermedades, usado entre los Bodo y Dhimal. El exorcista coloca treinta panes al rededor del paciente; estos panes representan á los dioses, uno de los cuales debe haber sido ofendido. Luego el exorcista mantiene un péndulo colgado de su dedo pulgar por un cordón, hasta que, después de muchos ruegos, el dios se declara haciendo que el péndulo se incline hacia el pan que lo representa. El jefe de lo demonios de Queensland se hace visible en las grandes asambleas, y como no es sólo el autor de la enfermedad, sino también del mal y la sabiduría, se presenta precisamente en forma de serpiente. Aun en nuestros días existen en la Gran Bretaña personas que han visto á la serpiente enfermedad, mostrándose ella misma en la molesta dolencia llamada *herpes*. Un médico sufría tan extremadamente con ella, que en los momentos de mayor dolor, creía estar tocando con su mano las ásperas escamas de la supuesta serpiente. <sup>2</sup>

<sup>1</sup> Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 972; Lenormant, *Ibid.*, págs. 232, 233.

<sup>2</sup> Hodgson, *Abor, de India*, pág. 170, citada por Tylor, *Primitive Culture*, t. I. págs. 114, 115, 378, 278-9.

Es más natural considerar á los espíritus dedicado cada uno á una misión especial, como lo hacen los Mintira de la península Malaya (cuyos demonios más temidos son los de los árboles), que como indistintamente productores de todas las enfermedades simplemente porque se dé el caso de que ellos sean enfermedades. El Dr. William Ramsay, médico cortesano del siglo xvii, piensa que los mágicos y los brujos, *como diablillos é instrumentos de Satanás*, deben ser instrumentos para producir lombrices especialmente. <sup>1</sup> Uno admira si esta fama tiene alguna conexión con el título de *gentes sabias gusanos*, que dan los polacos á los que causan las enfermedades en los hombres. Esta relación puede ser robustecida por el hecho de que, mientras algunos pueblos han enseñado que el dolor de muelas es obra de un demonio (acaso de un demonio particular, como los zeelandeses señalan una deidad especial á cada una de las partes del cuerpo, Tonga para el dolor y las enfermedades de cabeza, Moko-Tiki para los dolores en el pecho y así sucesivamente, y los cristianos atribuyen la producción y cura de las enfermedades á santos y demonios) <sup>2</sup> otros han declarado que es obra de un gusano, pero á éste nos referiremos más tarde.

Aparece que los asirios participaban de la creencia de los nuevos zeelandeses, porque entre sus demonios, arriba mencionados, los hay que hacen da-

1 Tyloë, *Primitive Culture*, t. II, págs. 115, 196; Ramsay *Ελληνθολογία*, pág. 79. Ramsay sostiene su teoría con muchos hermosos cuentos, citando á Boisardus, *De Divinatione*, etc.

2 Biesters, citado por Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 968 Taylor, *New Zealand and its Inhabitants*, pág. 34. Lubbock, *Origin of Civilization*, pág. 30.

ño á la cabeza, á las manos, á los pies <sup>1</sup>. Los zulúes, aunque creen en espíritus dañinos, despliegan especial cuidado en aplacar las tendencias mortíferas del arco iris. Cuando devora á una persona, ésta muere repentina ó violentamente. Todas las personas que mueren malamente, de caídas, ahogados ó devorados por las fieras, mueren porque el arco iris ha devorado su ka-la ó espíritu. Al devorar á las personas, se pone sediento y baja á beber, por eso se le ve en el firmamento bebiendo agua. Así cuando las gentes ven al arco iris dicen: *El arco iris ha bajado á beber; cuidate; alguno morirá violentamente con una muerte mala*. Los karenes de Birma tienen esta creencia; los zulúes dicen de un modo análogo: *El arco iris es enfermedad. Si cae sobre un hombre, algo ocurrirá á éste* <sup>2</sup>.

Desearian estas gentes que el arco iris fuese tan contentadizo como el demonio en China, que puede ser apaciguado con una comida, después de haber entrado en el cuerpo de un pariente del enfermo y haberle reprendido por el pecado que ha atraído la enfermedad sobre él <sup>3</sup>. Para cerciorarse plenamente de la visita de los espíritus «*cuando atormentan á*

1 *Records of the Past*, t. III, pág. 140.

2 Mason, *Karens*, en el *Four. As. Soc. Bengal*, 1865, parte II, pág. 217; Callaway, *Zulu Tales*, t. I, pág. 194; Tylor, *Primitive Culture*, t. I, pág. 266. El relámpago, como era de esperar, ha sido universalmente considerado como un demonio temible, pero «á un herido del rayo le proclamaban feliz los osetas y creían que Elías lo había llamado á sí: los sobrevivientes, ó los parientes, lanzaban gritos de júbilo, cantaban y bailaban en derredor del cadáver; todo el mundo acudía allí, se agregaba al corro y cantaba: ¡oh Elías, Elías, Señor de la cima de las rocas!»—Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. I, pág. 145. *Stallybrass*, t. I, pág. 174.

3 *Strange Stories from a Chinese Studio*, t. II, pág. 131.

*un enfermo las gentes sabias se hace en Polonia, en viernes, una cama de paja de guisantes, se extienden las sábanas y se coloca allí al enfermo. Después, uno trae á la espalda un cendal con ceniza y hace que toda ella quede esparcida al rededor de la cama. Por la mañana temprano se cuentan todas las rayas que hay sobre la ceniza, y silenciosamente, sin saludar entretanto, lo relata una á la prudente mujer, que entonces dispone de los medios (¿bienes?), y en la ceniza se imprimen las huellas de los espíritus á la vez que también se esparcen cenizas al genio de la Tierra.»*

Algunas tribus de indios han procurado apaciguar la cólera de los espíritus del agua ofendidos, ofreciéndoles las cosas mismas que ellos tienen en más aprecio. Los frisonos atribuyen á los lirios acuáticos una misteriosa virtud, y se dice que los niños holandeses son extremadamente cuidadosos al manejarlos ó arrancarlos, pues si un niño cae llevando estas flores, inmediatamente queda sujeto á paroxismos <sup>1</sup>.

Antiguamente en Shetlandia, explicaban la parálisis diciendo que un espíritu malo había tocado al miembro inerte, ó que el miembro sano había sido quitado y sustituido por una masa insensible, con el mismo razonamiento <sup>2</sup> empleado por los africanos al hablar de ciertas personas de edad que han tomado y comido los espíritus de cinco individuos.

Es un hecho natural y muy conocido que los dioses de una nación se convierten en los diablos de

<sup>1</sup> Franklin, *Journey to the Polar Sea*, t. II, pág. 245; Tylor, *Primitive Culture*, t. II, pág. 192; *Notes and Queries*, 1st S. t. III, pág. 387; *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 7.

<sup>2</sup> Dalzell, *Darker Superstitions of Scotland*, pág. 304; Hibbert, *Shetland Islands*, pág. 431.

sus conquistadores ó sucesores. Las deidades del Norte se salvaron sólo parcialmente por el reconocimiento de un Cristo en Baldur, como las divinidades romanas se salvaron por la identificación de la Virgen María con las más altas virtudes de las antiguas reinas del cielo. «*La plus grand partie de la magie du moyen age, dice Lenormant, a ce caractère et perpétue les rites populaires et superstitieux du paganisme, à l'état d'opérations mystérieuses et diaboliques de sorcellerie.*» Esto se ve en todo el mundo, como en Ceilán, donde desde la conversión de la isla al budhismo, «*les anciens dieux du civaïsme sont devenus des démons et leur culte des sortilèges coupables que pratiquen les seuls enchanteurs*»<sup>1</sup>. Podemos concluir que en Inglaterra el diablo ha representado durante largo tiempo mucho del antiguo paganismo aun existente. El diablo parece haber sido considerado casi el jefe de la profesión médica; *el diablo*, dijo Sir George Mackenzie, hará sólo 200 años, puede producir enfermedades, efecto que se ocasiona *applicando active passivis*, y por los mismos medios el diablo puede igualmente curar... y no sólo puede curar las enfermedades que él mismo produzca, según observa Wierus, sino aun las enfermedades naturales, puesto que conoce las causas y el origen de cada una de éstas mejor que los físicos, los cuales no están presentes cuando las enfermedades se contraen, y además, *por ser más jóvenes que él*, tienen menos experiencia. Y es incierto lo que observa Pirius Thomas, quien asegura que las curas hechas por el demonio no pueden prosperar; puesto que sus curaciones no son naturales.

1 Lenormant, *La Magie chez les Chaldéens*, págs. 69, 70.

Conrado, bajo el epigrafe XII, *magie effectorea est admirandorum operum realium, auxilio Diaboli productio*, entresaca lo que sigue:

«Est autem illa ipsa, respectu subjectorum circa quae occupata est, partim *utilis*, partim *inutilis* s. *noxia*, quamvis utraque ad hominum tam temporalem quam aeternam tendat perniciem. Ad priorem classem spectat curatio vulnerum, morborum, abactio, Spectrorum (wenn ein Teufel den andern austreibet) aliorumque malorum averruncatio. Ad posteriorem, tempestatum horrendarum ventorumque tumultuantium excitatio, frugum perditio, hominum pecorumque laesio, etc.»<sup>1</sup>.

Una bruja escocesa, célebre por sus curaciones de niños, acostumbraba decir cuando administraba el remedio: «Te lo doy en nombre de los dioses; pero el diablo te dará lo bueno de él.»

(2) Á la teoría del origen de la enfermedad arriba referida, sigue en orden de importancia, si es que puede darse á una preeminencia sobre otra, la teoría que atribuye todas las enfermedades ó desgracias corporales á los poderes sobrenaturales de un enemigo humano. Las razas de un bajo nivel de civilización, fluctúan generalmente entre estas dos teorías en la actualidad: los indios sudamericanos, los kols de Nagpore y los cafres de Koussa, hablan con temor del poder de los brujos y de los hechiceros que pueden atraer el bien ó el mal sobre los hombres<sup>2</sup>. Aun en este siglo los lec-

<sup>1</sup> Elías Conrad, *Disputatio Physica exhibens: I. Doctrinam de Magia*, II. *Theoremata Miscellanea*, 1661. V. Ramsay, *Ελληνολογία*, páginas 54 y siguientes.

<sup>2</sup> Lichtenstein, *Travels in S. Africa*, t. II, pág. 255; Stevenson,

tores de periódicos pueden comprobar que no faltan en Inglaterra esas sabidoras cuyas maldiciones son temidas y cuyo dictamen es solicitado. Conozco á un hechicero de profesión que curaba el dolor de muelas y que ha practicado en Cheshire en estos veinte años últimos; en Lancashire se dice con frecuencia que los enfermos de consunción y parálisis han sido hechizados; y Mr. Gregor, refiriéndose á la primera parte de este siglo, habla de una clase de personas, cuyas maldiciones ó *plegarias*, según les llamaban, fueron muy temidas. Uno de los modos de incurrir en el desagrado de estas personas, es menospreciar sus plegarias, las cuales eran pronto seguidas de enfermedades ó accidentes corporales, ó de desastres en la propiedad, ó del malogramiento de las empresas ó negocios emprendidos; en suma, de desgracias de todo género. Era cosa corriente decir <sup>1</sup>: «Fulano de tal se rompió una pierna porque Mengano lo maldijo.» «Desde que Zutano riñó con Mengano, no ha tenido un día bueno» <sup>2</sup>. «Los maleficios de la mujer del mendigo cayeron

*Travels in S. America*, t. I, pág. 60; Lubbock, *Origin of Civilization*, págs. 32, 224, 371.

<sup>1</sup> Con el objeto de que los lectores conozcan el texto original de estas frases, lo insertamos en esta nota: nuestro ánimo no ha sido traducirlas, sino sólo dar una ligera idea de su contenido. He aquí el texto: «So-and-so got his leg broken aifter So-and-so curst'im.» «So-and-so never hid a weels day aifter he fell oot wi' So-and-so.» «Ill health's never been out o', So-and-so's hoose sin he keest oot wee So-and-so.» «The beggar-wife's malison hiz lichtit on So-and-so's hoose for pittin' hir in 'ir bairnoot in a nicht o' blin, drift.»—*N. del T.*

<sup>2</sup> *Lancashire Folk-lore*, pág. 164; *Journal Anthropological Institute*, t. III, pág. 267. Véase también *Folk-lore of North-East of Scotland*, de Gregor, pág. 35.

sobre la casa de Perencejo, porque cuando nació la echaron de la casa en una noche de vendaval.» Si los hechiceros que se ocupan en la oscura obra de trastornar la inteligencia, las brujas matadoras de almas que deforman el cuerpo son aún miradas con tanto horror en nuestros días, no es de admirar, que en otros países, y en tiempos más primitivos, llegase á estar en boga y gran predicamento el comercio de producir enfermedades ó hacer evocaciones. La clase gobernante era, á la vez, médica legal y religiosa; el jefe, el sacerdote y el médico, eran una misma persona. Atribuyéndose en edades remotas la enfermedad á un poder sobrenatural externo, que pudo ser, como dice Lenormant del dios de los finlandeses, no sólo dios del aire y de las aguas, sino también, «*l'esprit d'où découle toute vie, le maître des enchantements favorables, l'adversaire et le vainqueur de toutes les personnifications du mal, le souverain possesseur de toute science,*»<sup>1</sup> deber era de los sacerdotes velar las acciones de esta deidad, puesto que, según se ve, la principal función profesional de esta clase era entender en asuntos de medicina. El sacerdote que no podía distinguir ó indicar la enfermedad como la acción directa de un espíritu externo, debía saber designar la persona que había producido el daño, y si tenía ojeriza hacia alguno, inútil es decir la suerte que aguardaba á este desdichado. La profesión de mágico es en algunos puntos hereditaria, el hijo sucede al padre, si éste ha conseguido salvarse; pero si se sospecha que un brujo ha atentado contra la felicidad de un jefe (aunque en muchos casos el jefe es al mismo tiem-

1 Lenormant, *La Magie chez les Chaldéens*, pág. 222.

po el principal sacerdote y doctor), el camino más breve y expedito, en el África central, para evitar la repetición del atentado, es destruir completamente la casa del ofensor. Con frecuencia estos mágicos en sus agonias se jactan de sus hazañas, y mueren alabándose de las muertes que han causado, y de las lluvias benéficas que han impedido. Los australianos rastrean á sus hechizadores, observando un insecto que, según se dice, se arrastra desde la sepultura de un hechizado á la casa del brujo que produjo su muerte; y otros pueblos tienen otros métodos propios de hacer estos descubrimientos <sup>1</sup>.

Pero las naciones ilustradas han descubierto que no son las maldiciones y las denuncias los únicos medios de que se valen sus mágicos para hacer efectivos sus malos deseos. Hay métodos más perfeccionados y más eficaces, en cuanto apelan á sentimientos secretos y aspiran á ejercer mayor imperio en lo sobrenatural.

El mágico que logra obtener algún objeto perteneciente á la persona sobre que va á ejercer su magia, un jirón de su vestido, una raspadura de sus uñas, uno de sus cabellos, una cosa cualquiera más ó menos intimamente ligada con él, tiene ya una base de operaciones. En la isla del mar del Sur, la saliva de los jefes se entierra por los criados, que le siguen con escupideras, en algún lugar oculto, para que ningún adivino pueda encontrarla, pues se supone que existe una asociación, ó más bien simpa-

<sup>1</sup> Cámeron, *Across Africa*, t. I, pág. 116; Oldfield. *Tr. Eth. Soc.* t. III, pág. 246, citado por Tylor, *Primitive Culture*, t. I, página 106.

tia, de indefinible género, entre el *tubu*, como lo llaman los polinesios, y la persona á quien originariamente ha pertenecido <sup>1</sup>. Los pormenores varían en los diferentes lugares; pero, en lo principal, la ceremonia es la misma en todas partes. El encantador invoca algún poder oculto, y después entra el *tubu*; por supuesto, en fuerza de súplicas, pasa naturalmente al primer propietario del *tubu*. No es de sorprender que cuando un hombre oye ó imagina que algún mal viene contra él, se amilane con el miedo y proporcione al médico el triunfo que buscaba. Casi siempre se necesita el cabello, y esto ilustra y explica el disgusto de la nodriza cuando no echan al fuego las recortaduras de uñas ó los cabellos de los niños que están á su cuidado. Si un pájaro coge un cabello humano y lo emplea para construir su nido, según una creencia del Oeste de Escocia, la persona cuyo cabello ha sido empleado, queda sometida á dolores de cabeza y últimamente se queda calva. ¿Y por qué? Con la luz que nos presta el conocimiento de las supersticiones de otros países, podemos remontarnos más y ver el fundamento de que en los primitivos días se creyese que el atrevido pájaro era un mal espíritu ó brujo. En 1798 se esculpió en madera una imagen de un príncipe indio, y después de encantada, la enterraron con algunos de los cabellos del príncipe introducidos en sus costados; en su consecuencia se dijo que el príncipe había sido invadido por la parálisis en el sitio de su cuerpo correspondiente al de la ima-

<sup>1</sup> Williams, *Polynesian Researches*, t. II, pág. 228; Lubbock, *Origin of Civilization*, pág. 245; Tylor, *Early History of Mankind*, página 129.

gen en qué se habían insertado los cabellos <sup>1</sup>.

Cuando Inés Sampson fué procesada, confesó que para conseguir la muerte del rey Jaime VI de Escocia había tenido colgado un sapo negro durante nueve días, y recogido el jugo que caía de él. Si hubiese podido obtener una pieza de lienzo de las que el rey usaba, hubiera podido matarle con este veneno *causándole tan extraordinarios sufrimientos como si hubiese estado echado sobre afiladas espinas ó puntas de agujas*.

Turner habla de una colonia de maleficiadores, en la isla de Tauna, Nuevas Hébridas, que vivían recogiendo desperdicios tales como las cáscaras de una banana que un hombre había comido. Esta cáscara se enrollaba en una hoja y se quemaba á fuego lento, dando por resultado que, según se quemaba, el poseedor iba empeorando y así naturalmente «cuando un hombre caía enfermo, lo atribuía á que algún hechicero estaba quemando sus desperdicios (*nahak*), y en seguida se tocaban caracoles, que podían ser oídos á muchas millas de distancia, para avisar á los hechiceros que se detuvieran y aguardasen los regalos que se le enviarían á la mañana siguiente» <sup>2</sup>. Según los malayos, los jakun pueden producir enfermedades y la muerte, sin más que golpear dos palos uno contra otro, no importando la distancia á que pueda hallarse la casa de su enemigo; por esto, aunque la raza de los jakun se desprecia mucho, es aún muy temida.

<sup>1</sup> Nápier, *Folk-Lore* pág. 114; Moor, *Hindu Pantheon*, página 402, nota citada por Dalyell *Darker Superstitions*, pág. 365.

<sup>2</sup> Turner, *Polynesia* págs 18, 19, 424; Tylor, *Early History of Mankind*, pág. 128.

Se habrá observado que á los hechiceros de las Nuevas Hébridas se les ruega que detengan sus encantamientos con toques de trompeta, pero probablemente en esto va envuelta otra idea. Rara vez podemos adquirir la certeza de que pueda señalarse la línea divisoria entre los casos de enfermedades de origen sobrenatural y las enfermedades de origen mágico, ó de que los viajeros hayan comprendido todo el significado de una ceremonia extraña; aunque el sonido discordante sea sólo una señal para que los quemadores del *nahak* se detengan al quemar las cáscaras de la banana, es muy posible también que haya sido un desafío formal y una parte reconocida de la contienda entre el paciente y el espíritu de su enfermedad. Los stiens de Cambodia arman de día y de noche un insoportable ruido con el objeto de libertar al paciente de la perniciosa influencia. Los dacotas arman un ruido bronco y confuso, con calabazas llenas de cuentas y dando gritos. Los patagones tocan á la cabecera de los enfermos tambores que tienen pintadas encima figuras de diablos <sup>1</sup>.

La verídica historia siguiente, que me fué remitida de América por un corresponsal, manifiesta las mismas creencias que las de los indios de Alaska, en la eficacia del ruido para ahuyentar á los demonios de las enfermedades. El capitán Abram Osborne, de Edgbaston, Mass, siendo aún muchacho, naufragó en las costas de Alaska y pasó el

1 Este apaleo de pinturas diabólicas nos recuerda el razonamiento que indujo, en ocasiones, á los devotos de la Edad Media, á apalear las imágenes de los santos que no respondían á los ruegos de sus fieles.

invierno entre aquellas gentes, que lo trataron, así como á los otros marineros, con mucha bondad. Ocurrió que una vieja que vivía en la casa en que Osborne estaba alojado, sufría una hinchazón en la cara. Condolido de ella, le hizo una cataplasma con algún pan del barco, y con mucha dificultad la persuadió á dejársela poner. Después de haberla tenido puesta una hora sin sentir alivio alguno, se llamó á un médico. Éste compareció con un tambor. Cuando tocó el tambor, todos los presentes aullaron, llegando al colmo de sus alaridos. El médico siguió tocando cada vez más fuerte y produciendo cada vez más estruendo, hasta que finalmente rompió el tambor. Se preguntó á la paciente si estaba mejor, pero como siguiese lo mismo, se trajo otro tambor más grande y de nuevo comenzaron los alaridos y los redobles. Por último se trajo con gran solemnidad un enorme tambor y se hicieron venir más cantadores ó gritadores. Todo en vano, el tambor se rompió también pronto. Viendo, por último, que la enferma no mejoraba, le echaron un cordón al rededor del cuello y pusieron término á sus sufrimientos por estrangulación.

La opinión médica de aquellos indios era que, cuando un espíritu de enfermedad no podía ser expulsado tocando el mayor de los tambores, sólo podía ser ahuyentado destruyendo el cuerpo del individuo de que se había posesionado. Osborne hizo votos de no volver jamás á intentar ejercer la medicina en un país extraño. Entre nosotros se supone que la campanilla <sup>1</sup> que toca á muerto ahuyenta los

1 En China, los niños usan campanillas con un objeto reconciliatorio, porque en una ocasión en que un encolerizado oficial or-

espíritus que están aguardando á la cabecera del enfermo para recibir su alma. Por esto los niños usan campanillas en sus vestidos.

Aunque la brujería sea á veces hereditaria y los brujos logren escapar de morir á manos de sus victimas, no supone esto que estén siempre seguros de ejercer dominio en lo sobrenatural. Cuando se da el caso de que un tauna, quemador de desperdicios, descubre que un enemigo está quemando los suyos, toca su caracol pidiendo gracia como cualquier mortal; y el sabio celestial, que concluyó su coleccion de historias en 1677, nos habla de un distinguido chino que, cuando alguno caia malo en el pueblo, descubria y expulsaba los demonios productores de la enfermedad, y que él mismo enfermó muy gravemente y su carne se volvió verde y púrpura; entonces dijo: «los diablos me atormentan asi porque he revelado sus secretos. De hoy en adelante jamás divulgaré nada de ellos.»

Uno de los métodos más apreciados para acarrear el daño, era formar una imagen de la persona contra cuya salud se maquinaba, y por medio de ceremonias, inferir á la figura injurias simbólicas iguales á las que el brujo deseaba que recayesen verdaderamente sobre el original; pues como Sir George Mackenzie dice: «Las brujas atormentan de igual modo al género humano, haciendo imágenes de arcilla ó cera, y, cuando punzan ó pinchan á tales imágenes, las personas representadas por éstas

denó que tocasen la infernal campana de Cantón, un millar de niños y de niñas murieron dentro de la ciudad antes que el sonido hubiera cesado; á esto se debe que los niños usen campanillas, cuyo sonido puede apaciguar la terrible campana del demonio.—Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 37.

sufren grandes torturas que no proceden de influencia alguna de la imagen sobre la persona atormentada, sino de que el diablo provoca en ella, por medios naturales, estos tormentos, mientras las brujas punzan ó pellizcan, ó tienen en el fuego á dichas imágenes de arcilla ó cera. Este género de tormento, añade, fué ultimamente confesado por algunas brujas en Inverness, que igualmente fabricaban las imágenes, y era muy bien sabido que odiaban á la persona atormentada; por tan sócorrida confesion, puede hallarse juiciosamente la culpabilidad de las brujas, puesto que *constat de corpore delicti de modo de linquendi et inimicitiiis praeviis* <sup>1</sup>. Nada más común en los juicios del siglo xvii, que estas acusaciones contra la desgraciada que comparecía ante el tribunal. Pormenores más amplios se hallarán en el caso de Sir George Maxwell de Pollok <sup>2</sup>.

Los hechiceros indios cuelgan el nombre de sus victimas al pecho de las imágenes que las personifican, y por tanto no debe sorprender que los abisinios y otros pueblos oculten su nombre de bautismo. El nombre bautismal es el nombre real, registrado en el cielo; así, si el enemigo que hace la imagen no conoce este nombre, no puede llamar á la imagen por él. Si sólo se emplea el nombre usual, no puede decirse con propiedad que la figura representa al original, y el peligro se evita <sup>3</sup>.

1 *A Treatise on Witchcraft*, 1678, pár. XXII.

2 *Witches of Renfrewshire*, pág. 43. Para la conspiración contra el Señor de Fowles y la jóven señorita Balnagown, véase Dalyell pág. 371.

3 Simpson, *An Artist's Fottings in Abyssinia*, «Good Words,» 1868, pág. 607. «En todos los oficios eclesiásticos, particularmente

En un cuento chino, que trata de cómo procuraron descubrir á un nigromántico, se refiere que la primera vez que el nigromántico fué aparentemente abatido, sólo se encontró un hombre de papel cortado por medio; la segunda vez, una imagen de arcilla, hecha pedazos; y la tercera, una imagen de madera. El editor en una nota dice: «Los sacerdotes gozan generalmente la fama de poseer la gracia de esculpir hombres, animales ú otras figuras, de infundirles vitalidad en el acto y aplicarlos á hacer el bien ó hacer el mal <sup>1</sup>. Al empleo para el bien, del cual hay pocos ejemplos, me refiero en otra parte.

El procedimiento más conocido de ejercer el poder personal y producir enfermedades ó desgracias —por medio de lo que es generalmente conocido con el nombre de *mal de ojo*—es una materia sobre la que se ha escrito ya tanto, que apenas si creo necesario hacer una breve referencia á ella para ilustrar esta parte de mi asunto.

Martius atestigua: «Oculis fascina induci posse, tristis experientia abunde testatur. Quamvis enim radii visini ex oculis non egrediantur, effluvia tamen emanent, quae quando livore et nvidiâ malignâ redditâ per intentionem diriguntur ad certum quoddam objectum noxiam suam vim ibi exserunt» <sup>2</sup>. Dice el Dr. Dennys que se entretuvo muchas veces en China viendo el afán con que le suplicaban que no

en las preces de difuntos, el nombre de pila debe usarse. Cómo hacen por ocultarlo no lo sé. Probablemente lo confían sólo á los sacerdotes.»

1 Giles, *Strange Stories from a Chinese Studio*, t. I., págs. 49-51.

2 Citando muchos autores. — Martius, pág. 38.

se fijase en cualquier muchacho que le había llamado la atención. Caldcleugh, en la primera parte de este siglo, nos habla de haber sido quemado un joven por haber hecho mal de ojo á una persona enferma. Las madres egipcias atribuyen las enfermedades de sus hijos al mal de ojo, y los árabes y los montañeses de Escocia emplean amuletos contra él <sup>1</sup>. Este poder no es solamente eficaz contra el hombre: otro ejemplo de creencia en la íntima simpatía entre el hombre y la naturaleza es el hecho de haber sido acusado en este mismo siglo un habitante de Yorkshire, de haber dado muerte ó haber hecho que se secase un peral sin más que mirarlo por la mañana con malos ojos. «*Mirad, señor, dijo el informador de Mr. Carr, compilador de The Craven Glossary, este peral solía estar siempre, hace pocos años, florido y frondoso. Todas las mañanas, no bien abría la puerta, como no podía fijar sus ojos sobre ningún pasajero, los fijaba sobre este árbol, y ya ve usted claramente, señor, cómo se ha secado*» <sup>2</sup>. El motivo aquí era admirable. No hace aún mucho tiempo que un honrado labrador de Lancashire me habló de los daños que había producido en su querria una vieja rencorosa. Había él despedido al hijo de la vieja, un zopencote y hastial que para nada

<sup>1</sup> Dennys, *Folk-lore of China*, pág. 49; Caldcleugh, *Travels* 1819 1821, tomo I, pág. 73; Volney, *Voyage en Syrie et en Egypte*, t. I, ch. 17, párrafo 2, pág. 223; Dalyell, *Darker Superstition of Scotland*, página 12. «Los ojos de algunas personas son muy ofensivos: non possum dicere quare: hay en ellos algo divino, más de lo que cualquiera puede pensar.»—Aubrey, *Remains of Gentilisme (Folk-Lore Society's ed.)*, pág. 80.

<sup>2</sup> Carr, *Craven Glossary*, t. I, pág. 137, citado por Harland y Wilkinson, *Lancashire Folk-lore*, pág. 69 (nota del pie).

servia; y como ella, en venganza, mirase con malos ojos su mantequera, en todo el año pudo obtener crema. Se dice en el Norte de Escocia, que el poder del mal de ojo es un dón propio de ciertas familias que pasa de generación en generación como herencia de padres á hijos. Á voluntad del poseedor se emplea, no sólo para sus venganzas particulares, sino también en servicio del que lo paga para emplearlo contra un enemigo. Un corresponsal me escribe que aun en el día se sigue creyendo en Dorsetshire en el *mal de ojo*, y aun prescindiendo de las pruebas suministradas por los casos que diariamente se refieren en los periódicos en que alguna pobre anciana ha sido maltratada, á menudo se hacen referencias á actos de *mal de ojo* atribuidos á las viejas. En la afirmación del biógrafo del difunto vicario de Morwenstow, tenemos una prueba de que la superstición existe en los lugares donde menos era de esperar. Dondequiera que Mr. Hawker tropezaba con alguno que tuviera una particularidad en los ojos, bien muy brillantes y claros, bien oscurecidos por una membrana, ya la pupila doblemente anillada, ya un ojo más grande que otro, acudía á la antigua costumbre de colocar el pulgar, el índice y el dedo de en medio en la posición que las supersticiones del Oriente de Europa le habian enseñado que servia para librarse de los efectos del mal de ojo <sup>1</sup>. El coral rojo entre los romanos, como aun entre

1 Mrs. P. 3o Octubre 1879; Baring Gould, *Life of Rev. R. S. Hawker*, pág. 152. También debe hacerse aquí especial mención de la segunda parte de la obra *Castle of St. Angelo* que contiene un estudio interesante y completo de la fascinación. También debe verse á Mackenzie, § XX.

nosotros, se ataba al cuello de los niños para protegerlos del mal de ojo. En África, Cámeron encontró una madre que llevaba á su niño á la espalda en un zurrón de piel de cabra con un delantal hecho de innumerables tiras de pellejo, con un amuleto colgado de cada una, para preservar al infante del mal de ojo y otras clases de brujerías. Mr. Nápier, el veterano folk-lorista escocés, dice que conserva un claro recuerdo de haber sido él mismo considerado cuando niño víctima de un principio de mal de ojo. Tuvo un desmayo que burlaba la experiencia de su familia, y para librarlo del hechizamiento que le estaba produciendo mucho mal, llamaron á un vecino muy experto en el asunto. Pidió una moneda de seis peniques á un vecino, sostúvose un buen fuego en la parrilla, cerraron la puerta y me colocaron en una silla frente al fuego. El operador, una vieja, tomó una cuchara y la llenó de agua; con la moneda de seis peniques tomó la cantidad de sal que pudo y la vertió en la cuchara llena de agua que movió con el dedo índice hasta disolver la sal. Luego que bañaron las plantas de mis pies y las palmas de mis manos por tres veces con esta disolución y después de este lavatorio me hicieron gustar tres veces el liquido salado. El operador pasó más tarde su índice mojado por mi frente *para mantener viva la respiración*. El resto del contenido de la cuchara lo echó en el fuego, en la parte más recóndita, diciendo, conforme lo iba haciendo, *Dios nos libre de un fracaso*. Tales eran las primeras palabras que podían hablarse durante la operación. Después me llevaron á la cama, y en prueba de la eficacia del encanto me puse bueno. El mantener vivo el aliento fué el procedimiento más usado para preve-

nir el mal <sup>1</sup>. Generalmente la supuesta bruja sufría la operación de ser rayada sobre la boca, desdichadamente para ella, con una herradura hasta hacerle sangre. El *Edinburg Annual Register* de 1814, registra la noticia de semejante acto de crueldad en «el extremo superior del condado de Peeble» cometido por un pastor, quien, con agudeza, sospechó que una vieja que vivía á quince metros de distancia había hechizado sus vacas. Y pueden presentarse otros ejemplos curiosos en los 50 años <sup>2</sup>. Cuentan que Satanás indicó á Juanita Irwing, que si ella tenía mala voluntad á alguien, le mirara con ojos bien *abiertos* y pidiese daño para él en su nombre, y así lograría sus más vivos deseos <sup>3</sup>.

Martius dice que los cirujanos no enseñan las heridas á todo el mundo porque han observado que la maligna influencia de los ojos de algunos dificulta la operación <sup>4</sup>.

Los extranjeros, como tales extranjeros, fueron naturalmente considerados como sospechosos, y por lo tanto, según la concepción de los pueblos primitivos, más propios para llevar el mal, por medios visibles ó invisibles, á los parajes en que desembarcan.

Es curioso en nuestro tiempo que los naturales

1 Nápier, *Folk-Lore*, págs. 36 y 37. Mr. Nápier dice que sabe que esta ceremonia se ha seguido practicando dentro de los 40 años últimos y que «probablemente en muchos lugares alejados de los centros de civilización se practica todavía.» Véase Gregor, *Folk-Lore of North-East of Scotland*, pág. 8.

2 *Edinburgh Annual Register*, chronicle portion, pág. 131; Nápier, *Folk-Lore*, pág. 37; *Glasgow Weekly Herald*, Agosto 5, 19, 26, 1876.

3 *Trial of Janet Irwing*, 5 Marzo, 1616; *Rec. Ork.* f. 60; Dalyell, pág. 7.

4 Martius, pág. 38, citando á Joh. Agricola.

de St. Kilda, miran con aversión á los forasteros á causa de una notable enfermedad, especie de *influenza*, llamada en la localidad catarro de forasteros (*cnotan na gall*) que casi siempre é invariablemente sigue á la llegada de un barco procedente de las Hébridas exteriores. La existencia de la epidemia ha sido consignada por cuantos escritores han visitado la isla y recientemente, cuando el *Porcupine*, mandado por el capitán Otter y llevando á bordo al difunto duque de Athole, abandonó la isla, la calamidad se presentó á los dos días y toda la población sufrió más ó menos sus consecuencias; en 1876, cuando fué el barco del factor y en 1878, cuando desembarcó la tripulación austriaca, ocurrió lo mismo. Es un hecho curioso <sup>1</sup>, consignado por Mr. Seton, que la extinción gradual de ciertas tribus del Amazonas se debe en gran parte, según se dice, á una enfermedad que siempre aparece entre ellos cuando una aldea es visitada por gentes que proceden de puntos civilizados. . . . .

Se sabe que la calamidad se presenta cuando los visitantes están enteramente libres de ella, bastando para producirla por cualquier medio misterioso el simple contacto de los hombres civilizados; aun hay más, en la relación del crucero hecho en los años 67 y 68 por el *Galatea*, se lee: «Tristán de Acuña es una isla notablemente sana, pero es un hecho singular que cualquier barco procedente de Santa Elena que toca en dicha isla importa una enfermedad parecida á la *influenza* (coriza)» <sup>2</sup>.

1 Seton, *St. Kilda, Past and Present*, 1878, págs. 228-229.

2 Bates, *The Naturalist on the River Amazon; Cruise of H.M.S. Galatea*, citado por Mr. Seton, págs. 232-233.

(3) El concepto de que los muertos causan la enfermedad no parece ser primitivo. La primera dificultad, y no pequeña por cierto, fué la de explicarse la muerte; pero la de explicarse ésta por una especie de guerra entre vivos y difuntos debió ser ciertamente una dificultad magna. Creer que el cuerpo que ante él yace inanimado no se halla privado completamente de los principales atributos de la vida no debe ser para el salvaje cosa extraña, y la suposición de que un golpe, una caída, ó una acción misteriosa de la naturaleza puede de una vez y para siempre arrebatarse á un hombre de entre sus semejantes, debe haber sido una creencia aun más difícil. Mas tener miedo á un muerto, no porque haya partido para un país incógnito y de un modo incomprensible, sino, como algunos han dicho, por temor de que se haya ido con deseos de venganza y pueda volver á tomarla, debe ser una teoría relativamente moderna. Mucho más natural es considerar á los anteriores muertos como deidades benéficas menores que como demonios, y suponer, como los tasmanianos, que los recién muertos emplean sus primeros poderes espirituales en curar enfermedades, y esperar, con los insulares malayos, prosperidad y ayuda de los que se encuentran libres de las tribulaciones de la tierra.

No es improbable que el temor á los espíritus de los muertos en general proviniese del temor á los espíritus de los mágicos en particular.

Las tribus turanienses del Norte de África, según Castren, temen á sus hombres fingidos más cuando han abandonado la tierra que cuando se hallan en ésta en pleno ejercicio de su poder: los patagones no tienen la menor duda de que los demonios que

atormentan sus vidas son espíritus de brujos muertos <sup>1</sup>. Pero este temor de los espíritus particulares se desenvolvió pronto. Los chinos tienen una general aversión á los espíritus de los leprosos, mendigos y vagabundos. *Selon les Tchérémisses*, dice Hexthausen, citado por Lenormant: «Les âmes des morts viennent inquiéter les vivants, et, pour les en empêcher, ils percent la plante des pieds et le cœur des morts, convaincus que, cloués ainsi dans leur tombe, ils n'en pourront sortir» <sup>2</sup>.

En Madagascar, entre los Sákálava, cuando ocurre una muerte en uno de los pueblos, se levanta el domicilio y la tribu muda sus casas á distancia de la primera morada, pensando que los espíritus de los muertos vagarán á su alrededor y harán daño á los que permanezcan en el lugar que estuvo habitado. Mr. Conway dice que, en 1875, un eminente médico de Chicago, cuyo nombre cita, le refirió un caso ocurrido en aquella ciudad, en el cual el cuerpo de una mujer muerta de consunción, fué sacado del sepulcro y sus pulmones quemados, por la creencia de que estaba atrayendo hacia su sepultura á los parientes que la sobrevivían: también cita un relato de un cierto Mr. Rose, de Peacedale, Rhode Island, que en el año anterior desenterró el cuerpo de su propia hija y quemó su corazón, porque se creía que ella estaba haciendo perder poco á poco la sa-

<sup>1</sup> Castrén, *Finn Myth*, pág. 122; Falkner, *Patagonia*, pág. 116; Tylor, *Primitive Culture*, t. II, pág. 102 (véase también t. II, página 175.)

<sup>2</sup> Doolittle, *Chinese*, t. I, pág. 206; Hexthausen, *Études sur la situation intérieure de la Russie*, t. I, pág. 419; Lenormant, *La Magie chez les Chaldéens*, págs. 187, 188; *Folk-Lore Record*, t. II, pág. 41. Los cuentos de vampiros ilustran también esta superstición

lud y la vida á los otros miembros de su familia. Las gentes de Morzine, en Saboya, 1857, creían estar realmente poseidos de los espíritus de las personas muertas, mientras sufrían la epidemia llamada *hysterodemonopathia* <sup>1</sup>. Los indígenas de Transvaal, después de mutilar, asar y comerse una parte del cuerpo de su enemigo, hacen una mezcla de sangre y de arcilla y con ella se untan la cara para protegerse de la venganza del espíritu del hombre que han matado. Su consideración hacia la influencia del muerto se manifiesta de muchos modos. Créese allí que la medicina aplicada á las heridas del hijo de un jefe muerto, produce la muerte de los que lo han matado, y esta parece una práctica generalizada. Los polinesios hablan de las almas que han partido, las cuales devoran los corazones y las entrañas de los que duermen <sup>2</sup>.

En Devonshire, los ingleses tienen la creencia de que puede transmitirse la fiebre á un vecino quemando el cabello del muerto en el umbral de su casa. En Aberdeenshire dicese que el pasar sobre un sepulcro que esté oculto produce sarpullido, y en Nueva Jersey, que esto produce calambres incurables en el pie. Si algún objeto de alguna persona, un alfiler, v. gr., es enterrado con un cadáver, el hombre ó la mujer á quien perteneció irá á hacer compañía al muerto antes de que transcurra el año. Los hombres de Ulster hablan también de los *cardenales de los hombres muertos*, pequeñas señales sobre la piel,

<sup>1</sup> Conway, *Demonology and Devil-Lore*, t. I, pág. 52; *Cornhill Magazine*, Abril 1865, «*The Devils of Morzine*.»

<sup>2</sup> *Christian Express* (S. de África), Enero, 1879, «*Transvaalia*» por el Rev. A. Kropf, pág. 8; Tylor, *Primitive Culture*, t. II, página 175.

ó especie de equimosis que llegan á formarse por la noche de una manera misteriosa <sup>1</sup>.

En la antigua Inglaterra, no se han permitido procedimientos tales como los mencionados arriba practicados en América, porque se ha creído que exhumar un cuerpo era un acto que iba seguido por la muerte y desastre de la familia del difunto, según se ilustra por lo siguiente:

«El caballero Thomas Fludd, de Kent, me refirió que era una antigua observación hecha en serio al rey Jaime I, que no exhumase el cuerpo de la reina de los escoceses de Northamptonshire, donde había sido decapitada y enterrada. El remover los restos de los muertos de sus sepulcros, siempre presagia mal á las familias, pues algunos individuos de ellas vivirán después muy poco, como aconteció al príncipe Enrique y creo que á la reina Ana» <sup>2</sup>.

La creencia de que el muerto causa las enfermedades del vivo se patentiza en la inhumana aversión que en China y Escocia manifiestan á salvar á un hombre que se esté ahogando. El Gobierno de Hong-Kong se ha visto precisado á insertar una cláusula en los reglamentos de los juncos, obligando á los junqueros á asistir al salvamento de los náufragoés. Los chinos tienen la creencia de que los espíritus

<sup>1</sup> Gregor, *Folk-lore of North-East of Scotland*, pág. 35; Miss G. (Rochester, U. S. A.), 28 Nov. 1879; W. H. P. (Belfast), 26 Octubre 1878. Entre los hechizos encontrados por Mr. Ellis en la canasta dejada en su puerta y destinada á hacer mal había «púas de erizo, partes de escorpiones ó ciempiés, cabellos, tierra que se decía traída de un sepulcro» etc. *Madagascar Revisited*, pág. 271; *Folk-Lore Record*, t. II, pág. 43.

<sup>2</sup> Turner, *History of the Most Remarkable Providences*, Lond. 1677, pág. 77, citado en *Notes and Queries*, 1st. S. t. II, pág. 4.

de las personas muertas de muerte violenta, pueden volver á la tierra si encuentran un sustituto. Así, si *A* ha perdido precisamente á su hijo *B* y está lamentando su pérdida, aunque vea á *C* bregando por no ahogarse no lo auxiliará; preferirá dejarlo que se ahogue, pues así *B* volverá á la vida más pronto. En cuanto á *C* es su hado y sólo tiene que aguardar hasta que otra persona—*D*, *E*, ó *F*—llegue al mismo fin. Supónese que el último muerto queda velando y protegiendo el país de los muertos; salvar á un ahogado, sería quitarle su sustituto é incurrir en el serio desagrado de un misterioso enemigo <sup>1</sup>.

Mr. Tylor considera la inhumanidad manifestada por los indios, quienes no salvarían á un hombre ahogándose en el sagrado Ganges, los malayos, los kamchadales, bohemios y otros pueblos, como indicios de la universal creencia de que arrebatarse á una víctima de las garras del espíritu del agua, es una temeraria provocación á la deidad, que difícilmente queda sin castigo <sup>2</sup>. Considera al hombre ahogado como una ofrenda al espíritu del mar, del río ó del lago; espíritu que, si no recibe alguna propiciación, se vengará de un modo más terrible. Mas, aunque esta explicación pueda admitirse como suficiente en algunos casos, no puedo considerarla como aplicable á todas estas ilustraciones del prejuicio. Por el contrario, la notable semejanza entre las teorías célticas y chinas me lleva á pensar que la concepción de una deidad del agua, que ha

<sup>1</sup> Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 22; véase también Giles, *Strange Stories from a Chinese Studio*, t. II, pág. 200.

<sup>2</sup> Tylor, *Primitive Culture*, t. I, págs. 97-99.

de ser debidamente obsequiada con sacrificios, está por lo general subordinada á la creencia de que se insulta ó se hace injusticia al alma del último muerto, cuando se impide que otro ocupe su puesto.

Los escoceses no consideran la última muerte de tantas consecuencias como el último entierro. «El espíritu de la última persona enterrada vela al rededor del cementerio hasta que recibe sepultura otra persona á quien aquél hace entrega de su cargo»<sup>1</sup>. «Era deber de la última persona enterrada, permanecer de centinela en la puerta del cementerio todas las noches, desde la puesta del sol hasta cantar el gallo, mientras no era regularmente relevado. Tal deber era algunas veces, en las partes poco pobladas del país, severo y enojoso, y la duración del *faire claidh* proporcióna á los amigos supervivientes del muerto mucha molestia.» La idea de que el espíritu tiene que velar en el cementerio, es distintamente una concepción inferior á la de los chinos, que lo miran como un centinela en el mundo desconocido, y es probablemente una invención posterior y explicativa. Todavía podemos ver claramente por qué Bryce, el buhonero, en el *Pirata* de Sir Walter Scott, se negó á auxiliar á Mordaunt á salvar al marinero que se ahogaba.—Es una locura, dijo, que usted, que ha vivido tanto tiempo en Zetlandia, se arriesgue á salvar á un hombre ahogándose, y luego añadió: ¿Usted está seguro de que si le trae nuevamente á la vida, no le ha de hacer á usted alguna ofensa capital? Pero debe recordarse que los celtas no eran extraños á la doctrina de la posesión, y es fácil imaginar que el defraudado espíritu de guar-

1 *New Statistical Account of Scotland*, t. XIV, pág. 210.

dia, cuando al fin procura su libertad, aprovechará la primera coyuntura para ofender al que haya evitado que se acorte su término, y esto con tanto más gusto por medio del mismo hombre que debiera haber sido su sustituto.

Tan terrible era la cuestión, que oímos en Escocia, en el siglo pasado, querellas sobre cuál debía ser enterrado primero en el cementerio. En un caso que estaban señalados dos entierros para un mismo día, «ambos partidos se esforzaban cuanto podían por conseguir que su respectivo amigo ocupase el primer puesto en el polvo.» Si se encontraban en la puerta, se apartaban los muertos hasta que los vivos decidían á golpes qué difunto había de ser condenado á ser el portero <sup>1</sup>. En Octubre de 1876, dos hombres que residían fuera de Nenagh, Tipperary, se ahogaron accidentalmente, juntos por haber zozobrado la carreta en que iban atravesando un río. En el funeral se armó una verdadera batalla campal entre los bandos de los dos amigos, procurando cada cual que el cadáver que acompañaba entrase primero en el cementerio, puesto que creían que el último enterrado tenía que servir de criado al otro (esto es el *faire claidh* de los escoceses). La sugestión de Mr. Nápier, de que el espíritu vela hasta que un suicida ó niño sin bautizar pueda ser enterrado en sagrado <sup>2</sup> es un moderno ingerto, una tentativa para explicar una tradición de gran antigüedad y ponerla de acuerdo con enseñanzas más modernas.

Entre las varias teorías admitidas para explicar

<sup>1</sup> *New Statistical Account of Scotland*, t. XXI, pág. 114.

<sup>2</sup> *Folk-lore of the West of Scotland*, pág. 63.

las enfermedades, advertimos que en Ulster se dice que la espuma morena de la orilla del mar hace crecer las verrugas; y como en Ulster se ha dicho siempre que las verrugas salen á pares, es cosa de tener cuidado, porque á una verruga del pulgar derecho corresponde una verruga del pulgar izquierdo. Además, si una persona pisa un césped hambriento, el cual crece, según se dice, donde las personas que han comido no han dejado algunos pedazos para las hadas, será acometida de lo que los irlandeses llaman *feargartha* ó *fairgurthera*, enfermedad de hambre, hambre y debilidad intolerables <sup>1</sup>. En el Nordeste de Escocia se dice, que cuando una mujer *embarazada* pisa la cama de una liebre, nacerá el hijo con el labio leporino. Si una mujer descubre que ha hecho esto, debe poner dos piedras en la cama de la liebre. Se suponía que el cáncer era producido por la mordedura de un cerdo; pero la sopa hecha de puerco fresco, puerco recién matado, fué considerada como eficaz en el más alto grado en los casos de consunción ó dispepsia <sup>2</sup>. Dicese en Nueva Inglaterra, que matando un sapo se produce el no apetecible resultado de asegurar al matador tantas verrugas como manchas tenía aquél. La gente de Vermont añade, que tal acto consume á las vacas <sup>3</sup>.

Los chinos atribuyen á veces la enfermedad á la ausencia del espíritu, y en caso de caer peligrosamente enfermo un niño pequeño, dice Mr. Giles

<sup>1</sup> W. H. P. (Belfast), 26 Oct. 1878; *Folk-Lore Record*, t. IV, pág. 109.

<sup>2</sup> Gregor, *Folk-lore of North-East of Scotland*, pág. 129; confróntese también Nork, *Mythologie der Volkssagen*, etc., pág. 322.

<sup>3</sup> Miss C. G. (Rochester, N. Y.), 28 Nov. 1879.

que su madre sale al jardín y llama varias veces por su nombre al espíritu errante, en la esperanza de conseguir que vuelva <sup>1</sup>.

En Llanellian, Denbingshire, en el pozo de San Eliano, la enfermedad acomete á los hombres echando en un pozo un alfiler con una piedra señalada con las iniciales de la víctima. La persona maldecida pronto se entera del cruel encanto, y no es de extrañar que el considerar despacio todas las formas de enfermedad á que puede ser sentenciada, ocasiona fácilmente á un hombre sanó, si no una verdadera enfermedad, al menos un ardiente deseo de libertarse de la maldición que le amenaza. Se libera de ella fácilmente; se saca la piedra, el nombre se borra del libro mágico, y una vez ya libre del temor de los poderes de este pozo profano, el redimido, lleno de gratitud, reanuda sus tareas con corazón alegre <sup>2</sup>.

Á veces se supone que existe una misteriosa simpatía entre los hombres y los objetos naturales. Así, cuando niños han sido pasados á través de árboles rajados (creencia á que nos referiremos después más extensamente), se supone que la vida del niño está en cierto modo ligada con la del árbol particular, por medio del cual ha sido pasado, y si se intentara imprudentemente cortar el árbol, el hombre no economizaría esfuerzo alguno para auxiliar á su hermano de leche á que continuase viviendo. En el reinado de Romanus Lacapenus se deseaba que muriese Simeón, príncipe de Bulgaria. Ahora bien, en el arco de Xerolófilo, en Constanti-

<sup>1</sup> Giles, *Strange Stories*, t. I, pág. 189.

<sup>2</sup> Wirt Sykes, *British Goblins*, págs. 355-56.

nopla, había una columna, y un astrónomo aseguró á Romanus que si el capitel de aquella columna era arrancado, Simeón, cuyo hado estaba ligado con dicho capitel, perecería. En vista de esto, el capitel fué quitado del fuste, y á la misma hora y en el mismo día en que esta operación se llevaba á cabo, el príncipe murió en Bulgaria de una enfermedad del corazón <sup>1</sup>.

No es poco curiosa la creencia, ampliamente difundida, de que el dolor de muelas es causado por un gusano que ofende al diente. En 1607 una versión inglesa del *Regimen Sanitatis Salernitanum* del siglo XI dice:

«Si os sentís atormentado en vuestros dientes  
 Por algunos gusanillos que de ellos crían,  
 Podréis (si os cuidáis de ello) evitar el dolor  
 Limpiándoos los dientes cuando comáis;  
 Quemad incienso (una goma de no mal olor),  
 Poned dentro de ésta, beleño y simiente de cebollas,  
 Y con un embudo transmitid el humo al diente hueco  
 Y vendrá el alivio» <sup>2</sup>.

Hace sólo cuatro años que una persona muy instruida me contó, que hacía unos nueve que un trabajador de Greenock le había sacado el gusano de un diente. El método fué exactamente el mismo, pero apenas es necesario decir que no se usó el in-

<sup>1</sup> Cedrenus, *Compendium Historiarum*, t. II, pág. 625, citado en Dalryell's, *Darker Superstitions of Scotland*, págs. 365, 366.

<sup>2</sup> El doctor inglés; ó la Escuela de Salerno, *Notes and Queries*, 5 S., t. VI, pág. 97. El latín dice:

« Sic dentes serva, porrorum collige grana,  
 Ne careas jure (¿thure?) cum hyoscyamo ure,  
 Sicque per embotum fumum cape dente remotum. »

Vv. 240-2.

cienso. Lo que yo creo es que en vez de incienso se empleó tabaco. Shakspeare, en *Much Ado About Nothing*, menciona la creencia: «¡Qué! dice D. Pedro, signo para el dolor de muelas?» «¿Dónde está, dice Leonato, si no es un humor ó un gusano?» En Aberdeenshire, en China, en Orkney, en Nueva Zelanda, en Derbyshire, en el Norte de Alemania, puede decirse que en casi todas partes, se halla esta creencia. En Madagascar se describe al que sufre dolor de muelas como estando *maràry olitra* (agobiado por el gusano). En Manx aplican al dolor de muelas el nombre de *Beisht* y el plural de *Beisth* (una bestia), *Beishtyn*, «fundados en la opinión de que aquél procede de un animal en el diente;» y en el idioma gaélico, el vocablo *cnuimh*, un gusano, da la mitad del nombre de dolor de muelas, que es *cnuimh shiacall* <sup>1</sup>. Los remedios para los gusanos de los dientes, dados en el primer libro de medicina, son los siguientes:

«Para curar la dentadura, si un gusano come el diente, toma una hoja de antiguo acebo ó una de las umbelas inferiores del tordilum, y la parte superior de la salvia, hierva dos porciones (esto es, dos partes por una de agua) en agua, vácialas dentro de una taza, bosteza encima de ella, y en seguida los gusanos caerán dentro de la taza.»

«Si un gusano come los dientes, toma corteza de acebo de un año y raíz de cardillo silvestre, hiérvelas en agua caliente, y pónelas en la boca á la temperatura más alta que puedas resistirla.»

<sup>1</sup> *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 62; *Notes and Queries*, 5 S. t. V, páginas 24, 155, 476; t. VI, pág. 97; *Folk-Lore Record*, t. II, pág. 36; Kelly, *Manx Dictionary*; McLeod y Dewar, *Gaelic Dictionary*; Shortland, *Traditions and Superstitions of the New Zealanders*, págs. 108-110.

«Para los gusanos de los dientes toma harina de bellota y semilla de beleño y cera, por iguales partes, mézclalo todo, ponlo en una vela de cera y qué-mala, deja entrar el humo en la boca, y pon un paño negro debajo, y en seguida los gusanos caerán sobre él <sup>1</sup>. Puede pensarse que en Norfolk estas ce-remonias fueron desconocidas, si, como dicen, el dolor de muelas es llamado allí *dolor de amor*, y los que lo sufren gozan, en su consecuencia, de pocas simpatías.»

1 Cockayne, *Saxon Leechdoms*, t. II, pág. 51. Para ejemplos de esta superstición, véase también *Derbyshire Gatherer*, pág. 204.



## CAPÍTULO II

### **Transmisión de la enfermedad.**

Cuando, aunque tarde, llegó á reconocerse que la enfermedad tenia una existencia positiva, y se comprobó el hecho de que se comunicaba misteriosamente á despecho de oraciones y ofrendas, del hombre enfermo á otra persona que padecía lo mismo y participaba de los mismos sufrimientos y presentaba los mismos síntomas generales, se dió un paso en la medicina popular. Si un hombre puede, sin conciencia por su parte, infestar á sus vecinos, ¿por qué no ha de poder comunicar sus males *de propósito* á un sér de orden inferior, que sufra la enfermedad en lugar suyo? <sup>1</sup> Este es un razonamiento especioso, y no sin razón puede suponerse que tuviera aceptación desde temprano.

Desde que poderes que traspasaban el alcance del hombre pudieron comunicar una enfermedad particular á cualquier paciente; desde que estos poderes establecidos en la persona de un brujo ó mé-

1 «Per quam Naturae peritus morbum mediis licitis ex homine aliorum transfert, ut sanitas exinde sequatur.»— Martius, página 27.

dico podían capacitar á éstos para transmitir el mal de una persona á otra, ¿no debió admitirse como posible que un sér humano ordinario pudiera por lo menos transmitir su enfermedad á un esclavo, á un perro ó á un caballo? <sup>1</sup> Plinio habla de dolores de estómago curados por la transmisión del dolor á un cachorro ó á un pato. En Inglaterra se recomienda todavía el hacer inhalaciones con el aliento frío de un pato. Igualmente en Devonshire y en Escocia, cuando un niño tiene tos convulsiva, se coge un caballo de su cabeza, se pone entre rebanadas de pan y manteca, y se da á un perro, y si al comerlo tose —lo cual es muy natural— la tos ferina se transmite al animal y el niño queda libre de ella. En efecto, este remedio se practica con variantes locales en todos los países del mundo. En algunas partes de Irlanda, cuando ocurre un caso de escarlatina, se cortan algunos cabellos del paciente y se le hacen tragar á un asno, el cual se supone que recibe la enfermedad. La fiebre en un muchacho se cura con un bollo hecho con harina de cebada y sus orines, y este bollo se da á un perro para que lo coma; el perro, en el caso citado, tiene un temblor convulsivo y el muchacho queda curado <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> «Sunt occulti interaneorum morbi, de quibus mirum proditur. Si catuli, priusquam videant, applicentur triduo stomacho maxime ac pectori et ex ore aegri suctum lactis accipiant, transire vim morbi, postremo exanimari dissectisque palam fieri aegri causas.» «Quod praeterea traditur in torminibus mirum est, anate apposita ventri transire morbum anatemque emori.»—Plinio, 30, 7. «Así hasta los últimos siglos se han puesto lobitos al pecho para que mamen.»—Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 980. Véase también t. III, pág. 343.

<sup>2</sup> Pettigrew, *Superstitions connected with the Practice of Medicine and Surgery*, pág. 77. Madame de Scudery menciona una curación.

Quizás el más sencillo modo de transmisión es el referido por Pierius; el paciente está sentado en un burro, con la cara vuelta hacia la cola, y de este modo el dolor se transmite al burro <sup>1</sup>.

De antiguo, Marcellus recomendaba al enfermo, para curar el dolor de muelas, escupir en la boca de una rana y suplicarle que se escapara con el dolor; en Cheshire es frecuente que los que padecen de un afta se metan una ranita en la boca por algunos momentos, con la cabeza de este animal hacia dentro. Se cree que la rana llega á ser el recipiente de la dolencia, y esta en efecto, ha recibido por asociación de las ideas, en algunos distritos, el nombre popular de *la rana*. «Aseguro á usted, decía una vieja de Shropshire, cuando acababa su narración de esta cura, que ella habia hecho con frecuencia, que soliamos oír á la pobre rana tosiendo, mortalmente enferma, durante días después; se hubiera usted condolido de oír al pobre animalillo, tosiendo como tosia, cerca del jardín <sup>2</sup>.

También se usan los sapos en casos de tos convulsiva; pero en ocasiones, son sustituidos por peces, como se ve en lo que sigue: Un viejo pes-

semejante de fiebre, en una carta fechada en 20 de Octubre, 1677, al conde de Bussy. Hablando de un abate de fama, «On dit qu'il ne fait que prendre pour toutes fièvres de l'urine des malades dans laquelle il fait durcir un œuf hors de sa coque, après quoi il le donne à manger à un chien qui prend en même temps la fièvre du malade, que par ce moien en guerit. C'est un question de fait que je n'ay pas éprouvé.»—*Notes and Queries*, 5th S. t. VIII, pág. 126.

<sup>1</sup> Pettigrew, pág. 78.

<sup>2</sup> Cockayne, *Leechdoms*, t. I, pág. XXX; *Four. Brit. Arch. Assoc.* t. XXXIV, pág. 328; W. H. 7 Set. 1880; Rev. G. S. S. 24 Noviembre, 1878.

gador, antiguamente conocido en el Forge, Keswick, cogió una vez un pescado que metió en la boca de un hijo suyo, que estaba padeciendo de tos convulsiva. Luego volvió á poner el pescado en el grata. Aseguraba que el pescado después de haber sido colocado en la boca del niño y vuelto al río, se quejó á los otros peces, según se comprobó por el hecho de que éstos subieron á la superficie tosiendo. Aun prescindiendo de la antigua fábula de Edmundson, es claro que la superstición existió en Cumberland. Mr. Henderson también se refiere á ella y debo á un corresponsal de las *Notes and Queries*, un relato de dicha práctica en América: «Una mañana, durante la primera otoñada del año que corre (1875), dice: «Hallábame vagando por las orillas del río Schuylkill, en las cercanías de Philadelphia. El día estaba bochornoso: me senté bajo un peñasco saliente para gozar de la fresca brisa del agua. Cerca se hallaban dos hombres pescando con anzuelo y caña. De pronto apareció una joven llevando á un niño de dos años, y acercándose á uno de los pescadores le pidió un pez de los que había cogido. Los americanos son, por regla general, extremadamente corteses con el bello sexo; así que el pescador, cogiendo un pez del anzuelo, lo alargó cortésmente á la muchacha; ésta, sentada sobre la orilla, hizo abrir la boca del niño y le introdujo en ella la cabeza del pez, la tuvo allí, á despecho de los movimientos de la criatura, por espacio de uno ó dos minutos, sacándolo vivo aun y volviéndolo á su elemento. Excitada mi curiosidad por este nuevo procedimiento, pedi una explicación de él á la joven, y ésta me refirió que el niño padecía de tos convulsiva, y que el tener un momento en la boca de los en-

fermos de esta clase la cabeza de un pez vivo, era un medio seguro y cierto de curar el mal.» El escritor no pudo decirme de qué nación procedía esta costumbre, porque la población era de una descendencia muy mezclada <sup>1</sup>.

Marcellus distinguía seis géneros de transmisiones ó transplatación: (a) *inseminatione*; (b) *implantatione*; (c) *impositione*; (d) *irritatione*; (e) *inescaltione*; (f) *adproximatione*; pero en la medicina popular práctica el método seguido es también el mismo. La persona á quien se ha de transmitir la enfermedad es puesta en inmediato contacto con la persona que sufre, y después de algún tiempo ésta queda libre.

Á veces, sin embargo, se considera la enfermedad sólo como una carga temporal. Así Steinhäuser, hablando de la costumbre del Oeste del África de transmitir la dolencia de un hombre enfermo á un pájaro vivo, dice que si alguno coge al pájaro cuando queda en libertad, la enfermedad se le transmite; ilustraciones incidentales de este caso se encuentran en muchos ejemplos de transferencia.

No es poco común la transmisión á los objetos inanimados. En el desarrollo de la teoría original, Salmuth refiere un caso de curación por transplatación. El paciente tuvo un violentísimo dolor del brazo y «ellos mezclaron el coral rojo con hojas de robles, y, colocándolas sobre la parte afectada hasta la supuración, pusieron de mañana esta mezcla en un agujero abierto con una barrena en la raíz de un roble, mirando á Oriente, y taparon este agujero

<sup>1</sup> *Notes and Queries*, 5 S., t. IX, pág. 64; t. III, pág. 345; véase también Henderson, *Folk-Lore of the Northern Counties*, pág. 141.

ro con una espita hecha del mismo árbol; desde entonces el dolor cesó completamente, y cuando ellos sacaron el amuleto, los dolores volvieron inmediatamente más agudos que antes.» «Grimm tiene varias notas sobre este asunto.» Beachtenswerth dice, «ist dies übertragen auf die Krankheit der Bäume, d. h. auf den Geist, der in ihnen wohnt. Unter den Beschwörungsformeln beginnt XXVI, mit den Worten: ¡Zweig ich biege dich, Fieber nun lass mich!» «Hollerast hebe dich auf, Rothlauf setze dich drauf, ich hab dich einen Tag, habe dich Jahr und Tag»<sup>1</sup>. El que tiene gota, va tres viernes sucesivos, después de la puesta del sol, á un abeto, y dice: Tannenbaum, ich klage dir, die Gicht plagt mich schier,» y así sucesivamente el abeto se marchita y la gota desaparece. «*Deus vos salvet sambuce, panem et sal ego vobis adduca, febrem tertianam et quotidianam accipiatís vos, qui nolo eam*»<sup>2</sup>. Westendorp, citado por Grimm, menciona el siguiente conjuro holandés para la fiebre: El paciente debe ir, al romper el día, á un viejo sauce, hacer tres señales sobre una de sus ramas, y decir: *Pino, me quejo á ti, el reuma me molesta mucho*<sup>3</sup>. Luego se vuelve y corre sin mirar hacia

1 He aquí la traducción de las palabras de Grimm: «Notable dice, es esto, transferido á la enfermedad de los árboles, ó séase, al sér espiritual que vive dentro de ellos. Empieza el cap. XXVI con los conjuros: «rama, te encorvo; fiebre, ahora tienes que ceder; rama, levántate; inflamación, móntate sobre la rama; te tengo un día, te tengo siempre.»

2 Boyle, *Usefulness of Experimental Philosophy*, págs. 226, 227; Pettigrew, pág. 77; Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 979.

3 Grimm, *Deutsche Mythologie*: «*Geo morgen, olde, ik geef oe de holde, goe morgen olde.*»

atrás <sup>1</sup>. Un corresponsal americano me ha enviado un conjuro semejante de Nueva Inglaterra que se usa para la fiebre pertinaz. El paciente tiene que tomar en este caso un cordón hecho de lana hilada, de tres colores, é ir en persona á un manzano; allí tiene que atar flojamente su manõ izquierda con la derecha al árbol, valiéndose del cordón de tres colores, luego sacar su mano del nudo y correr á su casa sin mirar hacia atrás <sup>2</sup>. En Cheshire la absoluta transmisión de las verrugas cuesta una friolera. Hurta un pedazo de tocino y úntate con él las verrugas, luego hiende la corteza de un *fraxinus excelsior* y desliza el tocino bajo un pedazo de la corteza. Pronto las verrugas desaparecerán de la mano, pero aparecerán en la corteza del árbol en forma de rudas excrecencias: el éxito de este remedio ha sido atestiguado <sup>3</sup>.

Martius habla de agujerear la encia en caso de dolor de muelas; *dum sanguinem fundant*, con un pedazo de corteza, luego volver la corteza, cubierta como si fuera con sangre, al árbol y cubrirle cuidadosamente con fango. *Et corticem reductum luto bene muni*. Este, declara, es útil en casos de dolor de muelas habitual ó constantemente recurrente <sup>4</sup>. Sir Kenelm Digby prescribe para el dolor de muelas que se corte la encia con un clavo de hierro hasta que sangre; y luego introducir el clavo con la sangre hasta la cabeza en una viga de

1 Una prohibición común, véase *Herbarium Apuleii*, t. I, página 99.

2 Miss C. F. G. (Rochester, U. S. A.), 28 Nov. 1879.

3 *Science Gossip*, 1865. pág. 85; *Folk-Love Record*, t. I, pág. 158.

4 Martius, *De Magia*, pág. 32; Cf. Daniel Beceri, *Microcosm Med.*, lib. I, c. 14, págs. 75 y siguientes.

madera. Hecho esto, cuenta que en vuestra vida volveréis á tener dolor de muelas. Dentro de los últimos cuarenta años habia un hechicero en Riccarton, cerca de Kilmarnock, que curaba el dolor de muelas por este método; pero simplificándolo más. No lo extremaba hasta hacer sufrir al paciente la escarificación de la encia con el clavo; solamente clavaba su clavo dentro de la viga que soportaba el tejado de su casa. Andando el tiempo, llegó á ser tachonada con clavos, por el hecho de que probablemente las vigas primeramente empleadas fueron de roble; algunos dicen que basta introducir un clavo en un roble para curar el dolor de muelas.

Ciertos robles de Berkhamstead, en Hetfordshire, fueron muy famosos para curar la fiebre. La transmisión era sencilla, pero penosa. Clavábase una trenza de cabello á un roble; y luego, por un rápido tirón de éste, se transmitía de la cabeza del enfermo al árbol.

Mr. Tylor, apoyándose en la autoridad de Spottiswode, dice: «En Turingia se considera que una sarta de bayas de fresno, un trapo ó cualquier objeto pequeño tocado por una persona enferma y luego colgado sobre una rama en la orilla de alguna vereda del bosque, comunica la enfermedad á cualquier persona que lo toque á su paso, y liberta al paciente de su enfermedad. Esto da gran probabilidad á la sugestión del capitán Burton de que los trapos, trenzas de cabello y otras cosas que los supersticiosos cuelgan de los árboles cerca de los lugares sagrados, desde Méjico á la India y de Etiopia á Irlanda, están depositados allí como verdaderos receptáculos para transmitir la enfermedad. Esto sugiere el recuerdo de un ejemplo irlandés.

En el pozo sagrado Tubber Quan, cerca de Carrikon-Suir, los fieles solían (según es sabido de todos) recurrir en los tres últimos domingos de Junio á rezar á San Quan y á San Brogaum, quienes, en caso de conceder las curaciones, aparecían en el pozo sagrado en forma de dos truchas admirablemente hermosas. Después que los peregrinos se sometían á algunas duras penitencias, cortaban mechones de sus cabellos, y los ataban á la rama de cierto árbol (á cuyo alrededor habían andado tres veces de rodillas con las piernas desnudas) como específico, así dice el relato, contra los dolores de cabeza. «El árbol es un gran objeto de veneración y ofrece un espectáculo curioso cuando está completamente cubierto de cabellos humanos.» Los dayaks, con un sentimiento análogo, cuelgan trapos en los árboles de las encrucijadas de los caminos. En Malabar, la práctica nos recuerda los árboles de Berkhamstead, pero en este caso el paciente es fuertemente atado al árbol, y azotado antes de que su cabello sea puesto en él. Esto ha sido citado como ejemplo de que *el cabello puede ser un sustituto de su poseedor*; pero creo que puede ser también considerado como un caso de transmisión. Morier <sup>1</sup> nos presenta una modificación esencial de la teoría. En Persia, según su relato, el paciente no tiene más que depositar un trapo sobre ciertas ramas, y coger del mismo lugar otro ya dejado allí con igual motivo por un visitante y enfermo anterior. Este es un desarrollo transcendental de la teoría, aunque no parece ser el que arraigó en la inteligencia de los europeos. La costumbre persa considerada en sí misma, sugiere la idea de que los

1. *Journey to Persia*, pág. 230.

trapos y otras cosas fueron ofrendas á los espíritus de los árboles, y este es un concepto digno de ser tenido en consideración. La teoría persa puede ser la de que por la oferta de un trapo ó de otro objeto el paciente se cura, sin que esto implique malas consecuencias para la primera persona que toque la ofrenda. Ésta puede suponer purificación, y el peregrino siguiendo al recogerla toma un hechizo santificado. El capitán Burton habla de objetos dentro de los cuales se han metido espíritus que han sido introducidos en el árbol del demonio ó colgados de él, y esto «*produce el efecto de imponer el espíritu de la enfermedad.*» Un razonamiento más sutil, pero de la misma naturaleza, puede quizás servir para dilucidar la costumbre mencionada por Morier.

En Escocia, en 12 de Noviembre de 1695, fué difamado Jhon Dougall por haber prescrito, entre otras cosas, como medio curativo para las convulsiones, las raspaduras de uñas de los enfermos, y los pelos de sus cejas y su coronilla, hechos una torcida y «atados á un medio penique», objetos todos que pueden ser dejados en cierto lugar y comunicar el mal á cualquiera que los encuentre, dejando libre al enfermo de la dolencia <sup>1</sup>.

En Alemania existe también una forma ofensiva de transmisión, pues se cree que un parche de una úlcera, dejado en una senda en una encrucijada, transmite la enfermedad al que pase por ella. Me informa un corresponsal que en Irlanda existe la creencia de que si se deja un objeto encantado ó maldecido en una puerta ó portillo, la primer per-

1 Véase *Witches of Renfrewshire*, pág. 233.

sona sana que lo atraviesa adquiere la enfermedad del paciente <sup>1</sup>. Aquí no se hace mención ni de que el hechizo haya estado en contacto con el paciente y de este modo adquiriera la enfermedad, ni tampoco de que la persona recién infestada haya tocado aún el peligroso papel. Basta con que el hechizo tenga en si mismo una potencia lo bastante grande para hacer que la puerta ó paso á que está fijado, se convierta en una verdadera fuente de enfermedad para el que los atraviese.

Daré una breve noticia del modo más común de transmisión de la enfermedad en este país. Los curanderos de Lancashire dicen: «para curar las verrugas, frótalas con una cernada, envuelve ésta en papel, y echa éste donde se encuentren cuatro caminos, transmitirá la verrugas al que abra el paquete.» Otro modo de transmitir las verrugas, es tocar á cada una con una piedra y colocar estas piedras en un saco que pueda perderse en el camino de la iglesia; á cualquiera que encuentre el saco, se le pegarán las verrugas. Dice Hunt, que una señora de Cornualles le contó que, de niña, en su ignorancia, y movida por la curiosidad, tomó uno de estos sacos y examinó su contenido, lo cual le produjo la fatal consecuencia de que á poco le salieron tantas verrugas como piedras habia en el saco. Una versión escocesa prescribe, que el paciente envuelva en un paquete tantos granos de cebada como verrugas tenga, y deje el paquete en un camino público. El que encuentre el paquete y lo abra, adquiere las verrugas. Un procedimiento aun más sencillo es ir á un punto donde se encuen-

1. W. H. P. (Belfast), 6 Nov. 1878.

tran cuatro caminos, levantar una piedra, y refregar las verrugas con el polvo que está debajo de ella, repitiendo las palabras:

Soy uno, las verrugas son dos,  
El primero que pase  
Se lleve las verrugas.

Las verrugas se desvanecerán pronto <sup>1</sup>.

En Shetlandia una persona que padece de sarpullido, coge durante tres mañanas sucesivas ceniza en ayunas entre el dedo índice y el pulgar, y teniéndolos puestos en la parte afecta, dice:

Sarpullido, sarpullido rojo,  
Nunca más te difundas y te extiendas,  
Sino aminórate cada vez más,  
Y muere entre las cenizas <sup>2</sup>

Aquí no aparece intención alguna de transmitir el sarpullido á otras personas, sino simplemente la de que las cenizas puedan en cierto modo recibir la enfermedad, como cuando en el Sur de Lincolnshire se refriegan nueve veces las verrugas con una manzana cortada en nueve pedazos, y éstos se reunen, y no se dejan donde puedan ser tocados por los imprudentes, sino que son enterrados donde la planta humana no pueda pisarlos <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> Harland and Wilkinson, *Lancashire Folk-Lore*, pág. 157; Hunt, *Romances and Drolls*, 2.<sup>a</sup> serie, pág. 211; Gregor, *Folk-Lore of North-East of Scotland*, pág. 48.

<sup>2</sup> *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 38.

<sup>3</sup> Pero esto probablemente proviene de un sentimiento simpático, que cuando el manzano se seque las viruelas desaparecerán.

En algunos puntos de los Estados Unidos, los muchachos acuden al pobre sapo para la curación de sus verrugas, frotándolas contra uno de estos desdichados seres, que clavan en una estaca puntiaguda <sup>1</sup>.

Un curioso método de libertarse de la enfermedad es obligarla á transmitirse á los muertos. Un hechizo para los diviesos, consiste en poner sobre ellos una cataplasma durante tres días y tres noches, y luego colocar la cataplasma y sus paños en el ataúd de un muerto <sup>2</sup>. Otro tanto acontece también en el caso de reumatismo en Donegal. Nada creo mejor que describir el pintoresco relato de la escena, hecho por un escritor moderno. En un velatorio en Fannet, región salvaje de la costa de Donegal, un hombre, encorvado casi hasta el suelo y caminando muy despacio, sostenido en un báculo, entró en la casa y se sentó junto al fuego. Era vecino de la familia del muerto, de modo que la gente que fumaba en torno al hogar de la casa *del velatorio* no se sorprendió de verlo unirse á ellos. Era el día del funeral; el ataúd llegó y el muerto estaba á punto de ser metido en él, y llevado á su largo descanso. Pero antes que levantaran al cadáver del lecho mortuorio el tullido se incorporó y tomando la mano del cadáver, la aplicó á sus brazos, á sus hombros y á su pierna, diciendo: Llévate mis dolores, Thady, en nombre de Dios. Los vecinos y la familia retrocedieron diciendo en voz baja: ¡Pobre Donald! Pobre criatura, qué afligido está con sus dolores, ¿por qué no ha de intentar curarse? Luego, cuando el

1 Wirt Sikes, *British Goblins*, pág. 352.

2 Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 171

ataúd fué dejado sobre el umbral, Donald iba tras él diciendo: Llévate mis dolores, Thady, en nombre de Dios. ¿Tuvo éxito la cura? preguntamos á nuestra informadora. Si, Donald tiró su báculo, y anduvo en adelante tan perfectamente como yo pudiera hacerlo; pero os lo aseguro, amable señorita, hacer aquello fué una verdadera impiedad. Yo hubiera preferido sufrir los dolores. Donald, que intentó la curación, y Kitty, que nos habló de ella, eran católicos romanos y sus creencias les hacían probablemente pensar que los dolores del reumatismo eran una adición imperceptible á los del purgatorio <sup>1</sup>. Sean hoy cualesquiera las ideas del folklorista respecto á la otra vida, no cabe duda respecto á la aprobación con que ha sido recibida semejante transmisión de la enfermedad á los muertos. En Kent, si un hombre moja su dedo índice en saliva y frota las verrugas de que desea verse libre, tres veces en la misma dirección de un funeral que pasa (sin ninguna de las ceremonias observadas arriba) diciendo cada vez: «Váyanse con usted mis verrugas», la curación no se hará esperar <sup>2</sup>.

En Donegal tales palabras son precedidas por el acto de arrojar una piedra al cadáver en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo <sup>3</sup>. Allí sólo es tratado así el cadáver de una persona que no tiene parientes próximos, ó *sib*. La costumbre de cte-  
rrar alfileres con que se hayan tocado las verrugas

1 «Fairy Superstitions in Donegal.» *Univ. Mag.* Aug. 1879, páginas 214, 215.

2 Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 167.

3 *Border Mag.* Agosto, 1863, «*Wart and Wen Cures*» y *Folk-Lore Record*, t. I., pág. 223. Véase también *Choice Notes (Folk-Lore)*, páginas 251, Aubrey, pág. 118.

en un sepulcro recién construido parece referirse á esta creencia. Dichos alfileres están generalmente colocados en una botella; el remedio se considera infalible <sup>1</sup>.

Pero la transmisión de la enfermedad no fué siempre un acto voluntario por parte del paciente; por el contrario, en Escocia llegó á ser una operación que requería las energías de los brujos más reputados. Así, Agnes Sampson, que fué procesada como bruja en 1590, habiendo sido llamada á curar á Roberto Kerr de una enfermedad, se enteró de que «lo había curado una bruja de Westland cuando estuvo en Dumfries. Dicha bruja había tomado para sí la enfermedad, y sufrido gran tormento hasta el alba, cuando naturalmente trató de transferirla por medio de algunos de sus sapos á un gato ó á un perro, y se escuchó grandísimo ruido entonces en la casa.»

Por una equivocación, sin embargo, la enfermedad fué transmitida á Alejandro Douglas de Dalkeith, que enfermó y murió de esto, mientras que Roberto Kerr *se puso bueno* <sup>2</sup>.

Acusada Margarita Hutchinson de transmitir la enfermedad de una mujer á un gato, alegó en su defensa que el argumento no era válido, pues según se dice, Sir George Mackenzie advierte *una saga non potest esse ligans et solvens in eodem morbo* (la misma bruja no puede producir una enfermedad y curarla), y que en tales transacciones, el diablo nunca acostumbra á interponer su destreza, si no es cuando obtiene una ganancia; y así, por tanto, aunque pueda transmitir una enfermedad de un bruto á una

1 Hunt, *Romances and Drolls*, second series, pág. 210.

2 Dalyell, *Darker Superstitions of Scotland*, págs. 104, 105.

criatura racional, nunca puede transmitirla de una persona á un animal; pero estas defensas fueron desechadas puesto que del hecho de que el demonio pueda poner enfermas á las personas y hacerlo todo, se sacó la consecuencia de que podia también transmitir la enfermedad, según le placia.

Catalina Grieve curó á Elspetch Tailyeur de una enfermedad mortal, transmitiéndosela á un ternero que murió inmediatamente. También otra mujer, en el siglo xvii, fué curada transmitiendo la enfermedad á una vaca que enloqueció y murió, y también se encuentran otros ejemplos de la aludida transmisión á una yegua, á un cordero, á un gato, á un perro, en las persecuciones de brujos de aquel tiempo.

Es demasiado notable para pasado en silencio un ejemplo citado por Dalyell, siquiera no parezca relativo á la transmisión.

«Viniste á Stronsay y pediste limosna á Andrés Coupar, capitán de un buque, y dijo: Vete, perra bruja... ¡Maldito sea el ochavo que te di! Con esto se fué ella muy ofendida y yéndose él en seguida al mar estando el buque listo para darse á la vela, se volvió loco, y se hubiera arrojado al mar si su hijo no lo hubiera recogido en sus brazos. Con esto se le fué la locura y su hijo se volvió loco, y viendo Tomás Paiterson que se había vuelto loco el hijo y que el padre había sanado, cogió á un perro que había á bordo y con él lo golpeó en ambos hombros y luego arrojó el perro al agua, con lo cual toda la tripulación del buque se salvó.»

Nada más claro que esto. La locura del padre se comunicó por sí misma al hijo, y la del hijo en cambio, fué comunicada por el cuidadoso Thomas

Paiterson al perro. La muerte del perro á la vez, evitaba todo peligro de una nueva infeccion. No parece haber sido un caso de pura obliación, y hasta si esta fué la idea de Paiterson, al menos la repentina infección del hijo es digna de notarse en lo que respecta á la transmisión de la enfermedad; además los archivos de Shetlandia nos informan que la transmisión puede efectuarse simplemente por deseos y agarrando la mano del designado como paciente.

Según un corresponsal del periódico *Notes and Queries*, los hotentotes de Kat River, en la frontera oriental del Estado de Colonia, para curar el mordisco de una culebra, arrancan unas cuantas plumas del pecho de un pájaro y hacen una pequeña incisión en la piel á la que aplican la herida: después de algún tiempo, la operación se repite, el pájaro entretanto va muriendo gradualmente, conforme el veneno extraido de la herida va haciendo operación sobre él. Un procedimiento semejante de curación se practica en Devonshire <sup>1</sup>; pero aquí la civilización tiene pretensiones tan adelantadas para la humanidad, que el polluelo es matado y el veneno es luego introducido en su estómago, donde permanece hasta que el pájaro se pone frio. «Si la carne del pájaro, ya frio, toma un color oscuro, se cree que se ha efectuado la curación y que el virus ha sido extraido del paciente; si á pesar de esto, la carne conserva su color natural, se induce que el veneno ha sido absorbido en el sistema de la persona mordida.»

En Gales, la transmisión de la enfermedad es

1 Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 137.

una ceremonia muy seria, segun lo muestra el siguiente relato de los varios ritos á que ha tenido que someterse un enfermo epiléptico en el Pozo de Santa Tecla, situado á medio camino entre Wrexham y Ruthin. El paciente acude al pozo después de la puesta del sol, y se lava en él; después, haciendo una ofrenda de cuatro peniques que echa en el agua, pasea tres veces al rededor del pozo y recita tres veces el padrenuestro. Si el paciente es un hombre, un gallo es llevado en un canasto, primero al rededor del pozo, luego al rededor de la iglesia; si es una mujer se sustituye el gallo por una gallina. Se repite de nuevo el padrenuestro y el paciente entra luego en la iglesia; se acuesta bajo el altar, y permanece alli hasta romper el día, teniendo la Biblia por almohada. Á la mañana siguiente se hace otra ofrenda, ya de seis peniques, y se deja en la iglesia el gallo ó la gallina. Si el ave muere, se cree que la enfermedad le ha sido transmitida y que el hombre ó la mujer han quedado en su consecuencia curados<sup>1</sup>. En 1855 el cura párroco de Llandegla, afirma Mr. Sikes, dijo que un viejo conocido suyo recordaba perfectamente la vista del pozo con los pájaros dando vueltas aturcidos por los efectos de las convulsiones que les habían sido transmitidas<sup>2</sup>.

Las enfermedades de los animales se comunicaban igualmente, y de esta práctica, como es de suponer, tenemos más ejemplos en los últimos doscientos ó trescientos años, que de la transmisión

<sup>1</sup> *Arch. Camb.* primera serie, t. I pág. 184, citado en *British Goblins* pág. 329.

<sup>2</sup> Wirt Sikes *British Goblins*, pág. 350.

de las enfermedades entre los hombres. El animal que ha muerto de peste ó de alguna otra grave perturbación era llevado por la noche al terreno de un propietario próximo y enterrado allí, á veces en un bosque ó collado solitario, á veces en las zanjas que servían de límites divisorios entre las heredades. Hará cuarenta ó cincuenta años que un labrador de la parroquia de Keith, un rentero del conde de Fife, transportó el esqueleto de una de sus reses á un collado en los terrenos del conde de Seafield <sup>1</sup>. Cerca de Pendle, Lancashire, según los señores Harland y Wilkinson, era usual cuando una bestia joven había muerto de hidrocefalia (práctica que aun se conserva entre los labradores) cortarle la cabeza y transportarla á la parte más próxima del condado inmediato. No ha faltado quien indique que en esto hay alguna analogía imaginaria y confusa con el caso de Azazel (Levit., XVI, 22), analogía entre la remoción del pecado y la enfermedad que, así como las transgresiones de la gente eran impuestas á la cabeza del chivo que los judíos acostumbraban poner en libertad en la fiesta de expiación, así las enfermedades del ganado podían ser impuestas á la cabeza del animal muerto <sup>2</sup>. Sea de esto lo que quiera, parece en todo caso que es el sentido más simple en el acto de la transmisión intencional de la enfermedad á un país vecino, y esta explicación parece bastante natural cuando consideramos la profunda impresión que, como hemos visto, ha hecho la teoría de la transmisión sobre las mismas clases. Es cierto que al-

1 Gregor, *Folk-Lore of North-East of Ssotland*, pág. 187.

2 *Lancashire Folk-Lore*, pág. 79.

gunos folkloristas ven simplemente en la transmisión de la enfermedad la perpetuación de la ceremonia judía, que consistía en poner en libertad á un chivo en la fiesta expiatoria, mas no puedo creer, después de considerar las varias formas que presenta la transmisión en las diversas partes del mundo, que el Levítico baste para explicarlo todo. Puede admitirse que, en el transcurso del tiempo, llegaron á confundirse lo que fué acaso la teoría original de la sencilla transmisión y la más compleja y elaborada de la expiación simbólica.

En el Nordeste de Escocia, se practicó un método de transmisión aplicable al hombre y á los animales. Se hacía que la vaca ó el hombre enfermos saltasen, en compañía de un gato, por medio de un círculo hecho de una sogá de paja torcida á la inversa. El gato recibía la enfermedad, y muriendo, acababa con ella. La enseñanza oriental que este caso nos ofrece del nuevo nacimiento simbólico, claramente indicado por el salto á través de una abertura, costumbre últimamente aludida, y la simple transmisión á un animal, es sólo un ejemplo del curioso procedimiento mediante el cual han llegado á combinarse varias costumbres de diferente origen.

### CAPÍTULO III

#### **Simpatía y asociación de ideas.**

Según los relatos de algunos viajeros, cuando en Australia un médico indígena es llamado por algún enfermo, amarra el extremo de un cordón á la parte del cuerpo del paciente, que parece ser el sitio del dolor, y chupando por el otro extremo hace creer á aquél que le está sacando la sangre, ó en otras palabras, sacándole visiblemente el dolor. Este es un remedio muy sencillo, pero aun más sencillo es el método de curación, si es que se conserva, por medio de un ejemplar de *The New York Commercial Advertiser*, que Catlin introdujo entre los minatareos. Estos indios se preocuparon mucho al ver la atención con que Catlin fijaba los ojos sobre este papel. ¿Por qué miraba tan largo tiempo en aquel pliego de papel blanco y negro? Seguramente debía ser un paño medicinal para los males de ojos. Catlin dice que le hicieron grandes ofertas que se vió obligado á rehusar por haberlo vendido por la mañana á un joven hijo de Esculapio, el cual dijo al viajero: «si yo pudiera proporcionarme un buen in-

térprete que me enterase de todas las cosas del periódico podría viajar entre los minatareos, mandanes y sioux, y exhibirme después que se marchase usted, y sin duda con el tiempo llegaría á hacerme un gran médico.» «Hasta antes de partir lo estuve viendo que lo desdoblaba para enseñarlo á algunos amigos suyos, y también tomó de su alrededor algunos ocho ó diez pedazos de corteza de abeto y pieles de ciervo, todos los cuales fueron cuidadosamente encerrados en un saco hecho de la piel de un gato montés indudablemente destinado á formar y á ser llamado su misterio ó saco de medicinas»<sup>1</sup>. Ni necesitamos alejarnos tanto para encontrar ejemplos de la asociación de las ideas que se opera en las supersticiones médicas, pues en la máxima vulgar inglesa «toma un pelo del perro que te muerde», tenemos á la vez un ejemplo de esta asociación y una indicación de la doctrina de la simpatía que acompaña á todos los remedios por asociación, excepto al del rudo y primitivo género arriba citado. Que el pelo del perro cura su mordisco ha sido una de las frases comunes del consejero de la aldea y, como he manifestado en otro lugar, no hace aún muchos años que el consejo ha sido seguido aplicando á la herida de los pacientes el pelo del perro que la ha causado. El Dr. Dennys nos cuenta de un distinguido sinólogo que, en sus expediciones de misioneros en la provincia de Cantón, iba constantemente acompañado por un poderoso perro que, en una ó dos ocasiones, mordió muy ligeramente á algunos de los espantados niños de las aldeas por que atra-

<sup>1</sup> Catlin, *Letters and Notes on the Manners, Customs, and Condition of the North American Indian*, t. II, pág. 92.

vesaban. Cuando un niño era mordido, la madre iba corriendo á pedirle al dueño un pelo del perro á fin de aplicarlo á la parte mordida <sup>1</sup>. También en Madagascar los indigenas usan un diente de cocodrilo como hechizo contra este animal, y se halla tan generalizado el temor á esta fiera, que hubo un tiempo en que un diente de oro de cocodrilo formaba el adorno central de la corona regia <sup>2</sup>. Según Tylor, «el hombre de una condición intelectual inferior, que habia llegado á asociar en el pensamiento las cosas que por la experiencia habia encontrado ligadas en el hecho, procedió erróneamente invirtiendo su acción, y deduciendo que la asociación de pensamientos puede implicar una conexi3n semejante en la realidad.» Apliquemos esta admirable exposici3n al caso presente. La conexi3n entre el perro como animal, y el mordisco producido por 3l, es f3cil de ver. El perro muerde y produce una herida. Ahora inviertanse los t3rminos. La herida est3 aqu3, ¿no curar3 el perro? La herida es inseparable del bocado del perro. En una de las novelas de Cervantes, en *La Gitanilla*, se habla de un muchacho que al aproximarse á una rancher3a de gitanos durante la noche, fu3 mordido por los perros que lo atacaron. La vieja gitana que lo cur3 tom3 algunos pelos de los perros, y despu3s de lavar con vino los mordiscos que el joven ten3a en la pierna izquierda aplic3 á ellos los pelos, que hab3a frito en aceite, con el aceite, y los cubri3 con un poco de romero verde

1 Dennys, *Folk-Lore of China*, p3g. 52; *Folk-Lore Record*, t. II, «Malagasy Folk-Lore,» p3g. 21.

2 Tylor, *Primitive Culture*, t. I. p3g. 104; véase tambi3n p3gina 76.

mascado. Luego vendó las heridas con telas limpias é hizo el signo de la cruz sobre ellas <sup>1</sup>. Es de presumir que se considere como remedio infalible el pulverizar el cuerpo de una serpiente muerta sobre la herida que ha producido dicho animal <sup>2</sup>.

Me parece que al decir el Dr. Dennys que el virus de un perro es ineficaz sobre su propio cuerpo, y que una persona puede adquirir la inmunidad de que goza el animal tragando uno de sus pelos, ha dejado oscurecer la sencilla y primitiva teoría por el sentido jocoso que hoy se da á la frase «*toma un pelo del perro que te muerde*» y que ignora lo que está perfectamente ilustrado por el mismo ejemplo que presenta, á saber: que originariamente la cuestión fué una de las admitidas relaciones entre la parte y el todo, en una palabra, cuestión de simpatía. Su conjetura se halla, sin embargo, hasta cierto límite robustecida por la prescripción de los médicos, cuando administran un pedazo de hígado de perro rabioso á los que han sido mordidos por aquél, y por la práctica escocesa de extraer el corazón de un perro rabioso, secarlo al fuego, pulverizarlo y administrar los polvos al paciente en una poción <sup>3</sup>. No deja de ser sorprendente que en 1866, en Bradwell, una

1 Citado en Dyer *English Folk-Lore*, pág. 144.

2 Hunt, *Romances and Drolls*, segunda serie, pág. 215. El proverbio en verso reza:

La víbora pintada (ó bella) tiene dardo  
Y bálsamo también.

De aquí emana que la viborera buglosa, así llamada por su supuesto parecido á una culebra, se pensó que era eficaz contra las mordeduras. — Annie Pratt, *Wild Flowers*, t. I. pág. 62.

3 Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 51.

mujer á quien se indagó sobre la muerte de un niño de cinco años, que falleció de hidrofobia, declarase que á petición de la madre de la criatura habia pescado el cadáver del perro que habia mordido á éste, y que habia sido ahogado nueve dias antes, para extraerle el higado. Asó al fuego un pedazo de este higado y lo dió al niño á comer con un poco de pan. Á pesar de este tratamiento, el niño murió <sup>1</sup>. La razón de ahogar á un perro que ha mordido á una persona es de precaución. El perro puede, es cierto, dicen las comadres, no estar rabioso; pero, por cualquier accidente puede ponerse rabioso en adelante, y entonces la persona mordida, naturalmente y por simpatia, se pondria rabiosa también en el acto. Á esta conexión entre el perro y el hombre corresponde la conexión que en todas partes se supone existir entre el niño que ha pasado por una hendidura de fresno y el árbol. Si éste era derribado, habia muy poca esperanza de que el muchacho ó el hombre de que se trataba sobreviviese. No parece haber ninguna reciprocidad de simpatia. La vida del hombre puede depender de la del perro ó de la del árbol; pero ni el árbol ni el perro pueden ser afectados por la muerte del hombre cuando ésta procede de otras causas que aquellas con las que el árbol ó el perro tengan alguna relación.

Desde este punto de vista sólo hay un paso entre la idea de lo que se refiere á un animal que causa miedo, como el perro entre nosotros, y el cocodrilo en Madagascar y la concepción más amplia referente al instrumento con que cualquier herida ha sido causada. Sin embargo, el más autorizado maestro de

1 *Pall Mall Gazette*, Octubre 12, 1866.

tratamiento simpático, en este caso, fué el eminente Sir Kenelm Digby. Cornelio Agripa, en su *Filosofía oculta*, dice, «es una cosa admirable, pero fácil de comprobar lo que Plinio dice, á saber: que «si una persona siente remordimiento por algún golpe que haya dado á otro muy distante ó cercano, si puede escupir en el acto en el medio de la mano con que ha dado el golpe, la parte herida quedará libre de dolor.

La doctrina y el empleo del ritual, dice Pettigrew, puede referirse al tiempo de Paracelso, quien desde algunos puntos de vista puede considerarse como el primer fabricante de los polvos de simpatía. Van Helmont, el panegirista de su predecesor Paracelso, nos informa de que el secreto fué dado á conocer primero por Ericcius Mehryns de Eburo, y así etcétera; pero que fué Sir Kenelm Digby, sin duda alguna, quien más hizo por la propaganda de la doctrina. Digby garantiza la autenticidad de su relato por el profundo estudio que Jaime I de Inglaterra hizo del problema de simpatía y el talento y habilidad de este rey en materias de historia natural y de su origen, que son bien conocidos, según dice. El secreto en toda su simplicidad consiste en aplicar el tratamiento médico, no á la herida, sino al instrumento que la produjo, ó á algún vendaje que se haya colocado en ella. Un ejemplo ilustrará quizás mejor la teoría de la simpatía que una página entera de explicación. Mr. Howel, secretario del duque de Buckingham, fué gravemente herido en un duelo; consultáronse los mejores médicos, pero en balde: hasta el mismo médico del rey creyó el caso fuera de su alcance. Cuatro ó cinco días después del duelo, cuando los doctores temían que sobreviniera la

gangrena y perdiese la mano y ya el enfermo estaba sumido en la mayor desesperación por el excesivo dolor que sufría, se pidió el consejo de Sir Kenelm. Éste dijo que haría cuanto pudiera, pero que temía, cosa muy natural, que lo culpasen de brujería ó incapacidad, aunque estaba seguro de que sus curaciones anteriores le habían dado tanta fama, que no debía temer el resultado de ésta. Pidió en seguida un pedazo de tela que tuviese alguna sangre del paciente, y le alargaron parte del primer vendaje que tuvo puesto el enfermo. Sir Kenelm pidió en seguida una palangana con agua, como si quisiera lavarse las manos, y dentro de ésta colocó un puñado de polvo que tomó de encima de una mesa de su gabinete, y cuando lo disolvió, añadió el pedazo de tela manchada de sangre. Después de esperar ansiosamente durante una hora, preguntó al paciente cómo se encontraba. La respuesta fué satisfactoria; sentía un fresco agradable como si le hubiesen puesto en el brazo una servilleta fresca y húmeda. Sir Kenelm aseguró á Howell que aquello era el buen efecto de su medicina, y que si lograban un frío y un calor moderados, se pondría pronto bueno. El resultado justificó su aserto. Esta curación fué atestiguada por el duque de Buckingham, y el mismo Jaime se informó muy minuciosamente de la curación, no sin bromearse al mismo tiempo con Digby sobre si era mágico ó encantador.

Dryden en su drama *Tempest*, introduce este tratamiento. En el acto V, escena I, Ariel dice con rela-

«Vístasele otra vez como yo lo he hecho. Úntese la espada que le hirió con este emplasto de armas y enváinese para preservarla del aire hasta que yo tenga tiempo de volver á visitarlo.»

ción á la herida que recibió Hipólito de Fernando:

Y en la siguiente escena (esc. II acto V), se traba el siguiente diálogo entre Hipólito y Miranda:

- HIPÓLITO. ¡Oh! cómo me duele la herida.  
 MIRANDA. Voy á aliviar á usted. (*Desenvaina la espada.*)  
 HIP. ¡Ay! siento llegar á mí un aire frío: Mi herida se pone peor cada vez. (*Limpia y envaina la espada.*)  
 MIR. ¿Se siente usted todavía molesto?  
 HIP. Ahora me parece que hay algo puesto precisamente sobre mi herida.  
 MIR. ¿No se siente usted mejor?  
 HIP. Sí, sí, siento que por momentos el dolor me deja. ¡Santo cielo, cuán aliviado estoy!

La explicación de este hecho es así: «En términos generales, una herida puede definirse como una rotura en la continuidad de las partes blandas; y una herida incisa es la más sencilla de su género. Esta, debe recordarse, era la clase de heridas á cuya curación se dedicaban los curanderos simpáticos, y su secreto de curación puede explicarse por el reposo y quietud que se permite gozar á las partes, en oposición al tratamiento ordinario bajo las falaces doctrinas y prácticas de la época respecto á la supuración, purgación y encarnación» <sup>1</sup>. De modo que de hecho, la excelencia del sistema de Sir Kenelm consistía en permitir á la naturaleza intervenir, siquiera no fuera esta ni con mucho su intención ni la de sus secuaces.

Con el pasaje de Dryden, citado más arriba y aun presente en nuestra memoria, es curioso saber por Mr. Latham que, una vez que un conocido suyo

<sup>1</sup> Pettigrew, *Superstitions connected with the Practice of Medicine and Surgery*, pág. 163.

cayó sobre la hoja de una espada, y se hirió gravemente, dicha hoja se colgó á la cabecera de su lecho, y se limpió de día y noche, en intervalos regulares, por una mujer. Aquí tenemos el incidente de Miranda é Hipólito; pero ahora en el Occidente de Sussex y en el siglo XIX. Aun hasta las simples cortaduras fueron curadas de este modo. Si el cuchillo con que un hombre se ha cortado se frota con manteca, se apresura la curación de la cortadura, y esto acontece tanto en Inglaterra como en los Países Bajos. La nota de Warendel: «Que si una persona supersticiosa es herida por cualquier accidente, se aplica el emplasto, no á la misma herida, sino lo que es más eficaz, al arma con que se ha producido» puede, por extraño que sea, confirmarse con ejemplos de muchos puntos. Cuando un segador de Northumbrian se corta con la hoz, no es cosa desusada que la limpie y la pula; y un corresponsal de un condado del Mediodía me dice que, para curar un caballo lisiado por un clavo, los labradores introducen el clavo en un pedazo de tocino y esperan á que la pata se sane.

En las páginas anteriores, me he referido á aquella rama de asociación de la parte y el todo que tiende á producir la enfermedad ó la muerte. Enterrar el cabello de un hombre, ó de algo que le hubiere pertenecido personalmente, era un medio infalible de asegurar la futura enfermedad. Ahora vemos que idénticas costumbres se seguían para volver un hombre á la salud. Encontramos, como primer ejemplo, al enemigo de una persona pretendiendo enterrar la vida de éste; ahora tenemos al amigo de un enfermo procurando enterrar la enfermedad de éste.

En el condado de Moray, las gentes tuvieron en lo antiguo la costumbre de cortar las uñas de las manos y los pies de las personas que sufrían tisis ó consunción. Las raspaduras eran puestas en un paño cortado de los vestidos del enfermo y tremolado tres veces al rededor de la cabeza, con el grito *Deas soil*. Después de esto, el trapo era enterrado en algún sitio desconocido. Entre los médicos, el reputado partidario de Galeno, de quien escribe Boyle, se decidía, cuando fallaban los otros medios de curación, á cocer un huevo en sus propios orines. El huevo fué enterrado después en un hormiguero, y según se consumió, el médico vió alejarse la enfermedad y aumentarse su vigor <sup>1</sup>. Un corresponsal de Staffordshire me dice que para curar la ictericia se llena una vejiga con orines del paciente y se coloca junto al fuego; según el agua se seca, la ictericia se va, y á ser necesario, podría presentar otros muchos ejemplos de esta superstición.

En Nueva Inglaterra, para curar á un niño de raquitis, se entierra un mechón de sus cabellos en la encrucijada de varios caminos, y si esto se hace en la luna llena, mucho mejor.

Una conexión menos personal implica el frotar las verrugas con carne ó caracoles, y luego quemar aquélla ó matar el caracol; pero la teoría de la simpatía es la misma. Una mujer de Lancashire

<sup>1</sup> Pettigrew, *Superstitions*, págs. 72-75; Boyle, *Usefulness of Experimental Philosophy*, pág. 227. Pettigrew (pág. 77), habla de una curación semejante de ictericia, pero descuidadamente la llama un ejemplo de *transplantación*. No es *transplantación*, esto es, *transferencia*, sino *simpatía* y ha de ser distinguido del ejemplo de *transferencia* citado antes.

nos diría: cuando usted haya frotado las verrugas con un pedazo de carne robada de una carnicería, debe enterrar la carne secretamente debajo de la puerta de algún cercado situado en cuatro esquinas de una callejuela, ó si no puede usted hallar un lugar que reúna estas condiciones, enterrar la carne en un sitio oculto. Conforme la carne se pasa, las verrugas se van <sup>1</sup>. Si se prefiere la cura por los caracoles, hay muchos procedimientos de hacerla. Algunos prescriben que los caracoles sean frotados sobre las verrugas durante nueve noches y luego atravesados por una espina hasta que se consuman; mientras que otros, con mayor crueldad pretenden, para curar la fiebre, el ensartar nueve ú once caracoles en un hilo, diciendo el paciente cada vez que ensarta uno: *Aquí deajo mi fiebre*. Cuando los caracoles todos están ensartados, deben ser tirados al fuego, y según van desapareciendo, la fiebre se marcha. El clérigo que me sirve de autoridad en esta materia añade: «Acerca de esto, poseo una nota de la viuda K..., cuya propia madre fué así curada, y aun me acuerdo de la profunda indignación con que vió la anciana que no daba crédito al remedio. Esto fué en el Sud de Hampshire <sup>2</sup>.

Á veces se corta una manzana en pedazos, y con ellos se frotan las verrugas: dichos pedazos se entierran; el muchacho ó muchacha se regocija con la idea de que, haciendo esto, en pocos días desaparecerán sus verrugas. Ó se emplea con el mismo ob-

<sup>1</sup> Harland and Wilkinson, *Lancashire Folk-Lore*, pág. 78. La práctica es común en Inglaterra.

<sup>2</sup> Rev. G. S. S. 16 Octubre, 1878.

jeto una cáscara de haba, y se entierra secretamente bajo un fresno con estas palabras mágicas:

«Tan luego como esta cáscara de haba se pudra,  
Tan pronto consúmase mi verruga.»

En Donegal, el paciente busca una paja con nueve canutos y corta los nudos que forman las uniones de cada uno de ellos: los nudos superfluos se tiran, luego los entierran en un estercolero, y conforme las articulaciones se pudren, se resuelven las verrugas. Me escribe un amigo de Worcestershire, que para curar la enfermedad del casco del caballo, llamada la uña, se corta un césped del manchón que se ha visto que el caballo ha pisado con la pata mala, y se cuelga aquél en un ramo de endrina; conforme el césped se seca, el casco se cura<sup>1</sup>. Si uno toma tantos pimpollos como verrugas tiene, y los entierra, conseguirá curarse pronto. El mismo feliz resultado se obtiene desgarrando la verruga tres veces con el nudo de una caña. He aquí una curación para la fiebre, citada en el *East Anglican*: Cuando uno tiene una convulsión, debe tomar un pelo corto y hacerle tantas muescas cuantas convulsiones ha sufrido, incluso la presente; luego atar una piedra al pelo, tirar una y otro ocultamente dentro de un estanque, y de allí alejarse sin volver la vista atrás. Si se ha conseguido guardar el más escrupuloso secreto, está garantizado por los que han hecho el experimento que los ataques de fiebre desaparecerán. La práctica de Nueva Ingla-

<sup>1</sup> Rev. G. S. S.; *English Folk-Lore*, pág. 165; *Folk-Lore Record*, t. I, pág. 221; Miss E. S. 8 Marzo, 1879.

terra es levemente distinta. Ante todo, el operador debe saber el nombre exacto del paciente (esta primitiva concepción de cómo se produce la enfermedad que subsiste aún entre algunos pueblos <sup>1</sup>, lleva á éstos á ocultar los nombres verdaderos) y á la hora precisa en que se presenta el escalofrío. Luego debe enviarse al enfermo á cortar un número de varillas de sauce igual al de la hora en que se presenta el acceso. Así si el escalofrío comienza á las diez se cortan diez varillas; se cogen las varetas una por una y se ponen al fuego, diciendo: «A. B. tiene fiebre intermitente; según se quemén las varetas qué-mese la enfermedad» ó palabras análogas. Cuando todas las varetas se han quemado, la fiebre se ha curado también. El paciente debe ser espectador mudo. El corresponsal que me favoreció con este hechizo, dice: «Conozco á un hombre que declara que una vieja en el Canadá le curó de los más pertinaces escalofríos y fiebres por este medio; pero no puedo asegurar si todos pueden conseguir esto.» En Sussex, si un hombre se está ahogando, se enrosca una culebra á su cuello, y después la culebra se mete en una botella herméticamente cerrada. La botella se entierra en el suelo, y conforme la culebra se consume, el ahogado revive.

Dice Sir Kenelm Digby, de cuya autoridad en materias de simpatía ningún entendido en medicina popular puede dudar, «que en tiempo de epidemia acostumbran llevar cerca de sí un sapo pulverizado, y á veces un sapo vivo ó araña, encerrados en una caja, ó bien llevan arsénico ó cualquiera otra sustancia venenosa que atrae á sí el aire contagioso, que

1 Véase antes pág. 26.

de otro modo infestaria á la partida.» La sencillez de este preservativo lo hace recomendable en todos los casos, y aunque las razones dadas para emplear una araña ó un sapo no es la indicada por Sir Kenelm, no creo equivocarme mucho al deducir que las explicaciones modernas deben su origen á las más antiguas. Con frecuencia hallaremos que el supersticioso que usa un amuleto lo hace porque cree sinceramente en su eficacia. No puede negarse que espera en que ha de hacerle bien el extraño contenido del collar que usa al cuello. No lo usaría, os dice, si no tuviese fundamentos y fundamentos bastantes para creer que hay una virtud en el amuleto. Luego es más que probable, seguirá una exposición del cómo y el porqué: ingeniosa exposición que ha auxiliado la propia inteligencia del hombre semieducado y que no carece en modo alguno de interés, sino que tiene por el contrario gran importancia. Una ojeada á los hechizos usados entre los que le rodean y á la naturaleza de su composición, convencerán más á un hombre de la gran superstición que su conducta implica que cuantos buenos consejos puedan dársele para que abjure de sus oscuras prácticas y vagas creencias.

Primero, de las arañas. Burton dice que la primer curación por medio de arañas que vió practicar, fué en Lindlay, en Leicestershire, curación hecha por su madre en casa de su padre. La araña, en este caso, fué colocada en una cáscara de nuez *envuelta con seda*. Por mucho tiempo reputó esta práctica algo absurda, pero «*al fin*, nos dice, hojeando los autores, como hago frecuentemente, y encontrando esta medicina en Dioscórides, aprobada por Matthiolus y repetida por Aldrovando, empecé á te-

ner mejor opinión de ella y á dar más crédito á los amuletos, cuando vi que en algunas partes la experiencia confirmaba la utilidad de su empleo.» Longfellow, en *Evangelina*, dice:

«Sólo precaveos de la fiebre! Guardaos de la fiebre!  
Pues no se cura, como la de nuestro frío clima acádico,  
Llevando una araña colgada al cuello dentro de una cáscara de nuez.»

Alejandro de Tralles habla de encerrar «al animalito que se aposta y teje con el *objeto de atrapar las moscas*,» en un paño y usarlo en el brazo izquierdo, y lo recomienda como bueno para curar la fiebre. Cuando Elias Ashmole estaba sufriendo de intermitentes, en el 11 de Mayo de 1681, pensó en recurrir á la araña. Del modo más expeditivo nos entera de su tratamiento en su diario. «Tomo por la mañana temprano una buena dosis de elixir y cuelgo tres arañas al rededor de mi cuello, y se llevan mi fiebre. *Deo Gratias!*» Los médicos tenían palabras adecuadas que decir á la araña, la cual puede ser usada como una filacteria contra las dolencias del gallillo»<sup>1</sup>. Á un tío mío, escribe un corresponsal de *Notes and Queries*, que cuando niño

<sup>1</sup> Cockayne, t. I, p. xxx. En la pág. 43, t. III, hay otro hechizo de arañas. Es un hechizo contra una erupción acuosa, y que tiene que ser cantado primero en la mano izquierda, luego en la derecha y luego sobre la cabeza del hombre. Aquí se apareció ligera una araña llevando las manos sobre sus nalgas. Decía que tú eras su caballo. Agárrate á su cuello. Se fueron de la tierra y al dejarla sintieron fresco, y vino luego la hermana de una bestia feroz. Así acabó y juró que así nunca [podría] dañar al enfermo ni al que sufriera este encanto, ni al que tuviera habilidad para contarlo. Amen. Así sea.»

padeció un ataque de fiebre, una de las medicinas ó antidotos que le prescribieron, probablemente una vieja nodriza, fué la de que usase colgada al cuello una bolsa con una gran araña viva. Así lo hizo, pero con la curiosidad natural de un niño la bolsa fué abierta, y descubierta la araña fué inmediatamente matada. Creo que el efecto que con este singular tratamiento se procuraba, era que del movimiento de la araña en la bolsa, que estaba junto á la piel, podría crearse un horror ó disgusto que produjese una alteración en la sangre y en el sistema todo del paciente»<sup>1</sup>. En el Occidente de Escocia la araña se ponía dentro de una piel de ganso cerrada, luego se colgaba al rededor del cuello del que padecía fiebre *de modo que cayese cerca del estómago*. Á veces el trabajador de Glasgow tiene que recurrir á una medicina más repugnante aun, hecha con la tela de una araña. También se creía que el tomar por las mañanas, durante tres días y ántes de almorzar, una pildora hecha con la telaraña, producía una cura pronta y satisfactoria. Esto nos recuerda que en el Occidente de Sussex muchos doctores antiguos prescriben todavía á sus enfermos en los casos graves de ictericia, una araña viva envuelta en manteca para que la traguen como una pildora. También en Nueva Inglaterra, la araña, y aun á veces remedios más desagradables, son administrados en una cucharada de melaza<sup>2</sup>.

En Norfolk, para curar á un niño de tos convulsiva, se ata una telaraña á un pedazo de muselina, se

<sup>1</sup> *Notes and Queries*, 2S., t. III, pág. 437.

<sup>2</sup> Nápier, *Folk-Lore*, pág. 95; *Folk-Lore Record*, t. I, pág. 45; Miss C. F. G. Nov. 1879.

prende con alfileres á la repisa de la chimenea, y al morir la araña, la tos desaparece <sup>1</sup>. En Worcestershire, se cree que una araña en una cáscara de nuez aleja el dolor de muelas, si se usa en un saquito al rededor del cuello <sup>2</sup>. Aquí la teoría parece ser que si la araña es buena para una cosa, debe serlo para otra, y yo no sé que nadie, hasta ahora, pueda explicar la razón de por qué no ha de ser tan eficaz para curar el dolor de muelas, como para curar la tos convulsiva ó la calentura.

Cuando el niño de un aldeano de Donegal sufre de tos convulsiva, la madre, llena de ansiedad, sale por la tarde, esperando que un escarabajo alado venga á chocar con ella y pueda atraparlo. Cuando lo ha cogido—y no debe haber sido buscado—mete el escarabajo en una botella y se lo lleva á su casa. Conforme el escarabajo muere, la tos se marcha. En Lancashire, ponen al cuello del niño una oruga velluda, con el mismo objeto y la misma confianza <sup>3</sup>.

Los ejemplos del uso de sapos ó partes de sapos, son como Sir Kenelm indica, muy numerosos. En 1822 hubo un verdadero doctor en sapología que viajó por el país. Cortaba las patas traseras de los sapos que le traían los enfermos, y las encerraba en saquitos, que colgaba al rededor del cuello de los que sufrían de escrófulas. Las bolsas se usaban hasta que se consumían por completo las patas allí guardadas. No es de maravillar que este doctor viajase en coche propio, si advertimos que llevaba sie-

1 Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 154.

2 Miss E. S. 8 Marzo, 1879.

3 «Fairy Superstitions in Donegal,» *University Magazine*, Agos to 1879, pág. 219; *Lancashire Folk-Lore*, pág. 156.

te chelines por cada una de dichas bolsitas y cobraba por semanas completas á muchos de sus enfermos <sup>1</sup>. La siguiente relación de una cura en medio del siglo pasado, es completa: «Una muchacha en Gaddesden, que padecía de los pies desde su infancia, á los once años de edad perdió uno de los dedos, y apenas podía andar, por lo que iban ya á enviarla al hospital de Londres. Pero una mendiga llegó á su puerta, y oyéndola hablar de su dolencia le dijo que, si quería cortar una de las patas traseras de un sapo, y la pata opuesta de las delanteras y ponerla en un saco de seda al rededor del cuello, se pondría buena de seguro; pero había que observar que al perder el sapo las patas, tenía que dejarlo suelto en libertad, y conforme el animalillo se consumiera y muriese, el mal cedería y desaparecería por completo; así ocurrió en efecto, pues la muchacha sanó del todo y nunca más volvió á estar mala. Hallándose otra muchacha de Gaddesden con los ojos malos, sus padres secaron un sapo al sol y lo pusieron en una bolsa de seda que colgaban en la parte posterior del cuello, y aunque estaba seco, chupaba hasta levantar ampollitas, pero estuvo haciendo á la muchacha un gran servicio hasta que ésta por descuido llegó á perderlo <sup>2</sup>.

En el Sur de Northamptonshire se cree que un sapo muerto y atravesado con un instrumento de acero afilado, metido en una bolsita y colgado al cuello, sirve para curar la fiebre y contener las he-

<sup>1</sup> *Notes and Queries*, 5th. S., t. IV, pág. 83.

<sup>2</sup> *Choice Notes (Folk-Lore)* pág. 22 de la antigua obra de William Ellis, labrador en Little Gaddesden, cerca de Hempstead, Herts, publicada en Salisbury, en 1750. Cf. Digby. *A Late Discourse touching the Cure of Wounds*, etc., pág. 77.

morragias de la nariz. El Dr. Jessop dice que en Julio de 1875, un inteligente ganadero y tratante en caballos en Tintagel, enfermó de anginas y consultó á una curandera, en Camelford. Ésta le prescribió que cogiese un sapo vivo, lo amarrase con un cordón al rededor de su garganta y lo tuviese colgado hasta que el cuerpo se desprendiese de la cabeza. Él se ató el cordón al cuello y nunca se lo quitó, de día ni de noche, hasta su quincuagésimo cumpleaños. «Usted nunca más tendrá anginas» le dijo la curandera. El labrador de Wiltshire lleva en una bolsita las patas delanteras y una de las traseras de un topo para asegurar su inmunidad contra el dolor de muelas <sup>1</sup>.

Dícese que el pie derecho de una rana, envuelta en una piel de ciervo, preserva contra la gota. En Aberdeenshire se recomienda á los que deseen curarse de las enfermedades de ojos, que tomen una rana viva y le laman los ojos. Después de esto sólo tiene que lamer algún ojo enfermo y la curación se verifica <sup>2</sup>. Una cura para el sanguíuelo, enfermedad de las vacas, era introducir una rana viva en la garganta del animal; cuanto mayor es la rana, más rápida es la curación? Una vieja de Donegal, nacida en los primeros años de este siglo, dice: «Mi abuela estaba tan llena de dolores, que no podía llevarse la mano á la cabeza. Un día una pobre mujer, procurando un pedazo de pan, vino á sentarse al fuego y observó que mi abuela, subida en una

<sup>1</sup> *Choice Notes*, pág. 10. *Notes and Queries*, 5th. S., t. IV, página 184. Dyer, *English Folk-Lore*, págs. 156, 175.

<sup>2</sup> Sir Thomas Browne, *Vulgar Errors*, 1658, pág. 244: Gregor *Folk-Lore of North-East of Scotland*, pág. 144.

silla, buscaba su aguja de hacer media en la alacena y que se quejaba y ponía el grito en el cielo cada vez que tenía que mover ó levantar el brazo. Buena mujer, dijo la pobre vieja, me da pena ver lo que usted sufre. ¿De qué padece usted? Mi abuela entonces le contó sus dolores y ella le ordenó que se hiciese de unos *huevos de rana* cogidos en los charcos profundos y los colocara en una cazuela tapándolos con una pizarra, y la tuviera enterrada durante tres meses en el jardín; después, que los sacase y se untara el sitio dolorido con lo que había en la cazuela. Así se hizo, y al cabo de tres meses la cazuela fué desenterrada y sólo se halló en ella agua pura. Oí decir á mi madre que mi abuela siguió con constancia untándose con el agua y que se puso buena de su reumatismo <sup>1</sup>. Helmontius pide, según Martius, *ossiculum brachii bufonis* <sup>2</sup>. Los sapos pulverizados y convertidos en lo que se llama «pulvis æthiopicus», se usaron tanto al exterior como al interior en los casos de hidropesía y viruelas. Llevados detrás del cuello, vivos ó secos, se supone que cortan las hemorragias de la nariz <sup>3</sup>.

Aunque, como dice Dalyell, se hallan pocos ejemplos de imágenes formadas para procurar la salud de un enfermo, sin embargo aun se registran algunos. En China se lleva á la calle la figura de un hombre cortada en papel, y con esta imagen, según la creencia del pueblo, se marcha también *la enfer-*

1 «Fairy Superstitions in Donegal,» *University Magazine*, Agosto, 1879, pág. 214.

2 Martius, pág. 32.

3 Bates, *Pharmacopœia*; Pettigrew, pág. 783; Cf. Boyle. *Experimental Philosophy*, t. I, pág. 215 (citando á Henricus de Heer *Observ. Medic. oppido. rarif.* pág. 194).

medad. Cuando el sacerdote ha espurreado con agua al enfermo y al hombre de papel y la moneda fingida que lo rodean, éstos son quemados. Sprenger, cuando fué inquisidor, conoció un caso en que al quemarse una imagen de cera que había sido agujereada con agujas en Issbruck, uno que estaba enfermo se puso bueno. Ahora, según la teoría general, el enfermo hubiera muerto cuando su escultura era fundida. Además se cita á Pizzurnus, quien recomienda la fabricación de una imagen de cera, ya de la parte correspondiente á un solo órgano enfermo, ya de todo el cuerpo en caso de una afección general <sup>1</sup>.

1 Doolittle, *Chinese*, t. I, pág. 152; Dolyell, *Darker Superstitions*, págs. 335-364. XXX Sprenger, *Malleus maleficarum*, p. II, q. I, c. 12, pág. 314; Pizzurnus, *Enchiridion Exorcisticum*, lib. I, p. III, c. 5, pág. 54. «En la India moderna el peregrino que va á curarse, depositará en el templo la imagen del miembro enfermo, en oro, plata ó cobre, según sus medios.» Tylor, *Primitive culture*, t. II, pág. 368.



## CAPÍTULO IV

### **Renacimiento y sacrificio.**

En un periodo de la historia del mundo, del cual únicamente sabemos que es relativamente moderno en la historia de la cultura, la posibilidad de una nueva entrada en la vida—como la de un niño recién nacido—por un nuevo nacimiento simbólico, se presenta ella misma al género humano, consumido por las luchas con los poderes visibles ó invisibles, y con los males siempre presentes del cuerpo y de la inteligencia. Que la antigua vida puede dejarse atrás con los inconvenientes y pesares, que las faltas y pecados del penitente pueden llegar á convertirse como si dijéramos en la carga de otro, fué una idea agradable para el hombre que á la vez estaba cansado de la antigua vida y ansioso de comenzar otra nueva. Que las enfermedades y dolores que nos afligen, que los males y dolores que de día y de noche lo hacen á uno padecer puedan concluir para siempre, y que el débil cuerpo pueda recobrar su vigor y salud, se presenta al paciente como un sueño hermoso y fascinador. Si la teoría de la nueva vida espiritual ó la de la corporal fué la primera que se adoptó, si las ceremonias para la úl-

tima fueron copia de las de la primera, ó si ambas fueron enseñadas á la vez, son no sólo cuestiones difíciles de resolver á primera vista, sino que aun consideradas á fondo poco ó nada, se esclarece su resolución. No cabe dudar de la antigüedad de ambas, y en cuanto á si su origen es anterior á la dispersión de los arios, nada me atrevo á decidir.

Para el renacimiento espiritual, según se practicaba entre los indios, se preceptúa hacer una imagen de oro puro del poder femenino de la naturaleza, en forma de mujer ó de vaca. La persona que ha de regenerarse es encerrada dentro y pasada á través de esta imagen. Como una estatua de oro es demasiado costosa, basta con hacer una imagen del sagrado *yoni*, á través de la cual pueda pasar la persona regenerada. Rocas perforadas son consideradas como emblemas del *yoni*, y por ellas pasan los peregrinos y otras gentes con el objeto de ser regenerados. La fe en este tránsito de purificación es capital... <sup>1</sup> Difícil es creer que no haya conexión entre esta antigua costumbre y una que hasta el día prevalece en Cornualles, relativa á la *pedra agujereada*, cerca de la ciudad de Lanyon. Por medio de este *Mên-an-tol* los niños escrofulosos son pasados desnudos tres veces, y luego tirados tres veces sobre el césped, en dirección contraria al curso del sol. Hasta los hombres y mujeres, dice Hunt, que se han visto afligidos con enfermedades de la medula, ó que han padecido de escrófulas, han pasado por esta piedra y todo declara que sus antiguas virtudes se conservan todavía <sup>2</sup>. Muchas teo-

1 Coleman, *Hindu Mythology*, pág. 151-175.

2 Hunt, *Romances and Drolls*, 1.<sup>a</sup> serie, pág. 191.

rias se han inventado respecto al Mên-an-tol, á saber: que su principal uso fué señalar el tiempo del solsticio de verano; que es lo que resta de un dolmen de dos departamentos <sup>1</sup>; que á él se llevaban las víctimas que habían de ser sacrificadas; y por último que fué una piedra de alianza; pero la opinión más autorizada de los escritores competentes en el asunto, fué que era una piedra de curación ó de transmisión <sup>2</sup>. Otro agujero usado para el paso de los afligidos con un torticollis, es la piedra de Morva, Cornualles, piedra que es ahorquillada y admitida sólo en defecto de una piedra agujereada, á la que se conceden las más altas virtudes <sup>3</sup>.

La forma más común de transmisión con el objeto de librarse de las enfermedades, es la mencionada por White en su *Historia Natural de Selborne*. En el corral de una granja cerca del Medjodia de Selborne, dice, había una hilera de fresnos que por las largas hendiduras de sus costados manifestaban haber sido en otro tiempo rajados de arriba abajo. «Estos árboles, cuando jóvenes y flexibles, fueron abiertos con cuñas para que los niños quebrados fuesen pasados desnudos por la abertura, en la creencia de que los pobrecillos curarian así de su enfermedad. Cuando terminaba la operación, se ponía un emplasto en la parte dañada del árbol que se cubría con lana y se vendaba cuidadosamente. Si los bordes se juntaban y se adherían, lo que

1 *Journal of Brit. Arch. Assoc.* t. XXXIII, art. «Sobre algunos monumentos megalíticos en el Cornualles occidental», páginas 295-296.

2 *Ibid.* art. «Notas sobre los Mên-an-tol y Chywoon Quoit, Cornualles», pág. 176.

3 Hunt, 1.<sup>a</sup> serie, págs. 191-192.

generalmente sucedía si la operación se hacía con mediana destreza, el individuo se curaba; pero si la hendidura continuaba abierta, se creía que la operación sería ineficaz. Aun viven en la ciudad muchas personas que se supone fueron curadas en su niñez por estas ceremonias supersticiosas, derivadas quizás de nuestros antepasados los sajones, que la practicaban antes de su conversión al cristianismo <sup>1</sup>. En Spitchwich, cerca de Ashburton, en días más recientes un guarda de coto, cuando hacían alguna observación sobre la peculiaridad de un renuevo de fresno, decía que el árbol había servido para curar á los niños quebrados, y daba pormenores de la ceremonia y citaba ejemplos de curación en el caso de varios jóvenes bien conocidos de la vecindad, que habían sido pasados por medio de la hendidura de aquel árbol en su niñez, y habían crecido fuertes y saludables. Á veces suponíase que el paciente, desde que era pasado á través de un árbol, venía á ligar á éste su vida, y el inteligente guarda, refiriéndose á un árbol que se había desmejorado mucho desde el experimento, hablaba de la deformidad y enfermedades del joven que había sido pasado por él <sup>2</sup>. Otro tanto se cree en Cornualles. En Sussex occidental, el niño, al ser llevado al árbol, debe ser atendido por nueve personas, cada una de las cuales debe pasar por la hendidura de Oeste á Este <sup>3</sup>. En Alemania hablan de cerezos y de robles usados con análogo objeto. Así Grimm:

1 White, *Natural History of Selborne*, 1789, pág. 202.

2 *Reports and Trans. of Devonshire Assoc.* 1876, VIII, pág. 54. véase también *Gentleman's Mag.* Oct. 1804; Brand, *Popular Antiquities*, pág. 737; Pettigrew, *Medical Superstitions*, pág. 75.

3 *Folk-Lore Record*, t. I, pág. 40.

«He oído lo siguiente de la provincia de Magdeburg. Si dos hermanos—lo más á propósito eran mellizos—parten un cerezo en dos partes iguales y hacen pasar al niño enfermo entre estas dos partes, y entonces atan el árbol, se cura el niño como se cura el árbol.» «En la (provincia) Altmark (cerca de la ciudad) Wittstock hubo un roble grueso y hermoso, cuyas ramas se habían entrelazado y formado agujeros. El que pasó por estos agujeros, se curó de su enfermedad. En el alrededor del roble, se encontraron muchísimas muletas que habían tirado los restablecidos por no necesitarlas más» <sup>1</sup>. No sé de niños que hayan sido pasados á través de ramas del arce para curarse de alguna dolencia especial, pero en algunas partes de Inglaterra se cree que haciendo esto se obtiene longevidad para los niños <sup>2</sup>. En el Parque occidental de Grinstead, se recurría á uno de estos árboles, y cuando hace algunos años se esparció el rumor por las parroquias de que tenía que ser derribado, se hicieron humildes peticiones para impedirlo. «Un corresponsal americano de *Notes and Queries* <sup>3</sup>, dice que, cuando muchacho, vió en el condado de Burlington, en Nueva Jersey, un árbol cuyo tronco había sido dividido en dos partes que se reunían un poco más arriba. Á través de esta abertura se pasaban á los niños quebrados. Desdichadamente no dicen el nombre del árbol.

Las brujas escocesas pasaban á los niños que tenían fiebre héctica, y á los tísicos, tres veces por una

1 Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 976.

2 *Folk-Lore Record*, t. I, pág. 43; también Henderson, *Folk-Lore of the Northern Counties* (1879), pág. 17.

3 *Notes and Queries*, 6 S, t. I, pág. 16.

guirnalda de madreSelva, cortada durante la creciente de la luna de Marzo, dejada caer desde la cabeza hasta los pies <sup>1</sup>. Un método más perfecto se dice ser el que consiste en poner al rededor del paciente, en intervalos de veinticuatro horas, un cinturón de madreSelva, diciendo por tres veces: «Hago esto en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.» Los ejemplos de esta clase pueden multiplicarse <sup>2</sup>. Dicese que una buena cura para cualquier enfermedad del ganado consiste en hacer que una vaca, acompañada de un gato, salte por medio de una cuerda de paja atada y torcida al revés. La vaca se cura, pero el desdichado gato muere <sup>3</sup>.

También parece haberse efectuado la transmisión por medio de una sustancia artificial, pues el Archivo de la Sesión de Perth Kirk de 1623 presenta testimonio de tres tortas hechas con nueve porciones de harina suministradas por nueve doncellas y nueve casadas. En cada torta habia un agujero, hecho á fin de que un muchacho pudiese ser pasado tres veces por él en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo <sup>4</sup>. Hace algunos años que un remedio completamente sugestivo de renacimiento, aunque menos perfeccionado que esta transmisión, se practicó cerca de Bushire, en el golfo Pérsico, para curar la hidrofobia. Un Moollah ó sacerdote, descendiente del Profeta, cuando le consultaban personas mordidas por perros, ponía un par de columnitas de mampostería, algo separadas entre si,

1 Shaw, *History of the Province of Moray* (1827), pág. 282, citado en Dalyell. *Darker Superstitions of Scotland*, pág. 121.

2 Dalyell, pág. 121.

3 Gregor., *Folk-Lore of North-East of Scotland*, pág. 124.

4 Dalyell, pág. 394.

colocaba una pierna en cada una, y hacia que el enfermo pasase por debajo, con lo cual se obtenía una curación radical <sup>1</sup>.

Más aún; en Cornualles se supuso que un niño había sido víctima del mal de ojo; su padre y dos compañeros entraron violentamente en la cabaña de la bruja y la arrojaron al suelo. Después el padre arrastró tres haces de tojo ardiendo y los puso cruzados fuera de la puerta de la choza, obligando al niño á pasar tres veces por este fuego <sup>2</sup>, considerándolo mediante esta ceremonia como libre del poder de la bruja.

Arrastrarse bajo una rama de zarza acodada que ha arraigado de nuevo, se dice que cura el reumatismo, los diviesos y otros males. El arco debe ser completo. Si es un niño el que sufre de tos convulsiva quien de este modo ha de renacer simbólicamente, se le pasa siete veces de un lugar á otro, mientras el operador repite estas palabras:

En la zarza, fuera tos,  
Aquí dejo la tos convulsiva.

No tengo duda, escribe un corresponsal de Essex, que si mañana apareciese aquí la tos convulsiva, al día siguiente las víctimas se someterían todas al anterior tratamiento <sup>3</sup>. En la isla de Innisfallen, Kil-

1 *Notes and Queries*, 5 S; t. XI, pág. 6.

2 Hunt, 1.<sup>a</sup> serie, págs. 236-237.

3 Hunt, segunda serie, págs. 212-215; Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 171; *Transactions of Devonshire Association*, 1877, t. IX, pág. 96; Rev. E. S. C. 3 Nov. 1879. «La raíz más nueva de semejante zarza desenterrada, cortada en nueve pedazos con la mano izquierda, con ciertas ceremonias se usó para curar la disentería.» Cockayne, t. II, págs. 291-293.

larney, hay un árbol llamado el *ojo de la aguja*. El nombre fué dado al árbol merced á la unión de un doble tronco. «Seguramente usted pasará por el ojo de la aguja. Todos los que vienen á Innisfallen enhebran la aguja, dijo el guía á Croker, y cuando éste preguntó para qué servía el estrujón aquel, contestó en el acto: De provecho, señor, porque asegura á usted una larga vida, y si usted fuese una señora en cierto estado, no tendría usted ya miedo después de ensartar la aguja.» Mr. Croker pasó por ella <sup>1</sup>.

Es un hecho, que en caso necesario podría comprobarse con muchas narraciones provinciales, que el sacrificio continúa aún latente en nuestro folklore. Para evitar equivocaciones puedo decir, casi con las palabras de Grimm, que el sacrificio tiene dos objetos y dos significados. El primero es tener propicios á los poderes sobrehumanos, que regulan la salud y la enfermedad, la prosperidad y la desgracia; lo que se desea obtener por estas ofrendas, es que el favor de tales poderes no abandone al suplicante; que no haya tempestad en tiempos de cosecha, ni la falta de salud perturbe á la buena salud. El segundo objeto es reconciliarse con estos poderes, si se supone que se muestran disgustados—para expiar la ofensa que ha promovido el desastre—siendo el significado de esto el suponerse que los poderes ó los dioses son susceptibles de responder á las mismas influencias que gobiernan á los hombres. En una palabra, tenemos sacrificios para conservar á estos poderes de buen humor y sacrificios para desagrararlos; pues según la creencia del sacrificador, así como en el mundo visible todo de-

1 Croker, *Legends of Killarney*, pág. 46.

pende de la voluntad de los que lo rodean, en el mundo invisible todo depende del capricho de los poderes ocultos.

Á la primera clase puede decirse que pertenecen todas nuestras ofrendas á los duendes. El hecho de dejar una taza de leche dispuesta para que la bebiesen el diablo holgazán ó los duendecillos podemos explicarlo, quizás con algún atrevimiento, yendo más allá de la creencia popular, que suponía que aquella era un mero premio concedido á los duendes por la misteriosa labor que cumplían durante la noche. Es más que dudoso que en los primitivos tiempos se ligase al obsequio alimenticio dejado al visitante nocturno, alguna idea de futura recompensa. Más tarde, cuando la inteligencia, que siempre razona y procura explicarse las cosas, intentó descubrir el porqué del donativo de la taza de leche, fué natural creer que era una recompensa, ó más en crudo, el salario de la obra hecha. Pero en realidad no hubo en un principio idea alguna de retribución, pues debemos recordar que nuestro folklore no cayó por la chimenea en una noche de invierno, armado de todas armas.

Cada zutano y mengano desciende de una raza cuyo origen y costumbres se pierden en una antigüedad tan remota que ni aun trazas de ella se conservan en su vida diaria, tal como hoy la vemos ó podemos conocerla por lo que han escrito de ella los que pudieron observarla en época más primitiva. La taza de leche ó cualquier otra cosa dejada cuando la familia iba á acostarse, fué tanto, en su concepto, una ofrenda á un sér invisible como cualquier sacrificio en una isla del Pacífico. Era un ruego á los poderes nocturnos para que fuesen benignos y acep-

tasen la ofrenda con que sus siervos pensaban conseguir que le siguieran dispensando sus favores. Esto nos parece incompatible con la última teoría de la retribución. Cuando los seres de las sombras, que, aunque muy temibles, pueden participar de los bienes del hombre, cayeron en olvido como origen de daño, todavía quedó alguna noción de algo que pudiera venir durante la noche. Era una conclusión natural para un hombre práctico que si algo venía y era alimentado, sería porque había alguna causa para que viniese. Así, pues, como arriba indiqué, la idea de retribución comenzó á dominar en nuestros cuentos de encantamiento, cuando se borró del todo la idea del sacrificio.

Á la segunda clase pertenecen todas nuestras supersticiones médicas relacionadas con el folk-lore. En Aberdeenshire, cuando un hombre es atacado por primera vez de epilepsia, sus vestidos son quemados en el sitio en que cae. Es una ofrenda, por el fuego, improvisada. Como los altares fueron contruidos en los sitios de apariciones ó milagros, así donde la influencia de lo que no se ve sobreviene de repente, la ofrenda de quemar se prepara en el acto. Otro método de curación fué enterrar un gallo en el mismo sagrado lugar de la ocurrencia. La conexión del gallo con el sacrificio es muy antigua. Las últimas palabras de Sócrates se encaminaron á disponer el sacrificio de un gallo á Esculapio, á quien con Apolo estaba dedicado este animal. En Egipto el gallo rojo fué sacrificado á Osiris. Mientras prevalecieron las enfermedades infecciosas en Oriente, dice Barthelemy, el gallo fué ofrecido como una oblación, siendo sacrificado en las esquinas de los templos ó matado sobre la cama del enfermo, el

cual era rociado con su sangre. Es curioso observar que una cura escocesa para la epilepsia consistía en enterrar un gallo debajo de la cama del enfermo, ó con raeduras de las uñas de las manos y los pies, mechones de cabellos, y cenizas de las cuatro esquinas del hogar, en el lugar en que la convulsión se apodera del hombre. Aquí hay un sacrificio real de una parte del hombre con el gallo, del mismo modo que los muchachos chinos cortaban una rebanada de su ración de ternera para mezclarla con lo recetado por el médico al padre enfermo. Quinientos años ha se dijo que un brujo irlandés había sacrificado nueve gallos colorados á su espíritu familiar, y se dice que aun hoy los budhistas de Ceilán sacrifican gallos rojos á los malos espíritus, esto es, á los espíritus que traen daños que deben ser evitados. Con la sangre de un gallo rojo, Christian Levingston coció la torta que el paciente no podía comer. Un remedio para la locura fué enterrar un gallo entre el lindero de dos predios pertenecientes á dos *lyers*. Para curar la consunción, dice Peter Levens, «tómese un caldero de bronce, llénese de agua, póngase sobre el fuego y colóquese una gran olla de barro dentro del caldero y luego échense dentro las siguientes cosas: Cójase un gallo vivo, desuéllese, hágase pedazos, tómese una libra de dátiles, sáquenseles los huesos y colóquese una capa de ellos en el fondo de la olla y después póngase un pedazo del gallo y sobre éste más dátiles, tómense raíces de achicorias, de escarola y perejil y así de esta manera váyanse colocando capas, una sobre otra, y echando dentro oro fino y alguna perla, cúbrase la olla cuanto se pueda con una tela basta y déjesela destilar un buen rato y así resérvese para utili-

zarlo tanto tiempo como se tenga necesidad de él <sup>1</sup>.

Arriba se ha hecho mención de la costumbre de colgar sobre un arbusto ó árbol pedazos de paños tocados por un enfermo, á fin de que el que pase pueda coger el trapo y con él la enfermedad. Pero estos andrajos fueron con frecuencia dejados como ofrendas. Así, cuando la gente iba al pozo de San Oswald para descubrir por la flotación ó sumersión de su camisa, si un hombre podría sanar ó no, dejaba al partir colgado un jirón de la camisa sobre el arbusto más próximo. Esto también era costumbre en Holywell Dale, en el Lincolnshire del Norte, en Great Cotes, en los pozos de San Juan, Aghada, Cork y otros muchos sitios. Park, hablando de un gran árbol adornado con jirones ó pedazos de tela, dice que al principio éstos servían probablemente para informar al viajero que el agua estaba cerca; pero tal costumbre estaba tan arraigada, que ninguno se atrevía á pasar sin colgar algo <sup>2</sup>. Está, sin embargo, más conforme con las reglas de la superstición pensar que este árbol hacía respecto á los africanos el mismo oficio que los templos votivos entre los romanos.

Para evitar la destrucción de una vacada, se considera todavía como útil enterrar una vaca viva. Aun hay un procedimiento más cruel, que consiste en embadurnar una vaca con alquitrán y echarla

1 Grimm, t. I, pág. 34 (ó Stallybrass, t. I, pág. 41.) Dennys, págs. 68-69. «Romance of Chinese Social Life,» *Temple Bar*, Julio 1880, pág. 319; Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 93; Dalyell, pág. 86; Levens, 1664, *Pathway to Health*, citada en *Notes and Queries*, 1. S. t. II, pág. 435; Mitchell, *Past in the Present*, págs. 146-265-274.

2 Pettigrew, págs. 38-39; *Notes and Queries*, 5 S. t. VII, página 37; t. VI. págs. 424-185; Grimm, t. II, pág. 986.

fuera de la piara enferma, pegar fuego al alquitrán y dejar al pobre animal correr hasta que la muerte pone fin á sus sufrimientos. Quemar un cerdo hasta producirle la muerte ha sido recomendado por una curandera de Banffshire como un medio eficaz para la curación del ganado enfermo. Las cenizas deben esparcirse sobre el establo y demás construcciones de la granja <sup>1</sup>.

Los sacrificios humanos son por fortuna raros en nuestro tiempo. Grimm dice que en los cuentos populares se hallan indicios de haber sido matados algunos niños como remedio para la lepra. Xenokrates, según asegura Galeno, refiere buenas cosas de canibalismo, escribiendo con aire de gran confianza en los buenos efectos que se obtienen comiendo cerebros humanos, hígado ó carne, etc.» <sup>2</sup>. Los mellizos son considerados como de mal augurio entre los barnangwatos que viven en Shoshung, en el Sur de África, y en el sacrificio que anualmente celebran para proteger á la ciudad de la guerra y de la peste ó de otros males, los gemelos son sustituidos por el ortodoxo toro negro que se emplea en un cocimiento con que se embadurna toda la ciudad <sup>3</sup>. Los tonganos se cortan un pedazo del dedo meñique como sacrificio para que se ponga bueno un pariente de categoría que está enfermo <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> Lecky, *History of England*, en el siglo XVIII, t. II, pág. 29, citado por Mitchell, *Superstitions of North West Highlands*: Gregor, página 186.

<sup>2</sup> Grimm, t. I, pág. 37, (Stallybrass, t. I, pág. 46.) Cockayne, t. I, pág. XVII.

<sup>3</sup> *Folk-Lore Journal*, S. Africa, t. I, págs. 35-36. (Rev. Roger Price on *The Ceremony of Dipheku*).

<sup>4</sup> Tylor, *Primitive Culture*, t. II, págs. 363-365.





## CAPÍTULO V

### **Nuestro Señor y los Santos en la medicina popular.**

Se equivocaría quien calificase de irreverentes á nuestros mayores ó á la gente del pueblo de nuestros dias, por hallar con frecuencia relacionado el nombre de Nuestro Salvador con leyendas triviales y apócrifas relativas á la curación de las enfermedades. Si los ensalmos fueron originariamente simples invocaciones ó rezos, tan sencillos algunos como el de John Mac William, brujo escocés que decia: «Dios le restablezca en su salud,» nada habia en ellos que no fuese digno de alabanza en la mención del nombre del Gran Curador. El pueblo sabia por sus maestros que Él, en el curso de su vida terrena habia curado muchos enfermos y moribundos, y también sabia que la forma natural de la plegaria que se empleaba para obtener la curación de una hija enferma era la usada en un tiempo para conseguir que la hija de Jairus se levantase de su lecho mortuario, y lógico es pensar debía usarla el hijo del creyente; de igual manera si la mujer que padecía el flujo se curó por la insistencia de su fe, también podria obtenerse la curación del pariente

por cuya salud se hubiese rezado mucho. Nosotros tenemos conocimiento de que el mal mismo había sido impuesto como un castigo y de los ensalmos para la curación de males usados por Laurencio Boak y su mujer, ensalmos que dieron á conocer cuando fueron acusados ante la Sesión Kirk de Perth en 1631.

Sus males se levantan á través de la obra de Dios  
Y deben ser dejados con auxilio de Dios;  
La Madre María y su querido Hijo,  
Deja sus males que habían comenzado 1.

La práctica más general, sin embargo, fué unir con el nombre de Jesús algunos hechos de su vida con ó sin el aditamento de algún pormenor legendario, y esto pasó luego á ser un exorcismo contra la dolencia que aquejaba al paciente. Para la cura de la hemorragia:

Cristo nació en Belén,  
Bautizado en el rio Jordán.  
El rio se detuvo,  
Deténgase también tu sangre.  
(El nombre de la persona)  
En el nombre del Padre, etc.

ó en prosa: «Jesús nació en Belén y se bautizó en el rio Jordán, asi como las aguas de este rio se detuvieron cuando Aquél llegó; asi cese ó deténgase la sangre de este hombre N. Servidor tuyo por la virtud del nombre Sagrado † Jesús † de tu dulce primo San Juan. Y di este ensalmo cinco veces con cinco Padrenuestros en la adoración de las Cinco Llagas:

1 *Domestic Annals of Scotland*, t. I, pág. 323.

Una versión más incomprensible es:

Cristo nació en Belén,  
 Fué bautizado en el río Jordán;  
 Allí cavó un pozo,  
 Y volvió el agua contra el cerro,  
 Así pueda detenerse tu sangre.  
 En el nombre, etc. <sup>1</sup>

Un rezo más sencillo usado en el caso de epistaxis y heridas, citado en el MS. *Liber Loci Benedicti de Whalley* (1296-1340) pide que sólo consienta que corra una gota de sangre. Quiéralo así el Hijo de Dios. También su Madre Maria. En el nombre del Padre, detente, ¡oh Sangre! En el nombre del Hijo detente, ¡oh Sangre! En el nombre del Espíritu Santo, detente, ¡oh Sangre! En el nombre de la Santísima Trinidad.»

— Cuando la gente sabidora de Cornualles corta un trozo del *Lycopodium inundatum*, bueno contra las enfermedades de los ojos, muestra ante todo el cuchillo con que ha de cortarse á la luna, y repite:

Como Cristo curó la salida de la sangre,  
 Corta lo que tú cortes, para bien <sup>2</sup>.

Á veces las leyendas son difíciles de determinar ó explicar. Esto puede ilustrarse con el ensalmo

<sup>1</sup> Hunt, *Romances and Drolls*, segunda serie, págs. 209-214; Brand, *Popular Antiquities*, pág. 729.

<sup>2</sup> *Lancashire Folk-Lore*, pág. 77; Hunt, *Romances and Drolls*, segunda serie, pág. 216. «Á la puesta del sol, con las manos perfectamente lavadas, de rodillas, debe cortarse el musgo, envolverlo cuidadosamente en un paño blanco, y después hervirlo en agua de la fuente más próxima al lugar donde se ha cogido. Esto puede usarse como fomento.»

contra el dolor de muelas, tan popular entre los aldeanos de Inglaterra y del extranjero y cuya naturaleza y origen nunca han sido explicados al menos que yo sepa. He aquí una versión de este ensalmo.

Cristo pasó por la puerta de su Hermano,

Vió á su Hermano tendido en la puerta:

—¿Qué te duele, hermano?

—Me duelen las muelas.

—Que el dolor de tus muelas se vaya para siempre.

En el nombre, etc.

En Lancashire se lleva frecuentemente cosido en el chaleco y sobre el lado del corazón el siguiente ensalmo:

«Cuando San Pedro se sentó á las puertas de Jerusalén, nuestro Bendito Señor y Salvador Jesucristo pasó por allí y se sentó: ¿Qué te pasa? Él dijo. Señor, me duelen los dientes. El Señor le dijo: Levántate y sigüeme y nunca más volverán á dolerte. Fiat † Fiat † Fiat.»

Otra versión de Lancashire, que hallamos ampliada en Orkney, nos confirma que Pedro «se sentó llorando sobre una piedra de mármol.» Y en un ensalmo de Devonshire que comienza: «¡Glorificado sea! ¡Glorificado sea! ¡Glorificado sea el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo!» colócase la escena del incidente en el jardín de Gethsemani. Un clérigo manifiesta en la Revista *Notes and Queries*, que una vez intentó combatir la general creencia de las gentes del país de que el ensalmo estaba en la Biblia. Al efecto, respondiendo un día á los argumentos de una dama: «Bien, pero señora, creo que conozco mi Biblia y nunca he encontrado en ella versículo semejante.» Pero la respuesta fué categórica y con-

tudente. «Si, reverencia, ese es precisamente el hechizo. *Está en la Biblia, pero usted no puede encontrarlo.*» En Berkshire Bortron está sustituido por San Pedro <sup>1</sup>. Últimamente un corresponsal me envió un largo extracto del *Inverness Courier*, que se refiere á este ensalmo. Una señorita había agotado todos los remedios para curarse de los incesantes dolores de muelas que padecía, pero en vano. Uno de sus pastores, conmovido de ver sus sufrimientos, pidió permiso para ausentarse y fué corriendo en busca de un compañero suyo, también pastor y aldeano del Mediodía, que vivía en un valle á unas veinte millas de allí y tenía en otro tiempo un maravilloso hechizo en su poder. Se le prestó al pastor del Norte con la garantía de su reloj, y antes de tenerlo la señora colgado del cuello desapareció el dolor de muelas. El ensalmo, semejante á los presentados arriba, estaba escrito sobre lo que parecía como una hoja suelta, y fué guardado en un pedazo de seda verde, cosido en forma de una cruz de Malta. Haciendo investigaciones se averiguó que el amuleto había sido introducido en el valle en la primera parte de este siglo por un peón irlandés, llamado Ambrosio Keen. «Las gentes de los alrededores creen firmemente que Mrs.—fué curada por la virtud inherente á este hechizo. En cuanto á ella, aunque no confiesa en efecto que participaba de

<sup>1</sup> *Lancashire Folk-Lore*, pág. 76, (citando el *Glosario* de Carr, t. II, pág. 264.) Hunt, *Romances and Drolls*, segunda serie, página 215; *Choice Notes (Folk-Lore)*, págs. 62-168; *Journal of the British Archaeological Association*, t. XXXIV, pág. 329. «La creencia (en el Occidente de Sussex) es que la posesión de una Biblia ó libro de oraciones con esta leyenda escrita, es un ensalmo contra el dolor de muelas.» *Folk-Lore Record*, t. I, pág. 46.

la opinión de los demás, parece manifestar claramente que tiene cierta fe oculta en él; pues según se advierte, se siente lastimada cuando alguno se rie de lo que es un objeto de superstición sin sentido.»

Se conserva en otra leyenda un ensalmo familiar contra las torceduras y contusiones. Así, cuando nuestro bendito Señor y Salvador Jesucristo caminaba á Jerusalén, su caballo tropezó y se torció una pata. Nuestro bendito Señor le bendijo diciendo:

«Hueso á hueso, y vena á vena,

¡Oh vena! vuelve de nuevo á tu sitio.

M. N. así quede la tuya. En el nombre, etc.»

ó

«Caminando nuestro Señor,

Resbaló el pie de su caballo,

Nuestro Señor se apeó

Enderezó el pie de su potro,

Diciendo: «carne á carne, sangre á sangre y hueso á hueso.»

En nombre de Nuestro Señor.»

La versión conocida en Shetlandia es muy semejante, pero ha de decirse en tono que no pueda ser oído por los circunstantes ni aun por la persona cuya curación se desea, y es precedido por la aplicación á la pierna ó al brazo que han sufrido la torcedura, de un cordón de lana negra con nueve nudos; y que se llama *el cordón de la torcedura*. Las notas de Grimm relativas á las versiones correspondientes en Noruega, Suecia y Alemania (con Odino en

vez de Cristo), son muy valiosas é instructivas, y remito á sus páginas á los lectores que deseen comparaciones ulteriores entre los diferentes ensalmos <sup>1</sup>.

Del incidente de la lanza de Longinos, se ha formado también un ensalmo (A. D. 1475) «hacer salir Iren de Quarell:»

«Longinus Miles Ebreus percussit latus Domini nostri Jesu Christi; Sanguis exiit etiam latus; ad se traxit lancea + tetragramaton + Messyas + Sother Emmanuel + Sabaoth + Adonay + Unde sicut verba ista fuerunt verba Christi, sic exeat ferrum istud sine quarellum ab isto Christiano. Amen.» Este ensalmo debe decirse cinco veces en reverencia á las cinco llagas de Cristo.

Ó del *Liber Loci Benedicti de Whalley*, arriba citado. «Para detener la hemorragia. Un viejo soldado hirió con una lanza el costado del Salvador; inmediatamente de allí manaron agua y sangre—la sangre de la Redención y el agua del Bautismo. En el nombre del Padre + que cese la sangre. En el nombre del Hijo + deténgase la sangre. En el nombre del Espíritu Santo + que no salga más sangre de la boca, de la vena ó de la nariz.»

Para una punzada los médicos nos dicen que nos hagamos una cruz sobre el sitio afectado y canteamos tres veces:

«Longinus miles lancea ponxit dominum et restitit sanguis et recessit dolor» <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> *Choice Notes*, pág. 167; *Notes and Queries* 1s. S., t. III, página 258; t. IV, pág. 500; Chambers, *Fireside Stories*, pág. 37; Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, págs. 1030-1031.

<sup>2</sup> Brand, *Popular Antiquities*, pág. 729; *Lancashire Folk-Lore*, página 77. Cockayne, *Saxon Leechdoms*, t. I, pág. 393.

## De Cornualles tenemos:

«Sanguis mane in te,  
Sicut Christus fuit in se,  
Sanguis mane in tuâ venâ,  
Sicut Christus in suâ penâ;  
Sanguis mane fixus  
Sicut Christus quando crucifixus.»

## Otro del Oriente de Anglia:

«Apresúrate á descansar, descansa como Cristo hizo,  
Cuando fué crucificado en el árbol;  
Sangre, consérvate en las venas,  
Como Cristo aguantó todos sus dolores.»

De la *Historia de Polperro* tomo el siguiente:

Cristo andaba por el país,  
Llevaba el fuego fatuo en la mano,  
Él reprendió al fuego y le ordenó detenerse,  
Detente, erisipela, detente.  
En el nombre, etc. <sup>1</sup>

Para una quemadura. «Según pasaba por el río Jordán encontré á Cristo y Él me dijo: Mujer, ¿qué te duele? Oh Señor, mi carne quema. El Señor me dijo: «Dos ángeles vienen de Occidente, uno del Fuego, otro del Hielo, fuera fuego y en el hielo. En el nombre, etc.»

Fácil es de observar la semejanza que en la forma tiene este ensalmo con el que cura el dolor de mue-

<sup>1</sup> Hunt, *Romances and Drolls*, segunda serie, pág. 214; *East Anglian*, t. II; Crouch, *History of Polperro*, pág. 149. Otro hechizo es:

«Cristo andaba sobre el puente,  
Cristo andaba bajo el puente,  
En vano, en vano, contorsión ó contorsión,  
Vena á vena, esfuerzo contra esfuerzo,  
Espero que Dios te lo quitará.»

las, pero la mención de los tres ángeles introduce un nuevo elemento. Tenemos en otra parte tres ángeles invocados que vienen de Oriente y esta forma de palabras se repite tres veces á cada una de las nueve hojas de zarza sumergidas en una corriente de agua, haciendo pases con las hojas en la parte enferma; y una versión completa circula en Norfolk del modo siguiente:

«Un ángel viene del Norte,  
Y trae frío y hielo;  
Un ángel viene del Sur,  
Y trae calor y fuego;  
Ángel que vienes del Norte,  
Apaga el fuego.

En el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.»

Pero no tengo noticia de ejemplo alguno en que Cristo sea relacionado con la venida de estos ángeles <sup>1</sup>.

1 Crouch, *History of Polperro*, Hunt, segunda serie, pág. 213; Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 169. «El hijo de un labrador de Devonshire murió de quemaduras causadas por su caída sobre un cazo. En la investigación, el siguiente extraño relato fué hecho por la testigo Ann Manley:—Yo soy la esposa de Jaime Manley, labrador. Encontré á Sarah Sheppard cerca de las nueve, el jueves, viniendo por el camino con el niño en sus brazos, envuelto en la cola de su bata. Ella dijo que su hijo se había quemado; en seguida lo hechicé como lo había hechizado antes cuando una piedra saltó de la hoguera en la última feria de Honiton y le quemó un ojo. Lo hechicé en el camino. Lo encanté diciéndome á mí misma: Hubo dos ángeles venidos del Norte, uno de ellos trajo el fuego y otro el hielo, fuera el fuego, en hielo. Repetí esto tres veces, y es bueno para la quemadura. No puedo decir si es bueno para algo más. El viejo Juan Sparway me dijo este hechizo hace muchos años. Un hombre puede decir á una mujer un hechizo ó una mujer á un hombre, pero si un hombre lo dice á un hombre, ó una mujer á otra, considero que no produce ningún buen efecto.» *Pall Mall Gazette*, 23 Noviembre, 1868.

Blaggrave manifiesta que recibió lo siguiente del padre de una muchacha que lo usó y se curó de una fiebre que venía sufriendo hacia dos años, y también conoció otros muchos enfermos que se habían curado.

«Cuando Jesús iba á la Cruz á ser crucificado, los judíos le preguntaron: ¿Tienes miedo, tienes fiebre? Jesús dijo: No tengo miedo ni fiebre. Todos los que oigan el nombre de Jesús cerca de ellos no tendrán miedo ni fiebre. Amén, dulce Jesús, amén, dulce Jehová, amén.»

Marsden encuentra una versión semejante entre los ensalmos escritos en largos y estrechos rollos de papel, llenos de fragmentos de versos separados por trazos, usados en Sumatra.

«+ Cuando Cristo vió la Cruz tembló y se estremeció, y ellos dijeron á El: ¿Tienes fiebre? Y él dijo á ellos: No tengo fiebre, ni calentura; y quienquiera use estas palabras escritas ó las lleve en la mente, nunca será turbado con fiebre ni calentura. Ayuda, oh Señor, á tus siervos que tienen puesta su confianza en Ti»<sup>1</sup>.

La corona de espinas constantemente figura introducida en los ensalmos rústicos. Para la punzada de una espina:

«Cristo fué nacido de una virgen,  
Y fué punzado por una espina,  
Y la espina nunca creció ni aumentó,  
Y yo confío en Jesús que esta tampoco.»

ó,

Cristo fué coronado con espinas,

<sup>1</sup> Brand, *Popular Antiquities*, pág. 755; Marsden, *History of Sumatra*, pág. 189; Pettigrew, *Medical Superstitions*, pág. 57.

Las espinas le hicieron sangre pero no se corrompieron,  
 No tampoco tu dedo.  
 En el nombre, etc.»

ó más plenamente:

«Cuán feliz fué Cristo naciendo,  
 Fué coronado de espinas,  
 Agujereada su piel,  
 Para inocularle el veneno,  
 Pero sus pobres heridas, según dicen,  
 Se cerraron antes que Él espirase.  
 Salud adentro, espina afuera,  
 Cuán feliz que Cristo nació» 1.

Al mismo tiempo que se recitan los versos dice otro relato, «deja el dedo de en medio de la mano derecha que se conserve en movimiento al rededor de la espina, y al fin de las palabras, tres veces repetidas, toca cada vez con la yema de aquel dedo, y con el auxilio de Dios te se pondrá bueno.» Otra leyenda habla de las punzadas de las espinas, como cuando «Jesús andaba por el mundo. Él se clavó una espina en un pie, la sangre corrió al cielo, su carne nunca se corrompió ni pereció, como tampoco perecerá la tuya. En el nombre, etc.»

Inés Sanson, famosa bruja quemada en 1590, en su exorcismo de enfermedades, titulado «un rezo ó ensalmo para visitar á la gente enferma,» conjura los males de este modo:

«Cualquier género de males que seáis,  
 En nombre de Cristo os conjuro,

1 Hunt, segunda serie, pág. 213; variedad en *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 12. Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 173; *East Anglian*, t. II; Henderson, *Folk-Lore o Northern Counties*, pág. 171.

Os conjuro á grandes ó chicos,  
 Por todas las virtudes de la misa,  
 Y también directamente por los clavos  
 Que clavaron á Cristo y no más;  
 Y directamente también por la sangre misma  
 Que corrió sobre el mísero madero,  
 Fuera de la carne y del hueso,  
 Y en la tierra y en la piedra  
 Os conjuro en nombre de los dioses »

El ensalmo de la madre Juana de Stowe para curar las enfermedades de las bestias y las de los hombres y mujeres, según se cita en la obra de Lord Northampton *Defensative against the Poyson of supposed Prophecies* <sup>1</sup> sólo difiere, en pocas palabras, de las mencionadas arriba.

La cruz misma se invoca en un curioso ensalmo que conocí por un corresponsal anónimo, el cual me envió un ejemplar de él, toscamente impreso y plegado en muchos dobleces, y que aun se vende á los emigrantes irlandeses cuando dejan á Queenstown

#### LA SIGUIENTE ORACIÓN

«La siguiente oración ha sido hallada en el sepulcro de Nuestro Señor Jesucristo, en el año 803, y enviada por el papa al emperador Carlos como salvaguardia para ir á la guerra. Los que la repitiesen todos los días ó la oyesen recitar, ó la llevasen consigo, no morirán de muerte repentina, ni se ahogarán en agua, ni el veneno les hará efecto; y leído á cualquier mujer que esté de parto, saldrá felizmente de su cuidado y será una madre feliz, y cuando el niño nazca póngasele al lado derecho, y

<sup>1</sup> London, 1583, 4to.; Pettigrew, *Medical Superstitions*, pág. 59.

el niño ó niña no sufrirán desgracias, y si ves á alguno con convulsiones, pónselo en el lado derecho, que él volverá en sí y dará gracias á Dios y los que la repitan en cualquier casa, serán benditos del Señor, y los que se mofen de ella padecerán.» Ten esto por cierto (sertain) (*sic*), tan verdadero como si los Santos Evangelistas lo hubieran escrito. Los que lleven esta oración sobre sí, no tienen que temer al relámpago ni al trueno, y los que la reciten diariamente tendrán el aviso de su muerte con tres días de anticipación.

#### LA ORACIÓN

»¡Oh adorable Señor y Salvador Jesucristo que moriste en el Sagrado Madero por nuestras vidas. ¡Oh Santa Cruz de Cristo, veme en pensamiento. ¡Oh Sagrada Cruz de Cristo, librame de proferir ninguna palabra de que haya de arrepentirme. ¡Oh Sagrada Cruz de Cristo, guárdame de todas las armas de peligro. ¡Oh Sagrada Cruz de Cristo, guárdame de todas las cosas que son malas. ¡Oh Sagrada Cruz de Cristo, protégeme contra los enemigos. ¡Oh Sagrada Cruz de Cristo, protégeme en el camino de la felicidad. ¡Oh Sagrada Cruz de Cristo, librame de una mala muerte, y dame vida siempre. ¡Oh Crucificado Jesús de Nazareth, ten piedad de mí, ahora y siempre. Amén.

»En honor de Nuestro Señor Jesucristo, y en honor de su Sagrada Pasión, y en honor de su Sagrada Resurrección, de la divina Ascensión, á la cual quiso llevarme por el recto camino del cielo, cierto como Jesucristo nació en Noche Buena en el establo, cierto como que Jesucristo fué crucificado

en Viernes Santo, cierto como que los tres reyes magos trajeron ofrendas á Jesús al tercero día, cierto como que Él ascendió á los cielos, así el favor de Jesús me proteja de mis enemigos visibles é invisibles, ahora y siempre. Amén.

»¡Oh Señor Jesucristo, ten piedad de mí; María y José, rogad por mí; por la intercesión de Nicodemus y José que descolgaron á nuestro Señor de la Cruz y le dieron sepultura. ¡Oh Señor Jesucristo, por tus sufrimientos en la Cruz, por ciertamente (*sic*) vuestra alma que partió de este mundo pecador, dadme gracia para que pueda llevar mi cruz pacientemente con temor y miedo cuando sufro y sin quejarme, y que, por vuestros sufrimientos, pueda evitar todos los peligros, ahora y siempre. Amén.»

Apenas es necesario decir que el signo de la cruz ocupa un importante puesto en las recetas del pueblo. En Shropshire se hace una cruz en la masa antes de que ésta crezca para enhornarla y también en la malta cuando se manipula la cerveza, á fin de evitar á la una y á la otra que sean maleficiadas. Para que despierte un pie dormido, se hace en él una cruz con saliva. Para el hipo se hace una cruz sobre el zapato izquierdo con el índice de la mano derecha, mientras se reza el Padre Nuestro al revés <sup>1</sup>. Si un hombre tiene ataques repentinos, dicen los libros de medicina, hágasele tres veces la señal de la cruz, una en la lengua, otra en la cabeza, otra

<sup>1</sup> *Notes and Queries*, 5 S. t. III, pág. 465; Hunt, *Romances and Drolls*, segunda serie, pág. 240; *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 11; Miss E. S. 8 Marzo, 1879. Véase Aubrey, *Remains of Gantilisme*, pág. 51.

en el pecho y en seguida se pondrá bueno. Conforme al consejo del patriarca Elias al rey Alfredo: «El petróleo tomado simplemente al interior cuando se siente debilidad, ó frotado exteriormente en un día de invierno da mucho calor; de aquí que algunos lo beban en agua, y sirve también para devolver el habla al que la ha perdido, á cuyo efecto debe hacer la señal de la cruz bajo su lengua y tragar un poco de él. Cuando un hombre pierde el juicio, se toma un poco de petróleo y se hacen cruces con él sobre los miembros del paciente, excepto en la frente y en la coronilla, donde deben hacerse las cruces con bálsamo.» Hunt dice recordar que siendo casi un niño fué llevado á una vieja para que le curase una verruga granujienta. Dos palos carbonizados fueron tomados del fuego y cruzados cuidadosamente sobre la verruga mientras murmuraba la vieja algunas palabras. No sé cuánto tardó en desaparecer la verruga, pero no me cabe duda que al cabo de algún tiempo desapareció. En el Norte de Hants, un remedio común para los calambres, es poner los zapatos y las medias al irse á acostar en forma de cruz. En Hampshire el paciente de fiebre hace tres cruces con cal blanca detrás de la chimenea de la cocina, siendo la del centro más grande que las otras dos, y cuando el humo las ennegrece, desaparece la fiebre. En Tenby se cuelgan cañas en forma de cruz en un saco en la cocina, de un Viernes Santo para otro, como un remedio expedito y medicamento para hombres y animales <sup>1</sup>.

1 Hunt, segunda serie, pág. 211; *Choice Notes (Folk-Lore)*, página 11; *Athenaeum*, 11 Agosto, 1849; Dyer, *English Folk-Lore*, página 162; Sikes, *British Goblins*, pág. 267.

La asociación de la cura de la tos convulsiva con los paseos en burro, es debida á la cruz que tiene este animal en el lomo. Se dice haber sido colocada allí de un modo misterioso, después de la entrada de Cristo en Jerusalén montado en un animal de esta clase. El niño que padece de tos convulsiva debe montarse en un burro que tenga la cruz perfectamente señalada; luego, según el uso de Dorsetshire, el niño y el burro debían dirigirse á una cruz de caminos y pasear despacio arriba y abajo varias veces. La mujer á que mi informante se refería, le contó que lo había hecho así con todos sus hijos, salvo una niña demasiado delicada para montarla en el burro en tan temprana edad, como era costumbre hacerlo, y por cierto que ésta fué la única de una numerosa familia que padeció de tos convulsiva y murió de ella. En Gloucestershire se cosían unos cuantos pelos de la cruz del burro en un saquito de seda negra y este saquito se colgaba al cuello del niño cuando tenía la dentición para evitarle las convulsiones y alferencias <sup>1</sup>.

La correspondencia apócrifa entre nuestro Señor y Abgar, rey de Edessa, se encuentra frecuentemente en las cabañas de Devonshire y Shropshire. Se considera como una carta auténtica de Cristo y preservativo contra la fiebre. «*Si quis hanc epistolam*

1 Mrs. P. 3o Nov. 1879; *Notes and Queries*, 5 S. t. I, pág. 204. «Existían algunas líneas relativas á la ceremonia, que se me han olvidado, y en vano he procurado encontrar alguno que las recuerde. Se referían á que cuando Cristo fué á Jerusalén, montado en un burro, puso la Cruz en el lomo de éste animal y lo hizo sagrado, así el niño que tocara al sitio en que Jesús se sentó, no toserá más.» Hunt, segunda serie, págs. 218-219.

*secum habuerit, securus ambulet in pace.*» La costumbre es antigua <sup>1</sup>.

Según Sinistrarius, el poder de los nombres y signos sagrados se extiende á todos menos á los incubos y súcubos. «Enfin pour mettre en fuite le mauvais Démon, pour le faire trembler et frémir, il suffit, comme l'écrit Guaccius, du nom de Jésus ou de Marie, du signe de la croix, de l'approche des saintes reliques ou des objets bénits, des exorcismes, adjurations ou injonctions des prêtres; c'est ce qu'on voit tous les jours dans le cas de énergumenes, et Guaccius en rapporte maints exemples tirés des jeux nocturnes des Sorcières, où, au signe de la croix formé par l'un des assistants, au nom de Jésus simplement prononcé, Diables et Sorcières disparaissent tous ensemble. Les Incubes au contraire» <sup>2</sup>.

También se hace referencia á las sortijas nupciales hechas (ó al ménos se suponian que lo eran dando de barato que el platero no hubiera hecho una

<sup>1</sup> *Notes and Queries*, 5 S. t. I, págs. 325-375-376, *Ancient Syriac Documents*, 1864; Jones, *New and Full Method of Settling the Canonical Authority of the New Testament*, 1827, t. II, pág. 2.)

<sup>2</sup> «Ulterius malus Daemon, ut ex Peltano et Thyreo scribit Guaccius, *Compend. Malef.* lib. I, c. 19, fol. 128, ad prolationem nominis Jesu aut Mariae ad formationem signi Crucis, ad approximationem sacrarum Reliquiarum, sive rerum benedictarum, et ad exorcismos, adjurationes, aut praecepta sacerdotum, aut fugit aut pavet, concutiturque, et stridet, ut conspicitur quotidie in energumenis, et constat ex tot historiis, quas recitat Guaccius, ex quibus habetur, quod in nocturnis ludis Sagarum facto ab aliquo assistentium signo Crucis, aut pronuntiato nomine Jesu, Diaboli et secum Sagae omnes disparuerunt. Sed Incubi, etc.»—*De la Démonialité*, etcétera por C. R. P. Louis Marie Sinistrari d'Ameno, traduit par Isidor Liseux, págs. 128 y siguientes.

de las suyas) de seis peniques ó tres peniques obtenidos de nueve solteros, si el paciente era una mujer, y de nueve solteras si el paciente era hombre. Quizás sea la ocasión oportuna para advertir que en Yorkshire, á principios de este siglo, los que sufrían tos convulsiva recurrían frecuentemente, ya fueran protestantes, ya católicos romanos, á beber agua bendita de un cáliz de plata—que no podía ser tocado por el paciente—como en Irlanda los niños canijos se beben la ablución, que es el agua y el vino con que el cáliz se lava después que el sacerdote ha tomado la comunión—proviendo la eficacia de esto de que la copa ha contenido la Sangre de nuestro Señor. La celebridad que gozó el cáliz para curar la tos convulsiva puede comprobarse por la mención que de él se hace en uno de los *Cuentos de C. Mery* é incontinenti, dice el cuento XXXIX: «este caballero fué al clérigo y le dijo: Señor, aquí hay un estudiante pariente mío, muy enfermo con tos convulsiva. Le suplico que cuando se concluya la misa, le dé tres tragos de sus vinajeras. El sacerdote consintió en ello, y volviéndose al estudiante le dijo: En cuanto acabe de decir misa, será usted servido. El estudiante esperó y oyó la misa confiando que cuando concluyese el sacerdote le daría su palatina de tafetán. El caballero entretanto salió de la iglesia. El sacerdote, acabada la misa, echó vino en las vinajeras y fué adonde estaba el estudiante arrodillado en el reclinatorio, y le ofreció las vinajeras para beber. El estudiante le miró, y con aire sorprendido le dijo: Señor párroco, ¿por qué me ofrece usted las vinajeras? Toma, repuso el sacerdote, porque su acompañante me dijo que estaba usted enfermo de tos convulsiva, y me rogó, que como me-

dicina le diese á usted de beber en las vinajeras. No, por Santa María, repuso el estudiante, lo que me prometió es que usted me daría una palatina de tafetán. El sacerdote dijo: No me habló de palatina alguna, sino de su deseo de que diese á usted de beber en las vinajeras para que se curase de la tos convulsiva, etc»<sup>1</sup>.

El párroco que tenía mensualmente á su cargo la parroquia de Churcham Gloucestershire, acostumbraba á lavar por fuera é invariablemente después del bautismo, la boca del recién bautizado con el resto del agua bendita, porque era un preservativo contra el dolor de muelas. Este agua era tan apreciada para los hechizos, en Cornualles, que en lo antiguo todas las pilas de agua bendita estaban cerradas para que no pudiesen robarlas. En el Occidente puritano de Escocia se le atribuía gran virtud para curar muchas enfermedades, además era un preservativo contra la brujería, y los ojos bañados con ella nunca veían fantasmas<sup>2</sup>.

Una bebida de hierbas compuesta de pimienta, cynoglosa, achillea, altramuces, etc.) sacada de la cerveza clara, se recomendaba para los endemoniados. Siete misas tenían que ser cantadas sobre la mezcla,

1 *Choice Notes*, pág. 211; *Notes and Queries*, 1 S. t. III, pág. 220. *A. C. Mery Tales (Shakspeare Fest Books)*, 1864, págs. 10 y siguientes.

2 *Notes and Queries*, 5 S. t. I, pág. 383; Hunt, segunda serie, pág. 213; Napier, *Folk-Lore*, pág. 140. «Para preparar un emplasto sagrado, si uno no tiene manteca bastante, consagra algún agua con el agua bendita de la pila bautismal, y pon la manteca en un jarro, después toma una cuchara y úntala con un cepillo de cerda, escribe al frente estos sagrados nombres: Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Después de cantar salmos y cantos con las hierbas necesarias.» Cockayne, t. III, pág. 25.

á la que se añadía ajo y agua bendita. El enfermo tenía luego que cantar el salmo «Beati immaculati y Exurgat y Salvum me fac, Deus,» y tomar esta bebida en *una campana de la iglesia*. El sacerdote, cuando todo estaba concluido, cantaba «Domine, sancte pater omnipotens <sup>1</sup>. En el Oeste de Sussex recurren á una segunda confirmación en la creencia de que el obispo curará cualquier dolencia que pueda sufrir una persona <sup>2</sup>. En Devonshire se creía que llevar un niño que padece tos convulsiva á tres parroquias, en ayunas, un domingo de mañana, era prestarle un gran servicio. Otras recetas de Devonshire eran: para las convulsiones, ir el paciente á la iglesia á media noche y dar tres vueltas al redor del altar de la comunión; para la cura de los dolores de pecho, ir á la iglesia á media noche y cortar un pedacito de cada uno de los plomos de las vidrieras de las ventanas, y con ellos formar un corazón para que lo llevase puesto el enfermo <sup>3</sup>. También en el Nordeste de Escocia se prescribía el uso de un corazón de plomo que se hacía del modo siguiente: Se colocaba un pedazo de los que se usan para cerner harina en la cabeza del paciente, el cual permanecía sentado. En el cedazo se colocaba en forma de cruz un peine y unas tijeras y sobre ellos una jofaina. Dentro de ésta se echaba agua, y derretido el plomo poco á poco, se dejaba caer en gotas sobre la

1 Leechbook, cap. LXIII; Cockayne, t. III, pág. 25.

2 *Folk-Lore Record*, t. I, pág. 56. «Tengo noticias de una anciana que había sido confirmada muchas veces porque creía que era bueno para su reumatismo.»

3 *Notes and Queries*, 1 S. t. IX, pág. 239; *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 218; *Notes and Queries*, 1 st. S. t. III, pág. 258; t. VIII, pág. 146; *Choice Notes (Folk-Lore)*, págs. 168-169.

palangana. Después se inspeccionaba el agua muy cuidadosamente á ver si alguno de los pedacillos de plomo parecía un corazón. Si no se encontraba pedazo alguno de esta figura, se repetía la operación cuantas veces fuera necesario hasta descubrir un pedazo cuya figura tuviera algún parecido con la de un corazón, el cual se cosía á un pedazo de tela y se llevaba constantemente puesto por el enfermo. Á veces el agua y el plomo eran echados por uno de los ojos de las tijeras, y el enfermo, ó enterraba el corazón en el límite de dos predios correspondientes á distintos dueños, ó bien lo guardaba con candado y llave. Si alguna cosa está fuera de su lugar, dice el operador durante la ceremonia, la bondad del Todopoderoso consienta que vuelva á su sitio <sup>1</sup>.

Excedería de mi propósito el entrar de lleno en las curaciones atribuidas á los Santos, curaciones que requerirían muchos volúmenes para ser referidas <sup>2</sup>.

Á los santos nombres de José y de María conceden los aldeanos ingleses especial devoción: cuando envían á un niño que sufre de tos convulsiva á casa cuyos dueños tienen aquellos nombres, el niño de-

1 Gregor., *Folk-Lore of North-East of Scotland*, pág. 43.

2 Contra las enfermedades invócanse entre otros los santos siguientes: San Antonio contra la inflamación; Santa Polonia y Santa Lucía contra los dolores de muelas; San Benito contra la piedra y el veneno; San Blas contra los huesos que se clavan en la garganta, fuegos é inflamaciones; San Cristóbal y San Marcos contra la muerte repentina; Santa Clara contra los ojos malos; Santa Genoveva contra la gota; San Juan contra la epilepsia y el veneno; Santa Margarita y Santa Edine contra el peligro del embarazo; Santa Otilia contra los ojos malos y el dolor de cabeza; Santa Genoveva y Santa Petronila contra las fiebres; San Quintín contra la tos; Santa Rufina contra la locura, y Santa Wolfgang contra la cojera.

be pedir, ó mejor dicho, demandar, que este caso no es caso de cortesía, manteca y pan. José debe cortar el pan y María untarlo de manteca y darlo al niño, el cual se pondrá seguramente bueno <sup>1</sup>.

En uno de los ensalmos citados arriba se habrá observado que se pide la curación, no sólo por nuestro Señor, sino también por su Dulce primo San Juan. El nombre de San Juan está en efecto relacionado con muchos hechizos y costumbres supersticiosas. Viejas raíces sacadas de debajo de la raíz de la artemisa, sirvieron, según la práctica de Paul Barbette (1675) para la cura de la enfermedad de decaimiento, si se cogian en la vispera de San Juan Bautista á las doce de la noche, y el mismo día del santo se consagraba realmente á la colección de hierbas para fines secretos <sup>2</sup>. Es posible que la reputación mágica que adquirió el Evangelio de San Juan proceda de alguna confusión de nombres. Sinistrari d'Ameno dice: «à se confier en Dieu, à »user frequemment de la confession; il lui persuade »de lui faire sa confession sacramentelle, récita »avec lui les pseumes «Exurgat Deus» et «Qui habitat,» et l'Evangile de Saint Jean.» Auerhan, en la «Vida de Wagner,» se queja de que en el Evangelio de San Juan y los Salmos se acostumbre á

1 En Cornualles los esposos deben llevar los nombres de Juan y Juana. Mr. Whitcombe, *Bygone Days in Devon and Cornwall*, página 147, citado por Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 153. «Algunos supuestos inscritos amuletos son inútiles á menos que estén escritos sobre pergamino virgen, suspendidos en dirección al sol por tres hilos que hayan sido devanados por una virgen llamada María.» Martín de Arles, § 38; Dalyell, pág. 390.

2 Brand, pág. 183; Dalyell, *Darker Superstitions of Scotland*, página 114.

usar conjuros contra espíritus tales como el suyo. Valdés, en el «Dr. Faustus,» dice <sup>1</sup>:

«Apresúrate á ir á una arboleda solitaria,  
Y lleva las obras sabias de Bacon y de Albanus,  
El Salterio hebreo y el Nuevo Testamento.»

Los niños irlandeses usan un pedazo de piel de lobo al rededor del cuello, ó el principio del Evangelio de San Juan. Burton dice que Jaspas Beza, un jesuíta, curó á una mujer loca colgándole dicho Evangelio al rededor del cuello, y otros muchos en el agua. El agua bendita ha hecho curaciones en el Japón.

Cuando los habitantes del Tiger agarran á los abisinios, les causan primero violentas fiebres y luego una enfermedad lenta que termina en muerte. El remedio generalmente se busca en la asistencia de un sabio doctor que lee el Evangelio de San Juan y remoja al paciente con agua fria diariamente durante siete días; y si sobrevive al tratamiento, puede esperar ponerse bueno. Esto nos recuerda que en un cuento chino infantil: Fang fué curado de su ceguera por un hombre que leía el «Kuan-minrg» <sup>2</sup>. San Juan el Evangelista se dice bebió veneno sin que le hiciera daño, así que las bebidas consagradas á él fueron consideradas por las tribus teutóni-

1 *De la Démonialité*, pág. 157; *Life of Wagner*, c. XXV; *Dr. Faustus*, sc. I, renglones 150-153. «El empleo de los primeros versos del Evangelio de San Juan en los conjuros, se recomienda constantemente en los libros de magia.»—Prof. Ward, nota, pág. 141.

2 Brand, pág. 339; Burton, *Anatomy of Melancholy*, pág. 298; Hecker, *Epidemics of the Middle Ages*, pág. 124; Giles, *Strange Stories*, t. I, pág. 6.

cas como preservativo contra la hemorragia y el envenenamiento <sup>1</sup>.

Del mérito atribuido á otros santos sólo puedo hablar brevemente, pues es difícil distinguir entre los ejemplos genuinos de la confianza continuada del pueblo en un santo particular y las asociaciones legendarias, que dan prominencia á su nombre en la tradición religiosa. San Blaze, obispo de San Sebaste, y mártir a. d. J. C. 288, desde que volvió la vida á un muchacho que se había ahogado con una espina de pescado, había sido invocado contra las enfermedades de garganta y punzantes espinas, que son también de su competencia. La hija del tribuno Quirinus fué curada de una enfermedad en la garganta besando las cadenas de San Pedro. La protección de San Nicasio se invocaba para los enfermos de viruelas. «En el nombre de Nuestro Señor »Jesucristo, quiera Nuestro Señor proteger á estas »personas de la viruela por la intercesión de Él. San »Nicasio tenía viruelas, y pidió al Señor librase á »cualquiera que llevase su nombre escrito. ¡Oh! San »Nicasio, ilustre obispo y mártir, ruega por mí, »pecador, y defiéndeme por tu intercesión de esta »enfermedad. Amén» <sup>2</sup>. Evidentemente esto constituye una antigua leyenda.

Santa Apolonia fué la principal curadora reconocida del dolor de muelas, á despecho de la ince-

1 Grimm, *Deutsche Mithologie*, t. I, pág. 50 (Stallybrass, t. I, pág. 61.) Con el nombre de Juan fué asociado el de Gertrudis, porque «Gertrudis adoraba á San Juan más que á todos los otros santos.» En honor de sus nombres unidos *minne* bebían los amigos al separarse, y los viajeros hacían otro tanto.

2 Miss Busk *Valleys of Tirol*, pág. 38 (nota); Scot *Discoverie o Witchcraft*, pág. 137; Brand, pág. 189; Pettigrew, pág. 82.

sante mención que se hace de San Pedro en los ensalmos. En su martirio, en Alejandria, bajo el emperador Felipe, le arrancaron sus dientes; sus emblemas son un diente cogido con pinzas; los dientes sacados; las pinzas en la izquierda y el diente en la derecha. Las pinzas solas. Atada á un poste y azotada. La leyenda española, aunque parecida á la de San Pedro, hace á Santa Polonia sufrir en el cielo. Polonia estaba á la puerta del cielo, y la Virgen Maria pasó por allí. Dijo: «Polonia, ¿qué tienes? ¿Duermes, ó velas? Señora, ni duermo ni velo; me estoy muriendo con un dolor de muelas. Por la estrella de Venus y el sol poniente, por el Santo Sacramento que llevo en mi vientre, que ni más dolor de muelas, ni en la frente ni en la espalda te moleste de hoy en adelante» <sup>1</sup>.

El cinto de San Guthlac sirvió contra el dolor de cabeza; y el cortaplumas, botas y parte de la camisa de San Becket, se utilizó para facilitar los partos. En las islas Filipinas se cree que la conmemoración de San Jorge sirve para proteger los restos de uno contra los escorpiones <sup>2</sup>. El auxilio de Santa Verónica era invocado en los hechizos en indosajón <sup>3</sup>, y San Marchutus y San Victricius para las

1 Hussembeth, *Emblems of Saints*, pág. 17; *Notes and Queries*, 5 S. t. XI, págs. 515-516: «San Apolinar los dientes podridos conserva cuando enfermos ellos duelan,» Barnaby Googe; *Don Quijote*, 1842 (traducción de Jervis), t. II, pág. 73, fijese en la nota del amo de la casa de Don: «¿La oración de Santa Polonia, decis? Esto podría hacer algo si mi dueño tuviese destemplados los dientes, pero ¡ay! su mal está en la mollera.» Véase también *Homily against Peril of Idolatry*.

2 Pettigrew, págs. 42, 78.

3 Para la milagrosa cura del emperador Tiberio, á la vista del retrato de Cristo de la Santa Verónica, véase *Journal of the British Archaeological Association*, t. XXXVII, pág. 239, art. *Apocryphal Legends*.

convulsiones. Como el Dr. Pangloss cuando vió la notable cura efectuada por el bendito John Berchman: «Cuando tales juicios intervienen, nada tenemos nosotros que decir.

---

## CAPÍTULO VI

### **Encantos relacionados con la muerte ó el sepulcro.**

En un capítulo anterior se ha hecho referencia á la superstición que aun subsiste en los distritos rurales de Inglaterra, de que puede venir daño, en cierto sentido á una persona que goce de buena salud, poniéndola en contacto con un cabello, ponga por caso, de un muerto. Así en Devonshire, se observó la creencia de que puede transmitirse la fiebre á un vecino enterrando un cabello bajo el umbral de su puerta, y en Nueva Inglaterra, meramente el pasear sobre los sepulcros produce calambres incurables en los pies. Ahora tenemos que considerar el otro aspecto de la cuestión, esto es, cómo la enfermedad puedê curarse, según la creencia popular, por el contacto con los difuntos ó con sus reliquias. Parece existir una oculta creencia de que la vida es enterrada con el hombre, y que esta vida puede recobrase en algunos casos en provecho de aquellos cuya fuerza vital es ya pequeña, pero que aun están vivos.

En Noviembre de 1876, un corresponsal del periódico de Manchester refirió que habia sido últi-

mamente requerido por un respetable comerciante para que permitiese á su criado ayudar á la conducción de un joven, muy aquejado de paroxismo, á la iglesia parroquial de Warningham, cerca de Sandbach, á media noche, pues se creía que si el joven podía buscar ú obtener un puñado de tierra del sepulcro más recientemente hecho, cuando el reloj estuviese dando las doce, se curaría. La ceremonia se celebró realmente, pero ignoramos con qué resultado. Así también en Lauceston se dice que una hinchazón en el cuello puede curarse yendo el paciente antes de salir el sol, el 1.º de Mayo, al sepulcro del último joven que ha sido enterrado, si aquél es una mujer; y si es un hombre, al sepulcro de la joven últimamente enterrada, y aplicando á la parte afectada el rocío que se recoja, pasando la mano tres veces desde la cabecera al pie del sepulcro. En Devonshire se conoció un procedimiento semejante. Se prescribía á un amigo del paciente que fuese al cementerio en una noche *oscura* (la oscuridad era imperativa) al sepulcro de una persona que hubiese sido enterrada el día antes, que se pasease seis veces al rededor del sepulcro, y que se arrastrase tres veces de una parte á otra. Una mujer tiene que hacer esto si el paciente es hombre, y si la enferma es una mujer, el deber toca á un hombre <sup>1</sup>.

En el año 1848, una mujer mordida por un perro se comió el césped que habia en el cementerio de San Edrins, al S. de Gales, creyéndolo un gran antidoto para la hidrofobia. Henderson, tomándolo del manuscrito de Wilkie, nos dice que el joven

<sup>1</sup> *Choice Notes (Folk-Lore, pág. 8; Trans. Devonshire Association, 1867, t. II, pág. 39.*

aprendiz del herrero de Yarrowfort recobró la salud comiendo manteca hecha de la leche de las vacas alimentadas en el cementerio de la iglesia, soberano remedio para la consunción, producida por la malquerencia de los brujos. «El sepulcro del santo, dice Grimm, está adornado con un peral, cuyos frutos hacen recobrar la salud inmediatamente á los enfermos» <sup>1</sup>.

El polvo de los huesos de un hombre, quemado, y particularmente el hecho de un cráneo encontrado en tierra, fué estimado en Escocia como un medicamento para la epilepsia. Corre como usual la versión de que los huesos de un hombre pueden curar á una mujer y los de una mujer á un hombre. Grose nota la virtud del musgo que crece sobre una calavera. Se seca, y reducido á polvo, se toma como el tabaco rapé, en casos de dolor de cabeza, y Boylo en su ensayo sobre *Porousness of Animal Bodies*, dice: Habiendo estado un verano sometido á frecuentes epistaxis por la nariz y obligado á emplear varios remedios para detener el mal, lo más eficaz que hallé para restañar la sangre, fué el musgo arrancado de una calavera humana (enviado como regalo de Irlanda, donde es menos raro que en otras comarcas), aunque no hacia más que adherirse á mi piel hasta que la hierba se calentaba un poco. Para las convulsiones, veinte años ha, la esposa de un carbonero pedía al sepulturero de la iglesia de Ruabon aunque fuese una pequeña porción de una calavera con el objeto de desmenuzarla en pedacitos, como se hace con el jengibre; á

<sup>1</sup> *Maidstone Gazette*, 12 Septiembre, 1848; Henderson, *Folk-Lore of Northern Counties*, pág. 192. Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 996.

fin de añadir el polvo á una mezcla que se proponia dar á su hija. Floyer dice, el moho del cráneo de un hombre es como el moho común y su sabor de tierra tosca. Añade que se usa mucho para cortar las hemorragias y que aplicado á la nariz puede auxiliar á la congelación de la sangre y obrar como un astringente, y que perturbando la fantasía cuando se tiene en la mano, y ocasionando terror, puede detener la sangre. Dalyell habla de la gran virtud que se atribuye al polvo hecho de los restos del muerto y la consiguiente violación de los sepulcros, y entre otros casos, menciona el de John Neill, convicto en Marzo de 1631 de consultar con Satanás respecto á la destrucción de Sir George Home. «*Fra the devill, of ane inchantil dead foill*» to be put in Sir George's stable «*under the hek [or rack] or manger thereof: and nixt getting of ane deid hand also inchantit be the devill, to be put in the said foill, and deid hand in the seuerall pairtis abone writtin*»<sup>1</sup>. Dicese en China que un cuchillo que ha matado á un hombre, preserva de enfermedad, y un hechizo de amor irlandés fué hecho de una tira de piel, cortada con un cuchillo de mango negro, del cadáver de un hombre enterrado hacia nueve días<sup>2</sup>.

1 *Domestic Annals of Scotland*, t. III, pág. 54; Boyle, Works, tomo IV, pág. 767; *Stamford Mercury*, 8 Oct. 1858; Floyer, *Touchstone of Medicines*, t. I, pág. 154; Dalyell, 380.

2 Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 51; *Irish Popular and Medical Superstitions*, pág. 3. «Habiendo restituido el cadáver al sepulcro, la tira de piel después es tendida sobre una sepultura, y sobre él dicen ciertos hechizos y ciertos ensalmos se pronuncian por las sacerdotisas asistentes, que lo rocian con agua encontrada en el hueco de una piedra sagrada, y luego plegándola en forma de cruz, colocan sobre él el corazón palpitante de la muchacha que, bajo su dictado, murmura otros ensalmos.»

En el Norte de Hants, un diente arrancado de la boca de un cadáver se envuelve á veces en un saquito, y se lleva al cuello para preservar al que lo usa del dolor de muelas; pero Martius dice, aunque la fricción del diente de un muerto sirva para el dolor de muelas, todavía, según Helmontio lo atestigua, es probable que sobrevenga la pérdida de los dientes del enfermo. <sup>1</sup> En el Nordeste de Escocia se requiere que el enfermo arranque con sus propios dientes un diente de la calavera.

Los que hurtan los huesos de los condenados al fuego ó los cuerpos de niños ilegítimos, con el propósito de componer medicinas, son mirados con tal horror en China, que se dice que cuando vuelvan á nacer, nacerán sin orejas ú ojos, ó con las manos, los pies, la boca, los labios ó la nariz mutilados de algún modo. Se recordará que entre el variado contenido de la caldera de los brujos había:

El dedo de la criatura estrangulada al nacer,  
Arrojada á la fosa por una mujerzuela.

John Fian, el jefe de las brujas y los brujos, que procuró por medio de las tormentas impedir al rey Jaime que trajera á casa á su esposa cuando visitaba los cementerios por la noche para mutilar los cadáveres á fin de utilizarlos en sus hechizos, prefería los cuerpos de los niños sin bautizar <sup>2</sup>. No admiremos, pues, que los padres escoceses oigan á menudo en las noches de calma el gemido de espí-

<sup>1</sup> Martius, *De Magica*, pág. 32.

<sup>2</sup> Giles, *Strange Stories from a Chinese Studio*, t. II, pág. 378; *Macbeth*, IV. I 30; Spalding, *Elizabethan Demonology*, pág. 113; Napier, *Folk-Lore*, pág. 31.

ritus de los niños no bautizados entre los árboles y los barrancos.

Se decía que el agua encontrada en el féretro de la doncella de Meldon, en Newminster Abbey, era un específico contra las verrugas. Los sepulcros de los hombres notables gozaban siempre de gran crédito de virtudes especiales, como dice Grimm: «En la Edad Media, se atribuyó á los sepulcros de los santos el poder de sanar inmediatamente y todo lo que estuvo en contacto con ellos, hasta beber el agua, que se había derramado á sus huesos, á sus vestidos ó á las astillas de madera y á la tierra que tuvo contacto con ellos, servía para curar. También se atribuyó este efecto de sanar al césped y al rocío del sepulcro. Beda cuenta del santo Oswaldo; in loco, ubi pro patria dimicans a paganis interfec-tus est, usque hodie sanitates infirmorum et hominum et pecorum celebrari non desinunt. Unde contigit ut pulverem ipsum, ubi corpus ejus in terram corrui-t, multi auferentes et in aquam mittentes suis per haec infirmis multum commodi afferent, qui videlicet mos adeo increbuit, ut paulatim ablata exinde terra fossam ad mensuram staturae verilis reddiderit; de pulvere pavimenti in quo aqua lavacri illius effusa est, multi jam sanati infirmi; habeo quidem de ligno, in quo caput ejus occisi a paganis infixum est... tunc benedixi acquam et astulam roboris praefati immittens obtuli aegro potandum, nec mora, melius habere coepit;» et seq <sup>1</sup>.

En Escocia é Irlanda, en tiempos todavía muy recientes, era costumbre lavar las verrugas con el

<sup>1</sup> Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 985. Véase todo el pasaje.

agua recogida en los huecos de las piedras de los sepulcros. Hay en la actualidad en un asilo en Glasgow, un hombre á quien se administró el agua con que habia sido lavado un cadáver á fin de curarle de convulsiones.

Algunos sepulcros budhistas del Affghanistan gozan la reputación de curar enfermedades como el de Iohpan, cerca de Gundamuck, donde en el *ziaret* del Shaik Raheen Dad, mediante rezos y vueltas al rededor del sepulcro y azotarse los miembros con un mazo de cañas, se cree que se consigue la curación del reuma <sup>1</sup>.

La muerte prematura tiene la virtud especial de comunicar á los objetos inanimados un cierto poder vivificador. Según Dalyell, parece que este principio envuelve cierta noción indistinta de la absorción de la vida por el instrumento de muerte <sup>2</sup>. Plinio menciona que en los casos difíciles de parto se esperaba el alivio del acto de disparar contra la casa de la paciente una piedra ó arma arrojadiza que hubiese sido ya fatal para alguien ó una jabalina arrancada de un cuerpo que no hubiese tocado el suelo <sup>3</sup>. Así en China se considera como un efficacísimo amuleto el cuchillo que ha servido para dar muerte á una persona <sup>4</sup>.

La soga con que se ha ahorcado á uno, se mira hoy en Inglaterra como un remedio contra el dolor de cabeza, si se ata al rededor de ésta, y las astillas

1 Simpson, «Ancient Buddhist Remains in Afghanistan,» *Fraser's Magazine*, nueva serie, No. CXXII. Febrero, 1880, páginas 197-198.

2 Dalyell, pág. 129.

3 Plinio, *Hist. Nat.* XXVIII, c. 6, 12.

4 Dennys, pág. 51.

de una horca puestas en un saco llevado al cuello fueron reputadas útiles para curar la fiebre. La tierra tomada del sitio en que un hombre ha sido muerto, se ha prescrito en Escocia para las úlceras ó heridas <sup>1</sup>. Los pañuelos mojados en la sangre del rey Carlos fueron tan eficaces para curar las escrófulas como el contacto del vivo. ¿No se curó así una muchacha de 14 ó 15 años en Deptford en 1649? Todos los médicos habían fracasado, la chiquilla se había quedado casi ciega; pero en cuanto se aplicó á los ojos el pañuelo manchado con la sangre del mártir, instantáneamente recobró la vista. Centenares de personas fueron á ver «este milagro de milagros» según lo llamaron <sup>2</sup>. Así en China, después de una ejecución, con la misma fe, gruesas bolas de medula se empapaban en la sangre del criminal y se vendían al pueblo como un remedio para la consunción, con el nombre de pan de sangre <sup>3</sup>. Los leprosos allí, hará unos cuatro años, atacaron y se comieron á unos cuantos hombres sanos, cuya sangre bebieron en la creencia de que así se curarían de su enfermedad.

El contacto de los muertos fué, sin embargo, considerado con un respeto universal. Hunt dice que vió una vez á una joven llevada al cadalso en the Old Bailey, con el objeto de tocar un lobanillo que tenía con la mano de un hombre que acababa de ser ejecutado <sup>4</sup>, y anteriormente en Northampton nume-

1 Dalyell, pág. 126; 1616, *Rec. Ork.*

2 «Un milagro de milagros operado por la sangre de Carlos I, en una doncella en Detford, cuatro millas de Londres, 1649,» se halla citado en la obra de Lecky *England in the Eighteenth Century*, t. I, pág. 69.

3 Dennys, pág. 67.

4 Hunt, *Romances and Drolls*, segunda serie, pág. 164.

rosos enfermos acostumbraban á reunirse al rededor de las horcas para recibir «el golpe del muerto.» El precio del privilegio pertenecía al verdugo <sup>1</sup>.

Refiérese que el contacto de la mano de un suicida habia curado á un joven de Cornualles que padecia de tumores esporádicos desde su nacimiento. Scot, en la *Discoverie of Witchcraft*, dice: «Para curar las escrófulas ó cualquier otra dolencia del cuello, toca primero la mano de uno que haya muerto repentinamente, ó bien haz que una virgen en ayunas coloque su mano sobre la parte enferma y di: Apolo prohíbe que aumente el calor de la llaga en el sitio en que toca una virgen desnuda y escupe tres veces sobre aquélla.» No ha muchos años que en Storrington una joven que tenia una papera, fué llevada por sus amigos junto á un féretro á fin de que la mano del muerto pudiese tocar dos veces la papera, y otra mujer del West Sussex, que habia sufrido durante años de una dilatación en la garganta, no bien se enteró de que un niño se habia ahogado en Waltham Lock, fué allí inmediatamente y golpeó la parte afectada con la mano del muerto, nueve veces de Oriente á Occidente, y nueve veces de Occidente á Oriente <sup>2</sup>. En Devonshire se cree que si el que está sufriendo de cualquier enfermedad puede esperar al funeral de un suicida y consigue arrojar un pañuelo blanco sobre el ataúd, según el pañuelo se vaya destruyendo, irá desapareciendo la enfermedad <sup>3</sup>.

1 *Notes and Queries*, primera serie, t. II, pág. 36; *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 10.

2 *Folk-Lore Record*, t. I, pág. 48.

3 *Notes and Queries*, 5.ª serie, t. I, pág. 204.

Á veces se ha recurrido á entierros simbólicos. En los límites de Suffolk y Norfolk, según Mr. Dyer, se abre un hoyo en un prado y dentro se coloca al joven enfermo de tos convulsiva en una posición inclinada con la cabeza baja, luego se coloca sobre él la planta arrancada al hacer el hoyo, y allí permanece el paciente hasta que se oye un golpe de tos. Créese que si el encanto se hace por la tarde, sin más testigos que el padre y la madre, el niño se pondrá bueno pronto <sup>1</sup>. Brand, en su *Description of Orkney*, dice que los padres acostumbran á abrir dos sepulcros adyacentes á las orillas del lago, en la parroquia de Reay en Caithness y allí dejan sus hijos enfermos un rato para averiguar las probabilidades que tengan de curarse, aunque prescindí de dar á sus lectores una descripción completa ó mayores noticias sobre el asunto <sup>2</sup>.

He hablado ántes del *verter*, agua encontrada en los huecos de las piedras y rocas de los sepulcros, y ahora añadiré algunas referencias sobre otras aguas útiles para la cura de enfermedades.

Hablando de los dos pozos en Newton, cerca de San Neots, Harrison dice: «Nunca se apresuró tanto la gente á ir á la iglesia, á una fiesta ó á una feria, como á ir á estos pozos» y naturalmente, la fama de que gozaron ha hecho de ellos, en relación con la medicina popular, un asunto de cierta importancia y dificultad. No es preciso, sin embargo, enumerar la multitud de pozos—santificados por la Iglesia ó el común sentir de las gentes—que adquirieron celebridad como medios de curación. Enfermos de lo-

<sup>1</sup> Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 154.

<sup>2</sup> Brand, *Description of Orkney*, pág. 154.

cura fueron sumérgidos en Cornualles en el pozo de San Nun: en el presbiterio de Sterling, los enfermos eran llevados á Struthill. Más de seis siglos hace que en el reinado de Eduardo IV, acudieron al pozo de San Juan, parroquia de Wembdon, multitud de personas que recobraron la salud que buscaban. Los que más tarde bebieron en el pozo Chader, isla de Lewis, hicieron un experimento arriesgado, pues si no se seguía inmediatamente la convalecencia al trago, debía sobrevenir la muerte. Era un remedio á vida ó á muerte. También había un pozo en Dumfriesshire, cuya agua, demasiado fuerte para los debilitados por las enfermedades, podía causar la muerte <sup>1</sup>.

Probablemente el pozo mejor conocido de estos es hoy el de Holywell. Cuando la cabeza de Santa Winifreda, según la leyenda, fué cortada por el príncipe Caradoc, rodó dentro de la iglesia de San Beuno, tío de la piadosa doncella, y donde se detuvo brotó una portentosa fuente. Á la cueva se llega por escalones, hollados en su tiempo por muchos pies, pero el aspecto de la cueva, más bien abate el ánimo que invita á entrar en ella; las esculturas están destrozadas y rotas y es imposible dejar de pensar que los visitantes de hoy no son tan fervorosos ni reverentes como aquellos que en lo antiguo se pasaban las horas muertas con las barbas en el agua, rezando devotamente. Un caballero noble prolongó tanto sus devociones, que habiendo con-

1 Harrison, *Description of England* (N. Shak. Soc. ed.), lib. II, cap. XXIII, pág. 350; Hunt, segunda serie, pág. 51; Collinson, *History of Somerset*, t. III, pág. 104; Dalryell, *Darker Superstitions of Scotland*, págs. 82, 83 y 84.

tinuado largo tiempo mascullando sus padrenuestros y *Sancta Winifreda ora pro me*, el frío estremeció su cuerpo, y después de su salida de aquel pozo nunca habló más. Allí fueron Guillermo el Conquistador, su nieto Enrique II y el primer Eduardo; aquí también muchos de los conjurados de la conspiración de la pólvora, y por último Jaime II. El duque de Westminster, en 1870, dejó el pozo á la corporación de Holywell por mil años, á soberano por año. El manantial es permanente, y aunque el agua esté extremadamente fría, nunca se hiela. Aun en fecha reciente, pueden apreciarse las curaciones por los siguientes objetos abandonados por los enfermos que salieron curados: — 39 muletas, 6 bastones, una silla de manos y un par de botas.

De un antiguo proceso aparece que, cuando un amigo iba á tomar agua del Loch Dow, en Dumfriesshire, cada vez que la vasija era levantada de la superficie, pronunciaba estas palabras: «Saco esta agua en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo, para que mejore la salud de quien la saca; estas palabras deben ser repetidas tres veces nueve veces <sup>1</sup>.

El pozo Borgie, en Cambuslang, cerca de Glasgow, gozaba fama de volver locos á los que de él bebían, según la rima:

«Un trago del Borgie, un bocado de mala hierba,  
Produce en la gente males de cabeza.»

La mala hierba son los hongos venenosos. El cuento tiene trazas, sin embargo, de ser una sátira

<sup>1</sup> Trial of Bartie Paterson, 18 Dic. 1607; *Rec. Just.*; Dalryell, pág. 84.

contra la gente de Cambuslang en general; pues el pozo primitivo de Borgie, cerrado hace algunos años, fué bloqueado por el principal abastecedor de aguas del distrito.

En otro lugar me referiré á los pozos de San Eliano, San Cynhafal, San Barruc y otros en que los enfermos acostumbraban á echar alfileres. Se cree que en 26 de Junio de cada año, las aguas de Saw Beach, Maine, aparecen dotadas con la virtud de curar y fortalecer. De todas las comarcas inmediatas acude la gente á darse el salutífero remojo <sup>1</sup>.

Muchas personas y mucho ganado se curaron lavando una piedra llamada Chariot de San Convall—piedra que era, según la tradición, en la que San Convall fué llevado de Irlanda á las costas de Clyde. De una carta del 1710, aparece que cuando las piedras fueron lavadas, la primer agua se tiraba, pues sólo las segundas eran las que tenían virtud medicinal <sup>2</sup>.

Los chinos no quieren tener agua corriente cerca de sus moradas, porque dicen que con ella corre la buena fortuna <sup>3</sup>. El aldeano inglés y escocés, por otra parte, conceden un valor especial á una corriente creyendo que arrastra todo el daño que puede rodear á una casa. Para las úlceras, las curanderas

1 Miss C. F. G. 23 Marzo, 1880.

2 Dalyell, págs. 152-511.

3 «Yo conozco un caso de un sujeto que tiene una linda casita, libre de renta, á lo largo de la cual corre un riachuelo, que dejó la casa y pagó alojamiento de su propio bolsillo, más bien que vivir tan cerca de una corriente que afirmaba haber llevado con ella su buena fortuna. Sin embargo, este hombre era una persona instruida, por más señas graduado.»—Giles, *Strange Stories from a Chinese Studio*, t. II, pág. 10.

dicen á la madre del niño que tome tres juncos de un arroyo, y que se los pase á aquél separadamente por la boca y luego los tire á la corriente, pues según los juncos sean arrastrados por ésta, la úlcera dejará libre al infante <sup>1</sup>. Para curar la inflamación, los médicos prescriben al amigo del paciente que tome un castaño, ó vara de saúco, ó cuchara, y esculpa su nombre encima, «haz tres muescas sobre el sitio, llena el nombre con la sangre, tiralo por tu espalda ó por entre tus piernas al agua corriente, y permanece sobre el hombre.» Así también la sangre recogida de un cuello escarificado, después de la puesta del sol, quita las ronchas si se tira al agua corriente. Cuando se preparaba una bebida sagrada contra las tretas de los duendes y las tentaciones del diablo, una persona inmaculada tenia que traer en silencio la mitad de un sestercio de agua corriente para recibir la hierba *crystallium*, y tanaceto y zedoario y cassuk, é hinojo, y lavar los textos y salmos del plato en que habian sido escritos «muy limpio», los cuales, consagrados por el sagrado vino, eran llevados á la iglesia y se les cantaba misas: «una *Omnibus sanctis*; otra, *Contra tribulationem*, y la tercera de Santa Maria; y los salmos *Miserere mei, Dominus, Deus in nomine tuo, Deus misereatur nobis, Domine Deus, Inclina domine* y el *Credo*, el *Gloria in excelsis Domino* y algunas letanias» <sup>2</sup>. En los últimos años una señorita, dibujando en la ori-

1 *Notes and Queries*, 1.<sup>a</sup> serie, t. VIII, pág. 265. Otra versión menciona solamente una paja, pero dice: «repite el verso.» Fuera de la boca de los niños y mamonos», etc.—*English Folk-Lore*, página 150.

2 Cockayne, t. II, págs. 105-77, t. III, pág. 13. Otra versión del último ensalmo se hallará en el tomo II, pág. 137.

lla del Lennan un arroyo truchero, no lejos de Letter Kenny, vió á una muchachilla venir á campo atraviesa por el lado opuesto con un niño que llevaba una soga al rededor de su cuello. Cuando la pareja llegó al río, el niño bajó sobre sus manos y rodillas y, así conducido por la muchacha, cruzó el río, alargando sus labios para beber. Ellos luego la volvieron á cruzar del mismo modo, él bebió como antes, y ella guiaba. Luego subieron cerro arriba á su casa. Pero después volvieron á aparecer bajando el cerro, pero ya esta vez el muchacho conducía á la muchacha; por lo demás, la ceremonia era completamente la misma. «Tom y yo estamos muy malos con tumores, decía la niña llevando sus manos á su inflamada garganta y mejilla, por eso cojo á Tom y lo llevo al agua y luego él me lleva á mi del mismo modo. Tendremos que hacer esto tres veces si hemos de conseguir curarnos.» Y produjo como resultado la cura <sup>1</sup>. ¿Tiene esta superstición de cruzar el cerro, alguna analogía con otras de Nueva Inglaterra con que un corresponsal me ha favorecido, á saber: que si alguno que vive en un lado de un collado ó montaña, sufre de la garganta, debe traérsele agua de un pozo ó fuente del otro lado y beber aquel agua, después de bañar la parte afectada?

El agua cogida durante nueve días por una doncella, de una fuente que corra en dirección á Oriente, se recomendó como un remedio eficaz para *ivens* en el corazón; pero en general se considera más favorable que la dirección del agua sea de Norte á Sur. Se prescribió á los enfermos que se lavasen

<sup>1</sup> «Fairy Superstitions in Donegal,» *Univ. Mag.* Aug. 1879, pág. 219.

durante tres noches en una corriente en dirección al Sur y se invitó á hacer otro tanto á las personas que sufren de hechizos. Según el *Perth Kirk Session Record* de Mayo de 1623, el *rippillis* fué curado con manteca de puerco y abluciones en algún agua estimada. Veinte años después John Brough fué acusado de curar misteriosamente á las mujeres y al ganado lavando sus pies en agua que corriese en dirección al Sur y con otras ceremonias. Cuando John Neill curó á Jorge Reule, ordenó á la esposa de éste que lavase su camisa en agua que corriese hacia el Sur y se la pusiese mojada al paciente; y Jonet Stewart, cuando fué á ver á Bessie Inglis, «tuke off hir sark and hir mutche, and waischit thame in southrynnand water, and pat the sark wat upon hir at midnycht, and said thrysis over, 'In the name of the Fader, the Sone, and Holy Gaist,' and fyret the water and brunt stray at ilk nwke of the ved. «Para curar la tos convulsiva en Northumberland se hacia fuego sobre unas parrillas colocadas sobre una corriente que se dirigiese al Sur y sobre las parrillas se cocia el potaje. Cuando esto se hacia, aun no hace mucho tiempo, el número de pretendientes, según Mr. Henderson, era tan grande, que cada enfermo sólo podia obtener una cucharada de dosis. Dicese que una fuente sagrada de Irlanda, á cuyo alrededor pasaban toda la noche los peregrinos sentados en circulo en la vispera de Mayo, no era más que una corriente de agua común que se dirige hacia el Sur <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Dalyell, págs. 84 y siguientes; *Witches of Renfrewshire*, pág. 22 (Mackenzie, § X.), Henderson, *Folk-Lore, of the Northern Counties*, pág. 141; Richardson, *Folly of Pilgrimages in Ireland*, 1727; página 65.

Conforme al *Exmoor scolding*, la sciática, conocida en los alrededores de Exmoor con el nombre de «*boneshave*», puede curarse yaciendo el enfermo de espalda junto á un río ó arroyo con un palo entre él y el agua, mientras uno repite sobre él:

«Boneshave derecho  
Boneshave recto,  
Como el agua corre por el fondo,  
Bueno para boneshave» 1.

1 Pettigrew, pág. 64.

111

En el presente trabajo se ha tratado de dar a conocer el estado de la investigación en el campo de la psicología de la personalidad, en particular en lo que respecta a los aspectos más recientes de la teoría y de la práctica de la personalidad. Se ha intentado dar una visión general de los aspectos más importantes de la personalidad, desde su definición y sus funciones hasta los factores que la determinan y la modifican. Se ha tratado de dar una visión general de los aspectos más importantes de la personalidad, desde su definición y sus funciones hasta los factores que la determinan y la modifican.

Madrid, 1974.  
Editorial Labor, S. A.  
Calle de la Princesa, 10.  
Teléfono 50.00.00.

## CAPÍTULO VII

### Color.

Que la conexión entre las propiedades de las sustancias y su color se extendía hasta cierto límite, fué, como hemos notado, una opinión de gran antigüedad. El rojo, considerado como representante del calor, era caliente en si mismo; el blanco, representante del frío, era frío por su naturaleza. La superstición fué muy general. Se dieron flores rojas para los desórdenes de la sangre, y amarillas para los del hígado <sup>1</sup>, Las flores del amaranto seco y reducido á polvo, dice Culpepper, detienen cierta dolencia y también «asi casi todas las otras cosas, y los antiguos descubrian las virtudes de cada hierba por la inspección de la imagen.» «Los escritores modernos,» continúa, «se rien de los antiguos por esto; pero en mi interior admiro, cómo las virtudes de las

1 Cf. «Pari quoque ratione herbarum succos, qui succos sive humores humani corporis colore referebant, in illius humoris peccantis purgationem adhibebant. Hinc croceis plantarum liquoribus bilem flavam, atris, purpurascentibus aut coeruleis nigram, albis pituitum, rubris sanguinem, lactescentibus lac et esperma valebant curare.»—Hencherus et Fabricius, *De Vegetalibus Magicis*, Wittenberg, 1700.

hierbas llegaron al principio á ser conocidas sino por sus señales» <sup>1</sup>. «Hallamos, escribe Pettigrew — que acumuló algunas curiosas investigaciones históricas sobre este punto — que para la viruela se emplearon almohadas rojas, á fin de traer las pústulas á la superficie del cuerpo.» John de Gaddesden, cuando el hijo de Eduardo II estuvo enfermo de viruela, ordenó que la ropa de su cama fuese roja, y tan buen resultado produjo al parecer su tratamiento, que el príncipe se restableció por completo sin que le quedase señal alguna de su peligrosa enfermedad. También á fines del siglo pasado el emperador Francisco I, que padeció la misma enfermedad, fué envuelto en un vestido de escarlata. Pero este caso no alcanzó gran boga, pues el emperador murió. Una autoridad japonesa testifica que los niños de la real casa atacados de viruela eran llevados á habitaciones en que los lechos y los muros estaban cubiertos de rojo, y todos los que se aproximaban iban vestidos de escarlata <sup>2</sup>.

Una de las razones probables de que los colores rojos se considerasen útiles en casos de enfermedad, era por el carácter que se le atribuían de ser nocivos á los malos espíritus. Hasta el día sigue usándose en China el color rojo en los bolsillos, y la seda roja trenzada en los cabellos de los niños, y Dennys dice de un ensalmo escrito: «El ensalmo que aquí transcribo fué escrito sobre papel rojo, color que se considera funesto para los espíritus malignos.» Las pildoras rojas aparecen administra-

<sup>1</sup> *English Physician Enlarged*, pág. 13.

<sup>2</sup> Pettigrew, *Superstitions connected with the History and Practice of Medicine and Surgery*, págs. 18-19.

das por Chiao-no en un cuento chino; en un caso para curar una herida, se pasó la pildora al rededor del sitio, y en otro, para restaurar la vida, «se puso dentro de la boca de un hombre é inmediatamente se producía un ruido en su garganta y se curó <sup>1</sup>.» Probablemente la prodigalidad con que se empleaba el rojo en la muerte de un zelandés tenía por objeto espantar á los malos espíritus. Su casa era pintada de rojo; dondequiera que era dejado el *tapu* se erigia un poste y se pintaba de rojo; en cualquier sitio en que el cadáver podía descansar, una piedra, ó roca, ó árbol cercanos eran pintados de rojo; y si el cadáver era llevado por agua, cuando arribaba á la costa antes de llegar á su destino y ser abandonado por completo, era pintado de rojo. Cuando ocurría el *hahunga*, los huesos raidos del jefe así adornados, y envueltos en una estera teñida de rojo, eran depositados en una caja pintada con el sagrado color y colocados en una tumba pintada. Cerca de su último lugar de descanso se elevaba á su memoria un monumento primorosamente esculpido; éste era llamado el *tiki*, que también era pintado de este modo <sup>2</sup>. Los custodios de los campos de los labriegos en el Sur de la India—cuatro ó cinco piedras que permanecen en pie—son untados con pintura roja <sup>3</sup>, y la propia imagen de Shas-

1 Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 54; Giles, *Strange Stories from a Chinese Studio*, t. I, págs. 40-44-45.

2 Taylor, *New Zealand and the New Zealanders*, pág. 95; Lubbock, *Origin of Civilisation*, pág. 306.

3 Darles ojos para velar? En China «en cierto día después de la muerte de un pariente, el cabeza de familia que sobrevive, procede con mucha solemnidad á echar un borrón de tinta sobre la tablita de memorias del difunto. *Se cree que esto da al espíritu partido el*

ti es una piedra tosca untada con el mismo color <sup>1</sup>.

En el Congo fué también el rojo, según nos enseña Meralla, un color sagrado. Cuando muere un mahometano en olor de santidad, colócase sobre su sepulcro un montón de grandes piedras, ó de fango, y en el centro hay una pala con un pedazo de tela blanca ó roja en la extremidad, «como una bandera ó señal para todos los que pasan de que allí está enterrado un hombre santo, y el sitio se hace famoso como lugar propio para la oración» <sup>2</sup>. De un pasaje citado por Dalyell, parece desprenderse que el rojo desempeñaba en la India un importante papel para la destrucción simbólica de un enemigo, siendo curioso observar en esta conexión que los fantasmas de los suicidas se conocen en China porque llevan pañuelos de seda encarnada. Cuando las iluminaciones á los cadáveres en Gales son blancas, la persona sentenciada es una mujer; pero cuando la llama es roja, es señal de que es un hombre <sup>3</sup>.

No es de sorprender, por tanto, que las cintas y vendas encarnadas desempeñen un papel muy importante en la *Medicina popular*. En las Indias occidentales, un pedacito de tela escarlata, por estrecha que sea, empleada al rededor del cuello, quitará la tos convulsiva. Muchos siglos antes, los

*poder de permanecer cerca, velando por la fortuna de los que quedan.*—Giles, t. II, págs. 224. (Nota al pie.)

<sup>1</sup> Tylor, *Primitive Culture*, t. II, pág. 150.

<sup>2</sup> Pinkerton, t. XVI, pág. 273; Simpson, «Antiguos restos búdhicos en el Afghanistan,» *Fraser's Magazine*, nueva serie, t. CXXII, Febrero 1880, pág. 197.

<sup>3</sup> Dalyell, *Darker Superstitions of Scotland*, pág. 365, Dennys, pág. 75; Sikes, *British Goblins*, pág. 239.

médicos recomendaron á un hombre afectado de locura que tomase la flor (*ranunculus acris*), y que se la atase con un hilo rojo al cuello, cuando la luna estuviese en el lleno, en el mes llamado de Abril; pronto será curado. En el Occidente de Escocia es ó fué común envolver en un pedazo de franela roja el cuello de un muchacho para preservarlo de la tos convulsiva. La virtud, según nos informa cuidadosamente la autoridad consultada, no radica en la franela, sino en el color rojo. El rojo era un color simbólico de triunfo y de victoria sobre todos los enemigos. ¿Es este un recuerdo de la barba roja de Thôrr, invocado por los hombres en la desgracia? <sup>1</sup>.

Dícese que para evitar las hemorragias de la nariz, la gente sigue hasta el día llevando al cuello una madeja de seda escarlata, atada con nueve nudos bajo la frente; si el paciente es un hombre, pone la madeja y ata los nudos una mujer; y si el paciente es una mujer, estos buenos servicios son prestados por un hombre. En Inglaterra se curaron las enfermedades de garganta empleando un ensalmo atado al cuello en un trapo encarnado. Tenemos evidencia de uso reciente de escarlata, con un objeto simpático, en el testimonio de un corresponsal de *Notes and Queries*, quien escribe: «Cuan-

<sup>1</sup> Branch, *Contemporary Review*, Octubre, 1875; Cockayne, *Saxon Leechdoms*, t. I, pág. 101; Napier, *Folk-Lore*, pág. 96; Cf. Giles, t. I, pág. 324; Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. I, pág. 147. (Stallybrass, t. I, pág. 177.) «Un modo común de hacer la paz en China, es enviar la parte agraviada un olivo y un pedazo de papel rojo como muestra de que la paz está restablecida. El hombre en la luna liga completamente con una cuerda roja los pies de aquellos destinados á ser marido y mujer.—*Ibid.* págs. 121-141.

do estuve de interno en San Bartolomé, hace cuarenta años, uno de nuestros lectores solía decir que hacia muy poco que en una tienda de la calle de Fleet se habían puesto á la venta lenguas coloradas, esto es, cintas de tela encarnada, para que los que sufrían de fiebre escarlata se las pusiesen al cuello. Los sajones emplearon como remedios un musgano envuelto en arcilla ó en un trapo rojo y una especie de patata arrancada sin hierro antes de levantarse el sol, ligado con cruciata en una venda roja al rededor de la cabeza <sup>1</sup>. Salmuth menciona el uso del coral rojo batido con hojas de roble, para la transmisión de una dolencia. Hasta el jaspe debe la gran virtud que para detener la hemorragia se le atribuye á su color de sangre roja, y Boetius de Boot refiere una maravillosa historia <sup>2</sup>.

En Guinea la mujer fetichista manda matar un gallo blanco cuando la consultan acerca de la enfermedad de un hombre; pero se dice que los budhistas de Ceilán, como los irlandeses del siglo xiv, sacrificaban gallos rojos. Así también lo hizo Cristiano Levingston, por consejo de Cristiano Saidler: cogió un gallo rojo, lo mató, recogió su sangre, la amasó con harina y lo dió al dicho Andro á comer, quien no lo pudo probar <sup>3</sup>.

Las virtudes del color sanguíneo se aplican hasta á los animales: pues en Aberdeenshire es práctica que el ama de la casa ate una pieza de hilo trenza-

1 *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. XI, pág. 166; Cockayne, t. I, XXXI II, 307.

2 Pettigrew, pág. 77; *De Lapid. et Rem*, lib. II, cap. 102, citado por Pettigrew, pág. 82.

3 Tylor, *Primitive Culture*, t. II, pág. 123; Croker, *Researches in the South of Ireland*; Dalyell, pág. 86.

do *rojo* al rededor de la cola de las vacas, antes de volverlas á sacar á prado en la estación. Preserva al ganado del mal de ojo, de las saetas, de los duendes y de otros peligros. Mucho más lejos, en Carintia, encontramos (porque probablemente, como dice Mr. Kelly, el hilo rojo es típico del relámpago) que dejan tela roja sobre la mantequera, cuando está en uso, á fin de evitar que la leche sea encantada y no pueda cuajar <sup>1</sup>.

El color á que más eficacia se atribuye es el *azul*, color del firmamento y color sagrado de los druidas. En la cristiandad es el color de la Virgen, y por tanto, sagrado; y sin embargo, es notable la poca mención que de este color se hace en la *Medicina popular*.

En 1635, un hombre en las islas Orkney se arruinó por haber hecho nueve nudos en un hilo *azul* y dado éste á su hermana. Y esto podemos entenderlo teniendo en cuenta que así como se atribuía á un color propiedades misteriosas, igual se podía concederse á que aquéllos sirviesen tanto para la curación como para producir la enfermedad.

En las orillas del Ale y del Teviot, sin embargo, las mujeres tienen todavía la costumbre de usar al rededor del cuello hilos de lana ó cuerdas hasta que destetan á sus hijos, con el objeto de prevenir las fiebres efimeras <sup>2</sup>. Probablemente estos hilos recibieron en su origen alguna bendición. Este su-

<sup>1</sup> *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 24; Kelly, *Indo-European Tradition and Folk-Lore*, pág. 147; Cf. Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. I, pág. 148.

<sup>2</sup> *Rec. Ork.*, pág. 97, citado en Dalyell, pág. 307; Henderson, *Folk-Lore of the Northern Counties*, pág. 20.

ponemos que habrá sido el hilo del propio color para recibir tal bendición; ¿pues no era azul el color de la Virgen? Tenemos aquí, por tanto, dos ejemplos de la corriente de los pensamientos del pueblo. En los Orkneys, el hilo azul se usaba con un mal objeto, porque tal color gustaba de *Pöpery* y sacerdotes: en los condados del Norte se usó porque una remembranza de su valor preeminente sobrevivía aún en la mente de los que lo usaban, influyendo en el pensamiento de éstos de un modo inconsciente, pero activo. Quizás por un motivo análogo respetaban aún la virtud de los hilos rojos, porque como Conway dice: «el rojo tiene también carácter sagrado por simbolizar la sangre de Cristo;» «y también, en Shropshire se niega el permiso á un hombre de cabellos rojos para entrar el primero en el día de Año Nuevo á fin de evitar que haya un muerto en él antes que salga el año, porque el rojo es también el color de Judas á quien delató la sangre»<sup>1</sup>.

Atribuiase á la franela teñida nueve veces de azul la virtud de curar las anginas, pero también el pellizco que el demonio da á una bruja y por el cual se reconoce la señal del diablo, era azul. Mas cuando el diablo aparecía á aquellos formando la imagen de arcilla que estaba quitando la vida de Sir George Maxwell de Pollok en 1677, se observó que «su traje era negro y con una banda y los puños azulados. En el Folk-lore alemán el relámpago se representa por el color azul, según vemos en un cuento prusiano citado por Grimm «*der mit der BLAUEN PEITSCHEN verfolgt den teufel,*» esto es: gigantes. La llama azul

1 Conway, *Demonology and Devil Lore*, t. II, pág. 284; *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. III, pág. 465.

se consideraba especialmente sagrada por esta narración; los frisonos del Norte juraban *¡donners blöskên help!* y el juramento de Schärtlin's fué *¡blau feuer!*<sup>1</sup>

Eily M. Garvey, curandera de Donegal, emplea un hilo verde en sus operaciones. Mide al paciente tres veces al rededor de la cintura con una cinta, á cuyo extremo exterior está afirmado un hilo verde. «Si su enfermo se equivoca creyéndose él mismo con fiebre de corazón, dicho hilo verde permanecerá en su puesto; pero si realmente padece de aquel mal, encontrará que el hilo ha dejado el extremo de la cinta y descansa enrollado en el centro. Á la tercera medida Eily ruega que la bendigan en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Luego pone en las manos del paciente nueve hojas de diente de león recogido por ella misma, prescribiendo al enfermo comer tres hojas en mañanas sucesivas. En general, y especialmente los Sinclairs de Caithnes, consideran el verde como infortunados. Vestidos de verde cruzaron el Ordá en un lunes en su camino á Flodden Field, donde perecieron peleando por su país, casi sin dejar tras si un representante de su nombre. Por esta causa el vestido y el día se consideran aciagos. «Deja el verde y emplea el amarillo,» «el azul es el color que debe usarse» son frases comunes.

En Escocia, cuando se casaba la hermana más pequeña antes que su hermana mayor, enviaban á

1 Pettigrew, pág. 19; Sir George Mackenzie, *Laws and Customs of Scotlan in Matters Criminal*, 1678; *Renfrewshire Witches*, pág. 48; Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. I, pág. 148; «Blue Clue in Hallow'een Divination,» Brand, *Popular Antiquities*, pág. 209 (nota al pie). *Folk-Lore Record*, t. II, pág. 204.

ésta unas medias verdes á fin de que pudiera usarlas en el baile que sigue á la boda, como señal de ser una doncella abandonada; pero el color de la cama de la novia era azul como representando la constancia, y verde para representar la juventud: «ambos colores combinados significaban *juventud constante*»<sup>1</sup>.

De este modo la combinación de colores expresaba la combinación de ideas, dato curioso é interesante sobre el cual no estará de más llamar la atención del discreto lector.

Volviendo al amarillo, encontramos que los ensalmos amarillos ó escritos en papel de este color, son tan numerosos en China, como los escritos en rojo, pues el amarillo es el color imperial, uno de los cinco reconocidos en la cosmogonia, y por tanto se le atribuye una virtud especial. Martius dice que algunos llevan como amuleto un escarabajo vivo metido en un saquito amarillo colgado al cuello. Las ligas nupciales pueden ser amarillas «significando honor y alegría.» El demonio de la ictericia, dice Conway, cuando se exorcisa, es generalmete consagrado á los papagayos amarillos, y la inflamación á las hierbas malas, rojas ó escarlata<sup>2</sup>.

1 «Fairy Superstitions in Donegal,» *University Magazine*, Agosto, 1879, pág. 217; Brand, págs. 320-360. Cf. «El verde es, en efecto, el color de amores,» *Love's Labour's Lost*, art. I. 2; *Antiquary*, t. III, pág. 111; Gregor, *Folk-Lore of North-East of Scotland*, página 87.

2 Dennys, pág. 54; Martius, pág. 31; Brand, pág. 362; Conway, t. I, pág. 284. «En ciertos casos un encanto en China, es escrito sobre dos pedazos de papel amarillo con un nuevo pincel de bermellón. Un pedazo es quemado y las cenizas son tragadas; el otro está colocado sobre la puerta del paciente.» *Credulities Past and Present*, pág. 180.

Para ilustración del uso del blanco y el negro en medicina popular, volveremos á los asirios:

1. Toma una tela blanca. En ella coloca el pezón
2. En la mano derecha del hombre enfermo;
3. Y toma un paño negro,
4. Envuélvelo en su mano izquierda.
5. Luego todos los malos espíritus
6. Y los pecados que ha cometido
7. Le serán remitidos
8. Y nunca volverán.

Esto ha sido explicado así—por la tela negra en la mano izquierda el enfermo repudia todas sus malas acciones anteriores, y simboliza su confianza en lo sagrado por la tela blanca en la mano derecha <sup>1</sup>. «En Escocia, en Noviembre de 1596, Cristiano Stewart fué quemado como brujo por haberse descubierto que tomó parte en el hechizamiento de Patrio Ruthven, á quien produjo una fuerte enfermedad con un paño negro, según ella misma había confesado ante varios ministros, notarios y otros en diversos tiempos.»

En la antigua Germania las ofrendas de color blanco eran generalmente consideradas como las más aceptables, pero el espíritu del agua demandaba un borrego negro, y un carnero negro y un gato negro fueron ofrecidos á los *huldres*? Caldcleugh testifica que en el Sur de América usaban la sangre del carnero negro para la erisipela <sup>2</sup>.

En Inglaterra el gato negro era el animal predilecto de los brujos y por esto figura tan terminante-

<sup>1</sup> *Records of the Past*, t. III, pág. 140.

<sup>2</sup> Grimm, t. I, pág. 44 (*Stallybrass*, t. I, pág. 54); Caldcleugh, *Travels*, t. II, pág. 212.

mente en todos los cuentos modernos de oscuridad.

En el Norte de Hants se recomienda para curar un orzuelo en un ojo, coger un pelo de la cola de un gato negro en la luna nueva y frotarlo nueve veces sobre el orzuelo. La sangre de un gato negro tomada de la cola, fué frecuentemente usada por las viejas para las herpes. Se untaba sobre la parte afectada <sup>1</sup>.

He oído que esto se ha recomendado en Irlarda en tiempos muy recientes, pero en un caso auténtico produjo mucho daño. Dicese que un gato de tres colores, protege contra el fuego; pero el gato negro goza en un vago sentido de la fama de servir para curar la epilepsia y proteger los huertos. En Nueva Inglaterra la piel de un gato negro es considerada como remedio para las enfermedades de garganta, pero navegar con uno á bordo es de mal augurio; sin embargo, si el gato es matado se seguirá ruina. En el Nordeste de Escocia se tiene como mal augurio encontrar un gato negro en cualquier tiempo <sup>2</sup>.

Un tal Gerner, conforme al archivo de la sesión de Kirk de St. Cuthbert, da «bebida de negro Itenna? y aguardiente á las personas que padecen mal de corazón. Cuando se ha llamado al demonio repitiendo el Padre Nuestro al revés, el medio de apaciguarlo, dicen en Weardale, Durham, es presentarle una ga-

<sup>1</sup> Turner, *Diseases of the Skin*, pág. 79.

<sup>2</sup> Gregor, pág. 124. Entierro de una cabeza de gato negro, véase Aubrey *Remains of Gentilisme* (Folk-Lore Society), pág. 102. La conexión entre los gatos y los brujos está ilustrada en Grimm, «Das Volk sagt: eine zwanzigjährige Katze werde zur Hexe, eine hundertjährige Hexe wieder zur Katze,» t. II, págs. 918-919.

llina negra <sup>1</sup>. Las brujas escocesas promovieron la terrible tormenta, que asaltó á Jaime VI cuando iba á su reino con su esposa, por medio del bautizo de un gato negro <sup>2</sup>.

Para las convulsiones se recomendaba un bollo hecho del corazón de un sabueso blanco cocido con harina, pero encontrar un caballo blanco sin escupirle (sabido es que el escupir aleja toda mala consecuencia), se considera como de mal agüero en los condados del Mediodía, y ver un ratón blanco correr por una habitación, es considerado por la gente de Northamptonshire, como un signo seguro de mortalidad próxima.

La agrimonia y la grasa de carnero negro se usan combinadas, y para curar un aire se prescribía lana negra de manteca, probablemente para unciones, y la lana negra, el aceite de oliva y huevos para un resfriado. Dalyell, que apunta estos remedios, refiere que, hallándose en convalecencia de una peligrosa fiebre, un pariente suyo le dió alguna lana negra con el objeto que se la pusiese en los oídos para preaverse de la sordera. Aceptó el regalo con mucha efusión, pero declara que no puede proclamar su eficacia. La intención no pudo ser más buena, y si no produjo resultado apetecido, podemos recordar que:

El probar siete veces las cosas es un procedimiento,  
Que nunca ha salido mal.

1 La sangre de una gallina perfectamente negra, sirve para curar el reumatismo, las herpes ó cualquiera otra enfermedad exterior, dicen algunos sabidores de Nueva Inglaterra.

2 Dalyell, pág. 116; *Folk-Lore Record*, t. II, pág. 205.



## CAPÍTULO VIII

### Número.

De todos los números místicos, el nueve es el más popular en Bretaña, ó quizás fuera más exacto decir el número tres ó algun múltiplo de éste. Cuando se pasa un niño por encima y por debajo de un burro á fin de curarlo de tos convulsiva, la operaci3n se repite siempre tres ó nueve veces.

En un caso ocurrido en Irlanda, el niño fué pasado tres veces durante nueve mañanas sucesivas. El sistema de Cornualles es aún más curioso: el niño es pasado nueve veces por encima y por debajo de una burra de tres años. Luego se sacan tres cucharadas de leche del pecho del animal, se cortan á ésta tres pelos del lomo y otros tres del vientre. Después que la leche ha estado en reposo durante tres horas, el niño la toma en tres dosis y se repite toda la ceremonia durante tres mañanas sucesivas <sup>1</sup>. Cuando Margarita Sandieson fué á curar á Margarita Mure, tomó sólo tres piedrecitas y movió su ca-

1 *Lancashire Folk-Lore*, t. I, pág. 257; W. H. P. (Belfast), 26 Noviembre, 1878; *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. X, pág. 126; *Manchester Guardian*, Agosto, 1876; Hunt, *Romances and Drolls*, 1.<sup>a</sup> serie, pág. 118; Cf. Gregor, *Folk-Lore of North-East of Scotland*, pág. 131.

beza tres veces con cada una de ellas, curándose en seguida. Del protocolo de la causa de Bartie Paterston en 1607, aparece que para curar una enfermedad desconocida se prescribían, entre otros remedios, el de arrodillarse el enfermo al lado de la cama tres noches seguidas y cada noche tres veces nueve veces pedía por su salud á toda bruja vi-  
viente encima ó debajo de la tierra en el nombre de Jesús, y además tenia que tomar nueve cuartillos de trigo y nueve cuartillos de *zrowne trie?* y llevar tomillo continuamente encima para curarse <sup>1</sup>. En el Norte de Berwich, según Dalyell, se prescribía tomar nueve veces una ración del muslo de un buey vivo, para la tos convulsiva, poniendo «nueve veces al enfermo en la tolva de un molino.» En Cornualles, para curar las enfermedades inflamatorias, se repetía la invocación de los tres ángeles, á cada una de nueve hojas de zarza inmergidadas en una corriente de agua. En Sussex se enroscaba la culebra nueve veces al rededor del cuello del enfermo.

La doncella escocesa que desee quitarse las pecas, se lava la cara con suero de manteca en que se halla tenido por nueve días agrimonia (*potentilla anserina*). Y en caso de transmisión ó renacimiento, se observa escrupulosamente el número de las transmisiones <sup>2</sup>.

Á los enfermos de tos convulsiva se les recomienda tomar durante nueve mañanas nueve piedras de espato procedentes de un arroyo corriente, calenta-

1 Dalyell, *Darker Superstitions*, pág. 388-394.

2 Dalyell, pág. 117; Hunt, 1.<sup>a</sup> serie, pág. 113; *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 36; véase más arriba *New Birth*.

das á rojo y metidas en una vasija de la capacidad de media azumbre de agua de la misma corriente embotellada. Si con esto no se cura la tos convulsiva, dice el creyente, no se curará con otra cosa alguna <sup>1</sup>. El orzuelo ha de ser frotado nueve veces con la cola de un gato; para curar las verrugas se necesita empalar caracoles durante nueve noches.

Los enfermos de calentura en San Northants, emplean por nueve días un lazo obtenido de una mujer sin darle dinero, explicando su petición y dándole las gracias por su ejecución <sup>2</sup>. En Irlanda se supone que son nueve los gallos que las brujas sacrifican á sus espíritus familiares. Me informa un corresponsal de que en el condado de Wicklow, cuando duele un diente, se afinan tres veces las puntas de tres alisadores de hierro en el nombre de la Santísima Trinidad y en seguida desaparece el dolor del diente.

Los médicos sajones recomiendan para curar los diviesos «tomar nueve huevos, cocerlos hasta que se pongan duros, coger la yema y tirar la clara y engrasar aquéllos en una sartén, filtrar el líquido por una tela, tomar tantas gotas de vino como huevos y tantas gotas de aceite profano como gotas de miel y otras tantas gotas de una raíz de hinojo; luego se coge todo, y pasado por un cedazo, se da para que lo tome el enfermo, el cual se pone pronto bueno. De otro ensalmo, dice el médico, cantan este ensalmo nueve veces y un Padrenuestro una

1 Hunt, 2.<sup>a</sup> serie, pág. 218.

2 N. and., Q. primera serie, t. II, pág. 36; *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 11.

vez al oído del paciente <sup>1</sup>. Nueve pedazos de saúco cortados de entre dos nudos de la misma rama, suministra un buen amuleto contra la epilepsia, contra la tos convulsiva; en Lancashire se emplea un cordón con nueve nudos al cuello del niño que la padece, en la creencia que pronto se cura, pero nueve fué también el número de nudos hechos en el hilo azul con que se arruinó el isleño de Orkney <sup>2</sup>.

Mas aunque sea excesiva la confianza que otorguemos al número nueve y especial el puesto que este número ocupa en nuestra historia—pues nueve fueron los ojos que se atribuían al gran gusano Lambton, nueve los guisantes contenidos en la vaina que, según dice Gay, *llena con tres veces tres* producía luberkins. Y nueve las personas que en Oxford vieron el genio de Lady Dudley en Cumnor—semejante veneración al número nueve no tiene su origen en Inglaterra ni es privativo del Folk-Lore inglés. Cualquier muchacho de la escuela sabe que la hidra tenía nueve cabezas, pero si Plinio nos habla de que los magos conocían las virtudes de nueve nudos y que la gente de Apulia, según Pontano, para curar el bocado de un perro rabioso iban nueve veces al rededor de la ciudad de Sabbath con rezos y súplicas, es más bien con el objeto de enseñarnos que un autor italiano, Pizzurnus, alude al dolor producido por los agujijones, el cual se cura

1 *Leechdoms*, t. III, págs. 380-381, también citadas en W. de Gray Birch: «On Two Anglo-Saxon Manuscripts in the British Museum,» pág. 22. (Reimpreso de *Trans. of the Royal Society of Literature*, XI., part. III (nueva serie.)

2 Otro remedio para la epilepsia, es que el enfermo se arrastre de cabeza por tres tramos de escalera tres veces al día, durante tres días consecutivos.—Dyer, *Domestic Folk-Lore*, pág. 153.

con el tacto de nueve piedras. Marcellus recomienda repetir cierto versículo nueve veces ó sean tres veces tres como un remedio cuya eficacia la tenía acreditada la experiencia <sup>1</sup>. Tres puñados de polvo salvaban al alma del insepulto de vagar errante por la laguna Estigia:

Quamquam festinas, non est mora longa, licebit,  
Injecto ter pulvere curras.

En el Oeste de Irlanda, para procurar á una mujer un buen parto se acostumbraba contar sobre ella nueve prendas de vestir, de hombre á ser posible <sup>2</sup>.

Aunque era de suponer que el número siete por sus frecuentes asociaciones en la Sagrada Escritura fuese un número popular en Inglaterra, he hallado sin embargo pocos ejemplos de su uso en la medi-

<sup>1</sup> Pizzurnus, *Enchiridion Exorcisticum*, p. 111, cap. V, pág. 55; Plinio, *Hist. Nat.*, lib. XXVIII § 12; Dalyell, págs. 392-395; Marcellus, *Empiricus de Medicamentis*, § 8, pág. 278; el rezo apuleyano, (Pettigrew, pág. 78), dice así:

Alme vithe pellicane,  
Oram qui tenes Apulam,  
Littusque polyganicum  
Qui Morsus rabidos levas,  
Irasque canum mitigas,  
Tu, Sancte, Rabiem asperam  
Rictusque canis luridos,  
Tu Savam prohibe luem.  
I procul hinc Rabies  
Procul hinc furor omnis abesto.

Cinco y siete son los números favoritos en China en las supersticiones, pero Mr. Mayer, en sus «Categorías Numéricas, presenta sesenta y ocho frases vulgares con relación al número tres, y sólo sesenta y tres y diez y ocho con referencia á los números cinco y siete respectivamente. Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 40.

<sup>2</sup> *Irish Popular and Medical Superstitions*, pág. 13.

cina popular. Los asirios sostienen que siete espíritus malos pueden entrar á la vez en un hombre, y una tableta indica que cuando el Dios estaba á la cabecera del enfermo. «Estos siete espíritus malos pueden ser desarraigados y expulsados de su cuerpo». «Y estos siete jamás volverán á entrar en el enfermo»<sup>1</sup>.

Cuando se emplean ciertas palabras mágicas contra una erupción de verrugas, dicen los médicos sajones que deben tomarse siete hostiecitas como las que un hombre ofreció en sacrificio<sup>2</sup>.

Aunque no dudo que preguntados los sabidores puedan decir con Trickmore que «el número de sus hemorragias y purgaciones sea impar, pues el número impar le agrada á Dios, sin embargo, no se atribuyó virtud curativa al número siete, salvo en el caso de sucesión de los hijos y á la virtud personal de un hijo séptimo, se hace referencia en otra parte. Los hijos séptimos son considerados con horror en Portugal, pues se supone que los sábados toman el aspecto de burros, pero esto es excepcional. En el Oeste de Sussex prescribese para curar las fiebres, tomar en ayunas siete hojas de salvia siete mañanas sucesivas<sup>3</sup>. En Devonshire, para curar las enfermedades de la boca, se repite el salmo VIII sobre el paciente siete veces tres mañanas; pero en otros lugares se repite sólo tres mañanas tres veces para

1 Los talismanes exorcizadores asirios, traducidos por H. F. Talbot. *Records of the Past*, t. III, pág. 143. En la pág. 147 hay un ensalmo babilonio contra un mágico de quien Hea decía al enfermo por medio del número, «el the esclaviza.»

2 Cockayne, t. III, pág. 43.

3 Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 23. «Quien quiera vivir por muchos años, ha de comer salvia en Mayo» es otro dicho.

curar las úlceras. Si se dice *por la virtud*, la curación es infalible <sup>1</sup>.

Los ensalmos numéricos rimados son curiosos. Contra el mordisco de una sierpe, se prescribe poner suavemente sobre la herida, asegurándolo en forma de cruz, un pedazo de avellano repitiendo dos veces los siguientes renglones, pronunciándolos en voz alta y con solemnidad, como si se tratase de uno de los mandamientos:

Bajo este pequeño avellano  
 Hay un jactancioso gusano con la garganta manchada;  
 El es nueve doble,  
 Ahora de nueve doble á ocho doble,  
 Y de ocho doble á siete doble,  
 Y de siete doble á seis doble,  
 Y de seis doble á cinco doble,  
 Y de cinco doble á cuatro doble,  
 Y de cuatro doble á tres doble,  
 Y de tres doble á dos doble,  
 Y de dos doble á uno doble,  
 Y de uno doble á ninguno doble.  
 Ninguno doble tiene! <sup>2</sup>.

Otra versión, aplicable á lo mismo, pero realmente tomada del M. S. de un encantador, dice así:

«Ensalmo contra el mordisco de una sierpe.»

«Bradgty, bradgty, bradgty bajo la hoja del fresno» para ser repetido tres veces y sacude tu mano con el crecimiento de la liebre. Bradgty, bradgty, bradgty, debe ser repetido tres veces, nueve antes de ocho, ocho antes de siete, siete antes de seis,

<sup>1</sup> *Choice Notes (Folk-Lore)*, págs. 169-218. Algunos dicen tres veces cada día por tres días en la semana por tres semanas sucesivas.—Dyer, *Domestic Folk-Lore*, pág. 163.

<sup>2</sup> Hawker, *Footprints of Former Men in Far Cornwall*, pág. 177.

seis antes de cinco, cinco antes de cuatro, cuatro antes de tres, tres antes de dos, dos antes de uno, uno antes de ninguno. Contra el mordisco de una serpiente <sup>1</sup> debe repetirse tres veces.

Otro ensalmo de Cornualles, para quitar el sarpullido, dice:

Sarpullido, sarpullido, tú tienes nueve hermanos,

Dios bendice la carne y preserva el hueso;

Perece tú, sarpullido y vete.

En el nombre, etc.

Sarpullido, sarpullido, tú tienes ocho hermanos,

Dios bendice la carne y preserva el hueso,

Perece tú, sarpullido y vete.

En el nombre, etc.

Sarpullido, sarpullido, tú tienes siete hermanos,

etcétera, etcétera, etcétera. <sup>2</sup>

Así se continúan repitiendo los versos hasta que el sarpullido no tiene ya ningún hermano, y entonces se le manda imperativamente que se vaya.

Hay una divinidad en números impares.

O en natividad, ó en cambio ó en muerte.

La señora mayor de la familia decía á la chimenea en la vispera de Santa Inés, el siguiente ensalmo común contra la fiebre:

¡Tiembra y vete!

Primer día tiritita y quema;

¡Tiembra y espelúzmate!

Segundo día, tiritita y aprende,

¡Tiembra y muere!

El día tercero no vuelve más. <sup>3</sup>

El primer enfermo de un doctor, dice el vulgo, se

<sup>1</sup> Braggaty, manchado.

<sup>2</sup> Hunt, 2.<sup>a</sup>, serie, pág. 214.

<sup>3</sup> Pettigrew, pág. 70.

cura siempre, y si una persona que ve un ataque epiléptico por primera vez, saca sangre del dedo pequeño del enfermo, éste recobra su salud habitual.

## 2.º — INFLUENCIA DEL SOL Y DE LA LUNA

Mead dice, que el instruido Kirckringius refiere la siguiente historia: «Conoci una linda joven cuya belleza dependia de la fuerza lunar, hasta el punto, de que en luna llena era muy hermosa, pero en la menguante se ponía tan pálida y de tan mal semblante que se avergonzaba de que la viesén hasta la luna nueva, en que su cara recobraba todos sus encantos. Á ser cierto este caso, podría concederse entero crédito á una aserción posterior de Mead, á saber: no sólo los filósofos y naturalistas observaron la poderosa acción de la luna, sino hasta el común de las gentes estuvo plenamente persuadido de ella desde tiempo inmemorial <sup>1</sup>.

Los de Cornualles, creen que un niño nacido en el intervalo entre dos lunas, una que acaba y otra que empieza, nunca vive hasta llegar á la pubertad; y se dice, que las gentes de edad muy avanzada, mueren en luna nueva ó llena. Según Galeno, los animales nacidos cuando la luna está en su lleno, son fuertes y vigorosos. Dicese que Bacon caía siempre en un síncope durante los eclipses lunares. En Sussex atribúyese á la nueva luna de Mayo la virtud de curar las afecciones escrofulosas, cuando se auxilia su acción por ciertos hechizos. Un correspondal de Rochester, Estados Unidos de América,

<sup>1</sup> Mead, *Influence of Sun and Moon upon Human Bodies*.— Works, pág. 132.

me dice que una vieja negra aseguraba que el asma puede curarse paseando tres veces sola al rededor de la casa á media noche á la menguante de la luna; para curar la raquitis, se recomienda quemar un mechón de cabello de un niño en el sitio en que se crucen dos caminos, siendo la curación tanto mejor si se hace esto cuando brilla la luna en toda su plenitud<sup>1</sup>.

Según los indios, si la luna tiene un día, cuando un hombre cae enfermo, tendrá que estar en la cama de peligro. Si enferma cuando tiene tres, estará muy lejos de librarse y morirá. Si el mal le ataca cuando la luna lleva cuatro días, se agravará, pero se repondrá. Si cuando cinco, se morirá. Si el mal le acomete en el sexto día de la luna, vivirá. Si en el séptimo, el mal le durará mucho tiempo. Si en el octavo, morirá pronto. Si á los nueve, diez ú once días, estará largo tiempo enfermo, pero se pondrá bueno. Si á los doce, convalecerá pronto. Si cae enfermo en la noche de los días catorce, quince, diez y seis, diez y siete, diez y ocho ó diez y nueve, correrá gran peligro en estos días. Si á los veinte, estará largo tiempo en cama y sanará. Si en los días veintiuno, veintidós ó veintitrés, estará largo tiempo enfermo padeciendo, y por último se pondrá bueno. Si cae enfermo el veinticuatro, guardará cama. Si el veinticinco, tendrá que estar en cama y de peligro. Si es atacado cuando la luna tenga

<sup>1</sup> *F. L. Record*, t. I, pág. 45; Miss C. F. G. 28 Nov. 1879. «En Madagascar la palidez de la luna, es un tiempo desfavorable para una empresa importante. Entre los antankarana, los muertos son sólo enterrados después que aparece la luna nueva. *F. L. Record*, t. II, pág. 32. Cf. Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, página 596.

veintiséis, veintisiete, veintiocho ó veintinueve días, sanará. Si es acometido del mal cuando la luna tenga treinta días, difícilmente conseguirá restablecerse, y sin embargo, dejará su lecho <sup>1</sup>. Martius en su discurso pronunciado en Erfurt de 1700, hablando del efecto que, según la gente del campo, ejerce la disposición de la luna sobre la savia de las plantas que están creciendo, dice: «primum nemo negabit, lunam virtute sua in corpore sibi subjecta manifesto agere, procede, et observarunt medici ac chirurgi, referente Waldschmidio, non solum vulvera capitis in plenilunio ob cerebri turgescientiam majori cum periculo conjuncta esse, quam in novilunio, ubi cerebrum magis subsidet»; pero que todos los purgantes producen más resultado cuando la luna está en menguante <sup>2</sup>. Mead, siguiendo á Galeno, dice que la luna regula el periodo de los casos epilépticos, y que al encontrar marineros que habian contraído la enfermedad por sustos sufridos en la navegación, ó con motivo de las tormentas en las guerras de la reina Ana, podía con frecuencia predecirse el tiempo de los ataques con bastante certeza, y T. Bartholin, continúa, refiere una historia de una muchacha epiléptica que tenia en la cara manchas que variaban de color y magnitud conforme á los cuartos de la luna. ¡Hasta

1 Cockayne, t. III, pag. 183:

1 Martius, *De Magia Naturali, ejusque usu medico ad magice et magica curandum*, 1700, Erfurt, págs. 21 y siguientes. Que los nacimientos y muertes ocurren principalmente cerca de la luna nueva y llena es un axioma entre las mujeres. Los labradores regulan por la luna sus operaciones agrícolas y otras ocupaciones. Tan grande es el imperio de la luna sobre el globo terráqueo. Mead, *Works*, págs. 145, 146.

tal punto es grande, dice, la correspondencia entre nuestros cuerpos y los cielos! Chaucer se refiere á una fiebre producida por la luna cuando habla de una fiebre *azulada* ó *blanca* en *Troilus* y *Cressida*.—

Y alguno dices que tiene azulada fiebre,

Y suplicas á Dios que nunca vuelva.—I. CXXXI<sup>1</sup>.

En el Oeste de Escocia se prescribe á los enfermos para curarse las verrugas, en vez de dirigir palabras de encarecimiento á la luna—como puede hacerlo una muchacha de Lancashire, que desea saber quién es su verdadero amor—mantenerse en pie, y coger un puñadito de tierra de debajo del pie derecho, cuando ve por vez primera la luna nueva. La tierra se convierte en una pasta que se pone sobre la verruga, envolviéndola con un trapo; este emplasto y este trapo deben dejarse puestos hasta que la luna desaparece<sup>2</sup>.

Sir Kenelm Digby, en un conocidísimo pasaje de su *Discurso sobre el poder de la simpatía*, pregunta si debe reputarse como una locura creer que sea posible lavarse uno las manos en una pulida jofaina de plata, donde no hubiese una gota de agua, y sin embargo, añade: esto puede hacerse por la reflexión de los rayos de la luna; pero los que lo

1 Pues, según ha indicado Mr. Fleay, las fiebres se dividieron en roja (Marte), negra (Saturno), amarilla (Sol) y blanca (Luna), según que indicaban inflamación, mortificación, ictericia ó palidez. *Folk-Lore Record*, t. II, pág. 158.

2 Mead, pág. 132; *F. L. Record*, t. II, pág. 158; Napier, pág. 97; Invocación á la luna, cf. Aubrey, *Remains of Gentilisme*, págs. 83, 131; Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 117; Nork. *Mythologie der Volksagen und Volksmärchen*, pág. 920; Grimm, t. II, págs. 587, 596; Livingstone, *South Africa*, pág. 235; Lubbock, *Origin of Civilisation*, págs. 317, 318.

han probado, encuentran sus manos más húmedas que lo ordinario. Este procedimiento empleado muchas veces, es infalible para quitarse las verrugas de las manos <sup>1</sup>.

Mead da una explicación general de la influencia de la luna del siguiente modo: «Si el tiempo en que cualquier humor vicioso está preparado para la secreción ó la fermentación de la sangre ha llegado á su colmo, coincide con estos cambios en la atmósfera, cuya presión disminuye en la luna nueva y en el plenilunio, la crisis será más completa y fácil; y también que esta obra puede adelantarse ó retrasarse un día por tal alteración en el aire, la distensión de los vasos de que depende, siendo así más fácil y un débil hábito del cuerpo en algunos casos, hace necesaria esta asistencia exterior <sup>2</sup>.

Es una superstición común que cuando llega la baja mar ocurre la muerte. ¿Quién no recuerda el fin de sir John Falstaff: «dice la posadera, precisamente entre las doce y la una, al comenzar la marea»; y mejor que otras muchas citas son las conocidas palabras de Dickens en *David Copperfield*: Barkis se está muriendo. «Se está yendo con la marea, me dijo Mr. Peggotty, muy de quedo».

«Mis ojos estaban turbios, y también los de mister Peggotty; pero yo repetí en voz baja: ¿con la marea?»

«La gente puede morir á lo largo de la costa, dice Mr. Peggotty, excepto cuando la marea está muy cercana. No puede nacer á menos que la marea esté muy próxima; propiamente no nace hasta

1 Véase también Aubrey, pág. 188.

2 Mead, *ibid*, pág. 145.

el flujo. Se está yendo con la marea. Menguará á las tres y media; luego el agua estará en reposo media hora. Si vive hasta que vuelva, se mantendrá hasta que pase la marea, y morirá con la siguiente.

\* \* \* \* \*

»Estaba á punto de preguntarle si me conocia, cuando me estrechó entre sus brazos, y me dijo distintamente con una plácida sonrisa:

»Barkis está listo.

»Y, estando baja el agua, murió con la marea.»

En Irlanda se dice que si el último niño de una mujer ha nacido en cuarto creciente, el siguiente nacimiento será un varón, pero, si aquélla parió en menguante lo primero que tenga será una hembra <sup>1</sup>. Las siguientes frases comunes, repetidas por las parteras, después de señalar con una cruz todas las esquinas de una casa antes de traspasar su umbral, constituyen virtualmente una oración á la luna. Aun se usa como rezo en los distritos rurales, sin más variante que la de estar en tercera la primera persona.

Cuatro esquinas tiene su cama,  
Cuatro ángeles en su cabecera,  
Mateo, Marcos, Lucas y Juan,  
Dios bendiga la cama sobre que descansa.  
Luna nueva, luna nueva, Dios me bendiga,  
Dios bendiga esta casa y esta familia <sup>2</sup>.

El influjo de la creencia en la influencia planetaria, se ve en las sortijas resplandecientes ya mencionadas, y en fecha tan reciente como la de Junio de 1875, en la investigación hecha en el cuerpo de

<sup>1</sup> *Irish Popular and Medical Superstitions*, pág. 15.

<sup>2</sup> *Lancashire Folk-Lore*, pág. 69 (nota al pie).

Miriam Woodkam, que murió por prescripciones de un herbolario, se averiguó que las pildoras dadas al enfermo estaban hechas de siete hierbas cuya vida estaba gobernada por el Sol. Un exorcismo babilónico dice: «Ojalá que sobre el enfermo, por medios del sacrificio, brille como el bronce la perfecta salud; que el Dios Sol dé la vida á este hombre; que Merodoch, hijo mayor del profundo, le dé su fuerza, prosperidad y salud; ojalá que el rey del cielo le guarde, que el rey de la tierra le preserve de mal <sup>1</sup>. Los asirios tenían fe en que una imagen de Hea colocada en la puerta ahuyenta los malos espíritus. Los finlandeses invocan al sol con el nombre de Beiwe «*pour le protéger des démons de la nuit et guérir certaines maladies, spécialement les infirmités de l'intelligence, de même que les Accads leur Oud, qui personifie la même astre.*» De América recibo un remedio persa contra los malos sueños: si se les habla de que el sol cesará, riñen con uno. Supónese que las complicadas contorsiones de los dervishes repiten los movimientos de los planetas. Se piensa que los danzantes del demonio del Sur de la India tientan á los malos espíritus de las estrellas á entrar en ellos, y así llegan á disiparse en vez de afligir al pueblo en general <sup>2</sup>.

Fracastorius pudo predecir la peste por la conjunción de muchas estrellas bajo las grandes estrellas fijas. Kircher, «después de un detenido examen

<sup>1</sup> Conway, *Demonology and Devil Lore*, t. I, pág. 260; *Records of the Past*, t. I, pág. 135; *Babylonian Exorcisms*, traducidos por el Prof. Sayce.

<sup>2</sup> Lenormant, *La Magie chez les Chaldéens*, pág. 224; Miss. C. F. G. 28 Nov. 1879; *London Times*, Junio 11, 1877; Conway, t. I, pág. 250.

del almanaque y tablas astrológicas, indicaba los malos efectos de una conjunción de Marte y de Saturno, y sostenía que emiten ambos exhalaciones muy mortales; millares de animáculos fueron engendrados, y enfermedades tales como las viruelas, el sarampión y la fiebre se hicieron inevitables <sup>1</sup>. Culpepper declara la gran antipatia que existe entre Marte y Venus, en un pasaje, que á no dudarlo es tan exacto ahora como lo fué antes. «El uno es caliente; el otro frio; uno diurno, otro nocturno; uno seco, otro húmedo; sus casas son opuestas; uno es masculino, otro femenino; uno público, otro privado; uno valiente, otro afeminado; uno ama la luz, otro la teme; uno ama el campo, otro las sabanas; asi pues si la garganta está bajo Venus, la angina descansa en la garganta, y se producirá allí una inflamación. Venus regula la garganta (siendo bajo Taurus su signo).» Marte desarraiga todas las enfermedades de la garganta por sus hierbas (una de las cuales es el ajenjo) y las envia á Egipto por un mensajero á fin de que no vuelvan más; esto por antipatia. Los ojos están bajo los luminaires; el sol ejerce su dominio sobre el ojo derecho del hombre y el izquierdo de la mujer; el izquierdo del hombre y el derecho de la mujer son privilegios de la luna; el ajenjo, hierba de Marte, cura ambos ojos; lo que pertenece al sol, por simpatia, porque él es exaltado en su casa; pero lo que pertenece á la luna, por antipatia, porque él tiene su caida en la de ella» <sup>2</sup>.

1 Pettigrew, pág. 19.

2 Culpepper, *English Phisician*, prolongado, págs. 266, 267. Véase «Sobre la influencia de las estrellas», Martius, *De Magia Naturali* (citado *supra*).

Los indios atribuyeron á la cola del demonio Rahu no sólo los cometas y meteoros, sino todas las enfermedades, y el nombre Ketu, se emplea casi como palabra sinónima de enfermedad <sup>1</sup>. La primera vez que un inválido de Cornualles sale, debe al andar formar un circuito siguiendo la marcha del sol; si va por camino contrario al del sol, recaerá. Cuando una mujer en Nueva Inglaterra quiere curarse las verrugas, las frota siete veces con el dedo de en medio de la mano izquierda en dirección al curso del sol, y si está dotada de verdadera virtud, las verrugas desaparecerán á los pocos dias; pero según me han dicho, no todos tienen poder para hacer este hechizo. Este fué el progreso natural, y quizás, como indica Dalyell <sup>2</sup>, el movimiento en el curso aparente del sol puede envolver un acto religioso, siguiéndolo contemplando desde abajo. Moverse en dirección contraria al sol se consideraba como manifestación de respeto hacia Satanás, lo mismo que el recitar el Padre nuestro al revés.

Pero se acudió mucho á *widderschynnes*, que es el nombre que se da á este movimiento retrógrado. Cuando Tomás Grieve, con alguna idea de sacrificio en su mente, tomó un animal para matarlo y obtener la curación de una familia, colocó al animal fuera de la ventana tres veces y lo llevó á la puerta tres veces, *widderschynnes*. Esto fué en 1623. John Sinclair llevó á su hermana andando hacia atrás á la iglesia y la puso al Norte. Para curar la fiebre soporifera en el NE. de Escocia, se tomaba la media

1 Dictionary, of Böhtlingk and Rath, citado en Conway, *Demology*, t. I, págs. 254, 255.

2 Dalyell, *Darker Superstitions of Scotland*, pág. 456.

izquierda del paciente y se dejaba estirada, colocabase un hilo de lana á lo largo de sus dos lados sobre el dedo gordo, y luego se enrollaba desde la punta hasta arriba, de modo que los dos extremos del hilo pendían por diferentes lados. Esta media era pasada tres veces al rededor de cada miembro de la familia en dirección contraria al curso del sol. Si un individuo se conmovía, el hilo cambiaba su posición de fuera adentro; si no, la conservaba. Repetido el procedimiento tres veces en perfecto silencio, se quemaba el hilo <sup>1</sup>. Cuando en tiempos anteriores una reunión de gente que iba á un bautismo tenia que emprender larga caminata para ir á la iglesia donde se celebraba la ceremonia, se llevaba una cantidad de sal, witherahins (la ortografía varía, pero la palabra es la misma) al rededor del niño. Llevada así la sal creíase que hasta el niño, en su no regenerado estado, quedaba libre de daño <sup>2</sup>. La sal, por lo demás, gozaba de una reputación propia; pues, aparte del hecho de que, sola ó mezclada con agua, se aplicaba en lo antiguo para curar los ojos malos y los mordiscos de los perros rabiosos, la sal, como saben todos los lectores de baladas y cuentos, se utiliza como recurso favorito para desencantar. Noel du Fail, recomienda para curar la gota la aplicación de un pedazo de lino, previamente impregnado en agua salada, á la parte dolorida.

La importancia de la fecha del nacimiento en la

<sup>1</sup> He conversado con una vieja, natural de Ayrshire, que ha visto practicada la costumbre cuando fué muchacha. J. (Glasgow), *Notes and Queries* 2.<sup>a</sup> serie, t. III, pág. 59.

<sup>2</sup> *Les Contes et Discours d'Entrapal*, 1732, t. I, pág. 85.

enfermedad y en otros incidentes de la vida, fué sugerida por la consideración de la influencia planetaria. En China se cree que si un niño nace entre las nueve y las once, aunque sus primeros pasos en la vida sean difíciles, al fin conseguirá obtener grandes riquezas; que el que nace entre las tres y las cinco, será desgraciado toda su vida. Pero aunque en el Celeste Imperio se concede esta importancia al tiempo del nacimiento, todavía el hado de un hombre puede ser modificado por sus buenas obras, pues á uno se dijo: «tu piedad filial ha enternecido á los dioses; la influencia protectora de una estrella ha venido sobre tu lecho natal y no te sobrevendrá daño»<sup>1</sup>. En Lancashire se supone que las personas nacidas durante el crepúsculo ven los espíritus, y conocen cuáles de sus amigos y parientes están prontos á morir; pero otros sostienen que este poder sólo lo tienen los que nacen en punto de la media noche. Esto quizás proceda de la superstición común en Inglaterra y en China, de que la media noche es un periodo fatal; en su consecuencia cualquier espíritu que encarna en este tiempo debe suponerse que ha encontrado aquellos espíritus que han abandonado la vida. No sin razón, por tanto piensan algunos que pueden reconocer lo que otros; no teniendo nunca oportunidad de verlos, no pueden reconocer los espíritus de los muertos<sup>2</sup>. Los niños raquíticos solían ser puestos á media noche desnudos en la piedra Logan, cerca de Nancledrea. Por el

<sup>1</sup> Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 8; Giles, *Strange Stories from a Chinese Studio*, t. II, pág. 67.

<sup>2</sup> Harland y Wilkinson, *Lancashire Folk-Lore*, pág. 105; Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 27.

dia era imposible mover la piedra, pero en punto de la media noche la piedra se movía como una cuna. Se dice que muchos niños curaban <sup>1</sup>. Después de la media noche del día séptimo del séptimo mes las mujeres de Cantón sacan el agua mágica, la cual es empleada para cocer el alimento del paciente, y cura las enfermedades cutáneas y las fiebres. Este agua, aunque esté guardada durante años enteros, nunca se descompone: volviendo á nuestro país vemos que la lluvia que cae en jueves santo en las cercanías de Banbury, cuidadosamente embotellada, sirve para curar los ojos malos <sup>2</sup>. Me informa un corresponsal de que otro tanto se cree en Worcestershire, y, según todas las probabilidades, la superstición se halla generalizada en toda Inglaterra. El pan de viernes santo, como lo llaman en el mismo condado, es un pedacito de masa puesto en el horno en viernes santo por la mañana temprano y cocido hasta que se ponga completamente duro por dentro. Á falta de otros remedios se da á los enfermos una pequeña cantidad de ralladuras de este pan. Se guarda colgado del techo <sup>3</sup>. Créese en Lancashire que las cañamizas calientes cruzadas, conservadas de un viernes santo para otro, sirven para prevenir los ataques de tos convulsiva. En suma, el viernes santo goza de gran reputación curativa en la medicina popular. El tiempo más fa-

1 Hunt, *Romances and Drolls*, 1.<sup>a</sup> serie, pág. 195. «Si esto no obstante el niño fuese ilegítimo ó hijo de personas disolutas, la piedra no puede moverse y en su consecuencia la cura no se efectúa.

2 Dennys, loc. cit., pág. 38; Thiselton Dyer, *English Folk-Lo-re*, pág. 152.

3 Miss S. 8 Marzo, 1879.

vorable para visitar á un séptimo hijo, dicen que es, en Irlanda por lo menos, un viernes antes de amanecer — precisamente quizás cuando el gallo rompe á cantar, — momento que en Europa se consideró generalmente como el más á propósito para tomar medicinas. Para combatir el veneno y atenuar sus malos efectos y curar las inflamaciones que éste produce, los médicos mandan que se bata en un viernes la manteca hecha de la leche ordeñada de una cierva ó vaca que sea toda ella de un mismo color; mézclala con agua, canta nueve veces sobre ella una letania, y nueve veces el Padre nuestro y nueve veces un ensalmo. — Hasta para las heridas profundas son eficaces estas ceremonias del viernes <sup>1</sup>.

En Escocia se creía que las enfermedades se agravaban más en domingo que en cualquier otro día; y se preveía una recaída si el paciente se ponía mejor. Y, sin embargo, fué un día de curación especial en muchos pozos. El primer domingo de Mayo, llevaban niños enfermos al pozo de San Antonio, cerca de Maybole, y en este día eran las aguas de la cueva de Uchtrie Macken el blanco lago de Merton, más eficaces, y también las del pozo en Ruthven. El manantial en Trinity Gask era frecuentado en el primer domingo de Junio. Parece existir algún antiguo ensalmo contra el dolor de muelas que versa sobre los días de la semana, pues hallamos el siguiente como una especie de ensalmo bufo en A. C. *Meri Talys*:—

1 «Fairy Superstitions in Donegal,» *University Mag.* August, 1879, pág. 218; Pizzurnus, *Enchiridion*, III, lib. I, c. 5, pág. 54; Dalyell, pág. 420, Cockayne, t. II, pág. 113.

El hijo, en domingo,  
 La luna en lunes,  
 La Trinidad en martes <sup>1</sup>.

En domingo era cuando el pueblo de Apulia circunvalaba las murallas de su ciudad nueve veces, para conseguir la curación de uno picado por una tarántula, ó mordido por un perro rabioso.

Cuando Shane, el hijo de Croohoore Bawn, fué sacerdote en Roma, vió uno de los estudiantes afeitándose en un lunes,

«Mor a smoh, lath veh vuan  
 Naw dane lum an Luan,»

dijo Shane. ¿Qué está usted diciendo? dijo el estudiante. Es, dijo Shane, un antiguo dicho irlandés, cuyo significado es que «el que quiera vivir largo tiempo no se afeite en lunes.» Ahora te cogi, pensó el estudiante, aunque nada dijo á Shane; pero no bien hubo acabado de afeitarse fué al cura, y le refirió lo que Shane había dicho, añadiendo que era un gran crimen en un sacerdote creer en cosa semejante y que no hacía bien en traer esos antiguos encantos irlandeses á Roma <sup>2</sup>. Todas las rimas referentes al día del nacimiento parecen convenir en que el niño nacido en lunes tendrá hermosa la cara; pero me causa extrañeza que el lunes, ó día de la luna, no tenga más crédito en el saber popular sobre medicina. Probablemente investigaciones más amplias podrían arrojar nueva luz sobre este punto.

En Cornualles el primer miércoles de Mayo es el

<sup>1</sup> Sinclair, *Stat. Ac. of Scotland*, 1793, t. V, pág. 82; Dalyell, pág. 80; *Shakespeare Fest Books*, págs. 58, 59.

<sup>2</sup> Croker, *Legends of Killarney*, 1879 ed. pág. 74.

día destinado á bañar á los niños raquíticos y en los tres primeros miércoles de Mayo los niños que padecen de enfermedades mesentéricas, son sumergidos tres veces en Chapell Uny «*widderschynnes* y *widderschynnes*», arrastrados tres veces al rededor del pozo. Un anillo de oro con ciertas letras inscritas debía usarse en jueves en la menguante de la luna, por el paciente de Marcellus (temp. Marcus Aurelius), que sufría de dolor de costado. Si el dolor era en el costado izquierdo el anillo debía llevarse en la mano derecha, y si el dolor era en el lado derecho, la sortija debía llevarse en la izquierda <sup>1</sup>.

En el *Herbarium Apuleii*, se recomienda la verbená para *las enfermedades del higado*, tomada en el día del solsticio del verano, y el *Sambucus ebulus* para otras dolencias, tomándolo antes de salir el sol, «en el mes llamado Julio» <sup>2</sup>.

Para concluir citemos los días de peligro como los libros de los médicos nos los refieren. Son en Marzo el 1.º y el 4.º, antes de finalizar; en Abril el 10 y el 11, antes de concluir: en Mayo el 3.º y el 7.º, antes de su término; en Junio el 10 y el 15 antes del fin; en Julio el 12, y el 10 antes del fin; en Agosto el 1.º y el 2.º antes de terminar; en Septiembre el 3.º y el 10 antes del fin; en Octubre el 3.º y el 10, antes del fin; en Noviembre el 5.º y el 3.º antes del fin; en Diciembre el 7.º y el 10, antes del fin; en Enero el 1.º y el 7.º antes del fin; en Febrero el 4.º y 3.º, antes del fin <sup>3</sup>. No hace aún

1 Hunt, *Romances and Drolls*, 2.ª serie, pág. 55; Jones, *Finger Ring Love*, pág. 147.

2 Cockayne, t. I, págs. 91, 127.

3 Cockayne, t. II, pág. 153.

mucho tiempo que los médicos defendían abiertamente su creencia en la influencia que la luna ejercía sobre la locura; y que una luna llena tiene más influencia que una luna en menguante es todavía una creencia que dista mucho de ser rara entre la gente del pueblo.

## CAPÍTULO IX

### Curas personales.

Bajo este título vamos á agrupar ejemplos de curaciones debidas á la virtud especial de ciertos individuos. Notabilísimo es el poder que en todas partes se atribuye al séptimo hijo. Según un escritor escocés, los gusanos que se le ponen en la mano antes del bautismo, ó, según un irlandés, lo primero que toca la mano del niño, eso será su futuro talismán curativo. Así, si la plata ha de ser el talismán, se le pone en la mano una moneda de tres ó de seis peniques, también puede ponérsele harina ó sal, ó cabello de su padre; «*cualquier sustancia que haya sido frotada en un séptimo hijo, debe ser llevada por los padres mientras aquél viva.*» La primer ceremonia era la más sencilla, porque se creía que el niño podía curar sin más que aplicar la mano á la parte enferma. Si el niño habia nacido en el sábado tanto, podía esperar, según la creencia de los ex-stranjeros, que tendria virtud para curar las tercianas y cuartanas <sup>1</sup>. En Grimm se menciona la fama

1 Gregor, *Folk-Lore of North-East of Scotland*, pág. 47; «Fairy Superstitions in Donegal,» *University Mag.* Aug., 1879, *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. XII, pág. 386.

de que goza en Francia <sup>1</sup> el quinto hijo, pero á creer á *Le Journal du Loiret*, de algunos veintitrés años á acá, el séptimo hijo es supremo, porque tiene en alguna parte de su cuerpo la señal de una flor de lis, y á semejanza de los reyes de Francia y de Inglaterra, en tiempos anteriores, goza el dón de curar sin más que soplar sobre la parte afectada, ó permitir al paciente que toque su flor de lis. De todos los *marcou*s del Orleanesado, el de Ormes, dice *Le Journal du Loiret*, es el mejor conocido y más celebrado. Todos los años venian desde 20, 30 y 40 leguas á la redonda multitud de enfermos á visitarlos; pero particularmente en semana santa su poder es eficaz, y en la noche del viernes santo, desde media noche al amanecer, la cura es segura. En consecuencia de esto durante esta estación de 400 á 500 personas se apiñan al rededor de su morada para aprovecharse de sus maravillosos poderes.

Apenas nos sorprende que un hijo que haga el número 21, nacido sin intercalación de alguna hija, haya hecho curas prodigiosas <sup>2</sup>.

Los méritos de una séptima hija no son desconocidos. Una herbolaria de Plymouth, fué procesada en Junio 1876 por haber sacado un *soberano* á un pobre con el falso pretexto de presentarse ella misma como la séptima hija de la séptima hija de una

<sup>1</sup> Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 964. «Nach franz abergl. 22 ist es der fünfte schon.» Las curas se hicieron por Valentina Greabsakes, véase carta á Boyle, ó por Jhon Leveweb, ninguno de los cuales habia ofrecido particularidad alguna en su nacimiento. Pettigrew, págs. 155, 156.

<sup>2</sup> *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 59; *Gent. Mag.* 1731, t. I, página 543.

séptima hija. Á pesar de esta cualidad tuvo que devolver el soberano. En las *Superstitions Anciennes et Modernes* de 1783 se registra: «On me disoit, il y a quelque temp, que les septièmes filles avoient le privilège de guérir des mules aux talons» <sup>1</sup>.

En el Norte de Escocia, atribuíase á los que nacían de pie la virtud de curar todo género de torceduras y lumbago y reumatismos. Como la virtud descansaba en los pies, aunque las curas podían efectuarse por frotaciones, lo que más se recomendaba era la pateadura; en Cornualles se atribuía también el mismo dón á la madre del niño así nacido, y en su consecuencia era invitada á patear á los enfermos de dolores reumáticos <sup>2</sup>. El contacto de un niño que nunca haya visto á su padre cura las inflamaciones, dice Grimm y las *Notas de las Supersticiones* de Bernard: «Mais ce rare privilège ne subsiste dans l'imagination des personnes qui veulent railler, non plus que eclui de guérir les loupes, lequel on attribuë aux enfans posthumes.» Según los suecos. «Das erstgeborne mit zähnen auf die welt kommne kind kann bösen biss heilen» <sup>3</sup>. En Essex se cree que un niño conocido familiarmente como *a left twim*, esto es, un niño que

1 *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. VI, págs. 144, 176; *Superstitions Anciennes et Modernes: Préjugés Vulgaires qui ont induit les Peuples à des Usages et à des Pratiques contraires à la Religion*, lib. XVI, página 107.

2 Gregor, pág. 45; Hunt, *Romances and Drolls*, 2.<sup>a</sup> serie, página 212.

3 Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 964; *Superstitions Anciennes et Modernes*, lib. XVI, pág. 107 (con referencia á la 7.<sup>a</sup> baja supra. Para librarse de la tos convulsiva los aldeanos de Donegal emplean una trenza de cabello de un niño póstumo.

ha sobrevivido á su gemelo, tiene el poder de curar las úlceras de la garganta soplando tres veces en la boca del paciente, si éste es de sexo distinto. Se creyó que proporcionaba un rápido alivio el frotar verrugas contra un hombre que fuese padre de un hijo ilegítimo cuando esto se hacía sin conocimiento del frotado. En Highlands dióse á una enfermedad pulmonar el nombre de enfermedad de Macdonald porque se creyó que el dón de curarla tocando, acompañando al tacto una fórmula, era un dón hereditario en las familias de aquel nombre <sup>1</sup>.

En los condados del Mediodía y del Oeste de Inglaterra era general ensalzar la virtud que se atribuía á una mujer que se había casado con un marido de su mismo nombre, ó que después de la muerte de su primer marido, se casaba con otro que tenía el mismo nombre de aquél y esto es más de extrañar cuanto que una de las máximas más comunes por que se guían las muchachas casaderas, indica que,

Un cambio de nombre con ningún cambio de letra,  
Es un cambio adverso y no próspero.

Pero sea lo que quiera, el niño enfermo de tos convulsiva es en Cheshire confiadamente enviado á tomar un bollo hecho por una mujer casada con un hombre de su propio nombre, y en la vecindad de Tenbury se le envía por pan y manteca y azúcar de la viuda Smith, nacida Jones, que había llegado á ser en su segundo matrimonio Mrs. Jones <sup>2</sup>.

<sup>1</sup> Hendersond, *Folk-Lore of the Northern Counties*, pág. 307; Gregor, pág. 49; Smith, *Parish of Logierait, ap. Stat. Acct.* t. V, pág. 84; Dalyell, *Darher Superstitions*, pág. 61.

<sup>2</sup> *Choice Notes*, pág. 181; Miss G. B., 8 Marzo 1879.

Estos curanderos especiales, ni más ni menos que los sabios médicos de Inglaterra y del Extranjero, que en vez de curar se dedicaban á producir enfermedades, no necesitaban tener sus victimas á la mano. «Una curandera de Donegal que recibió una minuciosa descripción de un caso en el cual (dice) parecia haberse metido una astilla en el ojo de su distante enfermo, llenó una taza de agua y salió con ella á la puerta. Ella tomó un buche de agua, y devolvió á la taza.» No, no está aún, dice: Tomó otro buche, probablemente con el mismo resultado, pero en la tercera prueba exclamó: ¡Ay! aquí está y mostró al mensajero el granito de hierro ó acero, ó de lo que causaba el dolor, flotando en el agua de la taza <sup>1</sup>.

Á veces una sola palabra era suficiente; así, una mujer de Marton, cerca de Blackpool, llegó á adquirir tal celebridad por su virtud para detener la hemorragia, que no bien ocurría alguna, en 20 millas á la redonda, todos reclamaban su auxilio. Los hombres y mujeres de Zennar fueron poderosos encantadores, y curaban las erisipelas, el sarpullido y los dolores en los miembros ó en los dientes, y las ulceraciones. «Hasta un lechoncito puede ser pinchado por todas partes, y si un hechicero está presente y piensa en su hechizo, el cochinito no derramará sangre» <sup>2</sup>. Es imposible dejar de pensar que la época de verdadero apogeo para las brujas fué el principio de este siglo. La difusión de la edu-

1 «Fairy Superstitions in Donegal,» Letitia McLintock, *University Mag.* Agosto 1879, pág. 220.

2 H. rland and Wilkinson, *Lancashire Folk-Lore*, pág. 77; Hunt, *Romances and Drolls*, segunda serie, pág. 208.

cación en los distritos rurales de Inglaterra no fué lo bastante grande para desacreditar el recurrir á los saludadores que sólo insistían en tan sencillos preliminares como el tener fe en el poder del hechicero, mientras que si lo fué para evitar que un encantador que como Alejandro Drummond en el siglo XVII, curaba á los que padecían de frenesi, locura, amilantamiento, personas encenagadas en sus vicios, y poseidos por terribles apariciones, participase de la suerte que á aquél cupo cuando su fama empezó á declinar. Ninguno que yo sepa fué como él «estrangulado y quemado por su familiaridad con Satanás», aunque en este año de gracia hay algunos que explotan la credulidad de sus vecinos con tan poco conocimiento como el chino, á quien habiendo dicho un sacerdote Taoist experto en fisionomía, que sería un buen doctor, cogió unas cuantas prescripciones comunes y un puñado de dientes de peces y algunos panales secos de avisperos y se puso á practicar, no sin provecho <sup>1</sup>.

En Irlanda se atribuye una santidad especial á la sangre de los Keoghs. En Dublin la sangre de un Keogh es frecuentemente aplicada á los dientes de los que padecen de estos huesos. Un amigo mio de Belfast, me escribe que un capataz suyo que le merecía entera confianza le habia manifestado conocer á un hombre llamado Keogh, cuya carne habia sido picada muchas veces para procurar su sangre. El difunto Sir William Willis, «otro de mis correspon-

1 Mención de los hechizos recientes se encontrará en *Notes and Queries*, 6.ª serie, t. I, págs. 364, 365; *Folk-Lore Record*, t. IV, páginas 116, 117; Para *Drummond's Case*, en el Kirktoon de Auchterairdaur, 3 Julio, 1629, *Rec. Inst.* Véase Dalyell, pág. 60.

sales dice que la sangre de los Walches, Keoghs y Cahills es considerada en el Oeste de Irlanda como un remedio infalible contra la erisipela <sup>1</sup>.

El curar la escrófula por el tacto de los reyes ha sido muy discutido en otra parte, y ya casi pertenece más propiamente al dominio de la historia general que al de las supersticiones populares. Me limitaré aquí á mencionar los puntos culminantes. La cuestión de si esta virtud, que tanto pertenece á los reyes de Inglaterra como á los de Francia, fué más antigua en la familia de los primeros que en la de los segundos, produjo una discusión que á los ojos de los modernos revistió desproporcionada importancia. Los ingleses reclamaban para su rey el solo ejercicio de la virtud que Eduardo el Confesor había ejercitado, é insinuaban que el rey del otro lado del Canal la había obtenido por su alianza con el inglés. Los franceses por su parte, reclamaban haber heredado evidentemente este dón de San Luis ó de Clodoveo. Ambas líneas cuidaron mucho de ejercitar este dón. El ceremonial fué siempre imponente y la corte asistía siempre á él; el soberano se había preparado generalmente confesando y ayudando. En Inglaterra, Enrique VII tenía un servicio especial latino compuesto para su uso. La Reforma, con gran confusión de los católicos romanos, no despojó á Isabel de su divino poder, y hasta un partidario recalcitrante de la autoridad papal, se

1 Este pasaje se dice estar «en un librito publicado hace muchos años.» Una pregunta en *Notes and Queries* (6.<sup>a</sup> serie, t. II, página 9) no me ha traído como no suele acontecer en semejantes investigaciones, ninguna noticia respecto al nombre de este libro, ó cualquier incidente en la historia de la familia de Keogh que puede haber dado distinción á la alcurnia.

curó milagrosamente de este modo y se convirtió, volviendo al seno de la Iglesia inglesa. La reina cambió la inscripción que aparecía sobre la moneda de toque que Enrique VII había introducido, de «*Per cruce tua salva nos xpde rede*, por la de *A Domino factum est istud et est mirabile in oculis nostris*»; y cuando después de su reinado se disminuyó el tamaño de la moneda, se hizo otra alteración y se inscribió sólo: *Soli Deo Gloria*. Carlos II cambió el metal y usó plata en vez de oro. Se dice que Sir Kenelm Digby había sostenido que toda la seguridad del enfermo descansaba en esta moneda de toque, y que si ésta se perdía podría volver la enfermedad. Carlos II tocó algunos enfermos en Flandes, Holanda y Francia cuando estuvo desterrado como Francisco I lo había hecho en España y su propio sobrino lo hizo mucho tiempo después en Roma, y su sobrinieta en Edimburgo. Á su elevación al trono Carlos tocó más personas que ningún rey anterior, cerca de cien mil, y sin embargo, en su reinado murieron más individuos de escrófulas que en otro alguno.» Cuando Mr. Pepys vió la ceremonia en 1661 no se impresionó. «Encontré á mi señor con el duque y después de conversar brevemente con él, fui á un banquete doméstico y allí vi al rey curar; primera vez en mi vida que había visto hacer esto; hizolo con gran gravedad, y á mi me pareció un oficio feo y muy simple.» En un solo domingo, Jaime II tocó á unos siete ú ochocientos enfermos en Oxford, y en la ciudad de Portsmouth, en Nueva Hampshire, según dice Mr. Lecky, se conserva una solicitud pidiendo á la asamblea de esta provincia que concediese un auxilio á uno de los habitantes que deseaba ir á Inglaterra para ser tocado por el

rey. Bajo el reinado de Ana las proclamas de la Junta Privada fueron leídas en todas las iglesias parroquiales y entre otros presentaron á la reina un niño enfermo que, andando el tiempo, llegó á ser el doctor Johnson.

«Puede admitirse con visos de verdad, que muchas personas escrofulosas así tocadas lograron mejorar, hecho explicable probablemente por el benéfico efecto, que en ellas produjo el fuerte sentimiento de esperanza y certeza en la curación. Calcúlase que tales sentimientos tonifican el sistema nervioso en general beneficioso á los individuos de diátesis escrofulosas en los cuales las energías están muy apocadas y débiles.» Esta explicación puede ser satisfactoria aplicada á las personas mayores, pero no á los niños, quienes no es de suponer que pudieran afectarse por los sentimientos de esperanza y de fe; y sin embargo, el Dr. Heylin ha hecho constar distintamente que vió niños tocados y curados. Es posible que aquí se diga que la habilidad del médico era la débil hasta que fué estimulada.

Carlos X de Francia, que á su coronación tocó á ciento veinte y una personas enfermas, fué el último de quien se puede decir como de Eduardo:

«Cómo solicitó al Cielo

Él mejor que nadie lo sabe, pero la gente extrañamente afligida  
Toda hinchada y ulcerosa, que da lástima verla,  
Verdadera desesperación de la cirugía la curó  
Colgándola una medalla de oro al cuello.»

En 1838, á falta del tacto regio, usáronse en las islas Shetlandies una pocas coronas y medias coronas con la efigie de Carlos I, como remedio para el

mal<sup>1</sup>. Habían sido transmitidos de generación en generación, quizá con la historia que algún viajero de Shetlandia habria contado de la ceremonia del día de San Juan, 1633, cuando Carlos I iba á la real capilla en Holyrood «y su solemne ofrenda, y después de ella curó cien personas de lamparones ó escrófulas, niños y viejos»<sup>2</sup>. Á la muerte de Carlos muchas personas compraron astillas del tajo y arena ensangrentada, y cabellos; algunos, dice Perrinchief, hacen esto para preservar las reliquias de tan glorioso principe á quien amaban con extraordinaria ternura, mientras otros consideraban dichos objetos como medios de curar aquellas enfermedades que el rey inglés, por la indulgencia del cielo, curaba usualmente sin más que tocar, y refiérese que estas reliquias sometidas á prueba no fallaban nunca<sup>3</sup>. Grimm observa que se creyó que el tacto de las reinas habia sido juzgado eficaz, y de esto mismo tenemos noticia en Inglaterra por la narración histórica relativa á la reina Ana y al niño del librero Lichfield.

En el Cairo, según el pasaje de las *Cartas de*

1 Pettigrew, *Superstitions connected with Practice of Surgery*, páginas 153, 154. Aprovecho esta oportunidad de manifestar aquí mi gratitud á Mr. Pettigrew por sus notas sobre este asunto y á la obra de Mr. Lecky *History of England in the Eighteenth Century*. La obra de Mr. Lecky no ha menester de mis elogios, pero la manera amplia y esmerada que ha tenido de tratar del Toque (t. I, págs. 67 y siguientes) ha de merecer por sí propia la aprobación de los estudiantes de cultura que su obra entera ha recibido del público en general.

2 *New Stat. Account of Scotland*, t. XV, pág. 85; Lecky, t. I, pág. 22'. Balfour, *The Order of King Charles entering Edinburghe*, MS. pág. 23. (Advocates Library), Dalrymple, pág. 62.

3 *El Martir Real; ó La Vida y muerte de Carlos I*, 1727, pág. 174.

Hayne, citado por Pettigrew, son guardados con gran veneración los pedazos de vestido que han tocado al camello peregrino que lleva el regalo anual del gran Señor, y cuando alguno cae peligrosamente enfermo, dejan estos harapos sobre su cuerpo con gran veneración como remedios infalibles. Dicese que Remigio vió gente cerca de Burdeos que curaba los miembros fracturados y las coyunturas dislocadas sin más que tocar el cinturón del enfermo á cierta distancia, y en las islas occidentales de Escocia habia mujeres tan diestras que sacaban una mota de un ojo á alguna distancia de la parte afecta. La fuente de tal superstición, según indica Dalyell, debe probablemente encontrarse en diferentes pasajes de la Escritura, relativos al báculo de Eliseo, los pañuelos y mandiles de Pablo, personas curadas de enfermedades por los santificados, y á cierta distancia etcétera <sup>1</sup>.

Estamos acostumbrados á ver de vez en cuando en los periódicos relaciones de piedras milagrosas que curan la hidrofobia. En 1877, por ejemplo, apareció la descripción de una piedra que curaba la rabia en la posesión de un quintero en Kentucky. Había sido encontrada en Suiza, un italiano la llevó á América y la vendió al labrador de Kentucky, que en veintitrés años curó á cincuenta y nueve personas. Dicese que tenía una pulgada de espesor por pulgada y media de largo; pesaba dos onzas, tenía la consistencia de un hueso, pero más dura y porosa. Cuando llegaban á someter esta curación á una per-

1 Dalyell, *Darkers Superstition*, pág. 320; Martin, *Western Islands*, pág. 22; Remigiús, *Dæmonolotrecia*, lib. III, c. I, § 13.

sona que había sido mordida le aplicaban la piedra á la herida, y cuando se suponía que la piedra había ya absorbido todo el veneno, se remojaba en agua y leche caliente y quedaba dispuesta para poder ser usada de nuevo.

En *The Medical Record* de Nueva York, de Mayo de 1880, apareció una pregunta relativa á las piedras para curar la rabia y la respuesta del profesor Charles Rice, de la que me han facilitado una copia, es como sigue: «La fábula de la piedra de la rabia puede remontarse á un periodo primitivo de la Edad Media, en que los médicos comenzaron á abandonar la antigua terapéutica transmitida por los primitivos griegos y médicos árabes y, dejando la trillada senda, á observar y estudiar la naturaleza por sí mismos. Sin embargo, sus primeros pasos por esta nueva senda fueron tan vacilantes y la explicación racional de los fenómenos naturales, ó de los hechos nuevamente observados, fué tan difícil para ellos, que la superstición halló aún después de transcurrido mucho tiempo, suelo fértil para su desarrollo. No sólo se descubrieron hechos que resultaban ininteligibles y habían sido con frecuencia mal interpretados, sino que á veces se atribuyeron á las sustancias nuevamente descubiertas, propiedades y virtudes que estaban en proporción directa con su extraordinaria escasez ó la singularidad de su aparición. Entre tales sustancias raras, pueden contarse las concreciones peculiares que á veces se encuentran en los órganos interiores de los animales, particularmente aquellas formadas por materias minerales ó inorgánicas. La primera noticia que de ellas tuvo existe en la obra de Ibn Baithar (muerto 1248 a. C.) «SOBRE LOS SIMPLES», obra que da una narración deta-

llada aunque á veces confusa, de *badzahar*, que es nuestra palabra *bezoar* y es sin duda la sustancia que forma el asunto de la investigación de Ibn Baithar. Este da, como suele, un extracto de las obras de sus predecesores, y, entre otros, cita un pasaje de Aristóteles, pasaje que debe ser una equivocación, puesto que en su contenido hay cosas de tal naturaleza que no podían ser conocidas en tiempos del gran naturalista griego. Al final del artículo cita á Ibn Djami, quien dice que el *bezoar animal* ó sea el que se halla en el corazón del ciervo, es mejor que los otros géneros. Falta, sin embargo, dar una descripción del último ó mencionar algún bezoar vegetal ó de otra clase. La descripción de Ibn Baithar caracteriza ya á la piedra *bezoar* como dotada de admirable eficacia como antidoto y le atribuye la virtud de atraer el veneno de los animales ponzoñosos. La palabra *bezoar*, que á veces ha sido escrita *bezoard*, *bezehard*, *bezaar*, etcétera, es originariamente derivada del persa *bâd-i-zohr*, que significa «el viento ó la brisa del veneno» en el sentido de  *echar fuera éste*, y por tanto «*ser un antidoto.*» La palabra persa se convirtió en el árabe clásico *bad-zahar*, *badizahar* en el árabe moderno y *bed-zehr* ó *pen-zehr*, en turco. He indicado arriba que el término *bezoar*, ó más bien *bad-zohar* en el sentido de una concreción encontrada en los órganos animales, no aparece, al menos que yo sepa, en obra alguna publicada antes del tiempo de Ibn Baithar. Sin embargo la palabra fué usada mucho tiempo antes de este autor por los autores árabes y persas en su sentido original de *antidoto* ó *contraveneno*. Desde que el mismo Ibn Baithar cita de obras de autores que le han precedido, la palabra debe

haber adquirido un doble sentido en tiempos muy anteriores. Desde el momento en que este término ha sido una vez mal aplicado á las *pedras bezoares* y se ha divulgado la noción de la eficacia de éstas, como antidotos, la fábula—como acontece con otras muchas—arraigó en las clases ignorantes, y se transmitió de generación en generación como una prescripción familiar, inapreciable hasta el punto de ir acompañada á veces por una piedra *bezoar* verdaderamente familiar. Estas piedras de la rabia se emplean hoy principalmente como remedios infalibles contra las mordeduras de los perros rabiosos, y naturalmente, toda aplicación de tal piedra á un mordisco de perro, siquiera éste se halle sano, se computa como un triunfo en favor de la piedra <sup>1</sup>. Hablando de los habitantes de Tierra Santa, Kely dice «poseen un soberano remedio que absorbe, según ellos, cualquier veneno de la herida. Es una piedra amarillenta, porosa y sumamente rara y difícil de hallar. Los pedazos de esta piedra véndense á buen precio, pero cuando la piedra ha adquirido cierta reputación por las maravillas que ha realizado su precio se computa por su peso en oro; otra superstición análoga es la piedra *salaguera* de Camarthen <sup>2</sup>. Dicen que esta es una piedra blanca, suave, casi del tamaño de la cabeza de un hombre. Acostúmbrase á raspar granos de ella y darlos á los que han sido mordidos por un perro, y aunque este raspado viene haciéndose durante siglos, la piedra

1 *The Medical Record* (New York) 8 Mayo 1880, pág. 528.

2 Kelly, *Syria and the Holy Land*, pág. 127, citado en la obra de Henderson. *Folk-Lore of the Northern Counties*, pág. 165. Para otras piedras curativas, serie Henderson, págs. 145, 156, Gregor, página 39.

nunca aminora. Dicese que la piedra cayó del cielo en la quinta de Dysgwylfa, cerca de doce millas de la ciudad de Camarthen <sup>1</sup>. En el Diario de la Pryme, fecha del 10 Abril de 1696, se halla el siguiente apunte: «Estaba hoy con un viejo de gran experiencia, y mientras paseábamos me entretuve en enseñarle grandes piedras llenas de conchas petrificadas; me contestó que creía que eran piedras *grenith* y que nunca habian sido de pescados. Luego le pregunté cómo las llamaba; respondió que *milner's thumbs* y añadió que eran de las cosas más excelentes que hay en el mundo, pues quemadas y pulverizadas servían para curar en dos ó tres días á los caballos que tenían mataduras en el lomo <sup>2</sup>.

1 Sykes, *British Goblins*, págs. 367, 368.

2 *Diary of A. de la Pryme*, pág. 90.



## CAPÍTULO X

### Curas animales.

El examen de lo que aparece en un principio ser simples curaciones animales se hace un tanto difícil por el hecho de que estas curaciones no dependen en muchos casos simplemente de la asociación animal. Hay otras asociaciones no fáciles de distinguir ó de señalar. Las vías divergen en muchas direcciones, pero he creído lo mejor agrupar las curaciones relacionadas con animales hasta donde me sea posible, pues aparte de otras consideraciones creo que así este estudio, mediante la comparación, arrojará más luz que una serie de notas esparcidas aquí y allá. El entrar en la historia detallada de las creencias y supersticiones concernientes á las virtudes curativas ó propiedades de los animales que han llegado á nosotros, á veces alteradas y descompuestas, es extraño á mi propósito y fuera de los límites que propongo imponerme en este capítulo.

El perro no figura tan extensamente en la medicina popular como podía esperarse. Contra los ataques de convulsión se recomienda una torta hecha de harina y de *thost* de un sabueso blanco y cocida. En Escocia en tiempos más recientes se creía que



los perros curaban las heridas ó las úlceras lamiéndolas <sup>1</sup>. Dicese que es un buen remedio contra la fiebre la pata trasera derecha de un perro negro muerto, colgada del brazo. También se creía que la cabeza de un perro rabioso, molida y mezclada con vino, curaba la ictericia; si se quemaba y sus cenizas se ponían sobre un cáncer, éste se curaba; y si las cenizas de un perro eran dadas á un hombre mordido por un perro rabioso, echaba fuera el veneno y la locura y curaba los mordiscos rabiosos. Floyer dice que el hígado del perro rabioso se administra contra la rabia, lo cual concuerda con el principio de que «cada cual debe tomar un pelo del perro que le muerde», antes citado, pero tenemos un ejemplo de su literal observancia en un pasaje de Miss Lonsdale, *Life of Sister Dora*. Custodiando á enfermos forasteros observó un día que sobre un mordisco de perro había puesto como emplasto una masa de pelos, y aunque no recuerda si éstos fueron del perro que había causado la herida ó de cualquier otro, la presunción es que eran del perro que se creía rabioso. Una superstición corriente entre los negros en Kingston es que ciertos perros grandes, negros, sin pelo, que parecían de caucho, comunes en la costa, podían neutralizar la fiebre si se tendían sobre el cuerpo del enfermo. Estos *perros de la fiebre* (*fever dogs*), según los llamaban, no cogían la enfermedad por el contacto: la fiebre no se transmitía, sino se neutralizaba <sup>2</sup>. En Francia y en

<sup>1</sup> Cockayne, *Saxon Leechdoms*, t. I, pág. 365; Gregor, *Folk-Lore of the North-East of Scotland*, pág. 127.

<sup>2</sup> Cockayne, t. I, págs. 363, 371; Floyer, *Touchstone of Medicine*, t. II, pág. 91; *Sister Dora*, pág. 170; *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, tomo IV, pág. 463.

Escocia se decía que las lenguas de los perros curaban las úlceras, pero no he podido enterarme si lamiendo ó por otras aplicaciones médicas <sup>1</sup>. En China se cree que la sangre de un perro descubre á una persona que se ha hecho invisible, y Mr. Giles relata un cuento de un mágico que habia sido descubierto por este medio. También parece haber sido dados como un género de bebedizos (del olvido) á los que en Inglaterra llaman *changlings* <sup>2</sup>. (Ahora entiendo, gritó la muchacha llorando. Recuerdo que mi madre decía que cuando yo nací sabia hablar; y creyendo esto de mal agüero me dieron sangre de perro á beber, á fin de que pudiera olvidar todo acerca de mi anterior estado de existencia) <sup>3</sup>. La aversión que sentimos hacia el aullido del perro es debida á la asociación que establecemos entre él y algo *de mal agüero*. El perro ve más que los hombres. En Rabbi Bechai, *Exposición de los cinco libros de Moises*, un pasaje dice «como nuestros rabinos de bendita memoria han dicho, cuando los perros aullan ellos llaman al ángel de la muerte á la ciudad; y al mismo efecto en la exposición sobre los mismos libros de Rabbi, Menachem, von Rekenat dice: Nuestros rabinos de bendita memoria han dicho, cuando el ángel de la muerte entra en una ciudad los perros aullan; y he visto esto escrito por uno de los discipulos de Rabbi Jehudo, el Justo, que en un tiempo un perro aulló y metió su rabo entre las piernas y se salió fuera por temor del ángel de la muerte, y algunos que venian dieron de patadas al perro, lo echaron

1 *Erreurs Populaires et propos vulgaires*, t. II, pág. 178.

2 ¿Chalaos?

3 Giles, *Strange Stories from a Chinese Studio*, t. I, págs. 52, 184.

al sitio de donde venia huyendo y allí murió. Debe recordarse que en la Odisea ninguno conoció la presencia de Ateneo excepto Ulises y los perros. Telémaco no la vió pero con Ulises,

Los perros le vieron

Y no pudieron ladrar sino que, gimiendo afectuosamente,  
Huyeron á los distantes establos.

Pausonio habla de los perros que aullaron antes de la destrucción de los mesenios y Virgilio dice:

Obscoenique canes, importunaeque volucres  
Signa dabant.

«Bemerkenswerth scheint», Grimm dice: «dass hunde geistersichtig sind und den nahenden gott, wenn er noch menschlichen auge verborgen bleibt, erkennen. Als Grímnir bei Geirrôdr eintrat, war' eingi *hundr* svá ôlmr, at â hann mundi hlaupa, 'der könig liess den schwarzemantellen fangen, 'er eigi vildo *hundar* âráda.' Auch wenn Hel umgeht, merken sie die *hunde*.» Grimm says above that although «nur hausthiere warem offerbar, obgleich nicht alle, namentlich der *hund* nicht, der sich sonst oft zu dem herrn wie das pferd verhält; er ist treu und klug, daneben aber liegt etwas unedles, unreines in ihm, weshalb mit seinem namen gescholten wird.»

Algunos aldeanos ingleses conceden gran importancia al hecho de que un perro continúe ladrando tres noches, y algunos alemanes observan con inquietud lo que hace el perro cuando está ladrando, pues si mira hacia arriba debe esperarse una curación y si hacia abajo, mientras ladra, una muerte <sup>1</sup>.

<sup>1</sup> *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. III, pág. 204 (citando *Rabbinical Literature, or the Traditions of the Jews*, por J. P. Stehelin, 1748); Dyer, *English Folk-Lore*, pág. 102; Chapman, *Homer, Odyssey*, li-

En todos los pueblos y aldeas de Inglaterra y de Escocia se ha considerado largo tiempo digna de prueba la práctica de frotar un orzuelo con una cola de gato; pero en Northants aun van más allá. La operación ha de ejecutarse en la primera noche de la luna nueva, el gato ha de ser negro, y de su cola sólo ha de arrancarse un pelo con cuya punta ha de frotarse el orzuelo nueve veces <sup>1</sup>. Para quitar las verrugas se ha recomendado frotarlas en Mayo con la cola de un gato morisco. ¿Podrá esto relacionarse de algún modo con alguna inexplicable tradición de que un gato de tres colores protege contra el fuego? <sup>2</sup>.

Un corresponsal me asegura que hallándose no ha mucho sufriendo de herpes un amigo, de completa buena fe, le ofreció curársela con la cola del gato <sup>3</sup>. El remedio singular de cortar media oreja de un gato, y dejar que la sangre destile sobre la parte enferma, se dice haber sido últimamente practicado en la parroquia de Lochcarron, en el Nordeste de Highlands <sup>4</sup>. En Nueva Inglaterra prescriben á los

bro XVI; Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 555; Hunt, *Romances and Drolls*, segunda serie, pág. 166; Wuttke, *Volksaberglaube*, pág. 31; Tylor, *Primitive Culture*, t. I, pág. 107. Los perros ven á la Madre de Dios de Kevlaar cuando viene á ver al hijo enfermo.

«Die mutter schant Alles in Traume  
And hat nicht Mehr geschant;  
Sie erwachte aus dem Schlummer  
*The Hunde bellten so laut.*»—

Heine.

1 *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. II, pág. 184; *Choice Notes*, página 12; *Notes and Queries*, 1.<sup>a</sup> serie, t. II, pág. 36.

2 Dyer, *Englisch Folk-Lore*, pág. 166; Conway, *Demonology and Devil Lore*.

3 Véase cap. VII. Sobre el color en la medicina popular; también Pettigrew, pág. 79.

4 Henderson, *Folk-Lore of the Northern Counties*, pág. 149.

enfermos de reumatismo que se lleven un gato á la cama, quizá con el objeto de que preocupado con tan rara compañía no tengan tiempo para pensar en sus dolores.

Las cerdas de la cola de un caballo—algunos dicen que debe ser de un semental gris—es usado en Gloucestershire para reducir un jobanillo y también para los apretones de garganta en las hembras. Dicese que Avicena sancionó el método de atar un pelo al rededor de las verrugas para estrangularlas <sup>1</sup>. Si una mujer entre los antiguos irlandeses, habia tenido sólo hijas y deseaba tener un hijo, colgaban á su cuello el diente de un semental atado en una correa de piel de foca, santificada con siete misas. En Inglaterra hoy para curar las lombrices se pone sobre pan y manteca una cerda de la crin del caballo y se da á comer al paciente. Supónese que la cerda ahoga las lombrices <sup>2</sup>.

Los mogoles orientales, según Schmidt, curan los enfermos, colocando sus pies en el pecho abierto de un caballo acabado de matar. Un hombre del Oeste de Kent, para curar la fiebre, disolvía en agua la parte interna de la pezuña de un caballo. Este es un remedio á vida ó á muerte pues con él se produce una enfermedad violenta, y si logra uno salir de ella queda curado.

De la Pryme refiere que un tal Peter Leben, que hallándose en una ciudad próxima habia contraído casi de repente una excesiva debilidad en todos sus miembros, debilidad que le enflaqueció y apenas le

<sup>1</sup> *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. I, pág. 204; véase Lovell, *History of Animals*, pág. 79. (citado en *Folk-Lore Record*, t. I, pág. 219.)

<sup>2</sup> *Irish Popular and Medical Superstitions*, pág. 10; Rev. G. F. S. 16 Oct. 1878.

consentía moverse con un dolor de costado que aumentaba por días; harto de agotar sin éxito cuantos remedios conocía, tomó un repugnante brebaje. Éste—compuesto de estiércol de caballo y cerveza—apenas lo hubo probado hizo hervir toda la sangre de sus venas y puso en fermentación todos sus humores, pareciendo como si hubiese estado en una caldera hirviendo, etc., y esto fué lo que le curó, y añadía: «que tenía irresistibles deseos de cerveza fuerte.» Floyer menciona también este remedio <sup>1</sup>. En Inglaterra y Escocia créese generalmente que todas las prescripciones dadas por un hombre que monta un caballo pio respecto al tratamiento de la tos convulsiva, son seguidas de resultados satisfactorios. Jamieson dice: Recuerdo á un amigo que montaba un caballo pio á quien la gente perseguía corriendo tras de él gritando:

«Hombre del caballo pio,  
¿Qué remedio nos manda para la tos?»

Él les decía siempre: dad al enfermo mucho azúcar cande. Mencionan esta curación entre otros escritores el último que trata de la superstición del Oeste de Escocia <sup>2</sup>.

La piel de un lobo fué reputada como un eficaz preservativo contra la epilepsia, tanto en Inglaterra <sup>3</sup> como en el Continente, según dice Grimm:

1 *Diary of A. de la Pryme*, pág. 38; Floyer, *Touchstone of Medicine*, t. II, pág. 97; véase también Boyle, *Some Considerations touching the Usefulness of Experimental Philosophy*, 1664, Works, t. I, pág. 142.

2 Napier, *Folk-Lore*, pág. 96. Para un ejemplo reciente, véase *Chambers' Journal*, cuarta serie, part. 200. (Septiembre 1880), página 539. Aquí la persona consultada, era sólo la que dirigía un caballo rodado, de modo que la asociación fué todavía más difícil de seguir que cuando lo montaba.

3 Chambers, *Domestic Annals of Scotland*, t. III, pág. 53.

«Andervärts wird angerathen gegen die epilepsie sich mit einer wolfhaut zu gürten» <sup>1</sup>. El casco de la pata derecha de un burro gozó de reputación de gran virtud, cuando se montaba en una sortija. John hace mención de varias sortijas de esta clase que se encuentran en la colección <sup>2</sup> de Waterton; y Burton de antiguo dice: «Digo con Renodoeus que éstos no deben ser completamente rechazados <sup>3</sup>. Sinistrari menciona juntamente lobos y burros cuando se refiere á «la connaissance que nous avons de plusieurs herbes, pierres et substances animales qui ont la vertu de chasser les Démons, comme la rue, le millepertuis, la vervaine, la germandrée, la palma-christi, la centauree, le diamant, le corail, le jois, le jaspe, la peau de la tête du loup ou de l'âne, les menstrues des femmes, et cent autres.» Su conclusión es curiosa, «pour quoi il est écrit: a celui qui soutient l'assaut du Démon, il est permis d'avoir des pierres, au des herbes, mais sans recourir aux enchantements» <sup>4</sup>. La piel del lobo se reputa también como remedio contra la hidrofobia, sus dientes se dice que són lo mejor para abrir las encias de los niños, y si una persona una vez mordida llega á sobrevivir está asegurada contra las heridas ó dolores futuros de todo género <sup>5</sup>. Conforme á la *Medicina de Quadrupedibus* de Sexto Placitus, la carne de lobo bien preparada, evita las molestias producidas por las apariciones; una cabeza de lobo bajo la almohada

1 *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 981, véase también pág. 980.

2 Jones, *Finger Ring Lore*, pág. 153.

3 *Anatomy of Melancholy*, pág. 456.

4 *De la Demonialite, traduit du Latin, par Isidore Liseux*, páginas 144, 145.

5 Conway, *Demonology and Devil Lore*, t. I, pág. 143.

reconcilia el sueño, y etc. <sup>1</sup>. Dicese que los irlandeses indigenas cuelgan al cuello de sus hijos el principio del Evangelio de San Juan, un clavo de herradura encorvado, ó un pedazo de piel de lobo. La mandíbula izquierda de un lobo quemada es un ingrediente que entra en la composición de un hechizo citado en el libro de los médicos sajones, y aun un diente de lobo, según Albertus Magnus (*De Virtutibus Herbarum*), concede tan soberana virtud á una hoja de laurel recogida en Agosto, si se envuelve dentro de ella, nadie podrá dirigir una palabra ofensiva al que la lleve. Alejandro de Tralles, que floreció en la mitad del siglo vi, recomienda para el cólico, como comprobado por su propia experiencia, el estiércol de un lobo encerrado en un tubo y llevado durante el paroxismo sobre el brazo derecho, el muslo, ó la cadera, de modo que no toque la tierra ni el baño <sup>2</sup>.

La liebre, que comparte con el gato la reputación de ser el familiar de las brujas, supónese naturalmente dotada de varias virtudes. Así en Northamptonshire, y generalmente en toda Inglaterra, es creencia común que la pata delantera derecha de la liebre, llevada en el bolsillo, preserva infaliblemente del reumatismo, y que el hueso del tobillo sirve para curar los calambres. Según la opinión de los médicos anglosajones, el cerebro de la liebre en vino era un gran narcótico; para los ojos malos el pulmón de una liebre atado en ayunas; y para las hinchazones de los pies y desbarates, el pulmón de una liebre atado como arriba y debajo, maravillosamen-

1 Cockayne, *Saxons Leechdoms*, t. I, pág. 361.

2 Brand, *Popular Antiquities*, pág. 339; Aubrey, *Remains of Gentilisme*, pág. 115, nota al pie; Cockayne, t. I, p. XXXII; p. XVIII,

te los perros son curados <sup>1</sup>. «Todo esto, dice Gogan, puedo decir en pro de la liebre y en defensa del trabajo del cazador que ningún animal, por grande que sea, es aprovechable para tantos y diversos usos en física como la liebre, según Math. (lib. III, Dios, cap. XVIII) enseña.

El hígado de la liebre, seco y pulverizado, es bueno para los enfermos del hígado, y la liebre entera con piel y todo, puesta en una olla de barro herméticamente cerrada y cocida en un horno hasta que se ponga tan seca que pueda reducirse á polvo, dada en vino blanco, es un poderoso remedio contra la piedra <sup>2</sup>. Los chinos dicen que una liebre ó conejo se sienta al pie del árbol cassia, á la luna, y muele las drogas de que se compone el elixir de inmortalidad. En un poema de Tu Fu, un bardo de la dinastía de Tang, la fama de esta liebre es cantada:

«La rana no está ahogada en el río,  
La liebre medicinal vive por siempre» <sup>3</sup>.

Dícese que la marca del diablo parece á veces la impresión de un pie de liebre, otras la del de una rata ó araña. En Irlanda se creía que cuando una embarazada veía una liebre, el niño nacía con labio leporino, y para evitarlo se recomendaba á la mujer que tenía esta desgracia, hiciese un pequeño desgarrón inmediatamente en alguna parte de su vestido <sup>4</sup>.

<sup>1</sup> *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 12; *East Anglican*, t. II; Cogan, *Haven of Health*, pág. 119; Cockayne, *Saxon Leechdoms*, t. I, pág. 343.

<sup>2</sup> Cogan, *Haven of Health*, pág. 118.

<sup>3</sup> Giles, *Strange Stories from a Chinese Studio*, t. II, pág. 168, (nota al pie.)

<sup>4</sup> Delrío, l. v., sección 4.<sup>a</sup>, núm. 28, citado por Sir George Mackenzie, *Witches of Renfrewshire*, pág. 17. *Irish Popular and Medical Superstitions*, pág. 9.

Como la culebra es el simbolo de salud, enroscada al rededor del báculo de Esculapio ó Hygia, no es sorprendente que sea realmente importante su papel en la medicina popular. En China se emplea la piel de la culebra blanca manchada contra la lepra, el reumatismo y la parálisis, y se dice que los doctores indigenas hacen libre uso de la carne de otras serpientes en sus medicinas <sup>1</sup>. En Nueva Inglaterra se cree actualmente que el conservar una culebra favorita, ó usar una piel de culebra al cuello sirve contra el reumatismo; y los indios recetan el aceite de culebra de cascabel para la misma incomodidad y para toda clase de lisiaduras. Para los dolores de muelas era frecuente usar la piel de las serpientes empapada en vinagre. Un viejo que acostumbraba á sentarse en los escalones de la capilla del Colegio de King, Cambridgè, y ganaba su vida exhibiendo la culebra común inglesa; vendía también el pellejo de las culebras como remedio para curar los dolores de cabeza usándola atada á la frente y las sienas. En algunos sitios se usan también para extraer espinas. Así, si la espina se ha clavado en la palma de la mano, el pellejo debe aplicarse al dorso ó lado opuesto, pues su virtud es repulsiva, no atractiva, y se dice que cuando se aplica al mismo lado la espina tiene que atravesar completamente la mano para salir. En Sussex para curar las inflamaciones del cuello se pasa una culebra nueve veces por la parte delantera del cuello de la persona afectada, permitiéndose al reptil arrastrarse cerca por un corto tiempo después de cada tercera aplicación. Concluida la operación se mata la culebra, y

1 Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 103.

su piel, cosida en una pieza de seda, se pone al redor del cuello del paciente. La hinchazón desaparece por grados, como probablemente ocurriría de cualquier modo <sup>1</sup>.

La *patella* de oveja ó cordero fué usado en Northants para curar los calambres. Durante el día se usaba á raíz de la piel, y por la noche se colocaba debajo de la almohada del paciente. En aquellas localidades fué conocida con el nombre de «hueso del calambre». No debe sorprendernos que se usara una patella humana si recordamos que las brujas escocesas cogían las rodillas y los dedos de los cadáveres de la iglesia en Lowthian, cuando habían bailado una contradanza ó breve danza <sup>2</sup>. En Escocia en tiempos muy recientes se ha usado un cocimiento de estiércol de oveja y agua para la tos convulsiva, y la ictericia. Según un informe oficial irlandés de 1878, el mismo conjunto mezclado con azufre y cerveza se administró este año en Youghal, Ardmore, á los niños que ofrecían síntomas de sarampión. Esta poción, localmente conocida con el nombre de *crooke*, sirve para curar otra dolencia que según los médicos no curan los remedios ordinarios. En la *Zoologia Medicinalis Hibernica* de Keogh se recomienda una infusión análoga como útil en extremo para muchas enfermedades que se enumeran <sup>3</sup>. En Somersetshire se hace pasar á los tísicos por una manada de ovejas en cuanto salen del redil

<sup>1</sup> Dyer, *English Folk-Lore*, págs. 157, 158; *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 168; (*Notes and Queries*, 1.<sup>a</sup> serie t. III, pág. 258); *Ibid.* pág. 36; (*Notes and Queries*, t. III, pág. 405).

<sup>2</sup> *Choice Notes*, pág. 11; Pitcairn, t. II, 217; Spalding, *Elizabethan Demonology*, pag. 115.

<sup>3</sup> *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie t. X, pág. 324.

por la mañana, en la creencia de que á poco la dolencia empezará á desaparecer gradualmente <sup>1</sup>.

Un corresponsal nos informa de que en el Sur de Hampshire para robustecer la vista cansada se emplea una poleada hecha de caracoles y cortezas de pan. Mr. Delany, en Enero de 1758 recomienda á los que tosen de noche tomar dos ó tres caracoles hervidos en agua de cebada ó cocidos al baño de Maria; tomados á tiempo producen curas milagrosas. Debe hacerse nuevo cada dos ó tres dias, de otro modo se pone demasiado espeso. Schröder enseña cómo debe prepararse el agua de caracoles: «Toma caracoles rojos, córtalos y mézclalos con un peso igual de sal común, mételos en la manguilla hipocrática, déjalos en un sótano para que puedan convertirse en un licor que es bueno para untar las partes gotosas y doloridas y también para quitar las verrugas cortándolas primero con un (*penfield*).» Á uno de Werweshire le dijeron que frotase con un caracol blanco una verruga que tenia en la nariz: así lo hizo, mató el *caracol*, y desapareció la verruga. En Gloucestershire, para curar el dolor de oídos, se pincha un caracol, y la espumilla que arroja se va dejando caer dentro de la oreja; pero Plinio recomendaba hacia mucho tiempo que, cuando el galillo se hincha debe untarse con el jugo que se saque con una aguja, de un caracol puesto en el humero <sup>2</sup>. Una negra vieja en el Norte de Inglaterra consideraba como medio cierto

1. *English Folk-Lore*, pág. 150.

2. *Book of Days*, t. I, pág. 198; Dyer, *English Folk-Lore*, páginas 121-157; *History of Animals as they are used Pýsisk and Chirurgery*, 1689, pág. 34; Plinio, *Hist. Nat.*, t. XXX, cap. IV; *Folk-Lore Record*, t. I, págs. 218.

de curación el aceite sacado de una pinta de lombrices rojas de tierra, colgadas al sol. Según aparece del *Archivo de los cabildos de la iglesia de Holyrood*, para curar à un chiquillo lo desnudaron, lo untaron con aceite de gusanos, y le dieron humazo <sup>1</sup>.

Un diente de una zorra viva se reputó como excelente medicina para la inflamación de la pierna, si el diente se envolvía en piel de cervato y se llevaba como un amuleto. Es una superstición irlandesa que la lengua de una zorra aplicada à una espina ensañada en un pie, produce la salida inmediata de ésta. Dice Marcellus: «si un hombre tiene una mancha blanca ò catarata en un ojo, coja un zorro vivo, córtele la lengua y déjelo ir; seque su lengua y átela en un paño encarnado, y cuélguelo al rededor del cuello del enfermo. Basta con echar una ojeada por la *Medicina de Quadrupedibus* de Sextus Placitus para ver las muchas virtudes que se atribuyen à las diferentes partes del animal <sup>2</sup>.

Para curar las mordeduras de culebra, dicen en Worcestersteshire, que pueden aplicarse à la parte envenenada las entrañas calientes de un pájaro recién matado. El hueso occipital de una cabeza de burro, se dice que es un buen amuleto y así también el hueso del corazón de un ciervo cuando se inserta en un broche formado de un remache de un barco que se haya ido à pique.

En Madagascar hay un antiguo dicho que expre-

<sup>1</sup> Dalyell, pág. 115 (Halyrudhous, K. S. R. 1647). V. también Henderson, pág. 154; Agua en que hayan sido hervidas lombrices. Menciona la creencia de que una trucha viva puesta sobre el estómago de un niño que padezca de lombrices produce una curación segura.

<sup>2</sup> Cockayne, t. II, pág. 105; Henderson, *Northern Counties*, página 159; Cockayne, t. I, pág. 339.

sa las aplicaciones de las diversas partes del buey, de este modo: «sus cuernos para los que hacen cucharas; sus dientes para los que tejen la paja; sus orejas para curar á un rabioso; etc.»<sup>1</sup>. Los ratones fritos son considerados en el Nordeste de Lincolnshire como un remedio infalible para la tos convulsiva; la madre generalmente prepara el plato, por supuesto, llena de fe en su eficacia; y se citan ejemplos bien comprobados de tos convulsiva que se han curado, aunque esto no sea decir que lo fueran á consecuencia de este tratamiento. En Aberdeenshire, donde esta cura fué también conocida, el ratón tenía que ser comido con una cuchara hecha de cuerno sacado de un animal vivo, conocido «como una cuchara de cuerno viva». También fué recomendada en esta parte del país para los enfermos de ictericia<sup>2</sup>. En Lancashire fué administrada á los niños con otro objeto<sup>3</sup>. Se tenía por una creencia común que la parálisis era debida al paso de un musgaño sobre el miembro afectado, y cuando se cogía un ratón, se hacía un agujero en el tronco de un árbol y en él se metía<sup>4</sup>.

Es una creencia común inglesa que un niño que cabalgue sobre un oso, nunca tendrá tos convulsiva, y muchos de los provechos de los domadores de osos, dicese de antiguo haber provenido de las gratificaciones de los padres á cuyos niños daban permiso para montarse en aquellos animales. El diente de

1 *Folk-Lore Record*, t. II, pág. 25.

2 *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. X, pág. 273; Gregor, pág. 46.

3 *Lancashire Folk-Lore*, pág. 75.

4 En tiempos recientes en Irlanda la leche en que se ha hervido un ratón fué administrada para procurar la esterilidad. *Irish Popular and Medical Superstitions*, pág. 5.

oso es mencionado por Floyer, con los huesos de las carpas y percas, la mandíbula del burro, los cascós de alce, caballo y huesos y cráneos de hombre como poseedores de virtudes que consisten «en la parte de tierra que absorbe ácidos, y en la volátil, por la cual son fétidos y antihistéricos»<sup>1</sup>. Cualquiera cosa que un indio de Occidente sueña en su primer ayuno puede ser su medicina durante toda su vida, y un indio afortunado, dice un correspondiente á quien debo muchas valiosas y curiosas notas, tuvo la buena fortuna de soñar con un gran oso blanco, que fué siempre su guía y consejero. Un día estuvo en la batalla y fué herido gravemente. Sin embargo, cuando el enemigo se había retirado y sus hermanos guerreros miraban al rededor de él, este indio vió al gran oso blanco, su medicina, que se le presentó y le dijo: que si sus amigos querían matar un búfalo y darle á él el corazón crudo para comérselo, él podría levantarse y marcharse con ellos hasta el fin. El búfalo fué pronto muerto y el corazón dado al herido. Aquel día que siguió á la partida, fué sostenido y animado por el gran oso blanco, que aunque invisible para todos menos para él, iba de día á su lado y se acostaba á su lado por la noche. Al día siguiente el oso pres-

<sup>1</sup> *Lancashire Folk-Lore*, pág. 155; Floyer, *Loughstone of Medicine*, t. II, pág. 94. Parece que entre los indios y noruegos el casco del alce es mirado como un remedio soberano contra la epilepsia; la persona enferma lo aplica á su corazón, manteniéndolo en su mano derecha y frotando su oído con él. Jones, *Finger Ring Lore*, página 153. En la obra del Padre Jeromo Merolla de Sorrento, *Voyage to Congo*, dícese que cuando el alce es derribado será levantada la pierna, que es más eficaz. Debe ser á la vez desollada con una afilada cimitarra. Pettigrew, pág. 61.

cribió la lengua de un búfalo, y cuando ésta hubo sido suministrada, el guerrero herido pudo seguir con sus compañeros todo el camino. Al tercer día el oso ordenó al paciente que comiese una papada de búfalo; y tal fué el éxito del remedio, que llegó sano á su casa, con su herida completamente curada; vivió por muchos años hasta que el indio que contó la historia dice que él y el oso blanco fueron juntos á la tierra de los espíritus <sup>1</sup>.

Entre los remedios animales, que pueden llamarse con propiedad misceláneos, se cuenta el recomendado para el dolor de oídos por una señorita de Demerara á un corresponsal: el de hervir un escarcho macho en aceite y luego introducirlo en el oído, pero este es uno de los remedios cuya eficacia no ha experimentado todavía mi informante. Un antiguo remedio seguro escocés para la sordera, fué el echar en el oído huevos de hormigas, mezclados con jugo de cebollas <sup>2</sup>. Para los ojos hinchados los médicos recomiendan que se tome un cangrejo vivo, se le saquen los ojos, y se le vuelva á colocar en agua corriente: los ojos puestos en el cuello del enfermo producirán pronto un resultado satisfactorio. Para una hinchazón escrofulosa se recomienda el polvo de un cangrejo de agua, mezclado con miel, aplicado á la hinchazón; justificará su título de «*sanará pronto*» <sup>3</sup>. En el Sur de Hampshire un emplasto de boñiga caliente de vaca se aplica á las heridas abiertas. El aliento y el feto de la vaca se

1 Miss C. F. G. 22 Marzo de 1880.

2 W. H. P. 26 Oct. 1878 (también en *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. I, pág. 383); Chambers, *Domestic Annals of Scotland*, t. I, página 55.

3 Cockayne, *Saxon Leechdoms*, t. II, págs. 307, 45

cree que son buenos para la tisis en Fishorshire y en ciertas partes de Inglaterra <sup>1</sup>. Creen en Sussex que una garra cortada de un topo vivo sirve para curar el dolor de muelas. En Aberdeenshire un hombre que desea curar ciertas inflamaciones, cogerá un topo vivo, lo restregará suave y dulcemente entre sus manos hasta que muera. El tocar á este hombre producirá luego una curación <sup>2</sup>. Dicese que en Ulster se acostumbra curar una torcedura con una piel de anguila húmeda y viscosa, acabada de sacar <sup>3</sup>. Los muchachos escoceses acostumbran liar-se una piel de anguila al rededor de una pierna cuando se bañan, para librarse del calambre. El higado de una anguila, según Floyer, es recomendado para los partos laboriosos y es dado en polvos <sup>4</sup>. Las anguilas se dice que son enviadas de Lochleven á Londres para curar casos de sordera. La mujer que estaba colectando las anguilas fué preguntada un dia si creia que las anguilas curaban la sordera. «Oh, yo no lo sé; pero tus doctores ingleses pueden saberlo», y sin duda pueden. Las verrugas, dicen en el Norte, deben ser untadas con sangre de anguila <sup>5</sup>.

El oráculo de Delfos, recomendaba Demócrates, que adquiriese algunos gusanos procedentes de un cerebro de cabra, y en la *Medicina* adoptada por

1 Rev. G. S. S. 10 Oct. 1878; R. C. C. 25 Julio 1879; W. M. B. T. Julio, 1879.

2 *Folk-Lore Record*, t. I, pág. 40; Gregor, pág. 123.

3 W. H. P. 26 Oct. 1878.

4 *Touchstone of Medicine*, t. I, pág. 91.

5 Sobre otras muchas cosas con que pueden untarse las verrugas véase *Folk-Lore Record*, t. I, sangre de *cachinillo* (pág. 218) sangre de *lagarto* 219, sangre de *tortuga* (*ibid*).

los sajones, se recomienda que se dé el cerebro de una cabra montesa, sacado por un anillo de oro, á los niños enfermos de epilepsia antes de probar la leche. Un cuerno de cabra dejado bajo la cabeza de un hombre desvelado, «convierte la vigilia en sueño» y se asegura que para el mordisco de una culebra, el paciente debe echar las raeduras de un cuerno de cabra en tres copas y beber en tres ocasiones distintas la leche de la misma cabra mezclada con vino <sup>1</sup>. En Escocia se administraba la sangre de cabra montesa con diez gotas de agua de carduces en casos de pleuresia <sup>2</sup>. Camerón encontró en su viaje por África un comunicativo amigo que dijo á la partida que los seis círculos de piel que llevaba en su muñeca izquierda eran piel de elefante y denotaba el número de los que habia matado. «Esto me indujo á preguntarle si las pieles amarillas que llevaba á la derecha eran trofeos de los leones que habia matado, pero me replicó: ¡Oh, no! la piel de cabra se usa como fetiche» <sup>3</sup>.

Los trabajadores irlandeses creen que si un hombre lame con su lengua un lagarto, no solamente ningún lagarto se le entrará en la garganta cuando esté echado en el césped para descansar un rato, sino que su lengua adquirirá el poder de curar cualquier enfermedad ó dolor á que se aplique <sup>4</sup>.

Cuando la esposa de Carlos II estuvo enferma y Pepys fué á San Jaime á indagar en 19 de Octu-

1 Cockayne, t. I, pág. XX, págs. 351, 353.

2 Chambers, *Domestic Annals of Scotland*, t. III, pág. 55.

3 *Across Africa*, t. I, pág. 100.

4 Mrs. J. (Dublin) 29 Diciembre, 1879.

bre de 1863, se le dijo que él había dormido cinco horas muy bien, y que se despertaba y enjuagaba la boca y se volvía á dormir. Su pulso, sin embargo, latía muy de prisa, dando 20 pulsaciones más que el del rey, por 11 más que el de lady Suffolk. Ella había estado tan mala, que fué rasurada, y le pusieron pichones en las plantas de los pies y le administraron la extremaunción. Así también de otro caso desesperado, cuando en Enero, cinco años más tarde, Kate Joyce envió á decir á Pepys que si quería ver á su marido vivo que viniese en seguida. Pepys dice: «su aliento gorgotea en su garganta, le han puesto pichones á los pies, y todos han perdido las esperanzas. Esta aplicación de los pichones á los pies parece haber sido un recurso extremo»; pero en Francia los pichones acostumbábase á aplicar de muchas maneras y en varios casos. Á la cabecera de los locos, al lado de los que sufren de pleuresía, el pichón abierto á lo largo del lomo fué empleado caliente. La sangre de pichones se creyó que era buena para las oftalmías; algunas gotas de sangre dejadas caer de debajo del ala de un pichoncito, cura un ojo enfermo si cae sobre la herida. La palomina quemada ó reducida á polvo, se usó en poleadas con linaza, mezclada con vino blanco añejo, y de otras maneras. Naturalmente, lo que Francia hace, Escocia lo aprueba; pero á veces parece haber exceso de crueldad. En tiempos, en el Nordeste, se dejaban los palomos palpitando en su agonía contra los pies de los moribundos. Por la mañana temprano un pariente próximo puede llevarse los palomos y trasladarlos á un sitio «donde el muerto y el vivo no se crucen, esto es, en la cima de un precipicio, y

dejarlos allí»<sup>1</sup>. Es posible que con el uso de los pichones esté relacionada la creencia de que nadie puede morir en un lecho (algunos dicen *juego*) de plumas de palomo. Así uno de Sussex decía de su amigo: «infeliz, no puede morir de modo alguno hasta que el vecino Puttick lo saque de donde está.» Muster S. dijo: «usted está descansando sobre un juego de plumas: si ciertamente; y así era verdad. Entonces nosotros lo sacamos del lecho y lo pusimos en el suelo, y á poquito murió.» También el preguntar por los pichones se considera generalmente como un mal agüero; se piensa que es el último deseo de comida. «¡Ah, pobrecillo!» decía la mujer de un quintero á un corresponsal de *Notes and Queries*, que necesitaba palomos para un amigo enfermo; ¿está en las últimas? Un pichón es generalmente la última cosa que se necesita; muchas veces lo he dado yo para tal objeto<sup>2</sup>.

Otro tanto pasa con los palomos. Dicese que en Yorkshire, el caldo de lechuga se considera en todas partes como un específico contra la tos convulsiva. Swan, en su *Speculum Mundi*, recomienda para hacer aborrecer la bebida que se abran huevos de lechuga y se pongan en la copa de un borracho ó de uno deseoso de seguir bebiendo, é influirán tan bien con ellos, que abandonará sus licores predilectos y aborrecerá la bebida. En España huevos de cigüeña

1 *Pepys's Diary*, ed. 1848, t. II, pág. 224; t. IV, pág. 329; Bataud et Corbié, *Les Pigeons devolière et de colombier*, 1824. Yo no he visto esta obra; los extractos me han sido enviados por un corresponsal.

2 *Notes and Queries*, 1.<sup>a</sup> serie, t. V, pág. 341; 1.<sup>a</sup> serie, t. IV, pág. 517. *Choice Notes*, págs. 43. 47.

son empleados con el mismo objeto <sup>1</sup>. La lechuza, sin embargo, es considerada como pájaro de mal agüero. Los españoles dicen que estuvo presente á la crucifixión y que no cesó de gritar: *crux, crux*. Los indígenas de Madagascar dicen que los espíritus de los insepultos ó de los criminales notorios ó encantadores están condenados á asociarse con las lechuzas y los gatos monteses y murciélagos, y el aldeano inglés no piensa más benévolamente del pájaro de la noche. Alejandro de Tralles asegura que la alondra comida es buena, y añade que los tracios les arrancaban y sacaban el corazón, mientras estaban vivos y hacían con él un amuleto, que á modo de liga, se liaban al muslo izquierdo. Cuando el aldeano alemán oye el cuco por la primera vez, se revuelca tres ó cuatro veces sobre la hierba, y de este modo se socorre á sí propio por el resto del año contra los dolores en la espalda. Pasa por la misma ceremonia, si puede ser así llamada, cuando oye al cuco por la primera vez en el año. Las articulaciones de la pierna y del tobillo del buitre, cuidando mucho, por supuesto, de que el derecho fuese á la derecha y el izquierdo á la izquierda, fueron recomendados desde antiguo para la gota <sup>2</sup>.

1 Dyer, *Englisch Folk-Lore*, pág. 154; *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. I, pág. 504.

2 Dalyell, nota al pie, pág. 150; Cockayne, t. I, págs. 17 y 19. Mannhardt, *Die Götterwelt der Deutschen und Nordischen Völker*, citado en Kelly, *Curiosities of Indo-European Tradition*, pág. 98.

## CAPÍTULO XI

### Encantos específicos.—Escritos mágicos.

Para proteger á su niño de las hadas, la madre escocesa deja una Biblia abierta al lado de él, cuando se ve obligada á salir de la habitación donde está. De igual modo los chinos colocan sus clásicos bajo su almohada para ahuyentar á los espíritus malignos. Dicese que Serenus Samonicus prescribía para curar las cuartanas, colocar bajo la almohada del enfermo un ejemplar del tomo IV de la Biblia <sup>1</sup>. En la antigua Asiria las imágenes eran llevadas á veces á la habitación del enfermo, se colgaban en las paredes textos escritos de los libros sagrados, y también se liaban á la cabeza del enfermo. Á cada lado del umbral se exponían textos sagrados. En una maldición babilónica contra un encantador se dice: «por encantos escritos no se librará». Los filacterias de los judíos se reputaron eficaces para apartar todos los males y especialmente para ahuyentar los demonios, según aparece del Targum ó los Cantares <sup>2</sup>. Resulta, pues, evidente que el dicho,

<sup>1</sup> Napier, *Folk-Lore*. pág. 46; Dennys, *Folk-Lore of China*, página 51; Pettigrew, pág. 70,

<sup>2</sup> *Record of the Past*, t. III, págs. 139, 142, 148.

citado por Grimm, *Christianos fidem in verbis, Judaeos in lapidibus pretiosis, et Paganos in herbis ponere*, no es estrictamente correcto, pues los judíos añadian á su confianza en sus padres una gran fe en los largos y bordados filactéricos. Un ensalmo contra la diarrea traído á Roma en tiempo de Gregorio el Grande, y que contenía palabras hebreas, griegas y latinas, tenía que ser escrito en pergamino y colgado al cuello del que lo necesitaba. Marcellus cita muchos de estos ensalmos que hubieron de ser escritos en pliegos limpios y colgados al cuello <sup>1</sup>. Mr. Napier dice: He conocido gentes que usan ensalmos escritos, los cuales llevan cosidos en el cuello de sus levitas si son hombres, y en las enaguas, si son mujeres. En África, aunque creen que las citas del Corán, empleadas como amuletos, tienen tanta eficacia como la que se atribuye á la Biblia entre los escoceses, ó á Homero en el Sur, no conceden, sin embargo, eficacia á estos textos para proteger contra las armas de fuego, cosa completamente natural, se dice, pues como cuando Mahoma vino no existían tales armas, mal pudo el Corán proteger contra ellas <sup>2</sup>. En Tripoli, para evitar el mal de ojo usaban un ensalmo escrito quemado, cuyas cenizas diluidas en vino bebían las huries, mientras se recitaban frases y se perfumaba al enfermo con incienso. Una prescripción escrita sobre trece tablas, y luego lavadas para ser dada como una poción, sirvió para curar á un rey cerca de Koalfa, y el doctor que preparó la poción fué con-

<sup>1</sup> *Deutsche Mythology*, t. II, pág. 996; citando *Meibom script.* t. I, pág. 186; Cockayne, t. III, pág. 67; t. I, pág. 29.

<sup>2</sup> Astley, *Collection of Voyages*, t. II, pág. 35; citado en Lubbock, *Origin of Civilization*, pág. 25.

venientemente premiado por su ciencia <sup>1</sup>. Los médicos chinos, si no está preparada la droga que piden, escriben la receta y dejan al paciente que la queme y trague sus cenizas ó beba una infusión de ellas. Esta práctica, piensa Mr. Tylor, procede acaso del tiempo en que el elemento pictórico en la escritura china era todavía fácilmente distinguible, de modo que el enfermo se comía un dibujo y no un mero escrito <sup>2</sup>. La costumbre europea fué colgar la receta ó el ensalmo escrito de los brazos, cuello ó cuerpo del enfermo.

Según el curioso tratado de Conrado de Wittenberg, *Doctrina de Magia*, los mágicos emplean dos clases de palabras. En la primera clase están Jehová, Jesús, Alleluja, Hosanna, y etcétera: y Abracadabra, Sator, Arebo, Tenet, Obera, Rotas, Hax, Pax, Max, Deux Adimax. En la segunda clase. «Nomen Dei et SS. Trinitatis, quod tamen invanum assumitur, contra acerrimum summi Legislatoris interdictum, *Exod.* 20. Similiter Heptalogus Christi, Evangelium Johannis, quod vel collo appenditur, vel pani et butyro inscriptum aegrotis, potissimum vero a rabido cane vulneratis, deglutendum praebetur, *Deum* immortalem, quanta superstitio! quantae ineptiae!» <sup>3</sup>. Los siguientes en-

1 *Letters from Tripoli*, t. I, págs. 168, 245; Clapperton, *Journal of a Second Expedition*, citado por Dalyell, pág. 220.

2 Tylor, *History of Man*, págs. 128, 129. Una indicación de esta prescripción de quemar, se encuentra en la historia china del viejo sacerdote ciego que se ocupaba en vender medicinas y recetas para los pacientes, que distinguía la eficacia de la droga por el olor que dé cada una al quemarse. Véase *Strange Stories from a Chinese Studio* (xcii. Smelling Essays), t. II, pág. 139 y siguientes.

3 *Doctrina de Magia*, Wittemberg, 1661, pár. xix; Pazig (*De Incantationibus Magicis*, 1721, pág. 22) says, «Morbi in corpore hu-

salmos están tomados de la obra de Blumler, *Amuletorum Historia*. Contra las epistaxis, «Cum trina formatione crucis, una cum trina recitatione Orationis Dominicae, et Ave Maria haec verba dicunt: Max, Hackx, Lyacx, Iesus Christus. Et his credunt profluvium sisti posse.» Contra la peste hay esta fórmula:

- I. N. «Qui verbum caro factum est etc. Conterat omnem potestatem inimicorum nostrorum, visibilium et invisibilium, ille  
 ×  
 R. I. ab hac domo, et habitantibus in ea, expellat omnem diaboli nequitiam etc. Ipsa purificet et santificet. Ecce crucem × Christi fugite partes adversa. Vicit Leo de tribu Inda, radix David. Agios × Acheas × Agios Yschyrios × Agios Atheneos × Eleemosynos, Kyrie-Eleison.»

De los encantos corrientes, como puede llamarseles, tenemos varios ejemplos en estos interesantes tratados, pero el de Abracadabra con dos encantos análogos bastarán en este sitio para ilustrar la naturaleza de la composición.

- (1.) A B R A C A D A B R A «Quod ad vocis huius originem attinget, composita videtur iuxta quosdam, ex Chaldaicis tribus vocibus Sanctae Trinitatis . . . Alii ab Abraxas deducunt, de quo videatur Seldenus, Iudaei explicant per *Fulgura Deus ut dispergantur hostes* ex Psalmo Davidico.»
- A B R A C A D A B R  
 A B R A C A D A B  
 A B R A C A D A  
 A B R A C A D  
 A B R A C A  
 A B R A C  
 A B R A  
 A B R  
 A B  
 A

mano causas naturales, nullam vero verborum magicorum veris agnoscunt. Herbis potius aliisque rebus attribuendum est, quod benefici ex ignorantia et malitia adscribunt vocibus. Et quamvis etiam Diabolus interdum hoc fuco ludit homines, nihilominus tamen ille Naturae vim inferre nequit, sed abutitur tantum turpissime naturalibus mediis.»

- (2.) S D P N Q C N «I. e., Sospitante, Deo, Perdet, Nemo, Quin,  
 D P N Q C N Capiet Nemo, et Nemo, Capiet, Quin Ne-  
 P N Q C N mo Perdet, Deo Sospitante. Similis medi-  
 N Q C N cina ad sedandum narium profluuium, prae-  
 Q C N scribitur, a Marcello, his verbis repetendo  
 C N subter diminuendis.»  
 N

- (3.) S I C Y C V M A  
 C Y C V M A  
 Y C V M A  
 C V M A  
 V M A  
 M A  
 A <sup>1</sup>.

«Contra una erupción de verrugas», los médicos aconsejan al paciente que tome siete hostias y sobre cada hostia escriba Maximianus, Malchus, Iohannes, Martinianus, Dionysius, Constantinus, Serafion; luego debe cantarse al hombre una oración que después ha de colgarle al cuello una doncella <sup>2</sup>.

Un encanto genuino sajón contra los lobanillos, que se escapó á Mr. Cockayne y otros eruditos, me ha sido comunicado por Mr. de Grey Birch, quien lo descubrió al fin del Manuscrito Regio. 4. A. xiv, en el Museo Británico. Aunque escrito en prosa, es manifiestamente una rima libre. El manuscrito es del siglo xi:

Lobanillo, lobanillo,  
 lobanillito!  
 aquí no construyes  
 ni tienes que hacer,  
 sino vete  
 hasta la ciudad más próxima

1 Martinus Frider Blumler, *Amuletorum Historiam*, etc. cicioccx. págs. 18, 19, 20.

2 Cockayne, t. III, pág. 43.

donde tienes pobre  
 algún hermano.  
 Deja para ti  
 Una hoja en tu cabeza,  
 (?) Bajo las plantas,  
 (?) Bajo las plumas del águila,  
 (?) Bajo la garra del águila.  
 Marchítate constantemente,  
 Consúmeme como si fueras  
 Un carbón en la tierra,  
 Como si fueras ventosidad.  
 Desaparece como agua por canasta.  
 Hazte tan pequeñito  
 Como un grano de linaza  
 Y mucho menos que esto :  
 Como si fueras  
 La zanca de un acarus,  
 Y disminuyas tanto,  
 Que te reduzcas á la nada <sup>1</sup>.

Para toda clase de males el *Guia de la salud* prescribe que se tome sangre del dedo meñique del enfermo y con ella se escriban las siguientes líneas: que llevará como amuleto al rededor del cuello:

«Jasper fert Mirrham, Thus Melchior, Balthazar Aurum,  
 Haec quicumque secum portat tria nomina regum,  
 Salvitur à morbo, Domini pietate, caduco,»

y sanará la parte enferma <sup>2</sup>. Cuando William Jackson estaba siendo medido con las cadenas en la que, después de su ejecución, iba á ser colgado en Enero 1748-49, en una bolsa de lienzo que llevaba, se encontraron unos renglones semejantes á estos:

<sup>1</sup> Sobre los dos manuscritos sajones en el Museo Británico (reimpresos de *Trans. of Royal Society of Literature*, t. XI, pág. 23.

<sup>2</sup> *The Pathway to Health*, por Peter Levens London, 1664; *Notes and Queries*, 1.<sup>a</sup> serie, t. II, pág. 435; *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 267; véase también Blumler, pág. 19.

«Sancti tres Reges  
 Gaspar, Melchior, Balthasar  
 Orate pro nobis nunc in hora  
 Mortis nostrae!»

«Le billets ont touché aux trois tetes de SS. Roys à Cologne. Ils son pour les voyageurs, contre les malheurs de chemins, maux de teste, mal-caducque, fièvres, sorcellerie, toute sorte de malefice, mort subite»<sup>1</sup>.

Mientras algunos enseñan que contra el mordisco de una serpiente, bastaba con pronunciar las palabra *Faul* y Plinio nos habla de los méritos de *Duo*, una más admirable historia aparece en la obra de Skippon, *Viaje por los Paises Bajos*. Ferrarius en sus lecturas habla de un teniente español que estaba sufriendo de fiebre y de cuán sencillamente fué curado. Las palabras *Febra fuge* fueron escritas en un papel y cada día se cortaba una letra; conforme se iba cortando, la fiebre disminuía; cuando se llegó á la letra F, porque el doctor empezó á cortar por la derecha, la fiebre dejó al teniente. Otras cincuenta personas fueron curadas de la misma manera en el mismo año<sup>2</sup>.

Muchos escritos mágicos son simples invocaciones al demonio. El siguiente escrito en pergamino fué usado como amuleto por una vieja de Devonshire que padecía del baile de San Vito:

Sacúdela, buen demonio,  
 Sacúdela una vez bien,  
 Luego no la sacudas más,  
 Hasta que la sacudas en el infierno.

1 Jackson fué un contrabandista proscrito, sentenciado á muerte por asesinato en Chichester.—*Gentleman's Magazine*, t. XIX, pág. 88.

2 Cockayne, t. II, pág. 115; Plinio, lib. XXVIII, 5; Pettigrew (citando á Skippon), pág. 69.

Una mujer obtuvo un amuleto para curar los ojos malos. Cesó de llorar, y sus ojos se pusieron buenos. Abierto el papel por un celoso amigo se hallaron estas palabras. «Der teufel cratze dir die augen ans, und scheisse dir in die löcher» y naturalmente, cuando la mujer vió que esto era en lo que ella había confiado, perdió la fe; volvió á llorar de nuevo y á su tiempo los ojos volvieron á estar tan malos como antes <sup>1</sup>. Cotta en su *Sucinta revelación de los peligros de las ignorantes prácticas de la Física*, presenta el mismo hechizo en latin escrito en papel y envuelto en seda bajo el titulo de «Historia divertida de una oración aprobada para la cura de los ojos malos» que, «según honrados testimonios, fué durante largo tiempo llevado al cuello como una joya por mucha gente: no faltando jamás su virtud cuando todos los demás remedios habian sido inútiles hasta que desgraciadamente un curioso la abrió» <sup>2</sup>.

Una joven en Chelsea tenia un papel sellado para preservarse contra el dolor de muelas. Su párroco, evidentemente curioso, influyó sobre ella para que lo abriese y dentro se encontró lo siguiente:

Buen demonio cúrala  
Y llévate la por tu trabajo.

Un doctor charlatán de Crewkerne, en 1876, para curar á la madre de una joven, le dió una botella de agua con algunas espinas y un pedazo de papel dentro y le dijo que la enterrase en el jardin. Como su madre no se mejorase dentro de los catorce dias señalados, sacó la botella y halló encima el

<sup>1</sup> *Lancashire Folk-Lore*, pág. 87; Cockayne, t. I, p. XXXIII, (Wir, *Opera*, pág. 403).

<sup>2</sup> Cotta, *Short Discoverie*, pág. 49.

papel: «Mientras el papel y las espinas permanecieren en la botella, espero que Satanás, ángel de las tinieblas, hará caer su ira sobre la persona que es causa de esta enfermedad, y la arrojará en el lecho del dolor y nadie podrá curarla, y así como este agua está atormentada por las espinas, así ella será atormentada por la enfermedad, y según el agua se vaya secando en la botella, así su carne se secará sobre sus huesos y no vivirá más que diez y nueve días, y entonces será llevada al infierno por Satanás y sus ángeles»<sup>1</sup>.

## (2) ANILLOS

Una de las más agradables leyendas relacionadas con Eduardo el Confesor es la del anillo que este rey dió á un pobre que le pidió limosna en el nombre de San Juan Evangelista. Éste anillo volvió á su poder desde Oriente traído por personas que venian de Jerusalén, y resultó que había llegado á ser todo poderoso para curar los calambres y la epilepsia. De aquí surgió la costumbre de consagrar anillos en viernes santo, los cuales se otorgaban según Andrew Borde sin necesidad de pagani de petición. Un asiento en el *Liber Niger Domus Regis*, Eduardo IV dice: «Item por las ofrendas del rey á la Cruz en viernes santo, fuera del contador para los anillos medicinales de oro y plata, entregados á la joyería, XXV chelines.» muestra que hubo por lo menos dos series de anillos, plata para la gente común, y oro probablemente para favoritos tales como aquellos á quienes Ana Bolena enviaba anillos consagrados como grandes regalos.

<sup>1</sup> *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. VI, pág. 144.

La práctica de Enrique VIII no fué seguida por su hijo, pero la reina Maria, al ocupar el trono, determinó resucitar la antigua costumbre y tuvo el oficio para ello, «copiado en un hermoso manuscrito» de que Burnek poseyó un ejemplar <sup>1</sup>.

Como simbolo de eternidad el anillo poseia naturalmente, á los ojos de los supersticiosos, virtudes de carácter extraordinario. Y esto se patentiza aún más cuando puede señalarse la conexión de un anillo particular con algún hombre eminente ó con alguna ceremonia sagrada. Asi se dice que un anillo que haya pertenecido á Remigius, si se sumerge en agua sagrada suministra una buena bebida para las fiebres y otras enfermedades <sup>2</sup>, y las virtudes de un anillo nupcial de oro para las verrugas y orzuelos, son celebradas por toda la cristianidad. Para los males de ojos vemos en el *Herbarium Apuleii*, antes de levantarse el sol, ó antes de romper el día, vé á la planta *polygonum aviculare* y escupe á su alrededor con un *anillo de oro*, «y di que la tomarás para la curación de los ojos, y después de tres dias vé de nuevo antes de levantarse el sol, y tómala y cuélgala al cuello del enfermo y le aprovechará bien. En los *Amantes locos* de Beaumont y Fletcher tenemos la cura aludida, aunque acaso algo indefinidamente. Cuando dijeron á Chilax: «Tengo un orzuelo aqui, Chilax», la res-

<sup>1</sup> Brand, *Popular Antiquities*, pág. 79; Pettigrew, *Superstitions connected with the History and Practice of Medicine and Surgery*, páginas 87, 88; Maskell, *Monumenta Ritualia Ecclesiae Anglicanae*, t. III, pág. 335; *Proc. Soc. Ant.*, 1.<sup>a</sup> serie, t. II, pág. 292. Las dos últimas creencias están fundadas en la autoridad de *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. IX, pág. 434; véase pág. 514 del mismo volumen.

<sup>2</sup> Jones, *Finger Ring Lore*, pág. 141.

puesta fué: «No tengo oro para curarlo, ni un penique.» Los anillos de oro, especialmente si se inscriben en ellos palabras mágicas, se reputaron eficaces para curar el fuego de San Antonio. Pero el mérito del anillo de boda no estriba en que sea de oro, sino en que es cosa que una vez dada no puede ser reclamada. En las Indias occidentales se dice que al que da una cosa y luego la vuelve á pedir, le sale un orzuelo. En Donegal se dice que se cura un orzuelo apuntando á él nueve veces con una espina de uva que haya pasado por un anillo nupcial, y el dicho general es que un anillo dado como regalo, es un amuleto eficaz contra las enfermedades, por ejemplo el dolor de muelas <sup>1</sup>.

En Grecia un anillo hecho de muérdago se estima como un amuleto <sup>2</sup>. Lilly dice que los anillos constelados, hechos por el Dr. Napper para curar la epilepsia, fueron extraordinariamente fructuosos. La continuación de la cura, sin embargo, depende de la posesión continuada del anillo curativo, pues una mujer que quedó completamente curada por el uso de tal anillo, de nuevo sufrió convulsiones cuando aquél se le cayó al pozo. Al encontrar el anillo nuevamente continuó la convalecencia. El anillo de Paracelsus parece ser en opinión de Boyle, una mezcla de todos los metales unidos, bajo ciertas constelaciones <sup>3</sup>. Alejandro de Tralles cita varios emblemas gnósticos útiles para usarlos sobre los

<sup>1</sup> Jones, pág. 141; «Fairy Superstitions in Donegal.» *University Mag.* August, 1879, pág. 216.

<sup>2</sup> Kelly, *Indo-European Tradition and Folk-Lore*, pág. 186.

<sup>3</sup> Lilly, *History of his Life and Times*, pág. 53; Boyle, *Some Considerations touching the Usfulness of Experimental Philosophy* (segunda edición, 1664), t. I, pág. 209.

anillos—un anillo con Hércules ahogando á un león sobre la piedra Media, ó hallándose cercado de un anillo de hierro octogonal, y sobre el grabado. «Huye, Huye, Párate, Párate, Divieso, la alondra estaba explorando»; sobre la parte superior del anillo una N grabada <sup>1</sup>. Monardes puede hacer un anillo que si se usa «quita el dolor de las hemorroides en el poco tiempo que se requiere para rezar el Padre nuestro. Una cabeza cortada sobre jaspe verde y colocada en un anillo de bronce ó de hierro, grabado con las letras B. B. P. P. N. E. NA., preservará de muchas enfermedades, especialmente de la fiebre y de la hidropesía. Los anillos de plomo mezclados con mercurio, fueron usados como preservativos contra el dolor de cabeza <sup>2</sup>.

Los anillos de sacramento representan un alto puesto en la estimación de los aldeanos ingleses. Los modos como se recogen ó colocan las monedas necesarias para hacerlos, difiere como era de esperar; pero las notas generales de estos métodos son siempre las mismas. Así en Cornualles una mujer paralítica ó reumática recoge treinta peniques en el pórtico de la iglesia sin pedir ninguno. El párroco puede cambiar las monedas de cobre por una moneda de plata tomada del ofertorio, después el enfermo anda á pie cojito por la iglesia, y cuando el clérigo ha separado el altar del muro lo bastante para que se pueda dar la vuelta á su alrededor, pasea en torno de él tres veces. La creencia fué que á las tres semanas de haberse colocado en los dedos

1 Véase Cockayne, Introducción, t. I, pág. 18 (*Montfaucon*, láminas 159, 161, 163).

2 Boyle, *Some Considerations* t. I, pág. 208; Jones, *Finger Ring Lore*, pág. 113 (note), pág. 151.

el anillo, hecho con la moneda santificada de este modo, recobró el uso de sus miembros <sup>1</sup>. Una mujer en Northants que sufre de convulsiones, recoge nueve monedas de plata y nueve tres medios peniques de nueve solteros, las monedas de plata se convierten en un anillo y los peniques se dan al que lo hace. Si el paciente fuese un hombre, la moneda se recoge de las mujeres. Otra narración habla de cinco monedas de seis peniques recogidos de cinco diferentes solteros, ninguno de los cuales ha de saber á qué propósito ó persona la ha dado. Un soltero va luego á llevar la moneda á un forjador de metales (que debe ser también soltero) para hacer el anillo. Es más que probable que los forjadores de metales solian divertirse frecuentemente con la credulidad del pueblo. Uno, forjador en Norfolk, informó á un corresponsal de *Notes and Queries*, que eran muy comunes las peticiones de anillos de estas recolecciones misceláneas, anillos que le encargaban á cada paso; pero que, aunque él acudía á los enfermos con anillos de plata, nunca se tomaba el trabajo de manufacturarlos especialmente, como se le encargaba. Brand dice que las monedas recogidas en domingo de Pascua, eran reputadas como singularmente eficaces. Parece ser una tendencia en la actualidad defraudar el anillo, y simplemente emplear el chelin. Así una madre de Staffordshire, cuyo hijo estaba sujeto á convulsiones, pedía al clérigo de su parroquia, hará unos seis años, chelines de sacramento, para cambiarlo por un chelin ordinario que ya había sido cambiado por doce peniques recogidos de doce doncellas, pero no se hacía mención alguna de un anillo; el

1 Hunt, *Romances and Drolls*, 2.<sup>a</sup> serie, pág. 212.

chelin mismo era para colgarlo al cuello del paciente <sup>1</sup>.

Los anillos para calambres solían hacerse de asideros de viejos ataúdes. En Devonshire, según parece, bastaba con que el anillo se sacase de tres clavos ó tornillos usados para afirmar un ataúd, que hubiese sido desenterrado de una iglesia. En China, un simple clavo ha sido considerado como un soberano encanto. Á veces apaleado en una varilla ó alambre y encajado en plata, se usaba como pulsera al rededor de los tobillos ó de las muñecas. Grimm habla de anillos hechos de las uñas de los ahorcados, usados por los gotosos en el dedo anular de la mano derecha <sup>2</sup>.

Créese generalmente que el tocar el dedo anular produce un efecto beneficioso para la salud. El tacto de los demás dedos se considera venenoso. El mérito del dedo anular proviene sin duda de la supuesta conexión con el corazón, que se le atribuye, tradición que, según sir Thomas Brown, no es meramente cristiana, sino que ha sido observada por algunos gentiles, tales como Alejandro, Hellius, Macrobius y Pierius, habiéndola confirmado algunos como Levinus Lemnius. De aquí que éste, en las lipotimias ó desmayos, usase la fricción de este dedo con azafrán y oro, con los que, dice, los médicos antiguos solían mezclar sus medicinas.

<sup>1</sup> *Notes and Queries*, 1.<sup>a</sup> serie, t. VIII, pág. 146; *Choice Notes (Folk-Lore)*, págs. 17, 36; Brand, pág. 743; *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. IV, pág. 508. La sugestión ha hecho que el número 12 tenga referencia al número de los Apóstoles.

<sup>2</sup> *Lancashire Folk-Lore*, pág. 75; Pettigrew, *Medical Superstitions* pág. 61; Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 48; Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 178.

Mas contra éste debe hacerse mención de la superstición del Oeste de Escocia, del primer periodo de este siglo, según la que sólo el dedo de en medio no era venenoso; todos los demás dedos propendian á envenenar ó cancerar la herida. El dedo índice de la mano derecha se considera en Lancashire como especialmente venenoso <sup>1</sup>.

Van Helmont poseía un metal mágico hasta el punto que los anillos que de él se hacían tenían la virtud de curar multitud de dolores en veinticuatro horas. Para hacer uso de estas maravillosas piedras era necesario montarlas en anillos. El ágata posee ocho virtudes: la tercera consiste en que ningún veneno puede destruir al que la usa; y su quinta virtud es la de curar cualquier enfermedad cuando dicha piedra es tomada en un líquido. Boyle cita á Monardes respecto á la creencia india de que el contacto de una hematites roja detiene los flujos de sangre. Las virtudes de las joyas no son, sin embargo, muy conocidas entre nuestros aldeanos, y creemos fuera de lugar el entrar aquí en la discusión de Helmont y Boyle.

Á veces el que usa un anillo encantado es también portador de un cinturón mágico. Para la curación del reumatismo úsanse en Lancashire cinturones mágicos. En otros puntos empléase una cuerda al rededor de los riñones para librarse de los dolores de muelas. ¿Podrá existir alguna conexión entre este cinto y la cuerda que en Burmah se colgaba al rededor del cuello del poseído, mientras era apaleado, para expulsar de él los espíritus

<sup>1</sup> *Pseudoxia Epidemica* (1658), pág. 234; Napier, *Folk-Lore*, página 99; *Lancashire Folk-Lore*, pág. 75.

que le perturbaban? En teoría la paliza se propina al espíritu, que no al hombre; pero para evitar que el espíritu se marche demasiado pronto se echa una cuerda mágica al rededor del cuello del paciente; cuando el espíritu ha sido lo bastante humillado y ha declarado su nombre se le consiente escapar, si el médico no prefiere patear el estómago del enfermo hasta que imagina haber matado al demonio <sup>1</sup>.

1 Tylor, *Primitive Culture*, t. II, pág. 124.

## CAPÍTULO XII

### **Medicina popular doméstica.**

Aunque es cierto que todos los encantos que he tenido ocasión de referir son domésticos, hay, sin embargo, algunos más particularmente conexionados con el círculo familiar que no exigen la asistencia de sabidoras especiales, sino que están al alcance de cualquier persona. Poner una pieza de hierro frío en el lecho de una mujer que esté de parto para preservarla contra las hadas, no es tarea que requiere los servicios de ninguno de fuera de la choza, y tocar las campanas para facilitar el nacimiento, no era obra improba para los amigos de la parturienta. Las tribus de la península malaya encienden el fuego para ahuyentar á los malos espíritus y las numerosas noticias en el folk-lore de todos los países relativas á piedras mágicas, cinturones sagrados y otras especialidades de nodrizas atestiguan la común simpatía de la raza humana <sup>1</sup>.

La costumbre de la *couvade*, esto es, la de some-

1 Livinius, en Erasmus, *Colloquies*, pág. 27, dice: «No desdeñes mi regalo, es la piedra aquila; es bueno para mujer embarazada, es bueno para facilitar su parto.» Véase también Tylor, *Primitive Culture*, t. II, pág. 147; *Diary of A. de la Pryme*, pág. 90; Noel du Fail. *Les Contes et Discours d' Entrapel*, t. I, pág. 82.

terse el marido á un tratamiento médico cuando le nace un hijo, se ha perpetuado en Irlanda con una tenacidad realmente curiosa. Históricamente la costumbre se remonta al tiempo en que se adoptó la sucesión según la línea paterna en vez de la materna. El padre vino á ser el pariente más importante <sup>1</sup>.

En el curso de la civilización, sin embargo, llegó á hacerse verdaderamente intolerable el absurdo confinamiento y régimen á que se le sujetaba como engendrador de su hijo. Los Tamil se burlan de los Korovan que aun actualmente comen asafétida cuando sus esposas están de parto; la mayoría de los pueblos han olvidado la práctica singular que señalaba este gran cambio social y legal. Pero en Irlanda subsiste una tradición. Los maridos no pretenden en efecto, sufrir los dolores del parto, pero las comadronas se jactan de poseer la virtud de poder transferir los sufrimientos al marido ó á otra cualquier persona que se les antoje. Literalmente, cuando en los primitivos tiempos la partera anunciaba al marido que iba á ser padre le traía los supuestos dolores, esto equivalía á indicarle que su vida de confinamiento y restricciones iba á comenzar. Ahora la comadre amenaza con una transferencia real y no alcanzándosele por qué el marido ha de ser sólo el que sufra, se jacta de poder transmitir el dolor de la madre á cualquier hombre y muy particularmente, á los solterones <sup>2</sup>, según me comunica el que me proporciona estos informes.

<sup>1</sup> Lubbock, *Origin of civilization*, págs. 15, 154. Véase también Tylor, *Primitive Culture*, t. I, pág. 76.

<sup>2</sup> *Irish Popular and Medical Superstitions*, pág. 13.

Una superstición de Ulster es que cada niño que pare una mujer le cuesta un diente <sup>1</sup>; precio que probablemente no parecerá excesivo. Cuando nace el niño, el cuidado que toman por él los primeros días en todas las naciones, es muy grande. En el Tirol se considera altamente ofensivo para un niño el lavarle antes de que su frente haya sido tocada por el agua bendita. En Escocia, dan á los recién nacidos, en Highlands, la savia del fresno, porque es un astringente poderoso y también un preservativo contra las brujas; y en los Países Bajos se les baña en agua salada, y se les hace probarla tres veces, porque el agua es vigorizadora y también ofensiva para las personas que hacen mal de ojo <sup>2</sup>. «¡Pasmosa tenacidad la de la tradición popular!» dice Mr. Kelly, escribiendo de la práctica de Highlands. Millares de años antes los progenitores de ésta nodriza montañesa, conocieron el *Fraxinus ornus* en el Arya ó en su largo viaje por la Persia, el Asia Menor y el Sur de Europa, y dieron su meloso jugo como alimento divino á sus niños; y ahora sus descendientes, imitando su práctica en el frío Norte, pero completamente ignorantes de su verdadero sentido ponen la nauseabunda savia del fresno del país en la boca de sus desgraciados hijos, porque su madre y su abuela y su tatarabuela hicieron lo mismo antes que ellos <sup>3</sup>.

En la parroquia de Culdaff, condado de Donegal, se obliga al niño recién nacido á tragar aguardiente, é inmediatamente después la comadre lo suspende

1 W. H. P. 26 Octubre 1878.

2 Grohman, *Tyrol and the Tyrolese*. pág. 56; *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 24; Napier, *Folk-Lore*, pág. 30.

3 Kelly, *Indo-European Folk-Lore*. pág. 145.

con el índice por la mandíbula superior <sup>1</sup>. Es una creencia general que es de mal agüero bajar una escalera con un niño antes de haberla subido con él, y se han arbitrado multitud de recursos para salvar al niño de esta desgracia. Una comadre del West Riding colocaba una silla en la mesa de tocador y subía con la criatura á lo alto exclamando: «Bendito sea su corazoncito, no será bajar lo primero que haga.» Otra del Oeste de Escocia sustituía esto subiendo tres peldaños de una escalera de mano, pero cerca de Glasgow la madre era á veces obligada á subir también <sup>2</sup>. El aldeano alemán no prestará nada fuera de su casa hasta que esté bautizado su recién nacido. Aquí, por supuesto, el miedo estriba en que al devolver el objeto prestado traiga éste algún hechizo que haga daño al niño. Todos saben de cuán mal agüero es cortar las uñas á un niño antes de que cumpla un año, porque será ladrón, y cuán poco es de desear que los dientes de arriba salgan antes que los de abajo, y también que se le deje mirarse al espejo antes de que cumpla los tres meses. Es una superstición común que no debe pesarse á un recién nacido; sin embargo, en Nueva Inglaterra puede pesarse, pero no medirse, porque de hacerlo así, aquella medida sería la de su ataúd.

1 W. H. P. «Muchos niños mueren al uno ó dos días del *trismus nascentium* ó caída de la quijada, enfermedad espasmódica peculiar á los climas templados; aquí, sin embargo, es probablemente una dislocación producida por la bárbara práctica arriba mencionada.

2 *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. X, págs. 205, 255; Napier, *Folk-Lore*, pág. 31. El difunto Mortimer yendo, de edad de treinta años, á ver á un primo recién nacido (Mr. Henry Frowde, director de la *Oxford University Press*), insistió en llevarle sobre los escalones, de acuerdo con la leyenda. *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> S., t. X, pág. 276.

En Escocia se consideró perjudicial dar nombre al niño antes de bautizarlo; si alguno preguntaba en esta época por el nombre del niño, se contestaba: «aun no ha salido». Como la doctrina de la condenación del no bautizado fué aceptada universalmente se hacían todos los esfuerzos imaginables para bautizar al niño lo antes posible, y Mr. Napier cita un caso de un niño que, nacido en sábado, fué llevado á la iglesia, que distaba dos millas, al siguiente día. Era peligroso aguardar una semana. El no aceptar el presente de pan y queso y sal hecho por los acompañantes del bautizo equivalía á deseñar mal al niño. Es de buen agüero para el niño, que lllore en el bautizo, porque no haciéndolo es demasiado bueno para vivir. Se reputa en Worcester-shire de mal agüero el cristianar á un niño y una niña en un mismo día, pues no tendrán sucesión, y si la niña se bautiza antes que el niño será de carácter hombruno y éste de carácter afeminado, según vayan creciendo <sup>1</sup>. Se dice en Ulster que un niño se convierte en un monstruo, en enano, pongo por caso, si un hombre pasa la pierna sobre su cabeza. Como preservativo de las enfermedades, los chinos tiznan la frente de sus niños con cinabrio ó bermellón al quinto día del quinto mes, y una torta medicinal, preparada en punto de las doce, goza de gran reputación para la cura de las enfermedades <sup>2</sup>. Una precaución en Durham contra la tos convulsiva produjo resultados fatales al final del año 1879. Para asegurar al recién nacido contra la

<sup>1</sup> *Folk-Lore*, págs. 30 et seq; *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. III, pág. 424; *Choice Notes (Folk-Lore)* pág. 25.

<sup>2</sup> W. H. P. 26 Oct. 1878; Dennys, *Folk-Lore of China*, pág. 70.

tos convulsiva, los amigos de la madre obligaron á ésta á sentarse en el lecho al día siguiente del parto con el niño en los brazos, mientras ellos la peinaban de modo que sus cabellos cayesen sobre el recién nacido. La mujer iba bien hasta entonces; pero murió al día siguiente <sup>1</sup>.

Un curioso remedio irlandés contra los males de garganta es aplicar un arenque salado á los pies. En China se cree que el contacto del vestido de una mujer sirve en caso de hinchazón. El vestido tiene que ser aplicado tres veces. Si se colocan los zapatos con las puntas asomando por debajo de la colcha, la gente de Lancashire asegura que el que lo haga no tendrá temor al calambre. Conozco mucha gente que lleva azufre en cañón sobre sí como un remedio para el calambre. Llevar una patata cruda ó un imán en el bolsillo es un talismán general contra el reumatismo. Dicese en el Sussex oriental que el apoyarse contra un par de fuelles es una hermosa cosa contra el reuma. Un hurgón ahuyentará la pesadilla; por lo menos, dos años ha, cuando un marido y una mujer eran acusados en Bradford de pependencias, la mujer daba por razón para justificar el tener un hurgón en su alcoba, que estaba sufriendo de pesadilla, y que la habían informado que con aquello se libraria de ella. El agua en que flechas de pedernal han sido bañadas se dice en Cornualles que cura las enfermedades. Piedras de caliza duras encontradas en la costa Ulster se usan para desechar la enfermedad, é ir entre dos luces á un lugar por donde crucen los muertos y los vivos (un vado), y alzar allí una piedra con los dientes,

1 *Durham County Advertiser*, 12 Diciembre, 1879.

se cree en el Nordeste de Escocia que cura el dolor de muelas. Los hijos de gente de buena educación llevan una serpiente de piedra contra la tos convulsiva. Frotar la cabeza del paciente en caso de sarpullido con un reloj de plata, fué recomendado á veces; también la parte enferma podia ser medida y luego frotada con un chelin. Bromearse con los vestidos de duelo causará la muerte al atolondrado que lo haga, á ser verdadera una superstición de Nueva Inglaterra, dentro del año, de la misma enfermedad de que ha muerto la persona por quien se lleva luto. En el Sur de Hampshire se da á comer al que tiene calentura el moco ó pavesa de una vela de sebo con pan, azúcar y manteca. El cambio de aires ordenase por todos los doctores, pero en ocasiones los pacientes no lo comprenden. Ellos entienden que cualquier cambio de aire será beneficioso, si la dolencia es tos convulsiva, por ejemplo: ellos dicen «rompe la tos». Así, he conocido en Glasgow niños que se llevaban á las fábricas del gas y á las destilerias, y he sabido de una madre de Ulster que ponía un vaso de alquitrán bajo la cama del enfermo para producir «un cambio de aire.» Una curiosa costumbre en la Coclare, atestigüada por un corresponsal del *Oriente Anglicano*, consiste en enviar la banda de la ciudad por la tarde á tocar en la choza de una joven atacada del baile de San Vito, con el objeto de curarla. Aquí hay algún recuerdo de la tarántula.

Creése en Staffordshire, que el colgar una botella vacia en la chimenea es cosa útil en casos de enfermedad. Para curar el cólico en Towednack, en Cornualles, aconsejan que se esté uno cabeza abajo un cuarto de hora. En los tiempos antiguos fué

esto un remedio usual para el veneno, pues se creía que éste podía expulsarse por los ojos. — «Man hieng den kranken an den beinen auf, and riss ihm nach einer weile ein aug aus, im glauben, das gift werde durch diese öfnung fliessen»: «tamen intoxicatus Albertus in Austria, et diu per pedes suspensus, oculum perdens evasit.» Los sajones dicen que si un hombre ha comido acónito, y se le ha colocado debidamente cabeza abajo y se le han hecho muchas escarificaciones en las piernas, luego el veneno se va por las incisiones <sup>1</sup>. El remedio común para las epistaxis de hacer resbalar una llave entre los vestidos y la piel, se ha dicho que es una reliquia de un acto simbólico de los normandos relacionado con Thor, pero asistida por la fe en la leyenda ó no, la aplicación del metal frío tiene generalmente éxito, causando la detención de la hemorragia, actuando de un modo reflejo sobre los nervios, y produciendo la contracción de los vasos distribuidos en la proximidad de éstos.

La saliva en ayunas se supone generalmente venenosa y también dotada de grandes virtudes. Escupir tres veces en la cara de un hombre con un mal de ojo, contrarrestará su influencia; frotando las verrugas noche y día con saliva en ayunas se quitarán. Debe escupirse en ayunas sobre el chelín nuevo que ha de curar los empeines. Galeno dice que una persona mató á un escorpión simplemente escupiendo. Conocemos, escribe un corresponsal, á dos anticuadas señoras (escocesas por su procedencia) firmemente creyentes en que es muy dañoso tragar la saliva que está en la boca al primer des-

1 Grimm, t. II, pág. 984; Cockayne, t. II, pág. 155.

pertar. No lo harían por nada. En Madagascar esta primer saliva por la mañana es llamada *ròra mafai-tra* «saliva amarga ó desagradable» y tiene virtud medicinal para curar un ojo ó un oído enfermo. Marcelo dice que para curar la gota, el paciente antes de levantarse por la mañana de la cama, escupirá tres veces sobre su mano, y frotará sus tendones con ella, diciendo: «huye, gota, huye» <sup>1</sup>.

Para las dolencias de las coyunturas el libro del médico prescribe este arte mágico: «Malignus obli-gavit; angelus curavit, dominus salvavit» y escupir sobre la articulación. Con esto sanará pronto. Pero, como dice Dalyell, la más notable aplicación de la saliva humana por los antiguos fué á la restauración de la vista. Hilarión curó á una mujer en Egipto escupiendo en sus ojos. Vespasiano curó así á un ciego de Alejandria. El capitán Cook intentó hacerlo también en la costa Noroeste de América. El escupir en ayunas una mujer después de su primer hijo, ó una mujer que sólo ha parido hijos varones, curaba, dice Plinio, los ojos congestionados <sup>2</sup>. Philagrius en el siglo iv desaprobaba usar nombres bárbaros cuando uno escupía dentro de la marmita de la droga, pues sin los nombres la saliva es tan eficaz en medicina como con ellos. La saliva fué un in-

1 *Lancashire Folk-Lore* pág. 69; *English Folk-Lore*, pág. 166; Gre-gor, *Folk-Lore of Northern Counties*, pág. 47; Dalyell, *Darker Superstitions of Scotland*, pág. 46. (Galen, *de Simplicium Medicamentorum Facultatibus*, lib. X. C. 16.) Miss M. L. B. 23 Octubre 1878; *Folk-Lore Record*, t. II, pág. 36.

2 Cockayne, t. II, pág. 323; Dayell, pág. 77. «muchas curas son confidencialmente comprobadas y registradas, así debe ser un muy interesante tópico de investigación averiguar si algún disolvente curativo ó medicamento perdido para los modernos oculistas, no fué conocido de antiguo» pág. 74.

grediente del unguento sagrado de los sajones <sup>1</sup>.

Para curar las verrugas, un remedio común es atar tantos nudos en un cabello como verrugas haya y tirar el cabello luego. Seis nudos de saúco se usan en un encantamiento de Yorkshire para cerciorarse si los animales están muriendo de brujería. Marcelo recomienda para los ojos malos que el enfermo haga tantos nudos en lino crudo como letras tenga su nombre, pronunciando sucesivamente una letra en cada nudo; y luego se ate el hilo anudado al cuello <sup>2</sup>. Grimm dice: «gichtsegen werden in ungebleichter leinwand mit leinenen fäden ohne knoten auf der brust getragen» <sup>3</sup>. Cuando Marduk desea confortar á un moribundo su padre Hea dice:

«Toma un pañuelo de lino de una mujer,  
 Líatelo á la mano izquierda: suéltalo de tu mano izquierda,  
 Átalo con siete nudos: haz esto dos veces:  
 Rócialo con vino claro,  
 Rodéalo á la cabeza del enfermo,  
 Rodéalo en torno á sus manos y pies, como manillas y grillos:  
 Siéntate en torno á su cama,  
 Róciala con agua bendita  
 Oirá la voz de Hea,  
 Davkina le protegerá  
 Y Marduk, hijo mayor del Cielo, encontrará una feliz habitación <sup>4</sup>.

La filacteria judia fuè amarrada con un nudo, pero en general los nudos se emplean para efectuar algún encanto ó desencanto. Así en un antiguo encanto babilónico tenemos:

«Merodoch, el hijo de Hea, el principe,  
 con sus sagradas manos cortó los nudos.»

1 Cockayne, t. I, pág. xvi; t. III, pág. 25.

2 Henderson, págs. 139 y 219; Cockayne, t. I, pág. xxix.

3 Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 978.

4 *Records of the Past*, t. III, pág. 141.

Es decir, arrojó la perjudicial influencia de los nudos <sup>1</sup>.

Así, también, las brujas son buscadas en Escocia para atajar el daño atando nudos. Se creía que las brujas podían alimentarse con la leche de algunas vacas de sus vecinos si tenían una pequeña cantidad de cerdas de la cola de cada uno de los animales; con este pelo hacían una cuerda, y en ella un nudo por cada vaca que había contribuido con su pelo. Bajo los vestidos de una bruja, que fué quemada en Saint Andrews en 1572, fué descubierta una blanca tela, como un escapulario, que tenía unas cuerdas con muchos nudos. Cuando se la quitaron, con una presciencia, luego equivocadamente interpretada, dijo: «Ahora no tengo esperanza». Acaso pensaba, dice la versión contemporánea, que no podía morir teniendo aquello sobre sí, pero probablemente significaba la exclamación que descubrir tal artículo en su poder era equivalente á su sentencia de muerte. En fecha tan reciente como al principio del último siglo, dos personas fueron sentenciadas á pena capital por hurtar un encanto de nudos, hecho por una mujer como recurso contra la felicidad de Spalding de Ashintilly. Debido á una supuesta conexión, que las brujas conocen, entre las relaciones de marido y mujer y los nudos misteriosos, el recién casado, antiguamente en Escocia y hoy en Irlanda, preséntase, en ocasiones y en los distritos rurales, ante el clérigo con todos los nudos y ataduras de su vestido desatados, y la novia,

1 Chambers, *Popular Rhymes*, pág. 111; Kelly, *Curiosities*, página 230; Dalyell, págs. 302, 307; *Irish Popular and Medical Superstitions*, pág. 4.

inmediatamente después de terminada la ceremonia, se retira para ser desnudada y así verse libre de sus nudos.

Lo que debe admitirse de ciertas concepciones concernientes á lo derecho y á lo izquierdo, dice Sir Thomas Browne, requiere circunspección. Esto es, cuánto debemos confiar en el remedio de Kiranides, á saber que el ojo izquierdo de un erizo frito en aceite promueve el sueño, y que el pie *derecho* de una rana en piel de ciervo sirve para la gota, ó que soñar con la pérdida del diente derecho ó del izquierdo presagia la muerte del pariente macho ó hembra, conforme á la doctrina de Artemidorus... Y, últimamente, qué fundamento hay en este principio auspicial y fundamental doctrina de adivinación que la mano *izquierda* es ruinosa y que las cosas buenas pasan siniestramente, porque la mano izquierda del hombre mira á la derecha de los dioses cuando éstos nos favorecen<sup>1</sup>. Veamos primero lo que puede decirse en folk-lore en pro de la mano derecha y consideremos los testimonios en favor de la izquierda.

Cuando se recogía el eléboro negro, la persona vestida de blanco y descalza, que tenía que ofrecer el sacrificio del pan y del vino derribaba el eléboro con la mano derecha y luego cubriéndolo con su vestido secretamente, lo transmitía á la mano izquierda. Arrancar una planta mientras se descansa sobre la rodilla derecha se consideraba en los Orksneys, al principio del siglo xvii, como tomar parte en adivinación. Tener verrugas en la mano derecha, en el Oeste de Escocia, anuncia riquezas;

1 *Vulgar Errors*, 1658, pág. 244.

y en Nottinghamshire un lunar en la sien derecha de una mujer, sobre el ojo significa buena ventura para el matrimonio. Es una creencia en Dorsetshire que la mano derecha del obispo es afortunada en la confirmación y la izquierda desventurada <sup>1</sup>.

Para preservaros del dolor de muelas, os dirán en Sussex cuidad siempre de poneros la media derecha antes de la izquierda y meted la pierna derecha dentro de los calzones antes de la izquierda. Pero en Shropshire, y en todas partes, se prescribe lo contrario <sup>2</sup>. ¿Después de todo se llega á esta ignominiosa conclusión que un preservativo es exactamente tan valedero como el otro? En la primera parte de este siglo los mejicanos tomaban la medicina con la mano derecha si querían beneficiar el hígado y con la izquierda si los riñones. Tener la barba en la mano derecha mientras se celebra el oficio divino fué de antiguo considerado supersticioso y la ley canónica declara el remedio de poner el pulgar izquierdo en la mano derecha como también supersticioso <sup>3</sup>. En Madagascar el pie derecho debe echarse antes que el izquierdo, especialmente al entrar en una casa real. Oír al cuco por primera vez en el año á la mano derecha se considera favorable en Cornwall y quitarse la media derecha,

1 Plinio, *Historia Natural*, lib. XXIV. c. 11; Pettigrew, *Superstitions*, pag. 23; Dalyell, pág. 127; Napier, pág. 97; *English Folk-Lore*, pág. 280; *Notes and Queries*, primera serie, t. VI, pág. 601; *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 25.

2 *Notes and Queries*, 5.<sup>a</sup> serie, t. III, pág. 465.

3 Hardy, *Travels in Mexico*, 1825-28, pág. 417; Dalyell, páginas 128, 447. «En las últimas citas referidas de Martin de Arles, San Agustín, y Graciano (*Decretalia, causa xxvi, quaest. 2*), se encontrará.

cuando se oye al cuco, y buscar en la planta del pie derecho el pelo que puede estar allí, se prescribe en Irlanda y Roma. El antiguo irlandés, si hemos de prestar asentimiento á Geraldo Cambrensis, no moja los brazos derechos de los niños en el agua del bautismo; ellos creen asegurar así un exceso de fuerza á la mano profana. Para la cura del dolor de muelas, Martius recomienda que el hueso del muslo derecho se use para frotar la parte dolorida. El dolor cesará <sup>1</sup>. Burton dice de la piedra llamada *chelidonium*, encontrada en el estómago de una golondrina, si está envuelta en un hermoso paño, y atada al brazo derecho, curará lunáticos y locos; los hace amables y apacibles <sup>2</sup>.

En Aberdeenshire curan á los atacados por primera vez de epilepsia sangrándolos de la mano izquierda. Sobre su brazo izquierdo el encantador de Sistrans llevó siempre la hostia consagrada que había robado. Plinio habla de una avispa ó escarabajo, cogido con la mano izquierda, usado medicinalmente; trenzando una cuerda con la mano izquierda se impide la entrada á las brujas escocesas <sup>3</sup>.

En la *Medicina de Quadrupedibus* de Sexto Placitos, como en el Anglo-Sajón (pero no en el Ms. latino Harl 4986, ni edición, 1538) está lo siguiente: «Para el flujo de sangre cuando para todos los hombres la luna se halla en los diez y siete días, después de la puesta del sol, antes que salga la lu-

<sup>1</sup> *Folk-Lore Record*, t. II, pág. 37, etc. *Choice Notes*, pág. 90; Brand, *Popular Antiquities*, pág. 339; Martius, 32.

<sup>2</sup> *Anatomy of Melancholy*, pág. 435.

<sup>3</sup> Gregor, pág. 45; *Tales and Legends of Tyrol*, pág. 69. «Tying a garter round the left leg below the knee is said to keep off cramp.»

na, ve al árbol que es el alto ¿serbal? ó *moral* y de él toma una manzana, *esto es una baya*, con tu mano izquierda, con dos dedos, esto es, con el pulgar y el anular una manzana blanca, ó *baya*, que todavía no esté roja» y así, etc. Para un paroxismo ó convulsión ó falta de respiración, mantener el pulgar izquierdo con la mano derecha se consideró una práctica que no debía ser despreciada, y en una receta de Nueva Inglaterra se habla de frotar las verrugas siete veces con el tercer dedo de la mano izquierda, en luna nueva. Para la curación de la gota, Alejandro de Tralles preceptuaba que con el pulgar y el dedo de en medio de la mano izquierda se arrancase el beleño cuando la luna estuviera en Aquarius ó Pisces, antes de que se dijese el ensalmo. Este era el ensalmo: «Declaro, declaro planta sagrada, á ti; te invito para mañana á la casa de Fileas para detener el reuma de los pies de M. y N. y dice, te invoco, el gran nombre de Jehovah, Sabaoth, el Dios que afirma la tierra, y detiene el mar, el colmador de los corrientes ríos, el que secó á la mujer de Lot, y la convirtió en estatua de sal, toma el aliento y poder de tu madre tierra, y quita el reuma de los pies ó las manos de N. ó M.»<sup>1</sup>

En Madagascar, cuando termina el duelo por la muerte de un pariente, el hijo ó la hija más joven, según la costumbre conocida como *mitendrilo*, se pone una poca de grasa sobre el lado izquierdo del cuello con el dedo pequeño de la mano izquierda. Para curar un dedo quemado, la gente de Worcestershire, dice que debe guardarse el secreto, escupir

<sup>1</sup> Cockayne, t. I, pág. 331; Brand, pág. 502; Cockayne, t. I, págs. 19 y 20.

sobre el dedo, y oprimirlo detrás de la oreja izquierda. Para la erisipela en hombres ó caballos, los médicos tienen que cantar ó recitar tres veces un encanto en nueve noches y mañanas sobre la cabeza del hombre y dentro del oído izquierdo del caballo en agua corriente, con su cabeza contra la corriente. Cuando un caballo sea *enduendado* entre otras cosas su poseedor podrá picarle la oreja izquierda abriéndole en silencio un agujero <sup>1</sup>.

Si cuando uno oye aullar un perro tiene miedo (como ocurrirá si es supersticioso) se quitará el zapato izquierdo, escupirá sobre la planta, lo colocará sobre el fogón con la planta hacia arriba y pondrá su mano sobre el sitio en que estaba cuando aulló el perro. Es consolador saber que esta sencilla ceremonia no sólo libra del mal sino que hace cesar los aullidos del can. Marcelus, en el siglo iv de la Era cristiana dijo que para evitar los dolores de estómago debe uno siempre calzarse primero el zapato izquierdo y llevar consigo sobre una hoja de

#### L \* MORIA

oro, tres veces escrito <sup>2</sup>. Cuando los pastores de la montaña impiden á los perros el paso entre la pareja que ha de casarse, también miran cuidadosamente para ver si el zapato izquierdo del novio está sin hebilla ó lazo, porque así todas las influencias secretas de las brujas se frustrarian. Cuando se celebraba el matrimonio en la cocina ó en el patio de una casa de campo el zapato izquierdo de la no-

<sup>1</sup> *Folk-Lore Record*, t. II, pág. 39; Miss. E. S. 8 Marzo, 1879; Cockayne, t. III, pág. 71; tomo II, pág. 291.

<sup>2</sup> *English Folk-Lore*, pág. 101, Cockayne, t. I, pág. 31.

via se tiraba con otras muchas lindas brujerías <sup>1</sup>.

La planta del zapato izquierdo de una persona de la misma edad pero del sexo opuesto al paciente si se reduce á cenizas y se administra á éste curará el fuego de San Antonio ó erisipela <sup>2</sup>. Nephrite, dice Boyle, puede ser limitado sobre el pulso de la mano izquierda <sup>3</sup>.

Algunas veces hay una distinción entre las partes afectadas y la derecha y la izquierda. Así en Worcesterstshire para curar la hemorragia de la nariz derecha, el curandero hace una reverencia al paciente y oprime el dedo pequeño de la mano derecha, y si es la ventanilla izquierda la que tiene la hemorragia, reverenciará y oprimirá el dedo pequeño de la mano izquierda. Para dolencia y punzada en los ojos, los Sajones ataban el ojo derecho de un perro sobre el del enfermo, y el izquierdo sobre el izquierdo, según cual fuera el afectado; y si acaecía que un hombre tragaba un insecto macho, el ensalmo oportuno se le decía en el oído derecho, y si se había tragado un insecto hembra, en el izquierdo <sup>4</sup>.

Si hubiese tenido intención de tratar á fondo los encantos de las plantas no hubiera sido tan al fin de esta obra donde hubiera puesto algo relativo á ma-

1 «La novia fué ahora dejada en su lecho  
Su liga izquierda fué arrojada  
Y Jorge Gil brincaba de gusto  
Porque lo escondió Juan Gun.

*Allan Ramsay, 1721, Brand, págs. 393, 299, 401.*

2 Lo he visto aplicado con éxito, pero supongo que su eficacia es debida á algun principio astringente de las cenizas.—*Choice Notes (Folk-Lore)* pág. 37.

3 Boyle, *Some considerations*, etc., pág. 206.

4 Miss E. S. 8 Marzo, 1879; Cockayne, t. I, pág. 371; t. III, pág. 11.

teria tan importante; y hasta en lo concerniente á las pocas, pero quizás representativas notas que sigan, debo recordar al lector que el tratar de hechizos relacionados con plantas, debe hacerse con precaución. Suponer que, porque el uso de cierta hierba se recomienda por una mujer acreditada de prácticas supersticiosas, el uso de tal hierba debe ser supersticioso, sería sacar una conclusión poco comprobada por los hechos. Al mismo tiempo aceptar todas las prescripciones relativas á hierbas como conteniendo la suma de conocimientos de más de una generación de curadores no sólo sería probablemente inducir á conclusiones erróneas, sino ignorar el hecho de que en muchos casos la hierba era no más que el acompañamiento de las palabras mágicas. Puede haber virtud curativa en la planta en este caso, pero no es indispensable. No la necesita, el mérito estriba en dar énfasis al ensalmo. No es este el sitio de considerar hasta qué punto los antiguos y nuevos médicos aciertan al recomendar las plantas que nombran, ni encuentro justificado el emprender tal examen en cualquier tiempo. Bastará con que indique la naturaleza de la mayoría de los remedios de plantas, en que se ha tenido fe y las costumbres que se asociaron con ellos. No puedo alcanzar la perfección y no aspiro á ella.

Spencer dice :

¡Oh, quién pudiera expresar

El oculto poder de las hierbas y el poder del mágico lenguaje!

El saúco, dice Sir Thomas Browne, ha llegado á ser una famosa medicina en las enfermedades de la garganta, las anginas y las estrangulaciones. Culpepper dice de él que cura los bocados de sierpes y

de perros rabiosos. Blochwick menciona una cruz de saúco y sarga «mutuamente envueltos uno y otro», que se cuelga al rededor del cuello de los niños y un amuleto contra erisipelas hecho de saúco sobre el cual nunca ha brillado el sol. «Colgar al cuello del paciente el trozo comprendido entre dos nudos, está muy recomendado. Algunos lo cortan en pedacitos y lo cosen en un nudo en una pieza de camisa de hombre, lo que parece supersticioso.» La parte verde de la corteza interior del saúco, fué usada en los condados del Norte para untarse los ojos y fué nocivo á las brujas <sup>1</sup>. En Dinamarca el saúco es bueno contra el dolor de muelas ó la fiebre: «Der fieberkranke steckt, ohne ein wort dabei zu sprechen, einen fliederzweig in die erde. Da bleibt das fieber am flieder haften, and hängt sich dann an den, der zufällig über die stätte kommt.» Además, «besonders ist flieder heilsam des über bienenstöcken wächst; man schält seinen bast nach oben (nicht nach unten) zu, and gib den kranken den absud zu trinken» <sup>2</sup>.

Á la mujer de un jornalero que sufría de la fiebre, recomendó un encantador se atase con el lazo de su marido un puñado de cañas al seno mientras que el encantador decia ciertos ensalmos. Los berros aplicados á las verrugas, se dice por los médicos sajones que producen una cura. Un remedio irlandés para las afecciones de garganta es atar hojas de col al rededor de aquélla y el jugo de las coles

1 *Vulgar Errors*, t. I, pág. 215 (1852); *English Physician Enlarged*, 1684, pág. 2; Blochwick, *Anatomic of the Elder*, pág. 54; Pettigrew, *Superstitions connected with Medicine and Surgery*, páginas 61, 79; Henderson, págs. 219 y siguientes.

2 Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 979.

tomado con miel se dice en Inglaterra que cura la ronquera ó la pérdida de la voz <sup>1</sup>. Una castaña, pedida ó hurtada, es un preservativo contra el reumatismo. La misma virtud tiene una patata, y conozco un caballero que lleva siempre consigo una. Me ha dicho que no sabe si es ó no supersticioso, pero siempre que por accidente deja su patata en casa, está seguro de sentir una punzada de reumatismo. Algunos recomiendan una avellana doble para llevar en el bolsillo contra el dolor de muelas. Los tiñosos se curan en Derbyshire poniendo patatas crudas sobre la parte afectada de tiña; y la patata hervida y caliente se aplica á los callos.

Un remedio para la sordera, se dice que eran los huevecillos de hormigas mezclados con el jugo de cebollas y destilados en el oído. Esta era una receta escocesa. En Inglaterra hallamos recomendado el jugo de cebolla, pero no se hace mención de los huevos de hormigas. En Escocia se creyó generalmente que una poleada de cebollas peladas, puesta en el estómago ó bajo los sobacos, podía curar al que habia sido envenenado. Cogan, en su *Asilo de Salud*, dice que los enfermos de tos se aliviarán asando cebollas en rescoldos calientes y comiéndolas con miel, pimienta y manteca, por la mañana y por la tarde <sup>2</sup>.

Todos los escritores antiguos hablan de la fama de la verbena; y el llevarla consigo es un talismán

1 *Notes and Queries*, 5.º S., t. I, pág. 505; Cokayne, t. I, página 119; Culpepper, pág. 50; Floyer (*Touchstone of Medicine*, 1687) dice que las cenizas de una col «son muy cáusticas; la semilla es amarga y acre. El jugo cura las verrugas.» T. I, pág. 213.

2 *Domestic Annals of Scotland*, t. III, pág. 55; Culpepper, página 176; Napier, *Folk-Lore*, pág. 127; Cogan, pág. 59.

seguro contra los ladridos de los perros y los bocados de las serpientes. Atada á la cabeza, cura el dolor de cabeza. Al cogerla, el que la coge dice, según un M. S. del reino:

Tú, hierba sagrada, verbena,  
Creciendo en el suelo;  
En el Monte Calvario  
Te encontraste perdida;  
Tú aliviaste muchos males  
Y curaste muchas heridas.  
Con el nombre de Jesús  
Yo te cogí del suelo,  
¡Oh Señor! haz lo mismo,  
Que ahora voy á emprenderlo.

y también:

En el nombre de Dios sobre el monte Olivete.  
Primero te encontré,  
En el nombre de Jesús  
Te arranqué del suelo <sup>1</sup>.

El remedio universal para el aguijón de las ortigas es frotarlas con la hoja del lampazo y decir:

Fuera ortiga,  
Dentro lampazo.  
Lampazo tendré,  
Una nueva camisa.  
Ortiga fuera, dentro lampazo,  
El lampazo echa fuera los aguijones de la ortiga,

ó palabras semejantes. El cocimiento de lampazo se recomienda á veces como un remedio para los diviesos. Se hace de la raíz bien hervida y no tiene un sabor agradable. Culpepper hace cien años, decia: el lampazo es vigorizador para el hígado; sin embar-

<sup>1</sup> Cockayne, *Saxon Leechdoms*, t. I, págs. 91, 93, 171; Harland and Wilkinson, *Lancashire Folk-Lore*, pág. 76.

go, tal es la pulcritud de nuestros tiempos (en verdad) añade, que las mujeres no lo echan en el puchero porque pone el potaje negro. La vanidad y la ignorancia (monstruosa pareja de la creación) prefieren la afeminación á la salud. La ortiga de San Fabián, se dice que es un remedio especial para la consunción, y no hay libro de folk-lore que no cite la historia de la sirena de los Clydes, que exclamaba cuando veía con pena el funeral de una doncella joven en Glasgow :

Si bebieran ortigas en Marzo,  
Y comieran (cerveza?) en Mayo,  
Muchas guapas doncellas  
No irían al hoyo.

Catalina Oswald prescribía para la curación de las tercianas arrancar una ortiga de raíz tres mañanas sucesivas antes de ponerse el sol. El té hecho de tiernas cabezas de ortigas es un remedio en Derbyshire para las ronchas producidas por aquellas plantas <sup>1</sup>.

El que lleve siempre consigo una peonía, nunca sentirá enfermedad; ó si está enfermo le bastará colocar una peonía sobre si para recobrar la salud. En el Oeste de Sussex es costumbre poner al cuello de los niños un collar de cuentas hecho de raíz de peonía para ayudarles á echar los dientes y evitar que padezcan convulsiones. Culpepper dice que la peonía es una hierba del sol y que se halla bajo la influencia de Leo. Los médicos sostienen que «las raíces de la peonía macho son las mejores; pero el

<sup>1</sup> *English Folk-Lore*, pág. 172; Culpepper, págs. 87, 171; Dall-  
yell (*Trial of Katharine Oswald*, 11 Nov. 1629, *Rec. Jus.*), pág. 28;  
R. C. H. Abril 1879.

doctor Razón dice que ésta es mejor para el hombre, y la peonía hembra para las mujeres, y que deseaba que emitiese un juicio sobre esto su hermano el doctor Experiencia. Dicese que las raíces son de más virtud que las semillas; siguen luego las flores y por último las hojas. Se ha visto que la raíz de la peonía macho, recién recogida, cura las enfermedades decadentes, pero el camino más seguro es (además de colgarlo al rededor del cuello, con lo cual, los niños son curados) tomar la raíz de la peonía macho lavada, limpia y un poco machacada y dejada en infusión en un saco durante veinticuatro horas por lo menos; después colocarla y tomarla por la mañana y por la tarde y adoptar un buen plan para unos días, antes y después de la luna llena.» «Una raíz mística, Baaras, nota Dalyell, que se creía era una especie de peonía, un expulsor notado, que crecía cerca de Jerusalén; de aquí provino quizás la reputación de la peonía y su suspensión al cuello de los niños epilépticos <sup>1</sup>.

Tanto el fresno como el muérdago deben á Oriente sus méritos casi sagrados. Tomando el último vemos que la personas que en Suecia se sienten atacadas de la enfermedad decadente llevan consigo un cuchillo con un mango de roble de muérdago para preservarse de ataques. Un pedazo de muérdago colgado al cuello puede preservar de otras enfermedades. Bajo la autoridad de Culpepper podemos decir que es un excelente medio para el mal de los tendones, la sarna, las úlceras y el dolor de muelas, las mordeduras de los perros rabiosos y de las fie-

<sup>1</sup> Cockayne, t. I, pág. 171; *Folk-Lore Record*, t. I, pág. 44; Culpepper, pág. 186; Dalyell, *Darker Superstitions*, pág. 612.

ras venenosas, y que purga la cólera muy donosamente <sup>1</sup>. Grimm nota que Baldur fué muerto con una hoja de muérdago. «Ein kraut», continúa, «von dem des tod eines des grössten, geliebtesten götter abhing, muss für hochheilig erachtet worden sein, doch seine heiligkeit war wiederum deutschen und celtischen völkern gemein» <sup>2</sup>.

El *Kadeir Taliasin* dice que el muérdago fué uno de los ingredientes que componian el *awen a gwybodeu*, ó agua de inspiración, ciencia é inmortalidad, que la diosa Ked preparaba en su caldero. Se cree que las brujas no tenían poder para hacer daño á aquellos que llevaban muérdago colgado al cuello <sup>3</sup>. Sir Thomas Browne habla de las virtudes del muérdago en los casos de epilepsia.

Dar á un niño savia de fresno, según alguna vez he observado, era uno de los primeros cuidados de las nodrizas escocesas y á veces los niños débiles son lavados con el rocío, procedente del árbol sagrado. Dicese que la savia sacada en ciertos días de la primavera, se bebe en Alemania como un remedio contra los bocados de las serpientes. Los médicos ingleses daban una explicación que fué sin duda considerada como perfectamente satisfactoria. Culpepper cree que el dicho de que las cabezas y las hojas del fresno son buenas contra los bocados de las serpientes y las víboras, procede de Gerardo ó Plinio, que mantuvieron ambos que hay tal antipatía entre una sierpe y un fresno que si una sierpe

<sup>1</sup> Kelly, *Curiosities*, pág. 186; Culpepper, *English Physician*, pág. 3.

<sup>2</sup> Grimm, *Deutsche Mythologie*, t. II, pág. 1008.

<sup>3</sup> *Journal British Archaeological Association*, t. XXXIV, pág. 484; Coles, *Art of Simpling* (1656), pág. 67.

se viese rodeada de hojas del fresno antes preferiría correr por el fuego que por las hojas. Pero esto Culpepper no lo cree. «Lo contrario, dice, es lo cierto y yo lo he visto por mis propios ojos.» Aparentemente probó el experimento, y encontró que la sierpe prefería las hojas al fuego. Para los oídos malos, dicen los médicos sajones: «toma un báculo de fresno verde, ponlo en el fuego, toma luego el jugo que de él salga, ponlo en alguna lana, mételo en el oído y tapa el oído con la misma lana.» Sostiene que la madera de fresno cortada en las sagradas estaciones es incorruptible y cura las heridas. Las producidas por la lanza de Aquiles también sólo podían curar si la flecha de fresno era aplicada á la herida <sup>1</sup>. El fresno europeo y el hilo encarnado, dice una rima escocesa, detiene la velocidad de los diablos <sup>2</sup>. Del fresno de Iggdrasil formaron los dioses al hombre. Aprovechando la nota de Mr. Kelly sobre Iggdrasil y el fresno griego citaré el siguiente pasaje. El último, dice, fué como el primero, un árbol que destilaba miel. Así lo implica su propio nombre pues *melia*, fresno, y *meli melit*, miel, tienen la misma raíz, *mel*, que se encuentra en otras muchas palabras con el sentido de dulce, agradable, delicioso. Existió pues una razón, no

<sup>1</sup> *English Physician Enlarged*, pág. 21; Cockayne, t. II, pág. 43; Kelly, págs. 147, 148, 152.

<sup>2</sup> *Choice Notes (Folk-Lore)*, pág. 24; El laurel participa de esta virtud. «Es un árbol del sol y bajo el signo celestial de Leo, y tenía mucha fuerza para resistir la brujería como también todos los males que el viejo Saturno podía hacer á los hombres, que no son pocos; pues es el discurso de uno, y me equivoco si no fué Mizaldus, que ni el diablo, ni el trueno ni el rayo pueden alcanzar á un hombre en el sitio donde hay un laurel. Culpepper, pág. 25.

sólo mística sino positiva, para que los griegos le diesen un nombre que significase dulzura, á saber que el *Fraxinus ornus*, especie de fresno indígena en el Sur de Europa, produce manna de la hendedura de su corteza. También pueden ellos haber concebido que la miel destila de la tierra como rocío del fresno del cielo, pues Teofrasto menciona un género de miel que en esta forma cae del aire y que fué así llamada *aeromeli*. Ahora percibimos la razón por qué las ninfas que dan miel del fresno, y las abejas que dan miel (*μέλισσαι*) se asimilaron tanto en las inteligencias de los griegos que las nodrizas del infante Zeus (*Meliai*) fueron indistintamente llamadas por ellos *Meliat* y *Melissai*<sup>1</sup>. Martius dice que el fresno gozaba la fama de curar las heridas por su contacto, *vulnera lignum fraxinum tactu sanare*. Algunos, continúa, hacen un palo de madera, cuando el sol y la luna están en conjunción en Aries, por cuyo mero contacto se detiene cualquier hemorragia<sup>2</sup>.

Armstrong, en su poema del *Arte de conservar la salud*, dice:

Observa cómo los campos secos

Se convierten en alegres collados. Donde la Mejorana

Y el Tomillo, amor de las abejas, perfuma el aire.

Coloca allí tu lecho, sobre la cumbre soleada.

Sube. Enciende allí tu hospitalario hogar.

El corresponsal que llamó mi atención sobre este pasaje observó que sin duda el aire de los collados influye más en su salubridad que la presencia del

1 *Indo-European Tradition*, pág. 144.

2 Martius, pág. 32.

tomillo y la mejorana <sup>1</sup>, y no es probable que se le ocurriese al poeta el uso que la gente de Cornualles hace del tomillo. Uno de mis conocidos estuvo hará dos años en la choza de una sabidora en Penzance, y encontró que ella tenía todavía la práctica de prescribir para los casos escrofulosos cucarachas y ciempiés para ser tomados en píldoras. Según la mujer de Penzance, el paciente mismo debía procurar su medicina, pero tenía un rincón en su jardincito donde sólo crecía menta y tomillo y allí los ciempiés eran criados. Como una concesión á las ideas modernas se consiente ahora á los enfermos usar esta desagradable medicina en un saquito al rededor del cuello, si es que no tienen ánimo para emplear el remedio heroico de tragarlos <sup>2</sup>.

Los indigenas del Calabar emplean un hacha venenosa, Esère, cuando aparece una úlcera en un pie. Una ó dos habas son dejadas sobre la parte enferma porque no toda bruja que puede causar la úlcera tiene poder para continuar su mala obra cuando las habas están allí, pues su influencia no puede penetrarlas <sup>3</sup>. El árbol del haba negra sirve para

1 G. L. A. (Wimbledon), 17 Enero, 1879.

2 Miss M. L. B. 17 Octubre, 1878. «En los Condados orientales son llamados *old sows* y en otras partes cerdos de San Antonio. Su nombre latino es *porcellio scaber*. Los de Gales tienen diversos nombres para este insecto, *gwrach-y-coed*, esto es, la marchita vieja mujer del bosque, *gwrach-y-lludw*; *gwrach-y-twed*. *Gwrach* significa una vieja marchita, y así también hace *grammar*, de modo que *grammar* es una palabra inglesa equivalente de *gwrach*. Otros nombres galeses son *mochyn-y-coed*, esto es el pequeño gusano de la madera; y *tyrchyn llwyd*, esto es, la chinchecilla gris.» W. N., *Cornishman*, 17 Octubre 1878.

3 *Christian Express* (Lovedale, S. de África) Oct. 1878, página 11; R. C. H. 25 Abril, 1879.

curar las enfermedades eruptivas, en Berkshire.

Dícese que *la semilla de plata* empapada en manteca de leche quita las pecas y el color cobrizo Créese que el *alcornoque*, tiene la virtud de impedir los calambres, si se coloca entre la cama y el colchón; ó entre las sábanas. Es una receta de Lincolnshire. A veces las ligas de corcho se hacen cosiendo juntamente delgadas piezas de corcho entre dos cintas <sup>1</sup>. Dícese en Sussex que la excrecencia encontrada en una zarza enferma y llamada *Robin Redbreast's cushion*, es la cosa mejor del mundo que se conoce para la tos convulsiva <sup>2</sup>. En Alemania se cree que los guisantes son buenos para todas las dolencias, pero particularmente para las heridas y magulladuras; los niños que sufren sarampión pueden ser lavados en agua en que hayan sido hervidos guisantes. Las hojas del *melocotón* fueron, según las *Trescientas Recetas* de 1724, aplicadas á los niños cuando éstos sufrían de lombrices. Culpepper dice «Lady Venus reconoce este árbol.» El jugo del tallo del *diente de león* se usa en Derbyshire para curar las verrugas. Una curandera de Donegal da á su paciente nueve hojas de dientes de león y le manda comer tres hojas en tres mañanas sucesivas. Ella misma recoge el diente de león <sup>3</sup>.

1 Pratt, *Wild Flowers*, t. II, pág. 32.

2 *Folk-Lore Record*, t. I, pág. 38. «He recolectado una excrecencia de este género de inusitado tamaño que ha sido dado á una niña chica, que tenía tos convulsiva, como un juguete: viéndolo la nodriza exclamaba: Me alegro de ver esto. Estaba deseando uno hace muchos días para colgarlo al rededor del cuello de Miss Mary.»

3 Kelly, págs. 299, 300; *Three Hundred Receipts*, pág. 113; *English Physician Enlarged*, pág. 180; R. C. H. 25 Abril, 1879; *Fairy Superstitions in Donegal*, *University Mag.* August 1879, pág. 217.

La *Euphrasia* reducida á polvo y luego en un electuario con azúcar, dice Culpepper, «surte poderoso efecto para auxiliar y devolver la vista debilitada por la edad, y Arnaldo de Villa Nova dijo, que había hecho recobrar la vista á los que habían estado ciegos mucho tiempo antes <sup>1</sup>.

Miguel batió la catarata de los ojos de Adam,  
Ese falso fruto que prometía vista más clara,  
Que engendró y purgó con eufrasia y ruda  
El nervio visual, pues mucho tenía que ver.

Shenstone en su *Schoolmistress* dice:

Eufrasia no puede ser, no, cantada,  
Que da ojos oscuros para vagar leguas al rededor.

Los tirolesees convienen con Milton respecto al mérito de la ruda, diciendo que da buena vista, y usada con acrimonio se halla prescrita en Posen para los bocados de las serpientes. En Inglaterra se recomienda para los bocados de los perros rabiosos, seis onzas de ruda, limpia, escogida, machacada, hervida en cerveza, con cierta cantidad de ajo, triaca y estaño raspado en una olla limpia tapada, sobre un buen fuego. Hecha esta droga se dan de ella ocho ó nueve cucharadas al enfermo ó á la enferma durante tres mañanas á los nueve días del bocado, y cuidando de que esté en ayunas. Algunos de los ingredientes pueden, cuando

1 *English Physician Enlarged*, pág. 97. «Ignorado por la facultad, el Herbario llegó á ser el guía del charlatán; y en el famoso Herbario de Culpepper ha llegado á ser un fiel compañero para el Almanaque Astronómico. Esta fué la chochera de aquella antigua compañía entre la Botánica y la Medicina que en Dioscórides era juventud y salud. Earle, *English Plant Names*, pág. 28.

convenga, ser aplicados con ventaja á la herida <sup>1</sup>.

La celebridad de la artemisa (*artemisia vulgaris*) es grande. Cockayne da un poema descriptivo de esta que es la más antigua de las plantas:

Tú tienes poder por tres,  
Y contra treinta,  
Pues el veneno sirve  
Para atajar el mal.

El *Herbarium de Apuleyo*, dice: la artemisa ahuyenta la locura y en cualquier casa en que no haya malas artes tendrá eficacia y curará los ojos malos <sup>2</sup>. Acostúmbrase á recoger las raíces en el día de San Juan.

Una poleada, hecha de manzana podrida, se aplica en Lincolnshire para curar los ojos afectados por el reumatismo ó la enfermedad; esto en el uso más común posible. Un ensalmo para el bocado de un perro rabioso, comunicado por el profesor Marecco, tenía que ser, escribir sobre una manzana ó un pedazo de hermoso pan blanco. Comienza: «¡ Oh rey de gloria, ven en paz! » <sup>3</sup>.

El ranúnculo se menciona como empleado para la curación de una mancha blanca en un ojo <sup>4</sup>. Acostúmbrase acompañar á éste remedio un ensalmo recitado. La milenrama usada en un saquito sobre el estómago fué el secreto contra las fiebres de un gran señor, quién confió esto á Boyle. El lord era muy curioso para las recetas, y las pagaba á muy alto precio, y un famosísimo médico amigo de Boyle le in-

1 Conway, *Demonology*, t. II, pág. 324; R. S. H. Abril, 1879.

2 Cockayne, t. III, pág. 30; t. I, pág. 103.

3 Rev. G. S. S. 24 Oct. 1878; Henderson, *Folk-Lore of the Northern Counties*, pág. 179.

4 Polwhele, *Traditions and Recollections*, t. II, pág. 607.

formó que él había empleado la milenrama con extraordinario éxito <sup>1</sup>. La fumigación común de John Clare dice: «la superstición pertenece á la Fama», fué usada cuando recogian escarbando hiedras, y hervidas en agua, leche y suero, como un lavado para la complexión de las doncellas rústicas. El Amaranto,

« que una vez  
en el Paraíso, junto al árbol de vida,  
empezó á florecer,»

tiene virtudes medicinales, pues sus flores se dice que detienen la hemorragia de la nariz ó de una herida.

Un caldo de tripa, hervida en agua, con especias y vegetales, fué considerado, dice Scarron, como remedio contra el reumatismo, el *Dipsacus* de Fuller (*dipsacus fullonum*) es reputado, en algunas partes de Inglaterra, como un remedio seguro contra las fiebres. También se creyó que las hojas de hiedra, empapadas en agua durante un día, curaban los ojos doloridos y escocidos. Las sopas hechas de hiedra fueron recomendadas para los casos de *spleen* ó de tos convulsiva. Catón dice que el vino puesto en una copa ahogará por medio de esto, á causa de la antipatía que hay entre ellos <sup>2</sup>. El laurel se consideró como un preservativo contra la epilepsia, y desde luego como un antidoto contra la locura. En Aberdeenshire se supone que fumigando un establo con junipero se preserva de enfermedad; los médicos

1 Boyle, *Some Considerations*, etc. t. I, pág. 211.

2 Scarron, *Adieu au Maxais et à la Place Royal*, obras completas, t. IV, pág. 32; *English Folk-Lore*, pág. 21, 22; Culpepper, página 135.

ingleses dicen del junipero «este admirable arbusto solar apenas admite competidor en sus virtudes» <sup>1</sup>.

Kolb, que llegó á ser uno de los primeros *doctores mágicos* del Tyrol, llamado una vez á asistir á una persona encantada, hizo, exactamente á media noche, el humo de diversas especies de hierbas, y mientras se estaban quemando apalearon de lo lindo al enfermo con una vara espinosa de abedul, cogida aquella misma noche. Este apaleo del enfermo con la espinosa vara se creyó ser realmente un apaleo de la bruja que habia producido el encanto <sup>2</sup>. Un remedio contra los sabañones es apalearlos con una vara de acebo.

En Cornualles, y en otros puntos se dice que el bocado del primer helecho que aparece en primavera cura el dolor de muelas é impide que se repita en el resto del año. Respecto á la fiebre, «eine art angang ist es, dass die drei ersten korn oder schlehblüthen, deren man im jahr ansichtig wird, heilmittel wider das feber abgeben» <sup>3</sup>. La gente de Cornualles dice que la primer zarza que se ve des tierra las verrugas. Se dice que las brujas aborrecen el helecho porque en su raíz contiene la letra C, inicial del sagrado nombre <sup>4</sup>. La raíz del *iris* amarillo, tajada y masticada se dice que es un remedio en Ar-

1 Dalyell, pág. 139; Culpepper, pág. 136.

2 La Condesa von Günther, *Tales and Legends of the Tyrol*, página 105 y 106.

3 Grimm, *Deutsche Mytologie*, t. II, pág. 978.

4 «Un amigo me sugiere, sin embargo, que la letra en cuestión no es la inglesa C sino la griega χ, letra inicial de la palabra χριστος que verdaderamente se asemeja mucho á las señales en la raíz del helecho, ó *Pteris aquilina (sciatica)*.» Henderson, pág. 226. Para los dolores del muslo, ahuma enteramente los muslos con helecho. Cockayne, t. II, pág. 65.

gyleshire para el dolor de muelas. *La retama* se considera como remedio contra la hidropesia en Derbyshire. Se dice que el jugo del puerro, estrujado y mezclado con crema, sirve para curar los sabañones, ojos malos y manos grieteadas. Para escapar de una regañeta matrimonial, ó, como los sajones más rudamente dicen: «contra la charla de mujer» uno puede gustar por la noche, en ayunas, una raíz de rábano y la charla no podrá dañarle <sup>1</sup>.

Para curar á una mujer de mutismo, por otra parte, tenemos la autoridad de uno de los *C. Mery Talys* que dice que una hoja de un álamo es lo más á propósito para ponerse debajo de la lengua <sup>2</sup>.

1 Cockayne, t. II, pág. 343.

2 *A. C. Mery Talys*, pág. 87 (*Shakespeare Fest Books*).



### CAPÍTULO XIII

#### **Puesto que ocupa la Medicina popular en el estudio de la civilización.**

Hasta ahora hemos discutido las teorías de la medicina popular con alguna extensión. Comenzando con las concepciones primitivas acerca del origen de las enfermedades y la muerte hemos visto cuán naturalmente surge de ellas una teoría de transmisión de la enfermedad y qué influencia ha ejercido la asociación de las ideas, patentizada de una parte por la doctrina de la simpatía y de otra por el renacimiento simbólico. Hemos observado luego el curioso grupo de mitos recogidos acerca de la Persona de Nuestro Señor y los santos. Relacionado tanto con esta mitología cristiana (espero que no ha de darse un sentido torcido á estas palabras) como con la mitología anterior al cristianismo, hay una importante serie de factores que hemos considerado bajo los nombres de Color, Número é Influencia del sol y de la luna. En las curas personales tenemos quizá ejemplo de fetiches personales que son en ocasiones ejemplos tomados de la teología; las curas asociadas con los animales, con los hábitos de éstos, sirven para recordarnos la supervivencia de la creencia en los fetiches animales de las socie-

dades modernas; y al coleccionar y comparar los escritos y notas sobre los anillos y esos variados hechizos indicados bajo el título general de medicina popular doméstica, hemos suministrado materiales que pueden servir de base á las hipótesis futuras respecto al alcance que ha de darse á muchas creencias y supersticiones muy imperfectamente clasificadas todavía.

No puedo menos de conocer que al indicar como las tres primitivas explicaciones de enfermedad; 1.º la cólera de un espíritu externo ofendido; 2.º los poderes sobrenaturales de un enemigo humano; y 3.º el desagrado del muerto, y especialmente al colocar estas sugerencias en el orden mencionado aparezco como ignorante de las conclusiones que Mr. Spencer cree poder señalar como el resultado del estudio del hombre primitivo. Mr. Spencer, al usar la frase adoración de los antepasados en su más amplio sentido y en tanto que comprende la adoración de los muertos, así de los que son como de los que no son de la misma sangre, concluye que la adoración de los antepasados es la raíz de todas las religiones (*Los datos de la Sociología*, pág. 140). Así dice: «es manifiesto que separando el maravilloso desdoblamiento de la persona que sugiere el sueño, pasando á esta segunda persona que se marcha en la muerte, avanzando desde este genio, que al principio se supuso tener sólo una vida transitoria, hasta los genios que existen permanentemente y por tanto acumulados, el hombre primitivo se inclina gradualmente á poblar el espacio que le rodea con seres sobrenaturales que inevitablemente llegan á convertirse, en su inteligencia, en agentes causales de cada cosa que le es desconocida (*ibidem*, pág. 450).

Mr. Spencer encuentra luego que, por regla general, todas las primitivas teorías atribuyen la enfermedad y la muerte á los espíritus de los muertos.

No estoy conforme con esta teoría. El orden de explicación, tomando la humanidad como un todo, no puede ser la misma en todas partes — aunque según todas las probabilidades lo sea generalmente— y he cuidado especialmente de consignar mis dudas acerca de si podemos conceder más importancia á una teoría que á otra, ó asignar á ésta ó á aquella mayor influencia; pero, hasta donde llegan mis conocimientos presentes, no me es posible aceptar como convincentes los argumentos de Mr. Spencer. En lo que se refiere á la medicina popular existen abundantes pruebas acerca del temor de los muertos, de su adoración, de su propiciación y de la creencia en su amor y en su malicia; mas no creo que puede establecerse ninguna afirmación dogmática acerca de que del temor de los sueños ó de los espíritus salidos de los cuerpos, surjan todas las teorías de la enfermedad y la muerte que tiene el hombre primitivo y mucho menos su comprensión ó idea de un poder Supremo ó, generalmente hablando, de su religión. Mr. Spencer manifiesta vivos deseos de que comprendamos cuántas dificultades se nos presentan cuando pretendemos colocarnos en la posición de gentes completamente ineducadas, simples y casi sin la facultad de conocer: en efecto, conviene mucho de vez en cuando señalar el gran cuidado que se necesita para fabricar teorías imaginarias, aunque racionales, acerca del hombre primitivo. En todo lo que Mr. Spencer refiere sobre este punto, convendrán todos los que estudian la civilización en que toda cautela, por grande que sea, es

poca. Mr. Spencer goza de inmenso crédito para analizar y clasificar las creencias salvajes con un espíritu de la mayor imparcialidad; por mi parte, sin expresar opinión alguna acerca de la teoría religiosa de Mr. Spencer ó los argumentos evolucionistas con que construye su castillo de dudas, no puedo mirar sus primeros pasos y sus premisas iniciales como exactas.

El hombre primitivo se nos presenta en dos aspectos: intelectualmente es un niño; físicamente es un salvaje bravo, pues, como la doctrina de la supervivencia del más fuerte puede aquí aplicarse con toda exactitud y rigidez, es claro que en las primeras condiciones de vida sólo el más saludable puede llegar á la virilidad. El hombre primitivo es un animal sano, con un cerebro capaz de desarrollo. Es necesario no perder de vista estos dos aspectos, si hemos de juzgar con exactitud de las primeras concepciones de las cosas que tiene el hombre. Si omitimos, ó la salud del cuerpo ó la infancia del espíritu no podemos menos de caer en conclusiones precipitadas ó erróneas.

¿Qué enseña, pues, este doble aspecto respecto á una teoría tal como la que de la evolución mental tiene Spencer? Ante todo que debemos proceder con cautela respecto á las enfermedades que le atribuimos. Aquí hay un salvaje en su estado normal. ¿Cuáles son las condiciones probables que actúan sobre él? El hambre y la hartura. Pero, ¿qué más? ¿La apoplejía y la epilepsia, el delirio y la locura? Seguramente no.

Aun entre nosotros estas afecciones son comparativamente raras. Concedo sí, que por esto mismo fueran más propias para producir fuertes impre-

siones sugestivas en el cerebro del hombre primitivo; pero no acepto la doctrina de que las primeras concepciones intelectuales del hombre pudieran en manera alguna ser debidas á tales accidentes; podrán luego haber modificado ó alterado sus primeras concepciones, pero el salvaje, primera y esencialmente saludable, no pudo ser ni apoplético, ni epiléptico; arguyo como Mr. Spencer, partiendo del supuesto estado de la naturaleza humana cuando comenzaba á manifestarse la inteligencia en el hombre.

Era ésta como la del niño, es decir, semejante á un espejo que refleja todas las imágenes sin retener ninguna. Si se aproxima un objeto lo reproduce; si se le quita de delante la reproducción desaparece. El mismo Mr. Spencer cita casos de este estado intelectual entre los salvajes. De ilustración pueden servir las dificultades con que Mr. Oldfield tropezó en su comunicación con los australianos. Éstos, no bien les hacia cualquier pregunta, asentian á ella. Trájole un indigena varios ejemplares de una especie de eucaliptus, y deseoso de obtener algunos pormenores sobre la planta le preguntó: ¿es un árbol alto? Á lo que en seguida el interrogado contestó afirmativamente. No estando completamente satisfecho volvió á preguntar: ¿es un matojo? Y un *sí* fué igualmente la respuesta... Los damaras tienen gran dificultad para contar más de cinco unidades, porque no les queda otra mano con que asegurar lo ya contado. Existen coleccionados muchos datos, y pueden citarse muchos ejemplos, semejantes al anterior, del caso alcance del pensamiento del hombre primitivo <sup>1</sup>.

1 Véase Lubbock, *Origin of Civilization*, págs. 8, 9; Spencer, *Data of Sociology*, págs. 94 y siguientes.

Puede admitirse, por tanto, que el hombre primitivo, en cuanto podemos saber de su historia, escrita por él mismo, se halla perfectamente representado por un niño de nuestra época.

Las conclusiones á que Mr. Spencer tiende son: á que las primeras concepciones respecto á enfermedades, muertes, grandes poderes y religión que forma el fuerte é infantil salvaje son debidas á los sueños y á los ataques de epilepsia. El robusto salvaje no hace conjeturas sobre la vida y la muerte hasta que ve á sus hermanos presa de convulsiones, y en nada piensa hasta que no ha meditado sobre los sueños que no puede separar de las realidades causadas por el hambre ó por la indigestión. Estas dos proposiciones son insostenibles. El caso del niño es por sí mismo una ilustración de este error. Si á un niño de tres años que pueda correr, jugar y hablar se le pregunta por sus sueños, se le pinta cualquier cosa que pueda repetir ó se hace que sus hermanos de cinco ó seis años le hagan preguntas á su modo, todas las contestaciones serán semejantes á las que da el hombre primitivo y expresivas del estado intelectual de éste; y será una rotunda negación respecto á sueños y cosas semejantes ó un *porque sí* á las más absurdas sugerencias. Por otra parte mostradle una pintura al tal muchacho y distinguirá perfectamente la imagen que ya haya asociado á un sér viviente, como por ejemplo la del perro que tiene á su lado; pero mejor aun, tocad ó cantad algo y de día en día le veréis tener más fuertes y más claros recuerdos del ritmo y del tono.

El hombre primitivo que vive en la naturaleza más pura y de sus más toscos productos, ¿desconoce por completo el mundo de los vientos, del mar y del

cielo y no se desvela su dormido espíritu sino por los sueños ó las enfermedades? Inútil es decir que no afirmo que un niño no pueda tener sueños ni que no piense en ellos. Puede creer que son reales y no formarse idea de su no realidad. Esto es perfectamente concebible; pero de igual manera no hará en sus juegos diarios ninguna indicación de una vida distinta de la que realmente hace. Su vida soñada será un traslado de la que tiene durante la vigilia, pero no ejercerá sobre él el efecto que tiene sobre muchas modernas tribus salvajes, y esto ocurrirá porque, antes que nazca la facultad de interpretar los sueños, la imaginación del niño civilizado se distrae con otras cosas. ¿Pero puede admitirse, por qué la facultad de interpretar los sueños exija tiempo para desarrollarse, que durante todo este tiempo el hombre primitivo ha de estar ciego é insensible á la acción de la naturaleza externa y á la influencia de sus semejantes? Creo, por tanto, que el mitólogo, como lo llama Mr. Spencer, comprende con más exactitud que este pensador, las ideas y sentimientos del hombre á medio civilizar. Mr. Spencer omite el primer paso, y si esto se le consiente, sin duda, le será lícito arreglar la cuenta de la sociología de cualquier modo. Ningún pensador ni escritor de los tiempos presentes puede formarse verdadera idea, absolutamente verdadera, del hombre primitivo por las tribus y pueblos que han quedado tan atrás en la carrera de la vida y que se nos presentan como viviendo en condiciones que podemos llamar prehistóricas. Mr. Spencer supone que podemos juzgar del pasado por el presente en muchas cosas, que otros consideran como muy susceptibles de alteración, posiblemente ligadas á la variación mental corres-

pondiente á la física, ó á la inferioridad social—si no degradación—de los pueblos entre quienes hoy las hallamos.

El profesor Max Müller ha dicho: cuanto más atrás vayamos, cuando examinemos los primeros gérmenes de las religiones, creo que encontraremos la más pura concepción de la Deidad. Mr. Spencer considera este aserto como debido á una perversión del entendimiento, debida á considerar los hechos en un orden equivocado. No soy el llamado á examinar aquí las primitivas concepciones de Dios; pero no tengo duda, hablando por mis propios estudios, de los datos de sociología contenidos en la medicina popular—y, aun sin limitarme á estos solos datos—de que la primera intuición del hombre fué la concepción de un poder natural extraño. Digo esto á boca llena, porque pienso que si el hombre primitivo vió caer á su hermano herido del rayo, consideró su caída producida por una causa análoga á la que le hacía á él caer cuando era herido ó cuando se desplomaba un árbol sobre su cabeza. La causa era exterior, pero invisible; no conocía la razón de ella: ¿Cómo, pues, no preguntarse por la relación que tenía aquella fuerza externa que le hacía caer á él y á su hermano? Como un niño recibía la impresión de algo que no estaba en él y que se asemejaba á él en los resultados que producía; pero se diferenciaba de él en ser invisible.

Mr. Spencer encuentra un argumento contra naturaleza en el recuerdo del hecho que el sol, que le es familiar, no despierte en el niño ninguna clase de miedo. Reconstruyendo su niñez, continúa, nadie recuerda sentimiento de temor alguno en sí ni en ninguno de sus compañeros que sea produci-

da por el objeto más sorprendente de la naturaleza. Además, ¿qué aldeana, qué muchacha, por rústica que sea, da muestras de sentir la más ligera reverencia por el sol? Contemplado en ocasiones, admirado quizás al ocultarse, jamás produce nada del sentimiento llamado adoración, etc. <sup>1</sup>.

Este es un ejemplo desdichado, porque si hay alguna relación positiva en la que el niño de hoy difiera del hombre primitivo, es en las diferentes condiciones de su vida diaria. Mentalmente las concepciones de uno pueden justificadamente servir para ilustrar las de otro, pero los métodos de vida difieren de una manera enorme. ¿Cuándo, por ejemplo, ve el niño levantarse ó ponerse el sol? ¿Hasta qué punto depende del calor del sol su propio calor vital? ¿Qué significa el invierno más que los fuegos del hogar? ¿Qué representa la noche más que la hora de irse á la cama? No hay analogía entre las condiciones de vida del niño civilizado y las de la del salvaje. Éste sabe que cuando aquella bola distante aparece, hay luz; cuando aparentemente, se ha destruido ó corrido á través del firmamento, no hay luz, esto es, hay oscuridad. Esta es seguramente la más primitiva de las concepciones. El salvaje no teoriza acerca de esto, ni construye mitos; recibe los hechos de la luz y de la oscuridad; pero al recibir estos hechos ejercita de un modo inconscio el pensamiento, antes seguramente de considerar sus sueños (los cuales, por regla general, sólo viven cuando el sol se ha ido), y mucho más antes de especular respecto á las convulsiones nerviosas del amigo ó del enemigo. No es necesario para nues-

<sup>1</sup> *Date of Sociology*, Apéndice B, p. t.

tro argumento imaginarse el salvaje como dado á «ficciones imaginativas». Más bien parece imponerse esta necesidad para sostener los argumentos de aquéllos, que, al poner, si se permite la frase, su mano sobre las primeras líneas de la historia de la cultura, empiezan por el segundo párrafo. Ciertamente los salvajes están caracterizados por la falta de imaginación, pero se excitan principalmente, cuando se excita ésta, por los hechos que la solicitan sugestivamente. Estoy muy lejos de negar la gran importancia que atribuyen los hombres que, aparentemente, representan al hombre primitivo, á los sueños y fantasmas ó espíritus de los muertos. He reconocido esto como la tercera teoría primitiva del origen de la enfermedad y de la muerte, pero en cuanto á los límites á que quiere llevarse esta teoría, opino que aun sin contar las posibilidades de la revelación peculiar espiritual — inconcebible para nosotros, si se limita á los hechos enseñados por Mr. Spencer — el hombre primitivo fué influido, ante todo, por los hechos de la naturaleza animada ó inanimada (no humana); los hechos de la vida humana, vistos en acciones correlativas de sus hermanos sanos, unos actuando y reactuando, modificando, transformando; otros de tiempo en tiempo y según las capacidades, el medio, la salud y las circunstancias del hombre variaban. Después de esto admito plenamente la importancia de la teoría de los fantasmas y la posibilidad de que esta teoría afecte tanto á las primeras concepciones, que algunos, arguyendo de meros hechos posteriores, é ignorando las condiciones sucesivas de la vida verdadera del hombre primitivo, puedan muy bien creer que las sencillas influencias de sus compañe-

ros y de la pura naturaleza no sean reales, sino imaginarias. Ellas, sin embargo, necesariamente no son falsas ni están desprovistas de realidad, porque no puedan ahora ser completamente probados los hechos por los argumentos que Mr. Spencer puede sólo emplear.

Por estas razones insisto en mi primera clasificación de las teorías sobre el origen de la enfermedad y la muerte, que creo han afectado al hombre primitivo. Los datos presentados ántes no necesitan repetirse, pero haré notar, como advertencia necesaria, que los datos coleccionados con referencia á las dos primeras teorías, no están encadenados para probar las conclusiones establecidas aquí. Aunque fuesen completamente satisfactorios para comprobar la existencia de un estado de sociedad semejante al del hombre primitivo que pudiera suministrar-nos clara evidencia respecto á sus concepciones intelectuales, no establecería ningún argumento sobre ellos <sup>1</sup>. Podemos ver perfectamente algo más que ladrillos y piedras al contemplar un magnífico

1 Aun el mismo Mr. Spencer no parece mirar al hombre primitivo como exactamente representado por los pueblos de que ha recogido las supersticiones y creencias en que funda su teoría. «Determinar qué concepciones son ciertamente primitivas, sería fácil si tuviéramos las narraciones de los hombres primitivos. Pero hay varias razones para sospechar que aun existiendo hombres de los tipos inferiores, formando grupos sociales de los géneros más sencillos, no bastan para darnos á conocer cómo fueron originariamente los hombres. Probablemente muchos de ellos, si no todos, tienen antepasados que vivieron en condición intelectual mejor y entre sus creencias quedan algunas que fueron desenvueltas durante aquellos estados superiores. Esto es perfectamente posible, y creo altamente probable, que el retroceso sea tan frecuente como el adelanto». *Data of Sociology*, pág. 106.

palacio, pero tenemos que estar seguros de que están allí. Podemos admitir que un gran rio está alimentado por muchos tributarios, aunque sólo lo veamos dilatarse al verter sus aguas en el mar. En una palabra, no necesitamos, y debemos prescindir de las presunciones de razón cuando examinamos los hechos.

En las anteriores notas me refiero al sistema de filosofía de Mr. Spencer sólo hasta el punto en que me parece incompatible con el estudio correcto de la Medicina popular, y del punto que ésta ocupa en la historia de la civilización.

Volviendo á la misma Medicina popular, en los capitulos que preceden he procurado mostrar el interés y la importancia que ofrece el estudio de ella. Encantos, hechizos, amuletos triviales y poco importantes en si mismos y con referencia á la medicina moderna, toman un aspecto completamente diferente cuando los consideramos en masa y como un todo, para ilustración de este progreso moral de la sociedad que está más correctamente indicado por la palabra *cultura* que *civilización*. Entonces dejan de ser hechos meramente ridiculos ó absurdos y sin importancia alguna; son realmente más que esto, son como árboles sin hojas en invierno, desnudos é inhospitalarios, pero todavía útiles para señalar el camino que la nieve ha ocultado. Con su auxilio volvemos á la via antes que la noche lo cubra todo.

No es de extrañar que la recolección de los restos del saber supersticioso haya sido ridiculizada; pero si es mucho más admirable que tanto saber antiguo permanezca oculto y embebido en el lenguaje común y en el pensamiento ordinario. Es notable que

en el día presente podamos con tanta frecuencia referir una costumbre ó dicho á tiempo de remota antigüedad. La conclusión á que la posibilidad de señalar el origen de nuestra cultura en sus primeros días parece tender, es esta: tanto intelectual como físicamente, podemos estudiar con bastante aproximación el pasado en el presente. Sabemos que en Escocia se encuentra todavía la vida de las cavernas, en la Behú de Wick, y que en las Hébridas existen casas como colmenas que están aún habitadas; y al mismo tiempo no ignoramos, por las colecciones del folk-lore hechas recientemente, que hay hombres y mujeres que viven hoy en nuestras naciones civilizadas, cuyo poder de razonar sobre ciertos asuntos, no ha adelantado más allá de los límites que consideramos adecuadamente indicados en los cuentos de las tribus bárbaras y semibárbaras (pero no necesariamente primitivas.) La enseñanza intelectual y la civilización caminan irregularmente; con gran rapidez en unos casos, con gran lentitud en otros. Así hay en la civilización la posibilidad de que coexista el emporio del lujo en Londres, y la más primitiva barbarie en el Norte de Escocia; y en la cultura hay la posibilidad de centenares y millones de cerebros educados, que coexisten con infinidad de hombres cuyas facultades de pensar están todavía dormidas. Pero estos dos casos de civilización y de cultura no son completamente paralelos. Hay una gran diferencia. No podemos esperar encontrar cuevas sirviendo de moradas en cualquier parte de las orillas del Támesis; pero es fácil hallar en una casa y bajo el mismo techo á un estudiante de la ciencia más moderna y á un aldeano que todavía ande á caza del helecho que ha de hacerlo invis-

ble y que salude respetuosamente á una marica ó urraca. La porción mejor educada del mundo forma la autoridad respecto á los que están menos educados; esto, por lo natural de las cosas, debió siempre ocurrir; y cualquier juicio que se emita, debe aparecer justificado á lo menos desde este punto de vista. Este es un caso en que el valor del estudio del folk-lore se hace claro y patente. Los pensamientos comunes ordinarios, del cuerpo real del pueblo deben ser por él contrastados; mediante él sabemos sobre qué descansan nuestras conjeturas é hipótesis. Nosotros no podemos adquirir ninguna clara afirmación de esta ó aquella creencia; somos como los niños de la escuela que no escriben ensayos literarios en sus primeros años, sino que empiezan por aprender los signos, luego combinan estos formando palabras, y por último combinan las palabras en cláusulas. Aprender los signos es la parte principal y más importante de esta tarea; aprendido esto, lo demás sigue perfectamente su curso. De este modo el coleccionar los proverbios, dichos y supersticiones de cada ciudad, región ó país es lo principal; dado este paso, puede obtenerse una concepción más amplia de todo lo que lo recogido representa. Finalmente, dos ventajas resultan de la investigación: en primer lugar, hay algo que se aprende por el estudio del presente vivo de lo que ha sido considerado como pasado muerto; por el momento se han vuelto las tornas en favor de la parte más ilustrada de la sociedad y se ve la nación tal como es, no como aparece á una clase de educación y enseñanza peculiares; en segundo lugar, podemos echar una mirada retrospectiva sobre la historia intelectual de nuestro pueblo con alguna certe-

za de que esta historia no es completamente ilegible.

Recoger frases antiguas y fragmentos del folk-lore y enlazarlos para solaz y entretenimiento del curioso no es investigar el folk-lore; es más bien atraer el inmerecido ridículo sobre un estudio que no tiene por objeto el distraer las horas de holganza, sino la investigación de uno de los más grandes problemas que el hombre puede resolver: el crecimiento y desarrollo de sus facultades intelectuales. Si los cultivadores del folk-lore se propusiesen un fin de más bajo vuelo no podrían pedir para sus estudios seria consideración, ni merecerían obtener simpatías ni auxilio para su obra. El folk-lore debe ser considerado como una contribución seria á la historia de la vida humana en este mundo, desde la aurora de la inteligencia humana, y sus trabajos deben estar basados sobre la investigación de los hábitos primitivos y primitivas fases del pensamiento. No aparece vano creer que por tal investigación hay más probabilidad de ultimar el conocimiento de este difícil asunto que por otro camino y, si es posible como creo, remontarnos por medio del folk-lore á las edades anteriores, y lo que es más importante, á los estados de vida y pensamiento que por otro camino no pueden en modo alguno ser alcanzados, paso á paso, aunque muy lentamente, la obra avanzará. Como pequeña contribución á esta obra se han recogido las notas que componen este libro.

En una relación puede decirse que este libro se desvía de las líneas indicadas por los tres grandes maestros en el campo de la investigación sociológica, Spencer, Tylor y Lubbock. He sacado más ejemplos de las varias ramas de la medicina popular del folk-lore de nuestro país que del extranjero y los

países salvajes. Admito completamente que hasta mis compatriotas más ignorantes en las islas Británicas están mucho más adelantados que el hombre primitivo; que tienen necesidades, lujos, deseos y ambiciones que sólo son realizables por la raza humana después de una larga enseñanza. Pero en cierto sentido, que me parece muy digno de notarse, muchos de mis compatriotas están *en* la civilización, pero no son *de* ella. Hasta donde conviene á la vida social, hasta donde depende de la de los otros ó está con ella conexas, son representantes y tipos únicamente de su clase en la sociedad moderna. Pero esto sólo es un aspecto de su vida. En tanto cuanto su situación mental no dependa de hábitos impuestos por circunstancias exteriores, se hallan fuera del círculo de las ideas modernas. Por ejemplo, un hombre como al que me vengo refiriendo iba á la iglesia toda su vida como lo hicieron sus padres y no oía nada excepto el murmullo «de la voz del párroco», que sonaba para él como el de un reloj.

«Votará por la Iglesia y el Estado, é irá envuelto por la corriente de las cosas exteriores que no sabe de dónde viene ni adónde va. Mentalmente tiene dos concepciones. Es difícil determinar la vasta profundidad que media entre las nociones que simplemente ha recibido, como recibe el agua una vasija vacía, y las nociones que de su propia investigación ha obtenido, como un salvaje saca una canoa de un tronco. De semejante estado puede servir de ejemplo el mismo labriego del Norte.

No entiendo lo que significa, pero pienso que tengo algo que decir. Y digo lo que creo debo decir y me marcho.

Un hombre semejante recibe la opinión exterior sobre las cosas; se ciñe á la costumbre, para él más fuerte que el hierro; como el tibetano hace girar su rueda de rezos, y una vez hecho lo que la costumbre le impone se retira.

El otro estado, el del pensamiento elaborado, se esclarece por las explicaciones vulgares de las cosas corrientes en la vida diaria; por ejemplo, los fuegos fatuos de los pantanos de lodo nacen de algo radiante que se ha personalizado y nombrado *Fuego fatuo*. Si hay una luz alguien debe llevarla, y como la luz se mueve, debe ser una persona quien la lleva.

Vemos pues que la simple receptividad inconsciente, privada de ese espíritu de investigación que caracteriza á las razas humanas inferiores, es compatible con un alto grado particular de cultura relativa. El proceso que tiende á la supervivencia del más apto continúa más despacio ahora que antes. Debe recordarse también que una planta humana que no ha medrado, ejerce incalculablemente una influencia mayor sobre su especie que lo que cualquier analogía de la vida vegetal pudiera ilustrar. Así con la supervivencia de formas incompletas de pensamiento, ó inteligencias extraviadas, árboles mentales que no han medrado, tenemos que considerar también el efecto de su influencia humana, pues sólo al observador puede la incapacidad natural de la inteligencia humana hacerlo aparente. Todos hemos visto ciegos cuya vanidad ó sensibilidad les ha enseñado de tal modo á simular que tienen vista, que, á no haberlo sabido, apenas podríamos decir que no veían el sol, y no leían libros; del mismo modo hay cientos, millares de hombres, entre nuestros compatriotas, cuya incapacidad in-

telectual es casi imposible describir. No puede ser descubierta por sus hábitos, por sus formas habituales de vida, por los alimentos que comen, por sus votos, por su asistencia á la iglesia, pero podemos conocerla por sus cuentos, sus proverbios, supersticiones, y sus hechizos.

Es uno de los resultados naturales con que afortunada ó desgraciadamente tropieza el que se entrega á esta labor retrospectiva que según trabaja desentierra hechos que difieren tanto en su uso y su valor, como el oro y la plata del estaño y el plomo. Aquí tropezamos con un pormenor que falta de un mito muy antiguo donde esperábamos encontrarlo, allí encontramos un incidente que ilustra el desarrollo de hechos modernos en fábulas también modernas. Así, hay dos procesos continuamente ante nosotros. Por una parte acumulamos eslabones de esta gran cadena que nos conduce desde Piccadilly al Jardín del Edén, y por otra vemos el desarrollo de nuevas líneas de pensamiento más propias del dominio del político que del hombre dedicado al estudio de la cultura, siquiera considerados comprensivamente sean por supuesto materia para el mismo estudio. En una palabra, vemos cómo las naciones crecieron y cómo crece una nación.

Esto nos trae después á considerar otro aspecto del estudio de la historia de la civilización. No es sólo para divertir al curioso como he dicho, para lo que la cultura ha de ser estudiada; y aun añadiré, que no es sólo para la edificación de los historiadores del género humano para los que tan laboriosamente este cúmulo de hechos se recopilan, clasifican y describen. Sería, después de todo, obra de poca monta proveer meramente á un archivo de los

progresos del hombre en la vida, trabajo y pensamiento, si nada hubiera de aprenderse de ello para lo futuro. La cultura, rectamente estudiada, debe ser no sólo un paso que nos dé á conocer los arrecifes y bancos de arena felizmente pasados, sino también el indicador de los canalizos que se extiende delante del serviola. Se ha objetado muchas veces á la arqueología que su tendencia es retrógrada y no progresiva, que los objetos en que malgasta tiempo, cuidado y dinero son de poco valor para el que necesita vivir consagrado á más útiles y reproductivas tareas; y que el tiempo, el trabajo y el dinero han sido igualmente disipados—que es como si dijéramos, valiéndonos de una comparación, que aquellos botes de preciosos y maravillosos ungüentos podrian haber sido vendidos y dados á los pobres — y no vertidos en el suelo, sin provecho para el piso, ni beneficio real para el despilfarrador.

Á quienes esto creen puede darse una breve y expedita respuesta. Admitimos que más de una vez la erudición y la riqueza hayan sido malgastadas en asuntos que, aunque si no completamente sin valor, tuvieron por lo menos poca importancia relativamente al bienestar intelectual ó físico del hombre. Queda, sin embargo, un residuo importante de esos trabajos, completamente independiente del beneficio hecho á la historia y al arte de las investigaciones arqueológicas; hay desde luego muchas ventajas positivas de que el mundo pudiera de otro modo estar ignorante. ¿A qué debemos el renacimiento de Italia y del Sur de Europa?—¿Á qué en nuestros días el renacimiento gótico?—¿Á qué los centenares de artes que hacen nuestra vida diaria más bella para aquellos que tienen descanso y ri-

queza y más variada, si no más feliz, para el pobre desgraciado, que éste lo fué en edades anteriores de la historia del mundo? Sin disputa, la respuesta que seguramente se dará á estas preguntas es la de que, todo esto es debido en gran manera al inteligente estudio de las cosas del pasado, y un estudio inteligente de las cosas del pasado es la arqueología.

Para la arqueología del pensamiento aducimos los mismos argumentos añadiendo además una sensible distinción y diferencia.

Pocas cosas hay que den á conocer mejor las extrañas paradas y pausas mentales del pueblo que el observar cómo la superstición brota en medio de la educación moderna. El mismo sol que reanima el trigo, da nuevo vigor á la zizaña. Todos conocemos cuán temido es aún el mal de ojo; cuánto, particularmente en Oriente, se teme que elogien con efusión la belleza de su hijo—cuán grande es la tendencia en las comunidades primitivas á evitar la excesiva alabanza ó congratulación para que no sobrevenga la mala fortuna—vengadora de la buena ventura. En la actualidad, se cree que el poder de hacer daño reside particularmente en personas determinadas que son temidas, evitadas y propiciadas como deidades superiores. Su mirada es una maldición, su presencia una nube. Su mala influencia se ahuyenta con amuletos y signos místicos. Actualmente la creencia en la *jettatura*, como todos sabemos, existe aún en muy diversas formas y en muchos países.

Tomemos otro ejemplo que surge del anterior en realidad. De la mala influencia personal, se llega al fin á ligar ésta á las cosas. Así los objetos bendecidos ó maldecidos por las brujas, alfileres, anima-

les, alimentos, todo puede ser causa de daño. Su presencia asociada en el pasado con la muerte ó la desgracia, puede ser ominosa, y causa de desaliento y terror en el presente. Buen ejemplo de esto es la creencia de que guardar el papel de luto es de mal agüero. Es claro lo que esto significa. El papel con los cantos negros se emplea sólo cuando la muerte entra en una casa y nada más que en este caso. Luego conservarlo en una casa será como sentir la sombra de la muerte; y si se percibe ¿no estará presente? Pero esta debe ser una superstición muy moderna. El papel de luto es de invención reciente. ¡De cuán extraña manera el misterioso pasado rige el utilitarismo presente!»

También es noticia de que á diario nos informan los periódicos, que con mucha frecuencia, si no siempre, se observa que los ladrones llevan un pedazo de carbón en el bolsillo. ¿Por qué usan esto? Seguramente un rufián moderno, que conoce algo de la dinamita y la glicerina, y está mejor enterado del uso de las armas de fuego, que muchos de aquellos que lo cazan ó son asaltados por él, no pueden estar bajo la dependencia de un amuleto. Esto parece fuera de toda duda. No sé que el carbón tenga ningún misterio en el saber de las gentes, pero me atrevo á suponer que su *color* puede sugerir muy confusa y remotamente á la imaginación del ratero remotas y nebulosas consejas relativas á la invisibilidad. Hay aquí materia para un curioso estudio fisiológico, que abarca dos cuestiones; primera, cómo llega el rufián á pensar en un amuleto y qué cree que es ó puede hacer; y segunda, cómo pone la sombra de un cuento asiático en un pedazo de carbón robado al pasar un carro.

¿Pero qué puesto corresponde á la Medicina popular en el gran libro de la cultura? Esta pregunta no puede menos de presentarse por si misma una y otra vez á todos los que han examinado, encantos, amuletos, ensalmos y brujerías. Sabemos que Mr. Spencer construye sobre lo que considera el fundamento primario del pensamiento, toda su filosofía, y ya he hecho constar mis objeciones á su conclusión. Sin embargo, no difiero de él en cuanto á la importancia de la sociología, y como contribución á la historia de la cultura de la sociedad he escrito este libro. Construir aisladamente la teoría de la Medicina popular es imposible, porque esta se ha formado de muy variados y distintos materiales; pero quizá no sea vana ilusión el esperar que en el estudio de los hechos coleccionados y clasificados se encuentre alguna ilustración para la historia intelectual del hombre, y que las investigaciones sobre encantos, amuletos, talismanes, supersticiones y brujerías, no sean cosas indignas de un análisis sistemático.

---

CARTAS SOBRE MEDICINA POPULAR

DEL

DOCTOR D. FEDERICO RUBIO

*Presidente de la Sección de Medicina*

DEL

**FOLK-LORE CASTELLANO**

ARTS SCIENCE MEDICINE POPULAR

DOCTOR D. FEDERICO RUBIO

Tratado de la Medicina Popular

EN LA CIUDAD DE MADRID

## CARTA PRIMERA

*Sr. D. Antonio Machado y Alvarez.*

Mi querido amigo: Me pidió V. un apéndice ó prólogo para su traducción de la curiosa obra inglesa de Mr. William G. Black sobre medicina popular, y, ¡necio de mí! por debilidad ó ignorancia, le prometí complacerle.

Me ha remitido V. sus capillas, y al echar mano á la tarea para cumplir mi compromiso, apenas comencé á leerlas sentí escalofríos.

Al mismísimo diablo no se le ocurriría elegir persona más incompetente é inepta para el caso.

Carezco de tiempo, V. lo sabe, para escribir sobre un asunto que necesita tanta investigación; paciencia para registrar libracos, y cacumen para meterse en tales honduras: que no es broma; leyendo el libro, he venido á caer en que para nada se necesita más ciencia que para entender y tratar los asuntos vulgares.

Ahí es friolera meter el cuarto á espadas en cosas que se pierden en la noche de los tiempos y que arrancan de antes que se escribiera la Biblia!

Así, V. me ha de dispensar que falte á la palabra empeñada.

Nadita puedo decirle que sea de provecho, y menos para salir á la vergüenza en letras de molde.

Si V. quiere, conténtese con agregar á su traducción lo que relata D. Eugenio Olavarria y que indica Mr. Black en su prefacio.

Si me aspan no le podré decir más que lo que he visto en nuestra queridísima Andalucía y que usted habrá visto como yo: cosas ridiculas, cual la cura de los gallegos despaletillados.

Uno de esos pobretes que van allá para aliviar los burros y cargar barriles de agua, de pronto se pone malo. No se puede mover ni hacer fuerzas ni ganarse la vida; y él y sus compañeros dicen, juran y perjuran que está *despaletillado*.

Uno de ellos, de mayor edad, saber y gobierno, se erige en médico del paciente, propinándole una soba de rodillazos en la boca del estómago, unos tirones de los brazos y las piernas y unos estrujones por aquí y por allí, capaces de destornillar y hacer papillas á cualquiera prójimo que no tuviese las carnes tan firmes y apretadas como las de un gallego.

Por lo general con esto se sienten bien á los cuatro ó cinco días y capaces de cargar la cuba; pero caso de no, le aplican una bisma de estopa y pez que le coge desde el pezcuezo hasta el ombligo; y ya pegada y firme, de un tirón, zas, se la arrancan, y no hay despaletillado que resista.

Y como del hilo sale el ovillo, aquí se me ocurre otra cosa que contar y que ya se le habrá venido á usted á las mientes: la *morriña* gallega: esa cosa que ellos padecen y de la que algunos suelen morir, y que, en resumidas cuentas, después de pasar años y siglos sin saber la ciencia lo que era, hace poco

ha podido descubrir, que es nada menos que la enfermedad de la *nostalgia*:

Ya V. lo ve el tiempo que ha tardado la ciencia en hacer el descubrimiento; aunque *á decir verdad como hombre honrado*, no me parece que hemos adelantado los científicos gran cosa con nuestras elucubraciones. Nostalgia la llamamos los peritos, morriña la llamaban los gallegos hace siglos. ¿Qué más da un nombre que otro?

Que esa enfermedad se origina por la ausencia de la patria; eso hemos averiguado los doctores.

Que venia por la tristeza de dejar la tierra; eso sabían los gallegos.

Que se cura con la distraccion, y si no basta, volviéndolos á sus lares. Pues eso lo sabían perfectamente los *amorrados*; y aun saben más, que se curan oyendo tocar la gaita, y particularmente si tocan la *muñeira*.

Y amigo D. Antonio, ya se acabó el hilo...

Me parece, no obstante, que en España debemos tener una madeja muy grande y muy enredada sobre el particular.

Ello es, que en lo poco que he corrido por el mundo, no he visto tantas clases de gente como en este rincón de España.

Voy á Inglaterra y apenas distingo más que dos familias, la vencedora y la vencida; y después de todo, poco distintas. Ingleses conquistadores é ingleses conquistados; si no hermanos, parecen primos.

En el centro de Francia, sobre poco más ó menos. En sus fronteras y costas, se ve más variedad.

En Austria y Alemania, grandes manchones de unas ú otras gentes, que podrán venir de más cerca

ó de más lejos; pero parecen simples variedades de dos ó tres familias.

En Italia la cosa se complica; pero la confusión babilónica donde la tenemos es aquí, en esta abigarrada España.

Después de todo se comprende muy bien. La situación geográfica de los pueblos es factor importante en la mezcla y cruza de las gentes.

Puesto que de cosas vulgares se trata, yo me las explico por un simil vulgar.

La sirvienta comienza á barrer mi despacho por la cabecera. Las primeras escobadas juntan un tanto de polvo. Las siguientes, al anterior, el que corresponda á la nueva superficie y algunas pelusas de la alfombra. Sigue barriendo, y ya se agregan algunos pedazos de papeles. Sigue más, y ya se unen al montón las puntillas de cigarro, un alfiler caído, quizá alguna piedra preciosa desmontada y perdida, etc., etc., y cuando llega la escoba al fin de la sala, allí viene la totalidad de las barreduras y todo revuelto y confundido.

Lo mismo sucede con las gentes. Del Asia, barren hacia Europa, y sigue el barrido hasta donde llega la tierra. Y como España resultaba el fondo del saco y el último rincón del mundo conocido, aquí venía la suma de todas las castas y de todas sus gentes.

Así es la verdad; y así merece, mi buen amigo D. Antonio, fijarse en los tipos españoles. Fuera de los riñones de las provincias vascas, ya se ve la variedad. En Cataluña seis ó siete castas cuando menos. Algo menos en Navarra. Más en Aragón. Innumerables en Valencia, y así corre la costa de más en más, hasta la provincia de Huelva.

Aunque no tanto, se nota parecido en las costas oceánicas desde Galicia á Bilbao, lo cual nada tiene de extraño, dada la navegación más frecuente en la antigüedad por el lado del Sur. Pero lo singular es lo que pasa en las provincias interiores, Castilla, León, etc.

En el litoral, las castas y familias diferentes han adoptado vestidos, hábitos y costumbres similares, siendo necesario estudiarlas detenidamente para apreciar los diversos orígenes y las mezclas. Pero en el interior conservan más sus tipos diferenciales, y más puros, usos, costumbres é indumentaria.

Tales circunstancias hacen que se presenten con los contornos más limpios, mejor delineados, y que esto permita apreciar la multitud de pueblos de origen distinto que componen la nación.

Poblaciones distantes una legua están habitadas por gentes que en nada se parecerían á las vecinas, si no fuera porque hablan igual idioma: diganlo los *Lagarterás*, los *Maragatos*, la raza *pequeñita* de Asturias y León, los *Vaqueros* y tantos otros que se podrían citar.

De mucho de esto nos da cuenta la historia. Hemos sufrido las invasiones asiáticas antiguas como el resto de Europa, y además la de los Fenicios, Cartagineses, Romanos, Bárbaros, Árabes y moriscos de cincuenta castas. Otras numerosas, si bien menos generales, que se han venido estableciendo aquí y allí, ya de Griegos, ya de Normandos, ya de Escandinavos; y á más de esto judíos que venían de muchas partes al olor del comercio; colonias de esclavos comprados para trabajar las minas, procedentes de África en ocasiones; otras de Persia, Babilonia ó Tiro.



¿Qué mucho, pues, que cada uno de estos pueblos haya traído sus tradiciones particulares, su saber popular y sus preocupaciones?

De lo dicho se deduce, y á eso voy, que España debe ser el país más rico en datos para ese género de estudios; y he aquí lo que me ha impresionado más en la lectura de la obra de Mr. Black, á saber: que casi todo lo que refiere, y tantos datos y noticias como ha recogido de uno y otro y estotro país, se encuentran y se pueden recoger en cualquiera de nuestras provincias; prueba fehaciente de que en una sola de las españolas existen restos de los varios pueblos y castas en que imperaron las susodichas preocupaciones, saber y ciencias.

Sin haberme ocupado de una manera especial en la materia, sin más que los datos adquiridos en la vida corriente, podría hacer un catálogo de medicina popular de Andalucía, con pocas cosas menos y algunas más que las que V. ha traducido como pertenecientes á Europa, Asia, África y Oceanía.

Ya nos salió al paso el *Despaletillado* y la *Morriña*. Si tuviese tiempo para escarbar, creo que no dejaríamos de tropezar con otras cosas peregrinas.

En fin, y á vuelapluma diré lo que recuerdo. De este modo agrandaré la enumeración del señor Olavarria.

Pero déjeme V. recordar cosas, y por si resultan largas, me parece mejor dejarlo para otra epístola de su afectísimo

FEDERICO RUBIO Y GALI.

Madrid, 24 de Marzo de 1889.

## CARTA SEGUNDA

*Sr. D. Antonio Machado y Alvarez.*

Mi querido amigo: Me parece que la cura de la picadura de la tarántula por medio de cierto toque de guitarra, es remedio popular que nos pertenece.

¿Vino esta costumbre con algún pueblo inmigrado?

¿Fué inventado aqui?

Lo ignoro, y no merece la pena de detener la carta una semana para rastrear bibliotecas y ver si puedo satisfacer la curiosidad.

Si puedo decir que el mundo científico lo tomaba á patraña, hasta que Vidal de Casis, en una de sus últimas ediciones de su obra de cirugía, tomó la cura en serio y la dió á conocer, asi como la música escrita en el pentagrama, que le fué remitida con las seguridades sobre la eficacia del remedio, por un médico rural de nuestro país.

Pues vaya ahora otra medicina que he visto usar en Andalucía algunas veces para la cura de la picadura del alacrán, la avispa y la abeja.

Un tanto impúdica es, pero el estudio no conoce ciertos rubores.

La medicina consiste en untar la picadura con magma prepucial.

Úsase también, machacar el alacrán que ha picado y ponerlo sobre la herida.

Como tratamiento general, tanto á la mordedura del perro rabioso, como de la vibora, alacrán y tarántula, se emplea la succión con la boca, y también la cauterización con una pella de yesca ó un tizón encendido.

Además, para la mordedura del perro usan el pelo frito del mismo, según describe Cervantes, y también beber agua en el casco de San Román. Por cierto que no sé dónde irán á buscar dicho casco, como el santo no tuviera muchos, dado que de esa medicina se habla en diversos y apartados lugares.

La terapéutica de la mordedura de la vibora es asimismo muy abundante.

Á más de lo antedicho, se emplea la hierba viborera en cocimiento y en polvo. La piedra viborera, que aplicada á la mordedura sustrae y chupa la ponzoña. La perforación de la parte mordida con una lezna, práctica singular y muy acreditada entre los cabreros de Sierra Morena y Extremadura.

Está de más añadir que en muchos de estos casos y principalmente en los de mordeduras de perros que se suponen rabiosos, suelen intervenir los *saludadores*, conocidos y famosos en todas las provincias de España.

Reina acerca de ellos la misma credulidad de que tienen una cruz en el cielo de la boca, que han nacido en viernes santo, etc.

Ofrecen los virus gran parentesco con las ponzoñas, y al pensar en ellos, desde el aspecto de la me-

dicina popular, tropiezo con un dato que por sí solo pone por encima de todas las medicinas populares del mundo la medicina popular española. Me refiero á la invención del mercurio como específico de la sífilis.

El mercurio y la quina son los dos medicamentos más valiosos de la terapéutica, y ambos proceden de la medicina folk-lórica de nuestra tierra. El conocimiento de la acción febrífuga y antitípica de la quina, sábese por todo el mundo que se debe á la condesa de Chinchón, cuya señora adquirió la noticia de los indios del Perú.

Menos claro está el origen del conocimiento de las propiedades antisifiliticas del mercurio; pero existe un documento fehaciente, que prueba, primero, que no nació en el campo de la ciencia, y segundo, que fué un hombre del pueblo español coetáneo á la aparición de la enfermedad, el primero, ó uno de los primeros, que curó con el mercurio.

El documento no puede ser más precioso. Está consignado en el primer tratado científico que se consagró al estudio de la sífilis. Posée el mérito singular de haberse escrito á raíz de la aparición de la calamidad. Refiérome al poema del licenciado Villalobos *sobre las contagiosas y malditas bubas*.

En tan valioso y singular escrito, después de discutir el origen y naturaleza del mal, y describir su sintomatología, de modo tan completo y tan perfecto que sobrepuja á lo escrito posteriormente hasta llegar á Hunter se da cuenta de la terapéutica, ó de los diversos remedios que por médicos y no médicos se venían empleando; y en la quinta estrofa, dedicada á la cura, dice:

«Mas otros curaban aquesta pasión,  
 »que siempre avían sido de albardas maestros,  
 »haciendo de azogue y de vnto vna vnción  
 »que dan al dolor muy gran mitigación,  
 »y aquesto era hecho por modos siniestros, etc.»

*Que siempre habian sido maestros de albardas.*  
 Esto es: que curaba con el mercurio un tio cualquiera, un albardonero, un hombre inculto, cuya sociedad se componia de burros y arrieros.

El licenciado Villalobos debió advertir, que, no obstante la rudeza é inéptitud de la persona, su remedio curaba los dolores, y no se atreve á negarlo; pero supone que sólo para los dolores, y no para lo demás de las bubas puede servir, y aun para desvirtuar el remedio, añade: *y aquesto era hecho por modos siniestros*; quiere decir, torcido, equivocado, perjudicial, ó lo que es lo mismo, que si bien curaba los dolores, era á expensas de mayores daños.

Luego resulta evidenciado: que el descubrimiento del específico de la sífilis apareció en España en el seno del pueblo infimo, empleándolo el primero, ó uno de los primeros, un hombre que tenia por oficio hacer albardas para burros y mulos.

Déjeme usted, amigo D. Antonio, que saboree el amorcillo propio. Yo creí que sobre medicina popular española no podría ensartar más que tonterías y topo con esto, que ya vale para que me perdone todas las que he dicho y las que pueda decir en adelante.

De otros remedios populares ó caseros, la lista sería demasiado larga.

Los hay del reino mineral, vegetal y animal. Casi todos ó la mayor parte de los consignados en la obra de su traducción. No considero pertinente

repetirlos porque V. me pidió un prefacio y no otro libro.

Pero, en fin, de los minerales, V. habrá visto en la plaza de los toros dar un batacazo á un picador, y habrá observado la solicitud con que corre á traerle un jarro de agua el mono sabio más cercano, y cómo coge un puñado de tierra, lo echa en el jarro y lo da á beber al contundido.

El agua fria bebida para evitar las consecuencias de los sustos y los golpes, es medicina tan general que por lo mismo puede pasar inadvertida en el folk-lore de otros países. Y es que hay muchas cosas que no se ven á fuerza de estarlas viendo á cada instante.

Ya el aditamento de la tierra es otra cosa, y sólo la he visto usar á los picadores.

Las hachas de piedra, principalmente las neolíticas, las considera el vulgo como piedras del rayo, y las suelen tomar por amuletos.

La mayor parte, si no todas las aguas minero-medicinales de España, y probablemente de los demás países, tienen su origen y su crédito en la medicina popular.

Las acompaña una tradición común. Ya un perro cubierto de arestin fué el descubridor del manantial y sus virtudes; ya un borrico sarnoso; ya un pastor.

Otras están ligadas con tradiciones religiosas, aunque éstas corresponden más bien á las fuentes y pozos.

Á las puertas de Madrid tenemos la fuente de San Isidro, y en ella la leyenda siguiente, si mal no me acuerdo, que relata el origen milagroso de la fuente y sus virtudes:

¡O aijada tan divina  
 Como el milagro la enseña,  
 Pues sacas agua de peña  
 Milagrosa y cristalina.  
 El labio al raudal inclina,  
 Y bebe de su dulzura,  
 Que San Isidro asegura  
 Que si con fe la beberes  
 Y calentura truxeres,  
 Volverás sin calentura.

Se ve claramente que aquí se repite el milagro de Moisés sacando agua de una peña, el uno con su báculo y San Isidro con su aijada.

Del reino vegetal no hay que decir.

Desde el laurel al musgo, cada árbol, arbusto ó planta tiene su virtud particular, supuesta por las gentes con más ó menos fundamento.

La ruda y la artemisa saben que sirven para las opiladas de verdad y de otras procedencias.

Hay remedios vegetales que nos son propios. No hay cocina en Andalucía en que no se vean colgantes cintas de cáscaras de naranjas. Pregunte usted que para qué las tienen y le contestarán que para los cólicos.

También guardan las cáscaras de granada para curar los flujos, la cebolla albarrana para muchos fines; la mejorana, el tomillo y otras hierbas, que cual las hojas de laurel, la alcaravea, hierbaluisa, orégano; etc., ya usan como condimento, ya también como medicina.

En toda casa se ve un tiesto—maceta le decimos nosotros—con la uña de león ó balsamina, cuyas virtudes son tantas, en opinión de las gentes, que resulta panacea. Para los callos, para la tos, para las heridas, las grietas y qué sé yo cuántas más cosas.

A unas plantas les conceden más fe que á otras; al apio, por ejemplo, de él se dice:

¿Tienes á tu hijo muerto  
teniendo apio en el huerto?

Saben que la pepita de calabaza y las hojas de hierbabuena expulsan las lombrices y la solitaria.

Hoy se considera impertinente discurrir sobre el fundamento y los orígenes de las cosas.

El positivismo, en sus intransigencias, niega valor á los conceptos discursivos; pero V. me perdóne, tengo la flaqueza de no contentarme con los hechos pelados.

Considero interesante y útil, además de curioso, investigar y discurrir sobre si la medicina científica procede de la vulgar ó la vulgar de la científica.

En esto entiendo que hay comunicación, penetración y circulación entre los conocimientos médicos de una y otra clase.

Ciertas drogas pasan desde el vulgo á los códigos terapéuticos, y otras de los códigos terapéuticos pasan al vulgo.

Lo dicho es la pura verdad, y esos hechos de transmisión se ven ocurrir patentemente en nuestros mismos días. Por si alguno lo duda, entre mil, citaré dos ejemplos.

Después de empuñar la piqueta Broussais y destruir el edificio de la medicina antigua quedó todo el cuerpo científico de la medicina reducido á la gastritis como patología y á las sangrias y la dieta de sustancia de pan, como terapéutica.

La reforma no podía ser más radical ni más sabia ni, sin embargo, más absurda ni de menos sentido común.

Con ella sucedió lo que tenía que suceder, á tal nihilismo respondió una reacción no menos científica tampoco, otro nihilismo: la Homeopatía; pero fundado en el principio negado en absoluto por la escuela fisiológica, á saber: en la virtualidad casi espiritual de los agentes medicamentosos, y en la *inidentidad absoluta* de los estados patológicos.

De este modo, la enfermedad resultaba el mero conjunto de los síntomas, y el medicamento no lo constituía la cantidad, sino la cualidad, hasta el punto de afirmar que á menos materia más virtualidad.

Antojósele al sistema que el árnica determinaba los mismos efectos y síntomas que los que produjera una paliza, declarando el árnica como específico poderoso contra toda vulneración, ya fuera por caída, trancazo ó cuchillada.

Afamóse con esto, y no fué necesario más. Pasó al vulgo, y durante muchos años, chico ó grande, culto ó inculto, se propinó el árnica por su propia cuenta á cualquier batacazo ó coscorrón. Pasarán los años, quedará el eco entre el vulgo ignorante, y seguirá usando el árnica como medicina popular.

Aquí vemos que la terapéutica científica pasa á la medicina del pueblo.

Pues veamos un hecho opuesto.

Llega á saberse que los indios del Perú mastican las hojas de la coca para resistir la fatiga de las marchas. Los médicos se apoderan de la noticia, y ordenan la coca como fortificante y restaurante; no consigue efecto y la administran como alimento de ahorro; no consiguen cosa y, casi á punto de descrédito, se descubre que embota la sensibilidad

local, obteniendo de la coca su alcaloide y con él la preciosa adquisición de la cocaína.

Aquí vemos que la ciencia del vulgo contribuye á la de los sabios con un utilísimo recurso.

Pues esto que vemos sucede en nuestros propios días ha venido ocurriendo por los siglos de los siglos.

Así, no hay más que leer á Dioscórides, ó sin ir tan lejos cualquier farmacopea antigua, para verla plagada de las mismas extravagancias y porquerías que se encuentran en la medicina del Folk-lore.

En esos libros y esos códices científicos encontramos la piedra bezoar, los excrementos de varios animales, el aceite de alacrán, el *oleum serpentarium*, la uña de la gran bestia; y en Dioscórides veréis cuán eficaz resulta para corregir la impotencia un barbo ahogado en vino.

Se dirá que aquellos eran tiempos bárbaros, y que no habia ciencia, propiamente dicha. Mucho decir es, negar la ciencia cuando ya habian andado por el mundo los Sócrates y Platones, los Hipócrates y Aristóteles; pero, en fin, señalemos otras épocas más recientes. La del siglo de oro; la llamada así por haber producido todos sus frutos el renacimiento y la reforma.

Pues en la botica del Real Sitio de San Ildefonso creada por entonces, encontraréis todavía la uña de la gran bestia, una gran colección de bezoares, como regios, el cráneo filosóficamente preparado, y cuantos trampantojos puedan imaginarse.

Á mi entender no sólo ha existido y sigue existiendo esa compenetración y ese comercio entre la terapéutica del pueblo y la de los sabios, sino que, á juzgar por lo que ocurre en otras esferas del arte

y de la ciencia, el comienzo, origen y fundamento de la medicina, como de la poesía, como de la jurisprudencia, como de la filosofía, como de las matemáticas, etc., etc., reside y partió del sentido común; esto es, del vulgo de las gentes.

Éstas, ya con su instinto, ya con su observación, ya con su lógica natural, vieron, observaron ó discurrieron una cosa, y esta cosa pasó á ser conocimiento ó embrión de saber; después otra, y luego otra, y los científicos relativos ó más sabidores, en cada época, fueron coleccionando aquellos saberes, relacionándolos como podían, ya con acierto, ya sin él; unas veces bajo un principio, ya á la vislumbre de otro, y así, de mayor á menor imperfección y de menor á mayor complicación, se han venido desenvolviendo las ciencias y las artes.

No hay duda que el primer médico no fué un doctor; ni el primero que ordenó un combate un general; ni el primero que inventó un refrán un académico.

Mirado el asunto de este modo, crece el interés del estudio de la medicina popular, viéndose en último término que la terapéutica obedece al mismo principio que la terapéutica de los sabios.

¿En qué fundan éstos la suya? Pues en el principio evidente de que hay cosas que aprovechan y que hay cosas que dañan.

¿Y en qué se funda la del vulgo? En la creencia de que hay cosas que benefician—*benéficas*—y hay cosas que hacen daño—*maléficas*, *maleficios*.

Considero, por tanto, que no digo ningún disparate afirmando que la ciencia, propiamente dicha, salió del saber, poco ó mucho, popular.

No hay duda que del refrán surgieron las ges-

tas, las coplas y los romances y hasta los poemas.

Examinemos un momento si es tan absurda como parece, la medicina popular.

Pues entre su terapéutica grotesca y la terapéutica de la escuela fisiológica, opto, y no se escandalicen, por la primera. Con todas las sangrias y las dietas y el cocimiento blanco de la una, no echaria del cuerpo una lombriz, mientras cualquier vieja haria el milagro con unas pepitas de calabaza machacadas.

Con todos sus razonamientos y todo su talento, no pudo el sabio Villalobos lo que el albardonero con su azogue.

Conviene recordar, por otra parte, el cuento que sirve de prólogo al Gil Blas de Santillana.

Pero dejemos esto para otra carta, que la presente se va alargando y no quiero abusar de su paciencia.

Procuraré ser más breve en la tercera y última.

Suyo afectisimo,

FEDERICO RUBIO Y GALI.

---



## CARTA TERCERA

---

*Sr. D. Antonio Machado y Alvarez.*

Mi querido amigo: escarbando en ciertos remedios populares, ridiculos y absurdos al parecer, se suele encontrar un fondo de verdad que deja atónito al pensador.

Examinemos, por ejemplo, el caso primero consignado en mi primera carta: la cura del *despale-tillado*.

Pues si se estudia á fondo, resulta que se trata del padecimiento que determina la rotura de fibras musculares, ocurridas por los esfuerzos que hay que hacer para cargar las cubas y otros pesos.

Bien es verdad que ellos no saben en qué consiste su pasión; pero tampoco lo sabian los médicos hasta ahora que lo digo; y el caso es que emplean como recurso terapéutico *el amasamiento*. Lo hacen groseramente y á su modo, sin saber por qué. Lo hacen por tradición é imitación de padres á hijos; pero la verdad es, que les da resultado, como también lo da á los curanderos algebristas, que en todas las provincias españolas aplican el amasamiento para curar los dolores, las distorsiones y las dislocaciones articulares.

Dada la explicación, ya no parece tan ridiculo el remedio, y menos hoy, cuando la ciencia ha concedido al *amasamiento* los honores de una *especialidad* en la terapéutica.

Ahora, los médicos, que nos atufábamos y ofendíamos cuando un patán tullido despreciaba nuestros medicamentos y consejos, y tomando el portante se marchaba á Tocina, para que la vieja medio bruja le curase, con los sobos y ensalmos que usa y sabe, caeremos en la cuenta de que, sabiendo más que el patán y que la bruja podemos saber menos.

Sigamos á cuentas con la *morriña*. Á algún médico se le ha ocurrido curar las enfermedades con la música; pero no consiguió cosa, y su idea resultó extravagante.

Sin embargo, para ciertos estados patéticos del ánimo, de la inervación y de la motilidad, es evidente que puede y debe tener aplicación.

Un ruido monótono hace dormir.

El aire de la tarantela en la agitación que produce la ponzoña de la tarántula, impulsa á saltar, sudar y eliminar la ponzoña.

La dulce muñeira alimenta el insatisfecho deseo de la patria y cura su pasión como la amada al amante.

¿Quiere esto decir que toda la medicina popular sea un prodigio de sabiduría?

Nada menos que eso, pero conviene á los médicos estudiarla profundamente y con cierto respeto, porque donde menos se piensa salta la liebre.

Y no son pocas las que saltan.

Por una casualidad he podido coger esta al salto. Hablando un día en el campo con un cazador, recajó la conversación sobre la picadura de la vibora

y me dijo: Yo no la tengo miedo; á mi perro le han picado varias veces, y á mi compañero le picó otra este año; pero yo llevo mi piedra en el zurrón y en seguida las curo.

—Hombre, ¿y qué piedra es esa?

—Pues una piedra que se saca del corazón del ciervo y que la tenía un compadre mio que ya ha muerto, y no la daba por ningún dinero del mundo.

—¿Y dice V. que es eficaz y que ha experimentado su virtud?

—Pues ya se ve. No hay más que aplicarla á la picadura. Se agarra y saca el veneno; pero para que no se caiga, se ata con un pañuelo ó con un trapo, y como si no hubiera picado el bicho.

—Dice V. que la trae en el morral; ¿tiene V. inconveniente en enseñármela?

—No, señor. Aquí la tiene V.

Sacó un trapo, y en él, cuidadosamente liada, habia una cosa, y mientras la descubria, añadió:—Necesita mucho cuidado, y después que saca el veneno lavarla bien con leche para que no pierda la virtud.

Quiere decir la misma tradición con puntos y comas, que trae Mr. Black en la obra que V. ha traducido, refiriéndose á la famosa piedra bezoar.

Yo habia visto en cierta botica antigua una pretendida piedra bezoar del tamaño y forma de un huevo de gallina y que, ó mucho me equivoco, ó no era otra cosa que un cálculo sacado de la vejiga ó de los intestinos de un hombre ú otro animal. Asi, cuando sacó su piedra el cazador me quedé sorprendido, porque examinándola bien, no me quedó género de duda de que no era piedra ni quien tal

pensó. Era simplemente un pedazo de asta de ciervo cortado al hilo y chamuscado hasta convertirse en carbón animal.

Aquello resultó para mí una revelación. En efecto: la tradición dice que la piedra bezoar se encuentra en el corazón de algunos ciervos. La de mi cazador, de ciervo era, aunque del cuerno y no del corazón.

Esa piedra maravillosa, no podía ser piedra realmente, sino para el concepto del vulgo y de los médicos antiguos, que no conociendo aún el hecho efectivo de la osificación de las válvulas cardíacas en los animales viejos, no podrían considerar como huesos, sino como piedras tales, aquellas concreciones.

El caso terapéutico y la verdadera virtualidad, de todos modos, quedaba perfecta y naturalmente explicado.

El hueso, ya proviniese del corazón, ya del cuerno, una vez quemado, reunía dos condiciones valiosas: primera, su porosidad fuertemente aspiradora de los líquidos: segunda, su propiedad como carbón animal, de descomponer y por consiguiente destruir los jugos ponzoñosos.

Volví su piedra al cazador sin decirle lo que era para no quitarle el mérito, y por mi parte no la eché en saco roto. Me procuré un pedazo de asta de ciervo, saqué un pedazo al hilo entre la parte compacta y esponjosa, la quemé á las ascuas, y estoy seguro de que poseo un verdadero talismán contra la mordedura de los animales ponzoñosos.

Ya van siendo mis cartas demasiado largas y suprimo muchas cosas que sabe todo el mundo.

Aquí, como en otras partes, cree el vulgo que la-

miendo un perro las úlceras de las piernas se curan perfectamente.

No tiene V. más que ver los cuadros que pintan á San Roque con el perro que se las lame.

También las curan con hojas de hiedra y otras plantas.

Está muy generalizada la creencia en las virtudes de la nuez de tres cascós.

Tengo noticias de un niño que se asfixió por habersele escurrido un pez que le metieron en la boca.

Curan los males de garganta con la madeja de color rojo enrollada al cuello.

Otros para los mismos casos creen eficaz rodear el cuello con una media.

La bayeta amarilla impregnada de orines, la usan para los dolores.

Tratar curarse las intermitentes inveteradas y otras enfermedades crónicas poniéndose la camisa de un sarnoso, se ve todos los días.

Dar á oler un zapato sudado y apestoso para curar los ataques de histero-epilepsia.

También dar á oler un mechón de lana recién quemada con el mismo objeto. Llaman á esta enfermedad *mal de madre*, y la curan—nótese bien— dando á la paciente con el puño grandes estrujones en la barriga. Esto es, apretando los ovarios, que es hoy una novedad en los tratados más recientes de neuropatología.

Cuando en el trismus se mordía la lengua la paciente, vi á una criada de la casa hacer que suspendieran los inútiles esfuerzos que estaban haciendo otras personas por abrir las mandíbulas á la enferma, apalancando con una cuchara. Tomando un pañuelo negro de seda, con uno de sus picos ó án-

gulos, cubrió la boca de la epilèptica, y aplicándole la suya con la tela intermedia, le echó su vaho, causándome sorpresa ver que la paciente aflojó las mandíbulas y soltó la lengua.

Cuando presencié tan extraña cura, era yo muy joven y no habia estudiado medicina. Ahora creo explicármelo por un efecto de sugestión.

Se suelen llevar sortijas de siete metales para el mal de corazón y contra el mal de ojos. Otras veces el haba de mar para igual fin; así como brevetines, cuernecillos y otras zarandajas que cuelgan de los recién nacidos.

Clavar un clavo en las vigas para curar el dolor de muelas, lo he oído aconsejar.

No hace mucho se querellaron en un juzgado de Madrid contra una buena moza, que para curarse la blenorragia, la transmitió á un niño de seis años, quedando ella como estaba y con una condena criminal.

De maleficios pudiera llenar varias cuartillas.

De sapos y culebras no hay que hablar; sólo mencionaré la creencia muy extendida de que el contacto de la salamanquesa hace caer el pelo, y de que el sapo deja ciego al que logra escupir en los ojos.

Agorerías, á centenares.

La higuera negra tiene mala sombra.

Dice el refrán: Fulano, tiene sombra de higuera negra.

La espuma del vino hace mal al hígado.

Sobre dicha creencia se refiere: un condenado á la horca, estando en el patíbulo, pidió un vaso de vino que se le concedió en el acto, según la costumbre; tomó el vaso y se puso á soplar con mucha

parsimonia la superficie. Un hermano de la Paz y Caridad le preguntó que por qué soplabá tanto, y el reo con sorna le contestó: la espuma del vino es muy mala para el hígado.

El aullido de un perro cuando hay cerca un enfermo indica que éste va á morir.

Es de mal agüero oír silbar la lechuza.

En las poblaciones apartadas, se tiene por mal agüero la venida de gente extraña.

Esto se explica bien, y realmente no es agüero. Las epidemias las transportan las personas; ellos ven que después de la llegada de gente forastera se mueren más vecinos, ya del tifus, ya de la sífilis, ya de tisis ó viruelas. No conocen de qué ó por qué. Pero notan el hecho y no les cabe duda. Antes sólo moría un viejo de cuando en cuando; ahora mozos y mozas, sanos y robustos.

El temor á los muertos, tiene en parte el mismo justificado origen. Es cosa de instinto, que luego agranda la imaginación, las creencias y la imposibilidad de darse explicación de los sucesos. Los muertos, efectivamente, hacen mala compañía á los vivos; de aquí que lo mejor es reducirlos á cenizas.

*Hacer mal de ojo; ligar á las personas* son creencias difíciles aquí de desarraigar. Hay muchas maneras de hacer mal de ojo, y muchos modos de ligar. Hacen gala de saberlo alguna que otra persona, pero hacen también misterio y se necesitaria tiempo y constancia de propósito para averiguar bien este particular, que desde luego resulta vacío y complicado.

Unas veces se reduce el ligar á suspender la facultad *coheundi* para con toda persona que no sea

la que promueva el ligamiento. Otras á esto y á quitar la inteligencia al maleficiado.

En Sevilla se presentaban con frecuencia algunas mujeres acompañadas de sus maridos, asegurándose que estaban *ligados* y que les habian hecho daño. En efecto, ellos venían tristes y algo turbados en la inteligencia. Á no dudar, eran neuroasténicos. Como en este estado morboso se pierde el apetito y la aptitud sexual, las mujeres al advertir el déficit juntamente á la tristeza y cambio moral del cónyuge, lo achacaban al ligamiento.

Averigüé en algún caso que, en efecto, había ocurrido algo particular, y se hacía referencia de brebajes en que entraba la sangre menstrual, las raspaduras de uña y otras porquerías.

Una madre me condujo su hija, joven y hermosísima, en estado de demencia. Juraba y perjuraba la madre que un hombre había hecho daño á su hija con un dulce.

Entré en curiosidad é hice investigaciones, resultando que, en efecto, un animal le había dado una yema de dulce con polvos de cantáridas.

Respecto al parto, saltaré por encima.

Una cosa no he de dejar en el tintero, por si resulta que se descubre en otras partes.

Cuando la primeriza tiene el parto difícil y pasa tiempo sin poder verificarlo, ordena la partera al marido que yazga con la paciente.

La costumbre de hacer cama el cónyuge durante el puerperio, se conserva en alguna que otra población. Lo más común, natural y justo es que se implore en esos trances á los santos, y muy principalmente á San Ramón Nonnato. Suele ser costumbre ponerse su estampa sobre el abdomen.

Un compañero me refirió, que asistiendo á una parturienta del barrio de San Bernardo de Sevilla, hizo que le descolgaran de la pared la estampa de San Ramón poniéndosela en la barriga. Como fuera de noche y hubiese poca luz, cuando concluyó el parto felizmente y para dar al santo gracias, fué á besar la estampa, besó el retrato de Pepe Hillo, que por equivocación había sido el descolgado.

Tuve que asistir en el parto á la señora de P., y al penetrar en su habitación, la encontré vestida de pontifical con su casulla, mitra, báculo y todo, tantos rosarios de cuentas gordas, escapularios, medallas y reliquias le colgaban, que no podíamos bajarlos.

Buena es la fe, pero convengamos en que también tiene su medida.

Y con esto no le canso más, como terminan sus cartas los baturros y soldados.

Suyo afectísimo,

FEDERICO RUBIO Y GALI.



SUPERSTICIONES ESPAÑOLAS  
DE  
MEDICINA POPULAR

POR  
EUGENIO OLAVARRÍA Y HUARTE

*Secretario del Folk-Lore Castellano*

REPUBLICA DE ESPAÑA  
SECRETARÍA DE ESTADOS  
INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA  
MEDICINA POPULAR

EUGENIO OLAVARRIA Y HUARTE

## SUPERSTICIONES ESPAÑOLAS <sup>1</sup>

---

Dedicado hace dos años al estudio de las supersticiones populares españolas, y autor de una colección que alcanza ya el número 900 y que publicada en *La América*, revista quincenal madrileña, sólo espera ocasión propicia para ver la luz pública en un tomo, he separado de entre ellas las que se relacionan con la medicina popular, reuniéndolas en dos grandes grupos: (A) *Preservativos*; (B) *Remedios propiamente dichos*; — y tal como las he ido recogiendo, sin ordenarlas siquiera por asuntos ó enfermedades, se las envió á mi distinguido amigo señor Pitрэ, para que si, después de examinarlas, las cree dignas de figurar en el *Archivio*, las dé á la imprenta, y caso contrario, las inutilice, con lo cual, entre paréntesis, no perderían mucho los lectores.

<sup>1</sup> Este interesante artículo se publicó en el número 2.º del tomo IV de la notable revista italiana titulada *Archivio per lo Studio delle tradizioni popolari*, que dirigen en Palermo los insignes mitógrafos G. Pitрэ y S. Salomone Marino: dicho número corresponde á los meses Abril á Junio de 1885.

No se me oculta que, aunque siempre insignificante, la contribución al Folk Lore-Español que hoy ofrezco á la revista italiana ganaria mucho si se la presentasé con algùn aparato científico, ensayando alguna clasificaci3n, haciendo un estudio de las supersticiones apuntadas, y deduciendo de él las consecuencias á que hubiere lugar: para lo primero faltan todavía datos; para lo segundo carezco de tiempo, y, á pesar mio, he de aplazar ese trabajo que haré con gusto más adelante, comprometiéndome desde ahora á insertarlo en el *Archivo*, abusando, quizá, de la amabilidad de sus ilustrados directores, para de ese modo completar la tarea que hoy no hago más que esbozar ligeramente. Después de todo lo que aplazo no es sino una opini3n individual, mientras lo que doy son hechos. Una afirmaci3n puedo adelantar: las supersticiones que tengo recogidas respecto á curaci3n de enfermedades confirman hasta la evidencia la teoría tan admirablemente expuesta por el ilustre Black en su *Folk Medicine*: en la superstici3n española, como en la inglesa, escocesa é irlandesa, la mayor parte de curaciones descansan sobre el principio de transmisi3n del mal á una persona—viva ó muerta—á un animal ó á un sér inanimado.

Pero me extiendo más de lo que pensaba. De los malos pagadores es costumbre en España decir que pagan sus deudas *tarde, mal y nunca*. En la deuda de original que contraje con el Sr. Pitri he dejado transcurrir los dos primeros plazos: no me juzgue por esto, que yo le respondo de que nunca daré por saldada la deuda de gratitud que he contraído con él por las bondades inmerecidas que me ha dispensado desde el día, dichoso para mí, en que tuve

el honor de recibir su primera carta, una de las grandes satisfacciones de mi vida.

## (A) PRESERVATIVOS

1. Desde que se siente embarazada una mujer debe beberse diariamente un vaso de agua en ayunas para que el parto sea bueno.

2. Se evitan á los niños los peligros de *la dentición* colgándoles del cuello un diente de perro || Ó una quijada de erizo.

3. Se evita *el dolor de muelas* llevando en el bolsillo una nuez de tres costuras <sup>1</sup> || Ó una piedra de

1 La creencia en las propiedades felices atribuídas á la nuez de tres costuras es general en Europa. «Nous avons déjà vu—dite» De Gubernatis—que la double noisette porte bonheur; il en est» de même par la noix à trois coutures. A Cianciana, en Sicile, on» croit que la noix à trois nœuds preserve celui qui la porte dans» ses poches de la foudre et de toute sorte de sorcellerie; elle hâte» les couches; elle facilite la victoire; elle emporte la fièvre...» D'après Mr. Louis Maggiulli, à Muro Leccese, dans la terre» d'Otranto, on attribue la plus grande importance à la noix à trois» nœuds, dont j'ai déjà fait mention plus haut.—Les petites fem-» mes, m'écrit-il, en portent toujours dans leurs poches pour se ga-» rantir du mauvais œil; elle est tout-puissante, surtout dans les» maladies; malheur adviendrait si on l'égaraient ou si on le cassait» pour en manger. La noix, et, sans doute, tout spécialement la» noix à trois nœuds, est le *Deus ex machina* des contes populaires» de cette partie de l'Italie. Il suffit d'en jeter une seule, pour faire» paraître des plaines parsemées de rasoirs, des montagnes qui at-» tegnent des étoiles, des mers sans bornes etc.—Les Venitiens aussi» affirment que la noix à trois nœuds, si on la garde sur soi, porte» bonheur.» «Dans la campagne de Bologne elle n'est le moyen in-» faillible pour découvrir les véritables sorcières.» «Dans les envi-» rons de Bologne certains paysans suspendent une noix à trois» nœuds au cou de leurs enfants, dans l'espoir d'en éloigner le» mauvais œil.» *Mithologie des plantes*, II, pág. 243 y sig.

la cueva de Santa Polonia <sup>1</sup> || Ó pendiente del cuello una cruz de beleño.

4. Contra *las hemorroides*: Se lleva constantemente en el bolsillo una castaña de Indias <sup>2</sup>.

5. Contra *el dolor de cabeza*: Se lleva un haba del mar engarzada en una sortija. || Ó una rama del árbol del paraíso (*media Azederah, L.*) atravesada en el cabello.

6. Se precaven los efectos de *la hidrofobia* comiendo el que haya sido mordido por el perro rabioso pan sin sal que le dé un saludador <sup>3</sup>.

<sup>1</sup> En opinión del pueblo, Santa Polonia es abogada contra el dolor de muelas. Luis Romero y Espinosa, inteligente folk-lorista español, inserta la siguiente oración á dicha Santa, en su bellísimo *Calendario popular para 1885*:

Á la puerta del cielo  
Polonia estaba,  
y la Virgen Maria  
la consolaba.  
— Di, Polonia, ¿ qué haces  
¿ duermes ó velas?  
— Señora mía,  
ni duermo ni velo  
que de un dolor de muelas  
me estoy muriendo.  
— Por la estrella de Venus  
y el sol poniente,  
por el Santísimo Sacramento  
que estuvo en mi vientre,  
que no te duela más  
ni muela ni diente.

<sup>2</sup> La misma superstición existe en Venecia, según De Gubernatis en su *Mith. des plantes*.— Aunque no tenga relación con lo que venimos tratando, no resistimos á la tentación de consignar, á propósito de la castaña, fruto funerario, según el distinguido mitógrafo italiano, que en España, como en el Piamonte, la víspera de día de difuntos acostumbra á comer castañas todos los que van á visitar los cementerios, poniéndolas muchos, en el pueblo sobre todo, cocidas ó asadas como postre para la cena.

<sup>3</sup> En lo que pudiéramos llamar *personal médico* de las supersticiones populares, el *saludador* desempeña el principal papel. Él conoce

7. La sombra del nogal no es buena, y la persona que se siente á ella se pone mala, de seguro, si

á la simple vista, si el enfermo que le presentan está efectivamente amenazado de hidrofobia ó no; él, mediante una bendición, y más comunmente algunos esputos que arroja en una jofaina de agua, ve en el fondo la figura del perro, y en su aspecto conoce si estaba ó no rabioso; él, con el solo auxilio de la *gracia* que Dios le ha dado para curar las enfermedades, quita á la herida, por medio de la succión, el virus venenoso que dejó en ella el animal; él también, cuando llega la estación peligrosa, va de pueblo en pueblo bendiciendo los ganados que se le presentan reunidos en la era y *saludándolos* con su aliento en nombre de Dios, con lo cual los preserva de la terrible enfermedad. Es tan fuerte en España la creencia en el saludador, que hay pueblos que están *igualados* con él lo mismo que con el médico y el veterinario. Todo es sobrenatural en el poder médico que el pueblo le reconoce. Siendo la enfermedad, en el mayor número de casos, un castigo de Dios, natural es que de Dios, sólo de Dios proceda el remedio; tanto más tratándose de la rabia, enfermedad muy común en las aldeas y contra la cual hasta ahora la ciencia se declara impotente. El saludador es un hombre que nació en Viernes Santo, á las tres en punto de la tarde, hora precisa en que murió Jesús, y que sólo por este hecho recibe del cielo la facultad maravillosa que se le atribuye, y en testimonio de la cual tiene una cruz perfectamente marcada en el paladar. Tres veces lloró en el vientre de su madre, la cual tuvo buen cuidado de callarse el suceso maravilloso, enterada de que por la publicidad perdería el hijo que lleva en sus entrañas la gracia que había querido otorgarle el cielo. Hay algunos que tienen el poder de ver abiertas todas las sepulturas cuando entran en un cementerio el día 1.º de Noviembre, y de uno he oído yo decir que murió del espanto que esto le produjo. Generalmente se cree que poseen la doble vista, que saben ya, con antelación, cuándo y quién le va á ir á buscar para asistir á algún enfermo, y pueden coger un hierro ardiendo y tenerlo en la mano sin quemarse. Los que curan de tal virtud no viven de otra cosa, dedicados exclusivamente á la curación de la hidrofobia. En Madrid, con ser la capital de España, hay uno á quien vienen á consultar de todos los pueblecillos inmediatos, y más de una vez me han contado, refiriéndose á él, sus curas maravillosas.

antes no tiene la precaución de arrancarle unas cuantas hojas y tirarlas al suelo <sup>1</sup>.

8. Restablecido de unas *calenturas* es malo que el enfermo se corte las uñas, porque se reproducirá la enfermedad <sup>2</sup>.

9. Una mujer embarazada se facilita mucho el parto llevando puesto el calzado de su marido.

10. Para que no se ponga la boca mala á los niños de pecho se les debe lavar las encias con tres trapitos empapados en agua salobre, y quemarlos después.

1 «Le noyer est devenu en Europe, et spécialement en Italie, »l'arbre maudit par excellence. Les anciens croyaient aussi que le »noyer était cher á Proserpine et á tous les dieux del' enfer. En »Allemagne aussi, le noyer tenebreux est opposé au chêne lumineux. A Rome, on pretend que l'église Santa Maria dal Popolo a »été bâtie par ordre de Paschal II, dans l'endroit où s'élevait »auparavant, un noyer, autour duquel des milliers de diables dansaient la nuit, Baronius parle d'un noyer qui existait encore de »son temps á Constantinople sur lequel on remarquait encore des »traces du sang versé par le martyr Acathius, qui avait subi son »supplice sur cet arbre. Près de Pescia, dans la Valdinievole, en »Toscana, le professeur J. B. Giuliani a entendu parler d'un noyer »où les sorcieres vont dormir. Le peuple de l'endroit dit: *le streghe vogliono i noci* (les sorcières aiment les noyers).» En estas palabras de De Gubernatis (*Mith. des plantes.*) debe buscarse, á mi juicio, el origen de la superstición española.

2 Nada hay insignificante para la superstición; las uñas mismas, con ser tan pequeñas, la sirven de asiento, y sería curioso reunir cuanto cree el pueblo sobre ellas. Bueno es cortarlas y cortarlas á menudo, dicen los habitantes de Madagascar, porque, de llevarlas demasiado largas, puede el diablo ocultarse en ellas; pero hay que tener cuidado al hacer operación tan importante. Hay ocasiones, como esta á que nos referimos, en que puede ser nociva; días, como veremos más adelante, en que evita una dolencia. Cortándolas en día que tenga *r*, salen padrastrós. Las manchas blancas que algunas veces las ensucian son en España revelación de mentiras,

11. Una mujer embarazada no debe devanar, porque tantas vueltas como ella dé al hilo, otras tantas le dan las tripas al hijo que lleva en las entrañas.

|| Ni pasar por debajo de un andamio, porque se le volverá el niño en el vientre <sup>1</sup>. || Ni ser madrina de ningún bautizo, porque se morirá uno de los niños, el que ella va á dar á luz ó el que tenga en sus brazos. || Ni tener antojos no satisfechos, porque saldrá el niño con señales en la cara.

en los países slavones aviso de que se va á recibir un regalo (*The Folk-Lore Record*, IV, pag. 53). Para los indios, las uñas de los europeos son venenosas, y así se explican que al comer usemos tenedores y cuchillos (*The Folk-Lore Record*, IV, pág. 138). Antiguamente sirvieron de fundamento á la Onycomancia, adivinación por medio de las uñas de la mano, cuyos detalles pueden verse en Migne (*Dictionnaire des sciences occultes*). En Lithuania y Estonia se cree que el diablo recoge las recortaduras de las uñas de los cristianos para hacerse con ellas un sombrero. En muchos hechizos compuestos por brujas entran como ingrediente principal.

1 El andamio se presenta varias veces en la superstición popular española, pero siempre es temible su influencia. Así, *pasar por debajo de un andamio atrae la mala suerte sobre la persona que lo hace*; si son dos amigos los que cometen la imprudencia, *reñirán al poco tiempo*. — ¿Qué origen puede tener esta superstición? ¿Es simplemente un preservativo contra el peligro real que ofrece el pasar bajo un andamio que puede desprenderse y hacer pagar caro el descuido? ¿Ó debe buscarse en su semejanza con un cadalso? En Europa, la superstición parece nimia. En América, donde los pieles rojas (según Domenech en su *Voyage pittoresque*, citado por Letourneau) acostumbran á colocar sus muertos sobre un andamiaje funerario que los pone fuera del alcance de los animales carnívoros, y los dejan allí, al aire libre, hasta que pasado algún tiempo vuelven á recoger sus huesos; en estos pueblos, decimos, el temor tendría más razón de ser. — En Portugal una mujer embarazada se atrae la muerte pasando bajo el palio en una procesión. (LEITE DE VASCONCELLOS, *Tradições populares de Portugal*.)

12. Llevar una cabeza de ajos en e bolsillo es buen preservativo contra el *cólera* <sup>1</sup>.

13. Poniéndose una camisa sin *hacer del agua*, se evita una persona la primera enfermedad que iba á atacarle.

14. Para que nunca duela *la cabeza*, basta tener la precaución de cortarse en lunes las uñas de las manos y los pies <sup>2</sup>.

15. Se evitan *los resfriados* llevando en los bolsillos dos limones agrios: uno á la derecha y otro á la izquierda.

16. Para que la luna no *coja* á los niños, no se tienden á secar sus pañales cuando aparezca este astro en el horizonte <sup>3</sup>. || Ó bien se les cose al pañal una media luna de hierro, que ha de haberse forjado precisamente el día de Jueves Santo.

17. La mujer recién parida no puede peinar á

1 En el Mediodía de Francia se cree que el uso del ajo da fuerza, valor, y preserva de la enfermedades contagiosas. En Provenza se dejan entre la ceniza caliente algunas cabezas de ajo, la vispera de San Juan, y los niños las comen al otro día para preservarse, durante todo el año, de la fiebre; esta costumbre data de tiempo de los romanos. (DE CHESNEL, *Dictionnaire des superstitions.*) En las creencias populares del Asia Menor, Grecia, Scandinavia y Alemania del Norte, se atribuyen al ajo propiedades benéficas. Plinio dice que cura las mordeduras venenosas. En Sicilia se ponen ajos en la cama de una mujer que está de parto. En la isla de Cuba se le emplea contra la ictericia. (DE GUBERNATIS. *Mithologie des plantes.*)

2 En Holanda se libra de dolores de muelas el que acostumbra á cortarse las uñas todos los viernes. En Irlanda se dice «*It was better you where never born than on the Sabbath pare hair or horn*».

3 Se dice que á un niño *le ha cogido la luna* cuando se le nota en las piernecitas y el vientre cierta irritación, consecuencia de la fuerza de los orines ó del descuido de sus nodrizas que han dejado transcurrir sin limpiarle más tiempo del ordinario.

nadie hasta pasados cuarenta días del parto, ó se caerá el pelo á la persona á quien peine <sup>1</sup>.

18. Ninguna mujer embarazada debe mirar fijamente á un niño feo ó defectuoso, por miedo á que lo sea también el que ella lleva en el vientre <sup>2</sup>.

19. Una mujer que crie no debe ponerse á mamar dos niños á un tiempo, porque se expone á que se la retire la leche.

20. Cuando una mujer que cria, se ordeña, debe tirar la leche á la pared por miedo á que, si no, se la retire.

21. No se debe pasar por encima de un niño dormido, porque se le priva el crecer.

22. Para que un niño no se *alune*, se le cuelga

1 ¿Será esta superstición vestigio y recuerdo de la antigua ley mosaica que consideraba impura á la mujer recién parida, por lo cual la separaba del comercio y trato de todos, aun de su marido, durante siete días si paría hijo y dos semanas si daba á luz una niña (*Levitico*, XII, 2-5); y lo mismo en el período menstrual durante el cual comunicaba su impureza á todo lo que tocaba? (*Levitico*, XV, 19 y sig.). — En la superstición popular española la comida que prepare una mujer menstruando se echa á perder, y las flores que toque se marchitan.

2 Es opinión muy extendida que la imaginación de la mujer ejerce gran influencia sobre el hijo que lleva en el vientre. De aquí que algunos aconsejan que en la alcoba conyugal se pongan cuadros ó retratos de hombres y mujeres hermosos, pues si éstos fuesen feos ó deformes, los niños que nacieran del matrimonio les irían á la zaga. He oído contar varias veces á distintas personas y en diversas localidades el caso, verdaderamente extraordinario, de un matrimonio que estuvo á punto de separarse porque la mujer dió á luz un hijo negro, siendo así que mujer y marido eran rubios como las candelas. Sometido el caso á mayores, se puso en claro que el fenómeno tenía por causa un cuadro que había á los pies del lecho nupcial y que representaba un negro de tamaño natural; la mujer le miraba con frecuencia, y el niño se la volvió negro en el vientre. (véase las *Cartas eruditas* del famoso P. Feijóo).

del cuello una cuenta de coral fino engarzada; y si el niño había de alunarse, no le pasa nada y el coral se pone blanco <sup>1</sup>.

23. No se debe mirar á la luna con insistencia; porque se expone uno á quedarse ciego.

24. Para no padecer nunca *mal de corazón*, llevar siempre en el dedo corazón un anillo de hierro que se haya forjado el Jueves Santo, precisamente á la hora de los Oficios.

25. Poniendo bajo los colchones de la cama de una recién parida, y sin que ésta lo sepa, unas tijeras abiertas en forma de cruz, se la evitan *los dolores de entuerto*. || Y dándola caldo de perdiz en vez de caldo de gallina en el primer parto que tenga.

26. El primer caldo que tome una *recién parida* ha de ser de gallina negra. <sup>2</sup>.

1 Antigua es, verdaderamente, la superstición que atribuye al coral la facultad de neutralizar la maléfica influencia de la luna. Brown en sus *Ensayos sobre los prejuicios populares* (1646), dice que antiguamente las personas supersticiosas hacían uso del coral como amuleto y preservativo contra los sortilegios. Según Larousse (*Grand dictionnaire du XIX siècle*), los mahometanos de la Arabia Feliz enterraban sus muertos con rosarios de coral al cuello. Los romanós lo colgaban al cuello de sus hijos para preservarles del mal de ojo. (BLACK, *Folk-Medicine*, pág. 22).

El origen que la mitología da al coral, contribuye á esta preocupación. Los antiguos decían que cuando Perseo mató á Medusa, dejó la cabeza de ésta en el suelo y fué á lavarse las manos en un arroyo próximo. Cuando volvió encontró una rama de coral. La sangre que corría del cuello de Medusa, puesta en contacto con la cabeza de la Gorgona, se había petrificado.

2 Muchas son las propiedades extraordinarias que atribuye el pueblo á la gallina negra, y no caben, por tanto, en el reducido espacio de esta nota, pues hay con ellas materiales para una extensa monografía. No las apuutaremos, pues, dejando á un lado su

27. Poniéndose un cardo silvestre en la cabeza un hombre que haya de andar mucho, se evita las rozaduras.

28. No se debe dormir con gatos, porque salen *escrófulas* <sup>1</sup>.

29. Llevar sortijas de cornalina es preservativo contra los *malos aires*. Si á la persona que la lleva habia de darle alguno, le da á la sortija, que en el momento se hace mil pedazos.

30. Llevar una cabeza de víbora en el bolsillo es preservativo contra la *erisipela*.

31. Una mujer embarazada debe poner cuidado en no pisar una planta de abrotano (*artemisia absinthium*, L.), porque si llega á pisarla, aborta.

32. En casa donde haya un cadáver, no debe estar dormido ningún niño al tiempo de trasladar el muerto de una habitación á otra, ó sacarlo para la

significación demoniaca, remitiendo á nuestros lectores á la curiosa obra de Rolland (*Faune populaire de la France*). Haremos notar, sin embargo, la influencia que ejerce el color negro en las enfermedades: negro ha de ser el carnero cuyos redaños curan la indigestión á un niño; negro el toro cuya sangre cura la tisis; negro el gato cuyos sesos hacen desaparecer la locura; negra, por fin, la gallina, cuyo caldo evita los dolores de entuerto á una parturienta. Á propósito de esta última dice Black en su *Folk-Medicine*, pág. 117: »The blood of a perfectly black hen will cure rheumatism, shingles, or, in fact, anything if applied externally, say some New England wise-men». En los Abruzos, se usa también la cresta de la gallina negra como remedio contra el dolor de cabeza. (Véase *Archivio delle Trad. popol.*, vol. II, p. 210.)

1 En Francia, según Sébillot (*Traditions et superstitions de la Haute-Bretagne*, II, pág. 42):—«Si on voit quelqu'un embrasser un chat, on dit: — Laisse-le, vilain sale; il va te donner des dettes.— On croit, en effet, que les chats peuvent communiquer des dettes nou d'artres».

iglesia, pues corre grave peligro la existencia del que no esté despierto entonces <sup>1</sup>.

33. Envolver un niño en una bayeta amarilla, le preserva del *sarampión* <sup>2</sup>. || Si ha contraído ya la enfermedad, evita que siga adelante.

34. Para no *alunarse*, las personas deben llevar colgada del pescuezo una avellana vacía.

35. Si una mujer tira los huevos de la gallina que come, se la retira la leche.

36. Es malo dejar en un vaso leche de mujer que crie, pues se la retira á ésta si llega á caer en él una araña.

37. No se debe tirar á cualquier parte la placenta después del parto, pues si llegara á comerla algún animal, sacaría el niño todas las malas cualidades de éste <sup>3</sup>. || He oído contar un caso en que por olvido no se recogió la placenta y se la comió el gato, y el niño á quien había envuelto nueve meses fué ladrón toda su vida, á pesar de que ninguna persona de su familia había tenido jamás tan feas inclinaciones.

<sup>1</sup> Aquí no estaría de más recordar que para algunos pueblos el alma de los que duermen sale del cuerpo durante su sueño y se ocupa en llevar algunos misteriosos mensajes (*The Folk-Lore Record*, t. II, parte II). En esta creencia nada más fácil de pensar que el mal que á esas almas desprendidas momentáneamente del cuerpo puede causar el alma del muerto á quien casi todos los pueblos suponen dotada de malévolos instintos.

<sup>2</sup> Véase, para la influencia del color en la medicina popular, la citada obra de W. G. BLACK: *Folk-Medicine*, pág. 108 y siguientes.

<sup>3</sup> También en Sicilia: «La placenta si getta a mare o in luogo immondo curandosi che non ne mangino i cani». PITRÈ, *Usi natalizi, nuziali e funebri del popolo siciliano*, página 27. — Palermo, MDCCCLXXIX.

38. Para que los segundos dientes le salgan derechos á un niño, deben tirarse al tejado los que se llaman *dientes de leche* cuando éstos se le caen, á los siete años, diciendo al hacerlo así:

Dientecito, dientecito,  
te tiro al tejadito  
pa que salgas más bonito.

ó de otro modo:

Tejadito nuevo,  
toma este diente viejo  
y tráeme otro nuevo <sup>1</sup>.

1 Esta superstición se halla muy extendida. En el primer volumen de *Melusine*, col. 365, encontramos la siguiente nota procedente de Salins Jura: «Un enfant qui perd une dent ne doit pas le jeter » au hasard. Avaleè par un chien ou un chat, elle serait remplacée » par une dent de chien ou de chat dans la bouche qui l'a perdue. » Il faut la jeter au feu en disant:

Tiens, feu, voila ma dent,  
rends la moi dans un mois,  
blanche comme l'argent ».

En la segunda parte del tercer volumen de *The Folk-Lore Record*, se incluye la siguiente superstición japonesa extractada de una obra de Miss Bird: *Unbeaten Tracks in Japan*: «It is a popular belief » that a new tooth will grow in the socket, if the old one from the » lower jaw is trown on the house roof and if from the upper, is » buried as nearly as possible under the fondation.» En las *Tradiçoes populares de Portugal*, de Leite de Vasconcellos, se lee lo que sigue: «As creanças, quando tiram um dente, devem deitá-lo para » tras das costas, dizendo tres veces:

Dente fora,  
outro melhor na cova».

Copia otras varias fórmulas y añade: «No Brazil as creanças, » quando chegam a idade de mudar os dentes, tiram-os, deitam- » no ao telhado é dizem:

39. No se deben cortar las uñas á un niño porque se le quita el crecer <sup>1</sup>. || Ni se le debe medir porque se le atrae la muerte.

40. Cuando se viste á un niño de corto se le deben calzar los zapatos en la iglesia para que ande pronto y no se muera.

Mourao , mourao ,  
tomae vosso dente pôdre  
é dae - me cá o meu saó .

Por toda Sicilia G. Pitriè escribe: «Quando cade loro (*á los niños*) un dente e lo nascondono in un bucolino, si votano ad esso (*S. Nicolds*) pregandolo che faccia trovar lore qualche cosa il domani. La preghiera è questa :

Santu Nicola , santu Nicola,  
Vi dugno la zappa necchia  
Vui mi dati la zappa nova.

(Véase: *Spettacoli e Feste popolari siciliane*, p. 415. Palermo, 1881). El Sr. A. De Nino, en sus *Usi e Costumi abruzzesi*, vol. II. pág. 55 (Firenze, 1881): «I primi denti che codono al fanciullo.... altrove si buttano al fuoco, dicendo:

Dente e dente,  
Rimitteme stu dente,  
Rimittemeju drittu,  
Com'a 'na scanno'la de tittu.

I piú, vanno a nasconderli in qualche buchetto que sia difficile a essere scoperto. Egli trova el buco misterioso, si guarda attorno e seppelisce i suoi dentini, pronunziando queste parole:

Cavutille, cavutille,  
Écchete lu dente viecchie,  
E redamme lu gnuove.»

<sup>1</sup> Esta superstición se halla también en Sicilia.

EUGENIO OLAVARRÍA Y HUARTE.

CARTA

AL

SEÑOR DON FEDERICO RUBIO Y GALI

CARTA

SEÑOR DON FEDERICO RUBIO Y CALLE

*Sr. D. Federico Rubio y Galí.*

Mi querido D. Federico: Su modestia con ser tan grande y tan sincera cuanto podemos apreciarla los que, por tener el gusto de conocerlo, conocemos también que es la bondad uno de sus rasgos distintivos, su modestia excesiva, repito, no ha de hacer creer á nadie la temeraria afirmación con que encabeza la primera de sus cartas de que no es V. persona, no ya competente, sino competentísima para tratar un asunto de medicina popular.

Como médico operador goza V. de merecido renombre en toda Europa; como amigo del pueblo; como verdadero padre de los enfermos pobres ¿quién como yo que he vivido tantos años en Sevilla y he visto á aquel noble pueblo bendecir su nombre, puede dar mejor testimonio del trato íntimo y frecuente, que siempre para hacerles bien, ha mantenido con esas clases sociales, verdadero almacén de supersticiones médicas y de remedios caseros, y en suma de lo que si alguno llamaría venerandas antigüallas, no faltaría tampoco quien bautizara hoy con el nombre de *artefactos* folklóricos?

Como médico y como amigo del pueblo dudo mucho que haya, no digo en España, sino en Europa,

persona más competente y autorizada que usted para escribir de medicina popular. ¡Qué beneficio más grande haría V. á España y á esa ciencia niña, conocida y cultivada en toda Europa con el para nosotros exótico nombre de *Folk-lore* — ó *saber de las gentes* — hurtando algún tiempo á sus graves ocupaciones y aprovechando los escasos momentos de descanso que le permitieran sus humanitarias tareas en escribir una obra de medicina popular española! Quede, pues, la petición hecha públicamente por quien no tiene otros títulos para dirigirla que su entusiasmo por la ciencia y la gratitud y el respeto que tan sinceramente le profesa.

Las cartas de V., querido D. Federico, llenas de genialidad y de gracejo, condiciones que tanto avaloran y distinguen á los que han nacido como usted bajo el hermoso cielo de Andalucía, sus cartas han llegado á mis manos en ocasión tan oportuna, como no diré pedrada, sino verdadera pedrea de traviesos muchachos de la Macarena ó de San Bernardo ó de revoltosos *chicos* de las Vistillas, pudiera caer en ojo de boticario avaro.

Victima como V. sabe de una larga y penosa enfermedad que me ha tenido sin duda mucho más cerca *del otro barrio* que del de Chamberí, en que ahora vivo; incapacitado en la convalecencia, de la que aun no he salido, de coordinar mis escasas ideas y aun más escasos conocimientos y noticias sobre medicina popular, encontrábame en el más grave de los compromisos al tener que cumplir al pacientísimo y bondadoso editor de este libro la palabra que hace ya tiempo le empeñé de escribir algo que sirviera así como de apéndice á la erudita obra de mi ilustrado colega el Sr. Black.

Las cartas de V. han venido tan á tiempo que no tengo palabras para encarecer su oportunidad. En ellas, con no menos facilidad ni menos airoosamente con que salió Lope de Vega del grave aprieto en que le colocó D.<sup>a</sup> Violante pidiéndole que le improvisara un soneto, con no menos facilidad, repito, burla burlando y como quien no quiere la cosa, ha sabido usted darnos en sus sabrosas y amenas cartas, noticias y datos curiosísimos, acompañados de atinadas y discretas observaciones que no han de pasar ciertamente inadvertidas ni han de ser echadas en saco roto por cuantos, así en Francia como en Alemania, así en Inglaterra como en Italia, así en Rusia como en Grecia, así en Portugal como en Turquía, así en Bélgica como en Scandinavia, así en América como en Europa, se dedican hoy con ardiente entusiasmo al cultivo del *Folk-Lore*.

Para mí hay una observación en sus cartas de tanto precio, y tan halagüeña por los motivos que más adelante diré, que casi ha de de constituir ella el tema principal de esta deshilvanada carta. Me refiero á la íntima relación y enlace que V. encuentra entre la medicina popular y la medicina científica, relación y enlace completamente análogos á los que existen entre la poesía vulgar y la poesía erudita, entre el saber común ó conocimiento simple y el conocimiento reflexivo ó filosófico.

¡Con cuánta razón, en mi humilde sentir, dice usted, mi querido D. Federico, que no cree que el primer hombre que curó fuera un Galeno, como no sería ciertamente un Homero el primer hombre que hizo versos, ni un Platón el primer vertebrado á quien se le ocurrió detenerse un poco en lo que antes había pensado! ¡Cuántas caídas, cuántos tropie-

zos, cuántos movimientos, aparentemente irregulares y sin objeto, supone el primer paso que da el niño en el mundo! ¡Cuántos millares, al parecer, de brutos han sido necesarios para que aparezca un Salomón.! ¡Cuánto monosilabo, sin ton ni són aparentemente, cuánto laleo, cuánta algarabía, cuánto gruñido, cuánto canto de pájaro para que se pronuncie una palabra! y, sin embargo, ni el paso sin las caídas, ni Salomón sin los ignorantes, ni la palabra sin los monosilabos tuvieran existencia. El laleo, la caída y el saber vulgar son las verdaderas fuentes, sin embargo, de la locomoción, del lenguaje y de la sabiduría de que hoy nos enorgullecemos tanto; y al laleo, á las caídas, á esa aparente simplicidad de pensamiento, como á manantial perenne é inagotable, hay que volver siempre que la humanidad adelanta un verdadero paso en el camino de la civilización.

Es este, á mi juicio, un verdadero aspecto del Folk-Lore que V. con su perspicacia de andaluz, ha visto y en que los ingleses aun no han reparado con disfrutar ¿á qué negarlo? de mucha más cultura que nosotros. El Folk-Lore es, á no dudarlo, un semillero de supersticiones; pero ¿quién puede negar que es también al propio tiempo una mina de conocimientos empiricos poco menos que inexplorada?

El mercurio, la quina y el opio son, á juicio de los grandes conocedores del arte de curar, tres grandes medicamentos. En una de sus cartas nos proporciona la interesantísima noticia de que el primer empleo del mercurio para las afecciones sifilíticas, fué debido á un albardonero español. ¡Cuántos médicos que desdeñarían aún en el día al pobre traficante en albardas, han logrado gran fama utilizan-

do la experiencia del pobre albardonero, y sin más razón científica que la que aquél tenía, ó sea la de ver que curaba las bubas y otras afecciones *ejusdem-furfuris...*!

El objeto final de la terapéutica, bien puedo decirlo también aun siendo completamente lego en la materia, no puede ser, no es otro que el de curar las enfermedades. ¿Qué le importa al enfermo el por qué se cura? Lo que le importa es curarse.

La terapéutica vulgar como la terapéutica científica, dice V., obedecen al mismo principio, al principio evidente de que hay cosas que aprovechan y cosas que dañan, cosas *benéficas* y cosas *maléficas*.

No sólo, pues, no afirma V., como dice con tanta gracia, un disparate al asegurar que la ciencia propiamente dicha salió del saber vulgar, sino que dice una verdad profunda y de gran trascendencia y que considero como la nota distintiva, la que ha de ser verdaderamente dominante del Folk-Lore español.

Y como este sentido, que es el que he venido continuamente sosteniendo, no sólo en España sino en Inglaterra, es el que me proponía sustentar como el genuinamente español en el Congreso folk-lórico que ha de celebrarse en París á fines del próximo Julio, Congreso á que por mi desdicha me veré privado de asistir, por eso indiqué al principio no sólo la alegría, sino la honda satisfacción y aun el orgullo que me proporcionaba el ver robustecida mi humilde opinión con la autorizadísima de usted.

Sí, querido D. Federico, si el Folk-Lore español ó la Sociedad de las Tradiciones Populares españolas ha de ser algo y ha de aportar un contingente á esa nueva ciencia que hoy lo invade todo (y posee ya en el corto número de años que lleva de existencia

un arsenal no menor que la zoología ó la botánica, ciencias naturales cuyos positivos métodos sigue), si el Folk-Lore español ha de ser algo, repito, ha de serlo con este levantado sentido, no superior ciertamente al sentido inglés, pero sí digno de figurar á su lado.

Entre la medicina popular y la medicina científica existen, á no dudarlo, como entre el saber vulgar y la ciencia, continuas corrientes de flujo y de reflujo. El conocimiento empirico de hoy es base del conocimiento científico de mañana, como el conocimiento científico de mañana vendrá á quedar convertido en conocimiento arcaico, casi de menos valor que el conocimiento empirico, al lado de otros conocimientos vulgares, fuente á su vez de mayores desenvolvimientos científicos.

No es esta la oportunidad, ni aun siéndolo mi pobre cabeza está para el caso de poderlo explicar, de desarrollar este ir y venir de un conocimiento á otro, la fusión de estos conocimientos, su mutuo reforzamiento y apoyo y la resultante que se produce de esta combinación de energías; no es esta la oportunidad, en una palabra, de aprovechar la lección que V. me ofrece y explicar por ella lo mucho, muchísimo que la medicina científica debe á la medicina vulgar.

¿*Nostalgia* dice V. llaman los doctores á lo que los pobres gallegos llaman la *morriña*? ¿Qué más sabe la ciencia que el vulgo, por vestir éste con su propiotraje y aquélla con un traje griego su ignorancia?

Pretenden los gallegos curarse de aquella enfermedad con los dulces acentos de la gaita gallega. También los médicos científicos han pensado, se

*les ha ocurrido, pero después, aplicar la música, como aplican el color, á la curación de ciertas afecciones neurálgicas, ¿qué representa la música en ambos casos, sino un delicado vehiculo mediante el cual se trae á los centros nerviosos, que en nuestra ignorancia quizá llamamos fantasia, una vigorosa representación de aquéllo cuya ausencia la abate y la consume?*

El mismo *despaletillado*, con ser una operación tan bárbara, no es en su fondo otra cosa que ese masaje ó amasamiento á que los trabajos particularísimos de V. como cirujano han dado tanto valor y realce en toda España.

En el saber vulgar está, además del conocimiento empirico, la intuición, el instinto, la impresionabilidad más sincera, si se me permite la frase, del hombre cuya naturaleza física y fisiológica no ha sido adulterada todavía ni corrompida por esa serie de convencionalismos y refinamientos, que, si suponen realmente un paso en la cultura, es muchas veces á condición de no ser el movimiento progresivo todo lo sano y ordenado que debiera serlo para que no se adulterase, siquiera esta adulteración misma suponga un adelanto en la verdadera naturaleza fisiológica de ese animal que hoy llamamos hombre y rey de la creación.

Irritase el hombre de más entendimiento y de mayor cultura y golpea violentamente el duro mármol de la mesa en que trabaja, hiriéndose acaso la mano. ¿Qué significa esta insensatez? Que el hombre civilizado ha dejado por aquel momento de serlo, para imitar al salvaje que muerde la flecha que le hiere. Pero ya salvaje, ya animal nuevamente, siente su mano herida por el golpe, é instintiva-

mente llévase el dedo herido á la boca y lo moja con saliva ¿Qué significa este movimiento? Pues es un movimiento instintivo, es un verdadero germen de medicina popular, germen que, asociado con otros análogos se convertirá, andando el tiempo, en remedio casero, remedio casero que más tarde utilizará la medicina para emplearlo quizá empíricamente primero, y más tarde para mejorarlo y convertirlo en conocimiento científico.

El estudio del Folk-Lore en todas sus ramas, y en la de la medicina especialmente, es interesantísimo y constituye con razón, como asegura Mr. Black, uno de los capítulos más interesantes de la cultura humana. En España, por desdicha, no estamos todavía para esto, y los valientes y generosos compañeros que me han auxiliado en la tarea que creí fecunda de interesar á España en el estudio del Folk-Lore se ven hoy precisados á enviar sus trabajos y libros al extranjero en busca de editores más cultos y críticos más entendidos que los que de ordinario en España se estilan; y digo de ordinario, porque tampoco faltan en absoluto las excepciones; de ello es buena prueba la que dan los editores catalanes y el mismo editor de esta interesante obra, más atento á fomentar la cultura española que á obtener un lucro que ciertamente con libros del Folk-Lore no se obtienen hoy todavía en España.

Pero volvamos al tema principal de esta carta, mi querido D. Federico, y sea sólo para decirle, en esta conversación pública, tan honrosa para mí, que por este medio sostenemos, una sola cosa que por sí sola debía bastar á animarle á escribir una obra de medicina popular española.

Es á mi juicio, y no sé si acertaré á explicarme

con claridad (tal es ahora la maraña de mis pensamientos) es á mi juicio, repito, el hombre que debe servir como de tipo para el estudio del Folk-Lore, el hombre más rudo, más ignorante, más alejado del comercio de las gentes y de la civilización—el pastor, v. gr., que conoce la hora por la altura de las estrellas y la marcha de las constelaciones— un hombre en condiciones fisiológicas naturales mucho más apreciables que el hombre culto, victima por lo general, de un neurotismo más ó menos intenso que descompagina en la mayor parte de los casos, el ejercicio regular de sus funciones. Si esto es así, el instinto de ese hombre rudo, de ese pastor que nos sirve de ejemplo, debe suministrar indicaciones de más precio para una terapéutica fundada en la naturaleza humana, que el estudio de las neurosis de los hombres cultos que, por una falta de higiene, que constituye acaso uno de los mayores peligros de la sociedad moderna, según lo ha concebido el eminente pensador Heriberto Spencer, hacen un género de vida que adultera la naturaleza hasta el extremo de ser ya casi imposible discernir lo que es voz de ella de lo que es puro resultado del hábito adquirido.

Decidido partidario de la civilización, no reniego en absoluto ni aun de ese mismo neurotismo que acompaña y favorece al desenvolvimiento de nuestra inteligencia, pero, reconociéndolo como verdadera perversión, se me ocurre pensar, si para corregirlo sería muy conveniente retrotraernos al estudio de esa misma naturaleza antes de pasar por ese verdadero torcimiento, que si bien puede favorecer al desenvolvimiento intelectual, puede también atrofiarlo, malograrlo y llegar á esterilizarlo por com-

pleto, produciendo la completa anemia cerebral, la imbecilidad y la locura.

El estudio del Folk-Lore médico, ó, para decirlo en español en este caso, de la medicina popular, pudiera, á mi juicio, ser hoy más provechoso que nunca, no sólo desde el punto de vista inglés, ó sea desde el punto de vista que consiste en considerar las supersticiones como indicios de las mezclas de razas y de las épocas, muchas veces antehistóricas, en que dichas mezclas pudieron verificarse, sino considerando toda esta medicina popular en su conjunto como una mera resultante del instinto primero y de la experiencia después, de la humanidad inculta, instinto y experiencia que casi nos conducen á las puertas de la fisiología animal, la cual, no es ni puede ser cosa completamente distinta de la fisiología humana.

Aquí, mi querido D. Federico, pongo fin á esta desaliñada carta, expresión fiel del estado de mi cabeza, más necesitada ahora de tranquilidad y de algunos gramos de bromuro de potasio que de disquisiciones filosóficas, hechas en tal estado, completamente infructuosas.

Comprendiéndolo así y perdonando los muchos errores en que sin duda habré incurrido, sabrá usted descubrir en el fondo de esta carta la profunda gratitud y cariñoso respeto que le profesa su siempre afectísimo amigo

ANTONIO MACHADO Y ÁLVAREZ.

## OBRAS CONSULTADAS

- |   |  |
|---|--|
| <p>1 Anthropological Institute, Journal of.</p> <p>2 Antiquary, the (magazine).</p> <p>3 Aubrey, John, Remaines of Gentilisme and Judaisme, ed. by Jas. Britten, 1881.</p> <p>4 Birch, W. de Gray, On Two Anglo-Saxon MSS. in the British Museum, 1876.</p> <p>5 Blumler, M. F., Amuletorum Historia, Magdeburg, 1710.</p> <p>6 Boyle, Some Considerations touching the Usefulness of Experimental Philosophy, 2nd ed. 1664.</p> <p>7 Brand, John, Description of Orkney, 703.<br/>—— Popular Antiquities, 1877 ed.</p> <p>8 British Archaeological Association, Transactions of.</p> <p>9 Brown, Sir Thomas, Pseudodoxia Epidemica, 4th ed. 1658.</p> <p>10 Burton, Anatomy of Melancholy.</p> <p>11 Busk, Miss, Valleys of Tirol, 1874.</p> <p>12 Cameron, Across Africa.</p> <p>13 Catlin, Letters and Notes on North American Indians, 2 vols.</p> <p>14 Chambers, Domestic Annals of Scotland, 3 vols.</p> | <p>Chambers, Popular Rhymes of Scotland.</p> <p>15 Choice Notes, Fol-Lore, 1859.</p> <p>16 Christian Express, Lovedale, South Africa.</p> <p>17 Cockayne, Rev. O., Saxon Leechdoms, etc., 3 vols. 1864.</p> <p>18 Cogan, Haven of Health.</p> <p>19 Conrad, Elias, Disputatio Physica exhibens I. Doctrinam de Magia; II. Theoremata Miscellanea, 1661.</p> <p>20 Contemporary Review, Oct. 1875.</p> <p>21 Conway, M. D., Demonology and Devil Lore, 2 vols.</p> <p>22 Croker, T. Crofton, Killarney Legends, 1879 ed.</p> <p>23 Culpepper, Nich., The English Physician enlarged, 1684.</p> <p>24 Dalvell, John Graham, The Darker Superstitions of Scotland, 1835.</p> <p>25 Dennys, N. B., The Folk-Lore of China and its affinities with that of the Aryan and Semitic Races, 1876.</p> <p>26 Derbyshire Gatherer.</p> <p>27 Digby, Sir Kenelm, A Late Discourse made in a Solemn Assembly of Nobles and learned men at Mont-</p> |
|---|--|

- pellier in France, touching the cure of wounds by the powder of sympathy, etc., 3rd ed. 1660.
- 28 D'Iharace, Erreurs populaires sur le Médecine, 1783.
- 29 Dorman, R. M., The Origin of Primitive Superstitions, 1881.
- 30 Dyer, Rev. T. F. Thiselton, English Folk-Lore, 1878.
- 31 Earle, John, English Plant Names, 1880.
- 32 Floyer, Touchstone of Medicine, 2 vols, 1687.
- 33 Folk-Lore Journal, South African, vol. I.
- 34 Folk-Lore Record, vols. I, II, III, IV (1878, 1879, 1880, 1881).
- 35 Giles, H. A., Strange Stories from a Chinese Studio, 2 vols. 1880.
- 36 Gill, Myths and Songs from the South Pacific.
- 37 Gould, Rev. S. Baring. Life of Rev. R. S. Hawker. Curious Myths of the Middle Ages, 1877.
- 38 Gregor. Rev. Walter Folk-Lore of the North-East of Scotland, 1881.
- 39 Grimm, Jacob, Deutsche Mythologie Vierte Ausgabe besorgt von Elard Hugo Meyer, 3 vols. I (1875), II (1877), III (1878). See Stalylbrass.
- 40 Grohman, Tyrol and the Tyrolese.
- 41 Günther, Countesse A. von, Tales and Legends of the Tyrol, 1874.
- 42 Harland, John, and Wilkinson, T. T., Lancashire Folk-Lore, 1867.
- 43 Harrison, Description of England. New Shakspeare Soc. ed. 1878.
- 44 Hawker, Footprints of Former Men in Far Cornwall, 1870.
- 45 Hecker, Epidemics of the Middle Ages.
- 46 Henderson, Wm. Folk-Lore of the Northern Counties, 1879.
- 47 Heucherus et Fabricius. De Vegetabilibus Magicis, Wittenberg, 1700.
- 48 Hunt, Robert, Popular Romances of West of England, first and second series, 1865.
- 49 Irish Popular and Medical Superstitions.
- 50 Jones, W., Finger Ring Lore.
- 51 Keary, C. F., Outlines of Primitive Belief, 1882.
- 52 Keightley, Thomas, Fairy Mythology, 1860.
- 53 Kelly, W. K., Curiosities of Indo-European Traditions and Folk-Lore, 1863.
- 54 Lecky, History of England in the Eighteenth Century, vol. I, II.
- 55 Lenormant, La Magie chez les Chaldéens.
- 56 Livingstone, D., South Africa.
- 57 Lubbock, Sir John, The Origin of Civilization, and the Primitive Condition of Man, 4th ed. 1882.
- 58 Martius, Dissertatio De Magia Naturali, etc., Erfurt, 1700.
- 59 Mead, Influence of Sun and Moon on Human Bodies.

- 60 Mitchell, Arthur, *The Past in the Present*, 1880.
- 61 Napier, James, *Folk-Lore or Superstitions Beliefs in the West of Scotland*, 1879.
- 62 Nork, F., *Mythologie und Wolksmärchen*, 1848.  
Notes and Queries.
- 63 Pazig, *De Incantationibus Magicis*, 1721.
- 64 Pettigrew, *Superstitions connected with the Practice of Medicine and Surgery*.
- 65 Pratt, Anne, *Wild Flowers*.
- 66 Ramesay, Wm., *Ἑλληνικὸν γίγν.* 1668.  
*Records of the Past*, vols. I, III.
- 67 Scott, Sir W., *Demonology and Witchcraft*.
- 68 Seton, St. Kilda *Past and Present*, 1878.
- 69 Shakespeare *Jest Books*, A. C. Mery Talys, etc., 3 vols. 1864.
- 70 Sinistrari, Le R. P.. *De la Démonialité*, traduit, du latin, par Isidore Liseux, 1879.
- 71 Spalding, T. A., *Elizabethan Demonology*, 1880.
- 72 Spencer, Herbert, *Principles of Sociology*, 1877.  
——— *Study of Sociology*, 1878.
- 73 Stallybrass, James S., *Teutonic Mythology* (translation of Grimm's *Deutsche Mythologie*), vol. I, 1880, II, 1883.
- 74 Story, W. W., *Castle of St. Angelo and the Evil Eye*, 1877.
- 75 Sykes, Wirt, *British Goblins*.
- 76 Tylor, E. B., *Primitive Culture*, 2 vols. 1871.  
——— *Early History of Mankind*.
- 77 *University Magazine*, August 1879, «Fairy Superstitions in Donegal.»
- 78 *Witches of Renfrewshire*, a History of the, New Edition with Introduction, 1877.



## ÍNDICE ALFABÉTICO DE MATERIAS

### A

Abeto, 52.  
Ablución, 120.  
Acebo, 270.  
Agata, 237.  
Agbar, rey (carta del), 113.  
Aguas Sagradas, 55, 56.  
Aguijón, 104.  
Ahogarse (encanto contra), 114.  
— (hombres que se ahogan), aversión á salvarlos, 37.  
Alamo (hoja), 271.  
Aliso, 78.  
Alondra, 198.  
Amaranto, 147, 269.  
Amarillo (color), 147.  
Angina, 257.  
Anillo de oro, 232.  
Anillos, 174, 208, 231.  
— de calambre, 235.  
— de los dedos, 237.  
— de sacramento, 234.  
Antepasados, adoración, 275.  
Arañas, 79, 80.  
Arboles, 51, 54, 91, 10.  
— transmisión por, 42, 91.  
Arce, 93.  
Arco iris (como causa de enfermedad), 15.  
Arenque, 244.  
Artemisa, 238.  
Asma, 170, 253.  
*Asociación de ideas (Simpatía y),*  
Capítulo III, 67.  
Ataúdes (asideros de), 236.  
Avellano, 167, 256.  
Azul (color), 153.

### B

Baars, 260.  
Boca curar, 106.  
Borgia (pozo), 140.  
Buey, 213.  
59.  
Buitre (pierna y tarsos, tendones del), 222.  
Brujerías, brujos, brujas, 13, 14, 15, 17, 271.

### C

Caballo (herradura), 159, 206.  
Cabello humano, 122.  
Cabra, cerebro, sangre, cuero y piel, 218.  
Calambre (causa de), 36.  
— curar, 117.  
Campanilla, 26.  
Cáncer (causa de), 41, 201.  
Cangrejo, 217.  
Caña, 237.  
Caracoles, 77.  
Carbón de piedra como amuleto, 293.  
Carnero, 159.  
Castaña, 258.  
Catarro de forasteros, 33.  
Cebolla (jugo de), 258.  
Ceguera, 125, 132.  
Cementerio, 129, 130.  
Ceniza, 58, 99.  
Cerezo, 92.  
Césped del cementerio de San Edrins, 130.  
Ciervo, 214.

Cochinillo (mordisco de), 41.  
 Cocodrilo (hechizo contra), 69.  
 Col, 258.  
 Cólico, 209.  
 Color, Capítulo, VII, 147.  
 Confirmación, 122.  
 Consunción (causa de), 39.  
 — remedio para, 41.  
 Convulsiones (remedios para), 16.  
 Coral (rojo), 30.  
*Cowade*, 239.  
 Cruz (invocada, señal de, etc.), 114, 116.  
 Cuco, 222.  
 Cuchillo de asesino, 132.  
 Cuello (curar la hinchazón de), 256.  
 Cuerpo de María, reina de las escocesas, 37.  
 Curadores especiales, 18.  
*Curas animales*, Capítulo, X, 201.  
 — de enfermedades transmitidas, 61.  
*Curas personales*, Capítulo IX, 185.

## D

Debilidad (cura de), 268.  
 Día de solsticio de verano, 133.  
 Diabolo (causa de enfermedades), 14, 17, 20.  
 Diabolo para apaciguarlo, 159.  
 — y para invocarlo, 159.  
 — hechizos contra, 162.  
 — (señal de), 154, 210.  
 Diarrea (curar), 222.  
 Días (de nacimiento), 178.  
 — (sagrados), 180, 181, 182.  
 Diente de un cadáver, 133.  
 — de león, 266.  
 Digby, Sir Kenelm, sobre la simpatía 71.  
*Dipsacus Fuller*, 269.  
 Divisios, 58.  
 Dolor de cabeza (causa de), 14.  
 — (curar), 127.  
 — de oídos (curar), 213, 217.  
 Domingo, 181.  
*Dow Loch*, 140.  
 Duendes (tiros de los), 153.

## E

Enebro, 270.  
 Enemigo (como causa de enfermedades), 5, 18.  
*Encantos de específicos*. — Capítulo XI, 233.

Enfermedad (causa de), 5.  
 — personificada, 6, 9, 10.  
 — entierro de, 75.  
*Enfermedad (transferencia de)*, Capítulo II, 46.  
 Enfermedad de Macdonald, 188.  
 Entierro, 39, 137.  
 Epilepsia (causa de), 171.  
 — cura de, 64.  
 Epistaxis (sangre por la nariz), 104, 108.  
 — curación de, 109.  
 Erisipela (curar), 157.  
 Erizo (ojos de), 250.  
 Escarabajo, 83.  
 Escoba 271.  
 Escorpiones (hechizos contra), 127.  
*Escritos mágicos*, Capítulo XI, 223  
 Escrófulas, 86.  
 Esère, 265.  
 Espina, (negra), 78.  
 Espinas (cura de su punzada), 113  
 Espinazo (enfermedades), 223.  
 Estrellas (influencia de), 175.  
 Eufrasia, 267.

## F

*Faire claidh* (frase escocesa) 39-40  
*Feargartha* (enfermedad de hambre), 41.  
 Fiebre (causa de), 172.  
 — curar, 48.  
 Fiebres intermitentes, 35.  
 — causa de, 172.  
 — remedios para la, 49, 52, 53, 78, 79, 80, 86, 88, 111, 112, 117, 136, 166, 168, 206, 223, 229, 245, 256, 260, 269, 270.  
 Fiebres (escarlatina), 48.  
 Flagelación, 134.  
 Flechas (punta de pedernal), 244.  
 Fresno, 53.  
 Fuego, 95.  
 Fumigación común, 269.

## G

Gallina, 158.  
 Gallo, 64.  
 Ganado (enfermedades del), 75, 78, 85, 101, 114, 141, 144, 152.  
 Garrote, 222.  
 Gato, 61, 94.  
 Guisante, 266.

**H**

- Haba, 78.
- Hadas, 223.
- Hechiceros, 105, 18.
- Hechizos en Viernes Santo, 117.
- Heléboro, 250.
- Hematites, 232.
- Herida (curas), 270.
- Herpes (causa de), 13.
- cura de, 158.
- Hidrofobia (curar), 68.
- Hidropesía, 86, 234.
- Hiedra, 270.
- Hígado (dolor de), 147.
- (curar), 183.
- Hipo (cura del), 118.
- Horcas (astillas de), 136.
- Hormigas (huevos de), 256.

**I**

- Icteric a (curar), 76.
- Imágenes (hechas con motivo de enfermedad), 26.
- Imágenes (para curar enfermedades), 86.
- Imán, 244.
- Inflamación (curar), 142.
- Injuria simbólica, 26.
- Iris, amarillo, 271.
- Izquierda y derecha, 250.

**J**

- Jaspe, 152.

**K**

- Keogh (familia sangre de), 90.

**L**

- Labio leporino, 41.
- Lagarto, 219.
- Laurel, 209.
- Lepra (curar), 101.
- Lebre, 41.
- Lino, 248.
- Lobanillos (cura de), 227.
- Lobos, 125.
- Locura (causa de), 182.
- curar, 62.
- Lombrices, 266.
- Lumbago, 187.
- Luna (influencia del sol y), Capítulo VIII, (2.ª parte), 169.

- Lunar sobre la sien derecha, 251.
- Lycopodium incundatum*, 105.

**M**

- Madreselva, 94.
- Mal de ojo, 28.
- Mal de rey (curar), 136.
- Manzano (árbol y fruto), 53, 58.
- Matrimonio, nombre, 188.
- Medicina popular doméstica*, Capítulo XII, 239.

MEDICINA POPULAR

- Origen de enfermedad, Capítulo I, 1.
- Transferencia de enfermedad, Capítulo II, 46.
- Simpatía y asociación de ideas, Capítulo III 67.
- Renacimiento y sacrificio, Capítulo IV, 89.
- Nuestro Señor y los Santos (en la), Capítulo V, 1, 3.
- Hechizos relacionados con la muerte y el sepulcro, Capítulo VI, 129.
- Color, Capítulo VII, 147.
- Número, Influencia del Sol y de la Luna, Capítulo VIII, 161.
- Curas personales, Capítulo IX, 185.
- Curas animales, Capítulo X, 201.
- Ritos mágicos anillos, Capítulo XI, 223.
- Lugar de la... en el estudio de la civilización, Capítulo XIII, 273.

- Mejorana, 265.
- Melocotón (hojas de), 266.
- Mellizos, 188.
- Milenrama, 268, 269.
- Milner'thumbs*, 199.
- Moho (del cráneo), 130.
- Mora, 253.
- Mordisco (cura del), 14.
- Muelas (dolor de), 44.
- (causa de), 45.
- (curación de) 48.
- Muérdago, 233.
- Muerte, encantos relacionados con la (ó el sepulcro), Capítulo VI, 129.
- Muerte (teoría respecto á su causa), 3, 4.
- Muerto (causa de enfermedad), 34.

Muerto (tacto del), 136.  
Mutismo, 271.

## N

Nacimiento (horas de), 169, 174, 178.  
Nahak (quemadura del), 23.  
Negro (color), 157.  
Niño (sin bautizar), 133, 134.  
Nombres (importancia de), 27.  
Nudos, 108.  
*Nuestro Señor y los Santos en la medicina popular*, Capítulo V, 103.  
Nueve (número), 78, 93, 94.  
*Nuevo nacimiento y sacrificio*, Capítulo IV, 89.  
*Número*, Capítulo VIII, 161.

## O

Oftalmía (curar), 268, 269, 270, 271.  
Ortiga, 250.  
Oruga, 83.  
Oso, 215, 216.

## P

Paja (cuerda de), 13.  
Palomos, 221.  
Papera, 137.  
Parálisis (causa de), 20, 23.  
Pardillo, 222.  
Parto, 114.  
Patatas, 259.  
Pecas, 162.  
Peonia, 36.  
Perlesía, 211.  
Pellizcos á los hombres muertos, 36.  
Perro, 48, 159.  
— (el bocado de), 69, 70.  
— (aullido del), 254.  
Peral, 131.  
Pescado (transferencia de enfermedad), 50.  
Pie dormido, 116.  
Piedra (de locura), 196.  
— (poderes especiales), 9.  
— (transmisión por medio de), 91.  
Piel de anguila, 218.  
Piernas (curar inflamación de), 214.  
Pleuresía (curar), 219.  
Pozos, 55, 56.  
Pozo Chader, 139.

Puerro (jugo de), 271.  
Punzadas, 110.

## Q

Quebraduras, 92.  
Quemadura (cura de), 109, 110.

## R

Rábano, 271.  
Rana, 49.  
Ranunculo, 268.  
Raquitis (curar), 170.  
Ratones fritos, 215.  
Regeneración, 89.  
Reina (tacto de) 194.  
Relámpago (hechizos contra), 15.  
— (Tacto de), 191.  
Retama, 271.  
Reumatismo (curar), 270, 271.  
Rey Carlos I (Sangre del), 136.  
Robin Redbreast's cuastión, 266.  
Roble, 93.  
Rocas (perforadas), 90.  
Rojo (color), 214.  
— (hilo), 262.  
Roncha (causa de), 36.  
— (curar), 215.  
Ronquera (curar), 258.  
Ruda, 267.

## S

Sabañones, 271.  
Sacerdote, 28.  
*Sacrificio (Nuevo nacimiento y)*, Capítulo IV, 89.  
Sal, 178.  
Saliva, 21.  
Salmos, 121, 124.  
Sangre (pan), 136.  
Sangre de anguila, 218.  
Sapo, 49.  
Sapo (dector), 84.  
Sarampión, 212.  
Sarpullido (cura de), 68.  
Sauce, 39.  
Saúco, 256.  
Sciática, 271.  
Semilla de plata (agrimonia), 266.  
Serpiente (bocado de la), 167, 168, 256, 7.  
Sétimo (hijo), 166.  
— (hija), 186.  
Siete (número), 165.  
*Simpatía y asociación de ideas*, Capítulo III, 67.

Simpatías con objetos naturales,  
42.

Soga, 135.

*Sol y luna (influencia del)*, Capítulo VIII, 161.

Sordera (curar), 159.

Sueños, 175.

Suicida (tacto de la mano del),  
137.

Suicida (fantasma del), 150.

**T**

Tierra procedente de un sepulcro, 37, nota I.

Tiñoso (curar), 259.

Tomillo, 265.

Torcedura (curaciones de), 108.

Tos convulsiva, 49, 50 y 51.

*Transferencia de enfermedad*, Capítulo II, 46.

Tripas, 270.

Truenos (encanto contra), 263.

**U**

Ulcera, ó afta, 49.

Ulceraciones (cura de), 104, 263.

Uñas de los dedos, 56.

**V**

Vaca, 94, 217.

Veneno, 259.

Verbena, 257.

Verde (color), 156.

Verrugas (causa de), 41, 42, 58.

Vida (absorbida en el instrumento de la muerte), 134.

Viruela (causa de), 7, 9.

— cura de, 86.

**Z**

Zarza, 95; 270.

Zorro, 214.

